

# Universidad de Huelva

Departamento de Historia I



## **Formas de ocupación del territorio durante los primeros siglos del I Milenio A.C. : el suroeste como marco de definición y contrastación**

**Memoria para optar al grado de doctor  
presentada por:**

**Francisco Gómez Toscano**

Fecha de lectura: 10 de octubre de 1996

Bajo la dirección de los doctores:

Diego Ruiz Mata  
Juan Manuel Campos Carrasco

**Huelva, 2010**

**ISBN: 978-84-92944-60-6**

**D.L.: H 92-2010**

**TESIS  
UHU  
1996  
3.1**

TESIS  
UHU  
1996  
3.1

## TESIS DOCTORAL

---

# FORMAS DE OCUPACION DEL TERRITORIO DURANTE LOS PRIMEROS SIGLOS DEL I MILENIO A.C.: EL SUROESTE COMO MARCO DE DEFINICION Y CONTRASTACION

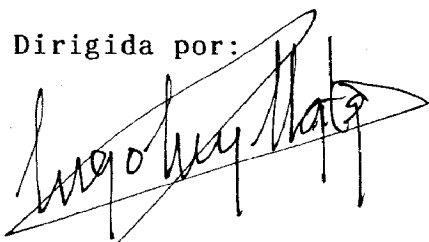
Tomo I

Presentada por:

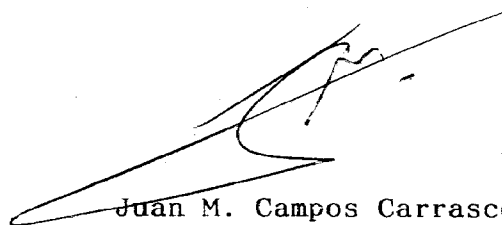


Francisco Gómez Toscano.  
Licenciado en Geografía e Historia.

Dirigida por:



Diego Ruíz Mata  
Profesor Titular de Prehistoria.



Juan M. Campos Carrasco  
Profesor Titular de Arqueología

DEPARTAMENTO DE HISTORIA DE LA ANTIGÜEDAD,  
DEL ARTE, GEOGRAFIA FISICA Y ANTROPOLOGIA.  
(AREA DE ARQUEOLOGIA)

UNIVERSIDAD DE HUELVA

---

Huelva, Julio de 1996.



Universidad  
de Huelva  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

PROCESOS DE OCUPACION DEL TERRITORIO  
DURANTE EL BRONCE FINAL:  
EL SW COMO MARCO DE CONTRASTACION

Francisco Gómez Tóscano

A Mari, Cinta y Sol

Capítulo 1. INTRODUCCION Y OBJETIVOS.....	Pág.	1.
1. El marco conceptual de la fase final de la Edad del Bronce.....	Pág.	7.
1.1. Elementos de sincronía histórico-arqueológica entre Oriente y Occidente.		
1.2. Territorio y paisaje. Sus implicaciones para el estudio de la Protohistoria.		
2. Objetivos y metodología.....	Pág.	16.
3. El marco en que se desarrolla la investigación.....	Pág.	18.
Capítulo 2. EL MARCO TERRITORIAL Y SU EVOLUCION PALEO-GEOGRAFICA DURANTE LA PREHISTORIA.....	Pág.	24.
1. El SW peninsular.....	Pág.	28.
2. Evolución paleogeográfica del entorno de la provincia de Huelva.....	Pág.	30.
Capítulo 3. SINTESIS INTERPRETATIVA DEL DESARROLLO DE LA INVESTIGACION DE LA EDAD DEL BRONCE EN SW PENINSULAR.....	Pág.	44.
1. El desarrollo de la investigación de la Edad del Bronce.....	Pág.	49.
1.1. La década de los años setenta: de la homogeneidad a la diversidad.		
1.2. La década de los años ochenta: a la búsqueda de una posición en el tiempo y en el espacio.		
1.3. Década de los noventa: relaciones mediterráneas, atlánticas y evolución local.		
2. La secuencia de la Edad del Bronce en el ámbito del bajo Guadalquivir y Huelva.....	Pág.	74.
2.1. El tránsito del Calcolítico al Bronce Antiguo.		
2.2. El Bronce Pleno.		
2.3. El Bronce Tardío.		
2.4. El Bronce Final pre-fenicio en el SW.		

3. La secuencia de la Edad del Bronce en otras áreas meridionales.....	Pág. 85.
3.1. La Edad del Bronce en el S de Portugal.	
3.2. La Edad del Bronce en la Extremadura española.	
3.3. La Edad del Bronce en el SE peninsular.	
3.4. La Edad del Bronce en la cuenca alta del Guadalquivir.	
Capítulo 4. ANALISIS DE LAS EVIDENCIAS ARQUEOLOGICAS DEL SW DURANTE SU FASE FINAL DE LA EDAD DEL BRONCE.....	Pág. 96.
1. Análisis de las secuencias cronoestratigráficas locales.....	Pág. 101.
1.1. Interpretación crítica de las actuaciones arqueológicas.	
1.1.1. Provincia de Huelva.	
1.1.2. Provincia de Sevilla.	
1.1.3. Provincia de Cádiz.	
1.1.4. Provincia de Córdoba.	
2. Evolución lineal y vacíos poblacionales.....	Pág. 201.
Capítulo 5. EL ENTORNO ONUBENSE EN EL CONTEXTO DEL SW PENINSULAR: LOS TERRITORIOS Y SU OCUPACION DURANTE EL BRONCE FINAL.....	Pág. 208.
1. El marco físico. Análisis e implicaciones en el desarrollo de la sociedad occidental durante la Protohistoria.....	Pág. 210.
2. Las evidencias empíricas. Fuentes arqueológicas.....	Pág. 216.
3. El territorio y los asentamientos.....	Pág. 219.
3.1. Unidades territoriales.	
3.1.1. Unidad territorial Bajo Guadiana-Chanza-Múrtigas.	
3.1.2. La Sierra de Aracena.	
3.1.3. El cinturón ibérico de piritas.	
3.1.4. La Tierra Llana.	
Capítulo 6. LA DEFINICION DEL FACTOR TIEMPO: EVOLUCION DE LOS ELEMENTOS DE LA CULTURA MATERIAL Y OCUPACION DEL ESPACIO.....	Pág. 361.
1. Los elementos definitorios de la cultura material.....	Pág. 362.

1.2. Las cerámicas del Bronce Final.	
1.2.1. Evolución en el tiempo y en el espacio.	
1.3. Las importaciones.	
1.3.1. El proceso histórico en el área metropolitana fenicia.	
1.3.2. Cerámicas fenicias: tipos característicos y asociaciones cronológicas.	
1.3.3. Cerámicas fenicias en contextos del Bronce Final clásico.	
1.3.4. La cerámica fenicia de la fase fundacional.	
2. Estructura y distribución del poblamiento.....	Pág. 392.
2.1. Areas con evolución asimétrica.	
2.1.1. El entorno del bajo Guadiana: su interrelación con Portugal y la Extremadura española.	
2.1.2. La Sierra de Aracena: el Bronce Final meridional en Sierra Morena.	
2.1.3. La ría de Huelva: puerto de intercambios extrapeninsulares.	
2.1.4. La Campiña Oriental: entre el mar, las minas y el bajo Guadalquivir.	
2.1.5. Síntesis explicativa.	
Capítulo 7. SINTESIS Y CONCLUSIONES.....	Pág. 410.
Bibliografía.....	Pág. 417.
Anexo 1. Catálogo de yacimientos: Necrópolis.....	Pág. 460.
Anexo 2. Catálogo de yacimientos: Hábitats.....	Pág. 499.

# CAPITULO 1

## Introducción y objetivos

---

El interés del estudio de la Edad del Bronce en la Península Ibérica viene dado por ser considerado este período arqueológico una indiscutible bisagra entre las manifestaciones preurbanas y las propiamente históricas. Para la Arqueología tradicional, entre mediados del II Milenio a.C. y mediados del I Milenio a.C., las sociedades peninsulares pasarán desde ser reputadas como prehistóricas a estar integradas en los procesos considerados ya históricos del Mediterráneo, a través de una serie de transformaciones debidas a factores internos y externos que, principalmente, comenzarán a manifestarse desde el período teórico intermedio conocido como Protohistoria.

A lo largo del proceso de la investigación de esta amplia fase histórica, las culturas pre y protohistóricas que se desarrollaron en Andalucía tendrán un papel inusitado a escala peninsular, hasta el punto de que la periodización andaluza general ha sido hecha extensiva, con matizaciones evidentes, a gran parte del conjunto del territorio peninsular.

Si en la Prehistoria española la *Cultura del Argar* representa su indudable paradigma en cuanto a los inicios y la fase plena de la Edad del Bronce, del mismo modo ha de considerarse el complejo fenómeno de *Tartessos*, que sirvió de explicación a la integración del Occidente en la evolución de las culturas urbanas mediterráneas.

A pesar de que habría que matizar el concepto histórico de dicho fenómeno, en cuanto a si debe ser considerado así lo puramente autóctono o a su simbiosis con lo orientalizante, a lo largo del desarrollo de la investigación siempre ha quedado claro que la presencia fenicia en el Occidente impuso un cambio sustancial a todos los niveles, tanto culturales, políticos, o económicos, como en lo mental y espiritual, con lo que la sociedad occidental que recibió tal presencia representa la culminación del

---

desarrollo local de los milenios precedentes.

Para la investigación de décadas anteriores a las nuestras, con la presencia fenicia en el área meridional de la Península Ibérica aparecían ya signos evidentes de una sociedad con nuevos ingredientes culturales, tales como el urbanismo, la escritura, el uso del hierro, el torno de alfarero, o técnicas metalúrgicas más sofisticadas que las precedentes, que obviamente eran una abstracción apriorística en la que se incluían los rasgos básicos de lo que debía ser una cultura urbana de tipo oriental.

Sin embargo, en cuanto a la posible génesis del Bronce Final, el debate entre distintas posiciones teóricas desarrolladas por investigadores de orientación difusionista y por los que estimaban ésta como una fase más del desarrollo local, persiste todavía en las líneas de investigación de cada una de las diferentes escuelas, pendulando hacia uno u otro extremo en relación a que nuevos descubrimientos aporten evidencias en uno u otro sentido.

Por un lado, el hecho de que los asentamientos del Bronce Final preferenciosos aparecieran como una clara innovación de los elementos de cultura material anteriores, en muchos casos como la primera ocupación de lugares estratégicos o después de un aparente *hiatus*, reforzaba los planteamientos difusionistas al no poder trazarse con garantías la necesaria evolución de formas materiales del Bronce Pleno/Bronce Tardío o, incluso de finales de la Edad del Cobre. Por otro lado, era evidente que muchas de las características formales de las cerámicas y de otros objetos del período preferencioso tenían unos precedentes anteriores, tales como los motivos bruñidos conocidos durante el Calcolítico, o los geométricos pintados, paralelizables con algunos esquemas campaniformes, que podrían ser las pruebas de un desarrollo local autóctono, aunque faltasen las evidencias intermedias que lo demostrasen, y estimarse como deficiencias en el trasfondo de la investigación.

En cualquier caso, la metalistería del bronce debía haberse generado a partir de influencias atlánticas y mediterráneas, los motivos geométricos pintados y bruñidos de estímulos egeos o de la costa siro-

---

palestina, y el auge de la producción de plata podía responder al aprendizaje de técnicas de origen oriental como la copelación. Con ello, quedaba muy poco que adscribir a la sociedad occidental, puesto que la aparición de la escritura en los medios locales y la implantación del fenómeno urbano nunca se han puesto en duda de que fuesen debidos a impulsos alóctonos.

Uno de los grandes problemas de la investigación ha sido el que no se haya establecido, con garantías, la adecuación del fenómeno social que ejemplifica el Bronce Final en su dimensión crono-espacial, definiendo la existencia de focos zonales que representasen desarrollos sincrónicos diversos si es que los hubo, o confirmando, en su caso, una homogeneidad generalizada en el conjunto del territorio meridional, cuyas diferencias respondiesen a claros desarrollos diacrónicos. Tampoco ha sido unánime el reconocer que el gran auge que fue experimentado por las poblaciones del SW comenzara en momentos preferenciales y que no fuese esa presencia el factor dinamizador.

Como ejemplo, se ha llegado a considerar que la creación, entre los siglos IX-VIII a.C., de una serie de hábitats permanentes, como Huelva, se debería a la presencia de estímulos del exterior como *reacción-respuesta* a esos estímulos (SIERRA, 1988), sin pensar que la relación causa-efecto pueda ser diferente, puesto que, de hecho, tanto el sustrato anterior de la fase final del Bronce, como las posibilidades en recursos -los minero-metalúrgicos especialmente- de la zona, pudieron dar lugar al desarrollo autóctono de Huelva y de otros asentamientos sincrónicos, y esta realidad, más que el efecto de los estímulos exteriores, podría ser la causa de la presencia de gentes alóctonas.

Estos planteamientos, aunque ambas posibilidades sean deducciones teóricas no contrastadas, podrían hacerse extensivos no sólo al momento de los inicios de la presencia en las costas meridionales de los comerciantes fenicios, sino también para la de otros estímulos apercibidos, ya sean atlánticos o ya sean mediterráneos, en cualquier caso anteriores a la etapa colonial fenicia, y de ahí la necesidad de establecer con garantías el factor tiempo en el desarrollo local.

El hecho de depender de elementos orientales para poder establecer un marco cronológico general, ha permitido que la génesis y el desarrollo del fenómeno local se establezcan a nivel de hipótesis, excepto hasta que muy recientemente se haya contado con series de cronologías radiométricas absolutas, dando lugar a la aparición de una *Edad Oscura* paralelizable a la experimentada por otras áreas del Mediterráneo. De ello, por desconocer la fecha del inicio del Bronce Final, han surgido planteamientos que, al estar basados en cronologías quizás muy cortas, establecen la evidencia de un aparente vacío poblacional en el bajo Guadalquivir y Huelva, difícilmente explicable con el método de análisis actual en el seno de la Arqueología tradicional, cuyos supuestos empíricos han ido conformando un cuerpo de hechos paradigmáticos dudoso, o que al menos no satisface plenamente.

Este marco conceptual, que si para la década de los años sesenta podría haber sido considerado coherente por los conocimientos del momento, puede ahora ser desmontado sin un gran esfuerzo al ser sus bases teóricas la excavación por el método arbitrario, la asunción de que todo fragmento a torno no puede ser anterior al siglo VIII a.C., y el haber aceptado la invariable existencia de un paralelismo sincrónico formal en todos los hábitats peninsulares, que aboga por la homogeneización de las producciones de cada uno de los talleres, tanto de las cerámicas como del resto de las manifestaciones de su cultura material.

También, y no menos importante, es que a los períodos arqueológicos definidos se le han otorgado inicios y finales inamovibles, con lo que el desarrollo histórico se sintetiza en una tarta con pisos de diferente color y sabores, en la que cualquier intrusión entre ellos es explicado por la existencia de estratos revueltos *casualmente*.

A pesar de ello, en los últimos años, y tras un mejor conocimiento de la dimensión espacial y cronológica de las manifestaciones materiales del período, tanto en cuanto en lo que se refiere a lo claramente autóctono, y también como de lo foráneo, recientes evidencias han ido modificando o matizando los presupuestos establecidos en décadas anteriores. De ello son claros ejemplos las

---

diferencias conceptuales y planteamientos históricos existentes entre el conjunto de comunicaciones presentadas en la reunión de Jerez en 1969 y las de su conmemoración en 1995.

El hallazgo de cerámicas egeas en contextos locales del último tercio del II Milenio a.C., en varios yacimientos meridionales (MARTIN DE LA CRUZ, 1992a), advierten de la necesidad de no considerar fenicia cualquier cerámica a torno que aparezca en los registros protohistóricos (BENDALA, 1992b). De la misma forma, existen evidencias de importaciones del ámbito mediterráneo en momentos prefenicios (ALMAGRO-GORBEA, 1993; RUIZ-GALVEZ, 1993b; 1995b), que aunque no puedan ponerse en relación con la supuesta *precolonización* fenicia, indican que sí existieron relaciones previas con Oriente y el Mediterráneo central. De cualquier manera, parece claro que las primeras importaciones fenicias sólo aparecen unos pocos años antes de las primeras fundaciones (RUIZ MATA, 1994c).

En cuanto a la minería y la metalurgia, las nuevas evidencias de explotación y comercialización de la plata occidental en el Bronce Pleno del área minera de Riotinto (PEREZ MACIAS, 1995), aconsejan no establecer *a priori* el origen de estas actividades como una consecuencia de la presencia de colonos fenicios en Occidente y de la actividad de sus técnicos minero-metalúrgicos. Incluso para etapas posteriores, la aparición de plomo de origen local en alguno de los asentamientos fenicios coloniales (HUNT, 1995) invalida los presupuestos esgrimidos para explicar la subordinación tecnológica local en el proceso y la preponderancia de las técnicas orientales (FERNANDEZ, 1993; 1995). Del mismo modo, los análisis metalográficos del conjunto de bronce de la ría de Huelva, que no parece puedan adscribirse a talleres conocidos ni en contextos atlánticos ni mediterráneos (ROVIRA, 1995a-b), hacen dudar de que dichos bronce sean importaciones y, por ello, que puedan corresponder a la producción de talleres locales como el descubierto en Peña Negra (GONZALEZ PRATS, 1993).

Es innegable que el mayor desarrollo del conocimiento proviene de los estudios espaciales y, por ello, de una mejor noción del territorio (RUIZ MATA, 1994b; PELLICER, 1995a), que ha puesto en manos

---

de los investigadores una importante muestra de análisis. Ello ha posibilitado reconocer que tanto a escala general (BENDALA, 1991) como a escala particular de un territorio específico (CAMPOS y GOMEZ, 1995), durante el Bronce Final existe ya una estructuración de índole urbana, que únicamente se reafirmará a lo largo del período orientalizante, implantándose solamente entonces una urbanística más desarrollada de calles ortogonales y casas de planta rectangular o cuadrada.

Contemplado el problema desde la perspectiva actual, creemos que es necesario e imprescindible una revisión y puesta al día que esté fundamentada en un análisis exhaustivo de las evidencias existentes, reconociendo cómo fueron establecidos los principales presupuestos esgrimidos a lo largo de las últimas décadas, lo que permitiría establecer con ciertas garantías los que ahora puedan considerarse vigentes y poner en duda los que ya no tengan una base clara que los sustente.

Sin duda, muchos de los últimos presupuestos estuvieron basados en estudios que pudieran haber sido coherentes en su momento, con lo que cualquier crítica que se instrumente ha de estar en consonancia con la realidad actual, sin que se olvide proponer otras alternativas que posibiliten establecer hipótesis de trabajo más acorde con los tiempos.

## 1. EL MARCO CONCEPTUAL DE LA FASE FINAL DE LA EDAD DEL BRONCE.

El Bronce Final es la abstracción de un conjunto de elementos arqueológicos que definen un proceso histórico. Estos elementos son, principalmente, los restos de la cultura material detectados en un área determinada, para los que se ha establecido un espacio temporal específico, todo ello deducido en base a la práctica arqueológica.

Tal como está constituida la investigación, mientras que para la cultura material la tipología cerámica definida como Fase I del Cabezo de San Pedro (RUIZ MATA, 1979) representa -aunque sólo en la dimensión vertical diacrónica de la evolución del asentamiento de Huelva- un punto de partida coherente desde donde establecer posibles desarrollos anteriores y posteriores, de hecho un elemento

de cronología relativa que ejemplifica el factor tiempo del objeto de estudio, para definir el factor espacial en que se enmarca éste existen todavía problemas, que son el resultado manifiesto de haber asumido homogéneo y estático a todo el territorio meridional de la Península Ibérica, aunque se observen ciertas diferencias entre los extremos sureste y suroeste (MOLINA, 1978; PELLICER, 1994), que no impide que continuamente se establezcan ciertos paralelismos entre ambas áreas.

Una vez sean reconocidos los parámetros crono-culturales en que se produce el período histórico definido como Bronce Final, no sólo en base a la realidad histórica que pueda estimarse del registro arqueológico occidental, sino a partir de la inclusión de éste en el contexto general del Mediterráneo, será necesario establecer el hecho territorial en que se manifiesta. Sin embargo, si se quieren definir las constantes paisajísticas del territorio ocupado entre finales del II Milenio y los primeros siglos del I Milenio a.C. a partir de la geografía actual, en el registro arqueológico se producirán presencias y ausencias difícilmente explicables, puesto que es posible que la realidad actual nada tenga que ver con la de dichos milenios.

Por todo ello, sin menoscabo de que en capítulos posteriores se desarrolle con mayor extensión las pautas crono-espaciales en que debe enmarcarse la última fase de la Edad del Bronce, parece interesante describir aquí, si se quiere de forma sucinta, unas premisas que representan dos de los pilares en que se fundamenta nuestro proceso de investigación.

### 1.1. Elementos de sincronía histórico-arqueológica entre Oriente y Occidente.

Como contraposición a la década de finales de los años sesenta, en que parece que era suficiente contar con elementos a torno estratificados para atribuir unas pautas de cronología absoluta generales (CARRIAZO, 1969), ahora se juzga necesario afinar hasta pequeños períodos de una generación, pero inocentemente en base al estudio comparativo de hallazgos peninsulares con otros orientales, con la pretensión de que las evidencias estratigráficas establecidas en Tiro (BIKAI, 1978b), o en cualquier yacimiento fenicio, puedan hacerse extensibles a cada uno de los materiales de pretendida génesis

oriental que se registren en el Occidente.

No es posible poner en duda que del estudio comparativo de los materiales que se localizan a ambos extremos del Mediterráneo surgirá la base interpretativa, al menos coherente, para establecer la dimensión cronológica de la evolución del proceso histórico general. En este proceso, los hallazgos peninsulares permitirán establecer el inicio de la expansión fenicia, o mejor quizás, cómo y cuándo los elementos orientales se incluyan en el proceso local determinarán en qué fase de la evolución próximo-oriental se produjo la necesidad de esa expansión. Pero tampoco puede dudarse de que la presencia fenicia, una vez que se establezca en qué momento y dónde ésta se haya registrado, proporcionará las claves necesarias para estimar el tipo de sociedad o de sociedades de las áreas occidentales que la aceptaron, permitiendo o no impidiendo el desarrollo posterior de la fase orientalizante.

En la actualidad, a pesar de que las bases de cronología absoluta establecidas para el conjunto del Mediterráneo oriental disten de expresar, con seguridad, un hecho contrastado que pueda hacerse extensible sin reservas a la evolución histórica del lejano Occidente, en contraposición a las etapas anteriores, se cuenta ahora en el área meridional de la Península Ibérica con dos importantes hitos, a partir de los cuales parece posible establecer unos principios de sincronía aceptables, al menos unas conclusiones lógicas para asentar unos términos de cronología relativa.

Por un lado, la crátera de Geométrico Medio II del Museo de Huelva posibilita que se pueda estimar, entre los años últimos del siglo IX a.C. y los años centrales del siguiente siglo (COLDSTREAM, 1968), el momento en que se produjo la presencia efectiva del comercio oriental en el sur de la Península Ibérica (SHEFTON, 1982); por otro lado, los fragmentos del Micénico III de Montoro aportan un término *post quem* de mediados del siglo XIII (MARTIN DE LA CRUZ, 1992a) para los inicios de las formas de cultura material que pronto definirán el Bronce Final occidental.

De la cronología absoluta que aportan ambos elementos *exóticos* debe deducirse que el período histórico-arqueológico en estudio debe estar limitado por una horquilla temporal de medio milenio, una cifra demasiado extensa a menos que se tengan en cuenta las fechas radiocarbónicas que proporcionan el contexto en que aparecieron los fragmentos del Llanete de los Moros (MARTIN DE LA CRUZ, 1987a), que rebajaría esta *Edad Oscura* occidental en casi dos siglos.

## 1.2. Territorio y paisaje. Sus implicaciones para el estudio de la Protohistoria.

En los estudios históricos, el conocimiento del paisaje adquiere una dimensión difícilmente eludible no sólo en cuanto a su interpretación como el espacio físico donde se desarrolla la actividad humana, sino como marco interpretativo donde contrastarla y explicarla (BUTZER, 1982). Cuando se analiza cualquier territorio, ya sea desde una escala regional o interrelacionándolo con otros espacios geográficos mucho más amplios, del carácter físico de éste se deduce que la mayor parte de los aspectos relacionados con la ocupación humana, tanto los actuales como los pertenecientes a cualquier período anterior, tales como la estructura de los asentamientos, su distribución espacial e interrelación con otras áreas, así como los diferentes recursos utilizados y las diversas técnicas aplicadas para la obtención de los disponibles que posibilitan su ocupación, pueden estar influidos, precisamente, por las constantes naturales presentes en el territorio en cuestión.

No obstante, ha de tenerse en cuenta que el paisaje tal como se presenta en la actualidad no es algo estable, sino dinámico; por definición, y como una constante mantenida a través de la Historia, todo paisaje es el resultado de la acción de los agentes transformadores que inciden o incidieron en él en el tiempo y en el espacio.

Durante el período previo a la aparición del hombre, en la dinámica de los procesos que determinan la evolución del medio, transformación y cambio se deben, exclusivamente, a la interacción seriada en el tiempo de los fenómenos naturales. Una vez acreditada la presencia humana, el manejo que el hombre hizo de los recursos que el medio le ofrecía espontáneamente condicionó e incrementó la

incidencia natural, acelerando sus procesos, ralentizándolos o interrumpiéndolos circunstancialmente (NEBOID, 1983). Así, y de acuerdo con las técnicas disponibles, para acceder a los recursos naturales y a medida que éstos eran necesarios a cada una de las sociedades establecidas en un espacio determinado, las acciones emprendidas por éstas tendrán una repercusión muy importante en su medio ambiente y, también, en el que con posterioridad va a caracterizar al mismo territorio.

Superada la etapa cazadora-recolectora en la que posiblemente el hombre se limitaba a disponer, según necesitaba, de los recursos que un determinado ecosistema le ofrecía de forma natural, con lo que la dimensión de estas acciones al estar inscritas en una escala de escaso rango quedan difuminadas prontamente, comienza una fase acelerada de transformación del medio (DÍAZ DEL OLMO, 1989).

La aparición de la ganadería y la agricultura, de forma tímida en principio pero extendiéndose gradualmente a lo largo de siglos y milenios, se hizo a expensas de un proceso de sustitución del bosque, en el que la deforestación gradual y la reducción de éste hasta los límites actuales será el corolario. Las talas indiscriminadas para aumentar las dehesas y áreas de cultivo y la creciente necesidad de la madera para la fabricación de útiles de uso diario, o a gran escala en edificios, embarcaciones y como combustible en actividades de tipo artesanal e industrial -labores mineras y metalúrgicas especialmente- tendrán sobre el medio una incidencia inmediata pero también progresiva e irreversible en la mayoría de los casos.

Además de la pérdida de gran parte del bosque, por su complementariedad, será importante el uso y manejo de los recursos hidráulicos tendentes a mejorar el rendimiento de los cultivos y disponer de agua; junto con la desecación de lagunas y humedales por su alta productividad, también se interrumpe el caudal de los ríos con presas y canales para la irrigación de los campos.

Resulta evidente que el resultado de tales acciones, quizás con períodos de gran incidencia y otros de abandono acumulados en el espacio-tiempo, será la rápida y gradual transformación de amplias áreas,

donde pronto se producirá la sustitución o pérdida de los suelos que habían permanecido estables durante milenios y de la cubierta vegetal que los hacía posible.

Esta pérdida o degradación, según fuese la escala del impacto antrópico, se deduce por la consiguiente dinamización de la escorrentía en las laderas y el incremento del poder erosivo de la incisión fluvial (MOREIRA, 1990), cuyo resultado será la acumulación de gran cantidad de sedimentos transportados a los valles, así como la formación de deltas y marismas en la desembocadura de los ríos, donde su última consecuencia será una suerte de cambios progresivos en la morfología previa, que han podido estar determinados por la instalación de diferentes infraestructuras portuarias.

Lo que a escala geológica significa el instante de su descripción, a escala humana estos procesos pudieron pasar inadvertidos, toda vez que los efectos causados en el medio por una generación, o sólo por unas pocas, en muchos casos es probable que el conjunto de sus consecuencias sólo sean percibidas o experimentadas a lo largo de un amplio espacio temporal abarcable por varias generaciones, si es que el deterioro causado por las anteriores les permite permanecer en el mismo espacio geográfico.

Sin embargo, los factores aludidos anteriormente impactarán en un territorio en la medida en que en éste incidan otros como la erosividad, erodibilidad, fisiografía y estado de la cubierta vegetal (MOREIRA, 1990), con lo que se llega a una amplia suma de factores que conforman una relación causa-efecto que debe atribuirse a la interrelación de la evolución natural y al uso del medio por el Hombre.

Por todo ello, una de las posibles vías para interpretar la Historia de un territorio determinado, será el estudio de la interrelación de su evolución natural y su evolución antrópica, entendiendo la Historia como el proceso que agrupa la totalidad de las actividades que en dicho territorio ha desarrollado el Hombre (DIAZ DEL OLMO, 1989). Así, la actividad humana, reflejada en el registro físico actual,

aportará los datos empíricos necesarios para que se pueda establecer tanto el alcance de su incidencia como el de los elementos sociales, económicos, políticos y culturales presentes en la ocupación de un mismo lugar durante un espacio de tiempo determinado, y será cada sociedad y su tecnología las que aporten los factores determinantes del registro.

Por ello, para entender la evolución del medio físico a través de la Historia, es necesario aplicar a su estudio diferentes conceptos de escala, tanto en una dimensión exclusivamente temporal como en su ámbito espacial, ya que, mientras que una escala espacial ampliada hasta el concepto de región natural ayuda a integrar un territorio específico en un espacio corográfico extenso, fuera del cual no se podrían relacionar o interpretar aspectos históricos puntuales de su geografía, la escala temporal ayudará a conocer la amplitud y constantes particulares de cada período. En definitiva, no se podría entender el paisaje actual sin remontarse a los millones de años en que se inició la evolución geológica de un territorio en cuestión, que deberá ser contemplada, incluso, desde un planteamiento suprarregional. Particularmente, tampoco será posible el conocimiento paleogeográfico del territorio si no se establece el proceso evolutivo de los últimos milenios, pues será el Holoceno el período en que la acción del hombre ha matizado y determinado la evolución natural con mayor incidencia (DÍAZ DEL OLMO, 1989).

De esta manera, dadas las características del SW peninsular, como ya ha sido puesto de relieve para un territorio específico (DÍAZ DEL OLMO, 1989; BORJA, 1990; CAMPOS y otros, 1991; 1993), el estudio de la Paleogeografía de cada espacio en cuestión aportará los datos pertinentes que eviten planteamientos de corte presentista, en especial cuando se trata de establecer las posibles constantes físicas de un territorio en el momento o espacio histórico que se estudie.

Partir, pues, de estos conceptos generales acerca del paisaje, aplicados al SW de la Península Ibérica y en especial al espacio cronológico comprendido entre mediados del II Milenio y los primeros siglos del I Milenio a.C., no puede ser considerado el exponente teórico de un determinismo decimonónico

---

encubierto, sino un punto de partida necesario, que será ineludible a la hora de explicar el proceso histórico.

De hecho, muchos de los problemas planteados en la investigación actual vienen dados por no entender al territorio en su verdadera dimensión, en especial por desconocer o no contemplar la evolución paleogeográfica local, al haber sido asumido por la arqueología tradicional *...la ubicación abstracta de hallazgos sueltos y de yacimientos arqueológicos indiscriminados, sobre un soporte estático e invariable: los mapas geográficos actuales* (ARTEAGA, SCHULT y ROOS, 1995: 105).

No obstante, de la misma forma que los procesos locales pueden y suelen ser el resultado de acciones antrópicas emprendidas en un corto espacio temporal, y que las transformaciones abarcables por la escala humana únicamente sean el resultado de un conjunto de tales acciones experimentadas en el mismo espacio durante un tiempo considerable, quizás muchos años o decenas de años después, sólo parece posible establecer pautas generales para períodos concretos, por la dificultad de integrar dichas acciones en esquemas reales o cartografiarlas en detalle (BORJA, 1990; BORJA y DIAZ, 1995). Incluso es imprescindible tener que remontarse a centenas de años para entender la relación causa-efecto determinante de los procesos previos, o establecer la evolución hasta el presente, puesto que los procesos recientes han seguido y siguen influyendo en los registros naturales y en los restos antrópicos, determinando la posibilidad de su lectura, pues es fácil entender que los procesos erosivos hayan destruido para siempre un cierto número de las evidencias arqueológicas más frágiles, tales como *fondos* de cabaña, o que en las áreas deprimidas permanezcan soterrados otros tipos de evidencias, cubiertos en la actualidad por acúmulos sedimentarios de génesis más reciente.

Desde un punto de vista práctico, si la Historia se difunde dividida en fases y períodos arqueológicos que se desarrollaron en espacios concretos, en el acercamiento a su estudio no es aconsejable analizar los períodos históricos de forma aislada, olvidando el proceso continuo de la Historia, pues *...si cada fase debe explicarse por separado, comparándola con otras..., se está restando importancia a la*

---

*evolución histórica de carácter único* (HODDER, 1988: 102).

Tampoco puede explicarse ésta sin analizar el territorio en su globalidad y aisladamente, puesto que las diferencias zonales, tanto sincrónica como diacrónicas, pueden ser muy importantes en el conjunto del territorio, pudiendo explicar ciertos problemas con los que se encuentra el investigador que, en muchos casos, es posible que sólo sean aparentes, como sería el caso de disfunciones verticales a pequeña escala que son explicadas como vacíos poblacionales, que pueden ser debidos a que en la investigación tradicional se han priorizado, por causas que serán analizadas más adelante, los estudios de algunos períodos histórico-arqueológicos sobre otros; también porque los vacíos en la horizontal puedan deberse a diferencias morfológicas de las áreas donde se manifiestan, o a que sus superficies actuales hayan sido modificadas drásticamente en relación al período que se estudia. En la misma línea de la escala en que debe moverse la investigación, otra circunstancia a tener en cuenta es que gran parte de las acciones desestabilizadoras del medio no inciden únicamente en el área afectada, sino que las consecuencias pueden extenderse a otras áreas muy alejadas tanto en el espacio como en el tiempo.

De la misma forma, sería difícil y arduo interpretar la Historia de cualquier área determinada del SW, sin relacionarla con la experimentada sincrónicamente por otras áreas peninsulares o extrapeninsulares. Pero no se debe caer en el error de atribuir una cierta uniformidad a todo este espacio peninsular, en especial porque esa uniformidad es posible que no exista incluso en pequeñas comarcas.

Un ejemplo al caso podría ser la Tierra Llana de Huelva que, tanto por poseer características físicas propias como por el hecho de presentar signos de haber sido ocupada ininterrumpidamente durante el Holoceno (DIAZ DEL OLMO, 1989), resulta ser un espacio geográfico-territorial donde se ha contrastado su alta dinamicidad (BORJA, 1990; 1993) y, por ello una unidad de análisis en sí misma (CAMPOS y otros, 1993). No obstante, toda unidad de análisis histórico tendrá que ser interrelacionada con las adyacentes, puesto que cada una debe formar parte de otra de ámbito mucho

mayor, circunstancia que posibilitará entender fenómenos generales con otra amplitud y garantías.

En definitiva, el concepto de una Historia de carácter único y lineal, pero evitando generalizaciones establecidas para otros ámbitos sin su contrastación empírica, es la línea de trabajo que aquí hemos intentado desarrollar, en la que se hace especial hincapié en las relaciones contextuales de los registros geoarqueológicos, que se estima que es la base desde la cual solamente se podrán establecer diacronías y sincronías tanto a escala local como en su comparación con otras áreas.

## 2. OBJETIVOS Y METODOLOGIA.

Partiendo de las premisas anteriores, los objetivos que se plantean con este trabajo se enmarcan en la necesaria revisión de los datos empíricos existentes para el SW peninsular, que hayan servido hasta ahora para explicar el proceso histórico comprendido entre mediados del II Milenio y los primeros siglos del I Milenio a.C., con la intención de establecer un punto de partida coherente con los requerimientos actuales.

Por el volumen de datos que aporta la investigación actual, es necesario que esta línea de trabajo sea establecida en fases acumulativas, a través de las cuales sea posible el planteamiento de una estrategia faseada hasta alcanzar el fin pretendido.

En base a la bibliografía disponible, una primera fase se establece con la plasmación cartográfica del fenómeno poblacional del período en estudio, que sirve para estimar su dimensión locacional en el contexto paleogeográfico que resulta del estudio de la evolución del medio físico.

A partir de ello, establecido el factor espacial donde se desarrollaron las sociedades de la Edad del Bronce, dada la importancia que para explicar la evolución histórica de un territorio representan las estratigrafías y otras actuaciones arqueológicas, se analizan éstas desde su perspectiva contextual, con la intención de descubrir la base conceptual con la que se han obtenido e interpretado los datos

difundidos.

Las diferentes actuaciones arqueológicas realizadas en cada yacimiento, una vez revisadas, permitirán establecer sincronías y diacronías que podrán ser utilizadas para establecer una jerarquización de los sitios y períodos mejor conocidos, que sirva para establecer pautas de análisis a escala local y de conjunto y, con ello, alcanzar una síntesis explicativa que contemple, desde la estructuración del territorio en unidades de análisis y contrastación empírica, el establecimiento de modelos locales de evolución diacrónica que permitan conocer el territorio en su dimensión histórica.

Realizada esta parte del trabajo, una vez establecidas unas pautas generales para el conjunto del territorio, teniendo en cuenta que tanto la dimensión espacial del SW como el volumen del conocimiento existente en el presente representan una muestra excesiva, se ha elegido un marco de contrastación de menor escala, entendiéndose que el espacio comprendido entre los cursos de los ríos Guadiana y Guadalquivir representa una unidad de análisis con la diversidad y características suficientes para definir las posibles evoluciones locales, establecer diacronías y sincronías, y alcanzar una respuesta del territorio que pueda ser contrastada y explicada, en base a las claves que determinan los cambios culturales, ya sean económicas, políticas o sociales.

Culminado el proceso de estudio, la respuesta de este territorio podrá hacerse extensiva al conjunto del SW, una vez se haya contrastado que los problemas que afectan a la explicación de la evolución del proceso histórico han estado basados en considerarlo homogéneo, cuando de hecho existieron unos procesos o desarrollos diferenciables en algunas zonas del territorio suroccidental de la Península Ibérica, con claras evoluciones asimétricas locales, debidas tanto a la posición que cada una de las sociedades ocupaban en el conjunto de este espacio territorial, como al sustrato poblacional a partir del cual se superpusieron. así como de los recursos disponibles que con la tecnología existente pudieron ponerse en explotación en cada momento.

### 3. EL MARCO EN QUE SE DESARROLLA LA INVESTIGACION.

A comienzos de esta década iniciamos nuestra vinculación al Grupo número 5272 del Plan Andaluz de Investigación (PAI), del Area de Arqueología de la Facultad de Humanidades y CC. de la Educación de la Universidad de Huelva, codirigiendo a partir de 1994 proyectos de investigación y algunas de las actuaciones que se realizan en el seno del citado grupo.

El hecho de que varios de estos proyectos tengan como marco preferente de actuación la Tierra Llana de Huelva (CAMPOS y otros, 1991), ha contribuido a nuestra formación en aspectos relacionados con la investigación territorial de este espacio geográfico humanizado, considerado uno de los más dinámicos del SW peninsular debido a sus especiales características físicas. Por ello, debido a que nuestra actividad formativa se ha vinculado a aspectos generales y puntuales del estudio de la evolución histórica, desde un punto de vista teórico consideramos la necesidad de analizar amplios espacios cronoculturales para comprender otros más específicos, ya que la evolución en el tiempo y en el espacio de las sociedades establecidas en un lugar permite observar pautas de comportamiento que pueden estar sujetas al análisis y el conocimiento de los procesos históricos.

En el estudio de la Tierra Llana de Huelva, realizado desde una perspectiva interdisciplinar, se observaban una serie de problemas que con los datos existentes parecían no tener solución, tal vez por la forma y los métodos usuales puestos en práctica en la investigación arqueológica de las últimas décadas. Es por lo que, como trabajo de investigación de tercer ciclo de nuestra licenciatura en Geografía e Historia, revisamos las investigaciones arqueológicas realizadas en dicho territorio, esperando que ello permitiera establecer una base de contrastación que posibilitara abordar otros trabajos de mayor envergadura (GOMEZ, 1995).

Al haber comprobado que, a finales de la década de los ochenta, reconocida la suerte de problemas que impedían aceptar como válidos los planteamientos que en esos momentos se barajaban (CAMPOS y otros, 1991; 1993), se planteó la necesidad de investigar la evolución histórico-arqueológica de la

---

Tierra Llana con métodos y técnicas que permitieran abarcar el conjunto del territorio en su verdadera dimensión, hecho no contemplado hasta entonces en ningún otro proyecto, puesto que los ya concluidos y los todavía vigentes se orientaron al estudio de períodos específicos.

Para ello, fue necesario obtener muestras contrastadas a diferentes escalas, que pudiesen explicar pautas específicas de comportamiento, tanto de ámbito general como de ámbito local. Así, la evolución diacrónica observada en los diferentes modelos definidos podían ser integrados, con posterioridad, en un modelo territorial más amplio que contemplase en sincronía cada una de las evoluciones particulares.

Este modelo de investigación territorial, basado en las técnicas definidas por la Arqueología Contextual, se adaptó a las características de la Tierra Llana de Huelva que, al ser uno de los medios más dinámicos del SW, hacía posible contrastar la evolución histórica de cada una de las sociedades que la ocuparon en un espacio temporal amplio, mediante el análisis de las evidencias empíricas en relación con la propia evolución del medio natural.

Con ello, según nos planteamos, el estudio del contexto en que se producen los cambios en los medios naturales bajo la presión antrópica, permitieron obtener un hilo conductor extrapolable al conjunto del territorio con el que se podía establecer el alcance de la acción humana, determinado por la tecnología al uso en cada momento, la adscripción socio-económica que lo posibilita, y la evolución o evoluciones político-sociales que se producen en el territorio.

Con los datos de superficie obtenidos en las diversas campañas de proyección se había podido alcanzar una primera síntesis general (CAMPOS y otros, 1993) y se realizaron diversos ensayos de reconstrucción histórica local en algunas de las zonas que integran el conjunto del territorio (DÍAZ DEL OLMO, CAMPOS y BORJA, 1994; CAMPOS y GÓMEZ, e.p.). No obstante, cuando se había tratado de explicar la evolución de períodos históricos específicos o puntuales (GÓMEZ y otros, 1994;

---

CAMPOS y GOMEZ, 1995; GARCIA RINCON y otros, e.p.), que en vista de ello necesitan un mayor detalle en la explicación de las evidencias existentes, a la hora de contrastar éstas, surgían problemas inevitables por la dificultad de rellenar las evidentes lagunas entre los períodos histórico-arqueológicos tradicionales. Otro problema observado era que en el proceso de investigación resultaba complicada la explicación de la evolución interna de los yacimientos más excavados, donde y por ello, debería ser lo contrario.

Sin dudas, los impedimentos habían surgido de partir de evidencias obtenidas a lo largo del pasado y por haberse prestado una mayor atención a períodos histórico-arqueológicos puntuales. Pudo comprobarse, además, que las trabas para obtener una puesta al día con la suficiente garantía podían ser resultado de las técnicas de excavación que se habían puesto en práctica, y porque la forma de presentación de los resultados en la publicación de las distintas actuaciones eran muy dispares.

El análisis del conjunto de las evidencias arqueológicas, una vez que éstas fueron tamizadas desde un único punto de vista y con el mismo método crítico-analítico, permitió que se detectasen lagunas y contradicciones y, al mismo tiempo, establecer un punto de partida coherente con las nuevas necesidades. El contar con un registro que no se fundamentaba en evidencias obtenidas con métodos ya obsoletos sino de su puesta al día, también permitió definir las posibles evoluciones locales y establecer diacronías y sincronías en el conjunto del territorio, analizables bajo una perspectiva contextual, con lo que fue posible alcanzar una propuesta de evolución histórica desde la aparición de los primeros indicios humanos en la Tierra Llana de Huelva hasta que culmina su romanización (GOMEZ, 1995).

A lo largo de la evolución histórica propuesta, observamos que una de las cuestiones que podían explicar las deficiencias encontradas, en el proceso general de investigación, se planteaba a la hora de establecer cómo se produjeron los cambios en la transición del II al I Milenio a.C. que, como se ha visto en las páginas anteriores, necesitan de una profunda revisión, no sólo en la Tierra Llana de

Huelva, sino en el conjunto del SW peninsular.

Para este período histórico, que se entrecve que se produce entre dos cambios generalizados, los problemas fundamentales son establecer los factores crono-espaciales de su desarrollo. Para el primer cambio es fundamental conocer el territorio para comprobar como se produce éste y donde, es decir, su alcance en el conjunto del SW peninsular; para el segundo cambio es elemental integrar también en el espacio y en el tiempo el complejo fenómeno de la presencia de los orientales en el Occidente atlántico y, en especial, la de los colonos o comerciantes fenicios.

En relación a la problemática existente a la hora de establecer las bases en que se produjo la integración del Occidente a las comunidades mediterráneas, nuestro ámbito de actuación específica se enmarca en los siguientes proyectos:

\* **Mission Archeologique de Tell Abu Hawam. Port Antique de Haifa, Israel (MATAH).** Codirigida por las Dras. J. Balensi y M. D. Herrera, este proyecto de investigación y salvamento está patrocinado y subvencionado por el Centre de Recherche Français de Jérusalem del Ministère Français des Relations Exterieures; Dép. des Civilisations Maritimes, Université de Haïfa; Casa de Santiago de Jerusalén, e Instituto Bíblico y Arqueológico Español.

Entre 1985 y 1992, realizamos la excavación del Area A de la ciudad y el estudio de los materiales arqueológicos del horizonte fenicio del Hierro II, de las campañas de excavación realizadas en 1985 y 1986.

\* **Proyecto: Excavaciones Arqueológicas en el Castillo de Doña Blanca, El Puerto de Santa María (Cádiz),** dirigido por el Dr. Ruiz Mata. Dirección General de Bellas Artes de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.

Entre 1986 y 1990 fuimos responsable directo de la realización de diversos cortes estratigráficos en la ciudad fenicia, de la excavación de uno de sus monumento

funerario, y del estudio de la evolución estratigráfica de algunos materiales pertenecientes a las primeras fases de ocupación.

Para los estudios locales, hemos colaborado y/o codirigido los siguientes proyectos de investigación:

\* Proyecto: **La Minería Antigua en el Cinturón Ibérico de Piritas**. Codirigido con J.A. Pérez Macías. Dirección General de Bellas Artes de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.

Entre 1987 y 1989 realizamos el estudio de las Minas de la Joya, Riotinto y Tharsis, con especial atención a la minería romana y prerromana.

\* Proyecto: **Geoarqueología en Sierra Morena: Formaciones travertínicas y secuencia de poblamiento en Alájar y Zufre, Huelva**. Codirigido con F. Borja Barrera. Dirección General de Bellas Artes de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.

En la campaña de 1988 realizamos la prospección arqueológica superficial en los travertinos de Alájar y Zufre, y en la de 1989 fundamentalmente se estudió un enterramiento de Bronce Tardío-Final de una de las cavidades del travertino.

\* Proyecto: **Dinámica de Asentamientos y evolución de Sistemas Naturales: La secuencia holocena del litoral y prelitoral entre el Guadiana y el Guadalquivir**, en codirección con J.M. Campos Carrasco, F. Borja Barrera, J.M. García Rincón y J. Castiñeira Sánchez. Dirección General de Bienes Culturales de la Junta de Andalucía.

Durante las campañas realizadas entre 1990 y 1992 se analizó el conjunto de la Tierra Llana de Huelva.

\* Proyecto: **Proyecto Almutamid (Sub-Proyecto de Arqueología)**. Proyecto LACE y Consejería de Cultura y Medio Ambiente de la Junta de Andalucía, realizado en colaboración con profesionales de otras áreas de conocimiento.

Entre 1993 y 1994 realizamos el estudio y catalogación de las evidencias arqueológicas de la margen izquierda del Bajo Guadiana.

\* Proyecto de Arqueología Urbana: Niebla: análisis de la implantación y evolución del fenómeno urbano en las campiñas de Huelva. En codirección con J.M. Campos Carrasco y J.A. Pérez Macías. Dirección General de Bienes Culturales de la Junta de Andalucía.

Desde 1992 hasta la fecha hemos realizado la excavación de cinco solares en el Conjunto Histórico de la Ciudad de Niebla, así como otras actuaciones relacionadas con su investigación histórico-arqueológica y patrimonial.

La investigación del período histórico-arqueológico que se enmarca en el SW peninsular entre los últimos siglos del II Milenio y los iniciales del I Milenio a.C., como una culminación de los trabajos que hemos venido realizando en los últimos años (Figura 1), nos ha permitido plantear la redacción del presente trabajo como Tesis Doctoral, que es el fruto de actuaciones propias y de la colaboración en proyectos de investigación localizados en el ámbito del SW peninsular, en particular en las provincias de Huelva, Cádiz y el Alentejo portugués, así como en la costa siro-palestina, por lo que se cuenta con una base para afrontar el análisis de las particularidades de la cultura material presentes en este territorio, elemento imprescindible para reconocer tanto los desarrollos locales como las importaciones.

<b>NOMBRE PROYECTO/ACTUACIONES</b>	<b>AMBITO</b>	<b>ORIENTACION</b>
<b>M.A.T.A.H.</b> 1985 Excav. del Area A del Hierro II palestino. 1992 Estudio materiales fenicios campañas 1985-86	Haifa	Exc. Puerto Fenicio
<b>Castillo de Doña Blanca</b> 1986 Excav. Corte estratigráfico FO-30 1987 Excav. Monumento Funerario del Bronce 1988 Registro Monumento Funerario del Bronce 1989 Excav. Corte Estratigráfico TDB-89/MN/07/E 1990 Estudio C. Estratigráfico TDB-89/MN/07/E	Bahía de Cádiz	Exc. Puerto Fenicio
<b>Minería Antigua en Sierra Morena</b> 1987 Estudio de las Minas de la Joya 1988 Estudio de las Minas de Corta Lago (Riotinto) 1989 Estudio Minas del Filón Sur (Tharsis)	Andévalo	Minería Antigua
<b>Geoarqueología en Sierra Morena</b> 1988 Estudios de Travertinos de Alájar y Zufre 1989 Estudio Monumento Funerario del Bronce Final	Alájar/Zufre	Travertinos Holocenos
<b>Dinámica de Asentamientos y evolución de ...</b> 1990 Prospección Superficial de la Tierra Llana 1991 P. Superficial Interfluvio Guadiana/Piedras 1991 P. Superficial de Doñana 1991 P. Superficial del Acantilado de El Asperillo 1992 P. Superficial Interfluvio Piedras/Odiel 1992 P. Superficial Campiñas Onubenses	Tierra Llana	Estudios del Territorio
<b>Proyecto Interfronterizo Almutamid</b> 1993 P. Superficial Frontera Ayamonte/El Granado 1994 Catalogación Frontera Ayamonte/El Granado	Frontera	Estudios del Territorio
<b>Niebla: Análisis de la implantación de..</b> 1993 Excav. en Plaza Santa María 1 1994 Excav. en Plaza Santa María 7 1994 Prospección de El Palmarón (Niebla) 1994 Excav. en Plaza de la Feria 1 1995 Excav. en Constitución 10 1995 Excav. en Cristóbal Colón 10 1996 Actuación en el Castillo de Los Guzmanes	Niebla	Arqueología Urbana

Figura 1. Cronograma de las actuaciones realizadas.

## CAPITULO 2

### El marco territorial y su evolución paleogeográfica durante la Prehistoria

---

Al ser uno de los objetivos de este trabajo interpretar históricamente la evolución de un territorio específico del SW de la Península Ibérica, es lógico pensar, en la línea de lo expuesto en el capítulo anterior, que las características físicas de dicho territorio tuvieron una repercusión evidente tanto en la evolución histórica de las sociedades desarrolladas en esta zona, como en la de su paleogeografía.

De ello puede inferirse que en la conformación y evolución posterior de dichas sociedades incidieron los recursos disponibles en cada momento histórico, así como su localización espacial en cuanto a las posibilidades generales y específicas de interrelación con otras áreas. De la misma forma, el alcance y las características de las formaciones sociales, tal como se sucedieron en el tiempo, incidieron en la conservación o evolución del medio natural.

En la década de los años ochenta, la reconstrucción paleogeográfica del SW peninsular fue establecida por el Prof. Díaz del Olmo (1989) con la que, aunque trataba específicamente de establecer un marco o soporte físico coherente donde inscribir la realidad histórica del mito de Tartessos, ha aportado una interesante línea de investigación para la Arqueología andaluza que va mucho más allá de la mera intrusión de un capítulo inconexo en las monografías y memorias de excavación, en el cual se describían la geografía *actual* y las características geológicas de un territorio dado, que no aportaba nada trascendente al análisis o a la explicación de los períodos histórico-arqueológicos.

Esta línea de investigación, de la que nos sentimos deudores, ha aportado ya a nuestro entender importantes frutos que otorgan a los estudios del espacio- territorio, en su relación con la presencia humana, una importante dimensión difícilmente eludible en trabajos futuros.

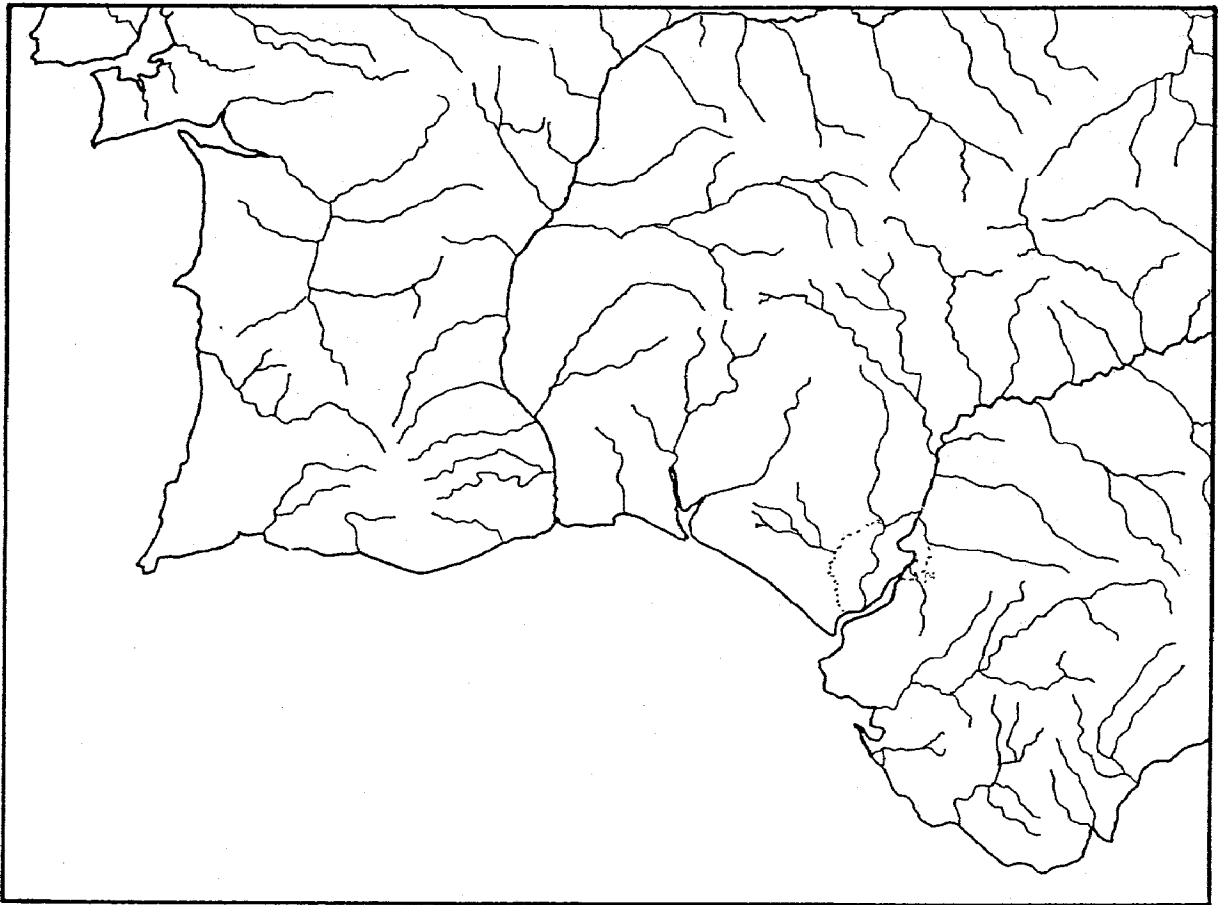


Figura 2. El Suroeste peninsular.

La descripción exhaustiva de las constantes físicas del SW ha sido una parte importante, aunque recurrente, en los trabajos previos (DIAZ DEL OLMO, 1989; CAMPOS y otros, 1993; DIAZ, CAMPOS y BORJA, 1994; BORJA, 1995; CAMPOS y GOMEZ, 1995) por lo que aquí se ha preferido aliviar el texto, incluyendo tan sólo lo que entendemos es imprescindible para cubrir los objetivos propuestos.

### 1. EL SW PENINSULAR.

A lo largo del texto, se aplica el término "SW peninsular" para describir el marco donde se inscribe la investigación, y como espacio geográfico actual le corresponden unos límites precisos, cuya representación gráfica es la Figura 2. No obstante, es evidente que también se asume en abstracto para definir un espacio territorial humanizado, cuya descripción pormenorizada, en relación a los conocimientos que se poseen en la actualidad, resulta bastante más complicada cuando el concepto espacial lleva implícito el factor tiempo.

Desde esta perspectiva, por SW peninsular se entiende un territorio en el que se inscribe la zona más occidental de la costa atlántica en la que desembocan los ríos Guadiana, Piedras, Tinto-Odiel y Guadalquivir, los tramos bajos de los dos principales -Guadiana y Guadalquivir- y el espacio más meridional comprendido entre ellos, así como gran parte de las estribaciones occidentales de Sierra Morena. Con ello, en este territorio hay que incluir una serie de unidades espaciales muy diversas.

En el extremo más occidental, la cuenca baja del Guadiana, fundamentalmente enmarcada en el sustrato paleozoico de Sierra Morena, se prolonga sin solución de continuidad hasta abarcar la Extremadura portuguesa y la española.

En el más oriental, la cuenca baja del Guadalquivir, se extiende desde las marismas holocenas que rellenaron paulatinamente la antigua paleosenada hasta muy arriba, comprendiendo gran parte del valle entre la zona más occidental de la Cordillera Bética y el reborde de Sierra Morena, sin que exista

una diferenciación apreciable entre las campiñas sevillanas y las cordobesas, con lo que es aleatorio establecer un límite en cuanto a considerar dónde comienza la cuenca media; de cualquier forma es arriesgado presuponer que la diferencia entre cuenca baja y media indique algún cambio en las gentes que ocuparon una u otra.

En este territorio, por demás, resulta importante la inclusión del Cinturón Ibérico de Piritas, lugar donde la sociedad occidental del Bronce se nutrió de los metales necesarios para su uso y comercialización.

Por todo ello, en este espacio, los dos ríos principales interrelacionan los ámbitos costeros con el interior hasta adentrarse en los medios continentales. El río Guadiana, que nunca fue una frontera efectiva hasta la Edad Moderna, conforma un amplio espacio territorial al que vertebra y define. Por otra parte, el Guadalquivir, convertido en el gran protagonista de sus fértiles campiñas, define otro amplio territorio con peculiaridades propias. El resto de los otros ríos, más modestos y entre los que se debe incluir el Guadiamar, sirven de vía y marco a los intercambios que se producen entre la costa y las áreas mineras. En definitiva, un espacio territorial sin límites precisos, dividido en litoral, campiña y sierra, que comparte espacios y características comunes que pueden extenderse hasta otras áreas muy alejadas.

Desde un punto de vista práctico, no vemos la necesidad de extendernos en una descripción pormenorizada de las diversas comarcas actuales enmarcadas en el conjunto del espacio geográfico así definido, por lo que nos parece más útil centrarnos en el análisis del territorio en que se enmarca la investigación, considerar cómo pudo presentarse éste a los ojos de las sociedades que lo ocuparon entre los II-I Milenios a.C., cuál pudo ser su evolución, y la inferencia del territorio al proceso histórico. En definitiva, explicar el marco físico que heredaron las sociedades del Bronce Final, pero como punto de partida para poder alcanzar una visión de su geografía.

## 2. EVOLUCION PALEOGEOGRAFICA DEL ENTORNO DE LA PROVINCIA DE HUELVA.

El territorio en estudio se integra en el SW de Andalucía, estando dividido en tres regiones geológicas bien diferenciadas: Ossa Morena, que representa la más septentrional, la Zona Surportuguesa como área intermedia, y el extremo más occidental de la Depresión del Guadalquivir.

Ossa Morena corresponde al reborde meridional de la Meseta, por lo que se trata de una zona muy antigua geológicamente, y por ello de escaso relieve, ya que sus alturas no alcanzan el millar de metros sobre el nivel del mar.

En ella se integran la Sierra de Aracena y Picos de Aroche, orientados en la dirección hercínica como su hidrografía, que forman un territorio estructurado en bandas de sierras y valles paralelos, cuyo aspecto actual es un paisaje monótono por su homogeneidad, debido a su antigüedad geológica.

La Zona Surportuguesa del Macizo Hespérico, de génesis mucho más reciente, excepto durante diversas y sucesivas transgresiones marinas, permaneció emergida desde el Mesozoico al Terciario (MAYORAL, 1990), apareciendo su superficie afectada por un proceso generalizado de erosión, mucho más visible en el también monótono Andévalo occidental. En el Plioceno, última fase del Terciario, al sur de ésta aparece un importante golfo limitado por Sierra Morena al norte y las Cordilleras Béticas al sur, que será el fondo de la futura Depresión del Guadalquivir y la Prefosa de las Béticas (RODRIGUEZ, 1990a; MAYORAL, 1990).

Con posterioridad, durante el período Cuaternario se producen los fenómenos que suceden al último ciclo transgresivo de la Era Terciaria que, de forma simple, serían la alternancia de períodos interglaciares y glaciares, la diversificación de los homínidos, y la aparición del hombre. A escala general del territorio, los primeros indicios humanos documentados hasta hace poco en el conjunto del territorio eran los conocidos de la Cueva de la Mora en Jabugo (ALMAGRO, 1975b; PEREZ, CRUZ-AUÑON y RIVERO, 1990), y pocos más (GARRIDO y ORTA, 1975), aunque estos últimos

de escaso valor real.

No obstante, en la Tierra Llana de Huelva se pueden ya relacionar con un paisaje de amplios valles y terrazas fluviales escalonadas pertenecientes a una red fluvial cuaternaria de alto poder erosivo, en la que predominaban los cauces de tipo meandriforme o entrelazado, que permitió la movilización y la sedimentación de grandes acúmulos de materiales detríticos (RODRIGUEZ VIDAL, 1990b), así como la virtual destrucción de posibles estaciones paleolíticas.

En estos valles y en sus llanuras de inundación predominarán superficies amplias cubiertas por arenas, gravas y cantos, siendo las cuarcitas el material predominante, que sería utilizada como materia prima para los primeros útiles.

A lo largo del período cuaternario, las cuencas fluviales del SW peninsular serán incididas y normalizadas en relación a las diferentes posiciones del nivel del mar. Con ello, las áreas interfluviales exhumadas más meridionales, compuestas en su caso por unos materiales de carácter fundamentalmente areno-arcilloso, estarían sujetas a procesos de meteorización y de formación de suelos en relación a situaciones climáticas variadas, en las que se pasaría con alternancia desde situaciones frías periglaciares a otras tropicales cálido-húmedas, que dieron lugar a la aparición de alteritas a partir de las superficies pliocenas exhumadas en el tránsito Plio-Pleistoceno, formando en algunos casos amplios espacios tapizados por arenas blancas, y otras áreas por nódulos de hierro (pizolitos) y conglomerados o costras ferruginosas más o menos potentes (RODRIGUEZ y otros, 1988; RODRIGUEZ, 1990a-b).

En cada momento, el paisaje vegetal estaría en consonancia con las diversas situaciones climáticas existentes, posiblemente desde las tropicales o las tropicaloides a las periglaciares, pues parece que no afectarán a la zona los efectos de las glaciaciones cuaternarias a la misma escala que a otras más septentrionales (DIAZ DEL OLMO, 1989).

En este contexto habría que incluir los hallazgos de útiles pertenecientes al Paleolítico inferior localizados en Bajohondillo (Trigueros) y El Monturrio (Moguer), relacionados con los cursos del Candón y del Tinto (CASTIÑEIRA y otros, 1990), pero incluidos entre los cantos depositados como sedimentos en las terrazas del Pleistoceno Medio-Superior, es decir en posición claramente postdeposicional, como en otras áreas del Guadalquivir (DIAZ DEL OLMO, VALLESPI y BAENA, 1992).

De momentos posteriores, existen también artefactos del Paleolítico Medio (CASTIÑEIRA y GARCIA RINCON, 1985; CASTIÑEIRA y otros, 1985) en posición no primaria, relacionados con las terrazas bajas del Tinto, en la Gravera del Apeadero (Niebla), y en las del Guadiamar (DIAZ DEL OLMO, CAMPOS y BORJA, 1994); también, pero fuera de su contexto geológico (AMO, 1976b) en La Dehesa, en Lucena del Puerto.

A partir de finales del Pleistoceno, en la Sierra Morena occidental continúa la fase de arrasamiento iniciada con anterioridad, reactivándose la incisión fluvial y los procesos de karstificación que darán lugar a los travertinos holocenos de Alájar y Zufre (DIAZ DEL OLMO, 1989; BAENA ESCUDERO y DIAZ DEL OLMO, 1990).

Con posterioridad a la última pulsación de la glaciación Würm, se produce en el hemisferio norte un receso generalizado del clima frío que conllevará la mejora de las condiciones de habitabilidad y el cambio de las constantes físicas del medio existente. Frente a los largos períodos anteriores donde la presencia humana puede ser considerada insignificante o nula, en los últimos 12,000 años, el hombre ha venido a desempeñar un importante papel en la evolución del medio, especialmente en los últimos milenios.

Ahora los procesos podrán inscribirse en una escala temporal de decenas de miles de años (BORJA y DIAZ DEL OLMO, 1995) o sólo de décadas (POZO, CAMPOS y BORJA, 1996); en la escala

espacial, también los estudios pueden inscribirse ya en áreas de ámbito regional o local.

La fase transgresiva Flandriense, resultante del aumento del volumen de agua disponible en el globo, culminaría hace aproximadamente 6000 años, con lo que la costa del SW quedaría configurada con un trazado muy parecido al actual, si exceptuamos las amplias ensenadas de los ríos Guadiana, Piedras, Odiel-Tinto y Guadalquivir (OJEDA, 1990), donde la influencia del mar conformaría playas interiores que alcanzaban una línea de costa acantilada, en el último ejemplo a muchos kilómetros de la actual (Figura 3).

A lo largo de este proceso, el aporte de arenas marinas por deriva litoral, combinado con la deposición de sedimentos fluviales, irá colmatando el fondo de las citadas ensenadas que hará que remita la influencia de las olas que habían formado la geometría acantilada de la costa anterior.

Ya en estos momentos estarán configurados los rasgos fundamentales del actual paisaje climático (DIAZ DEL OLMO, 1989), existiendo amplias extensiones de un bosque, en el que predominarán alcornoques y encinares, y otras superficies de sotobosque y matorral con especies termófilas de tipo mediterráneo, siendo más densa la cubierta arbórea por encima de los 700 metros debido a una mayor pluviometría, que ralentizaba la erosión de los suelos en las vertientes.

Desde el punto de vista natural (MOREIRA, 1990), también se habrá producido la zonificación de las áreas bioclimáticas y la configuración y organización de la red fluvial actual, en cuyo proceso quedarán exhumados los suelos que conforman el paisaje actual.

En el entorno de la Tierra Llana, las evidencias de la presencia humana se ha detectado en lugares donde existieron depósitos exhumados de cantos de cuarzo y cuarcitas procedentes de algunas de las terrazas aluviales pleistocenas, así como en puntos determinados del acantilado flandriense. También han aparecido en las llanuras de inundación de algunos de los ríos serranos (VALLESPI, RAMOS y

CASTIÑEIRA, 1988).

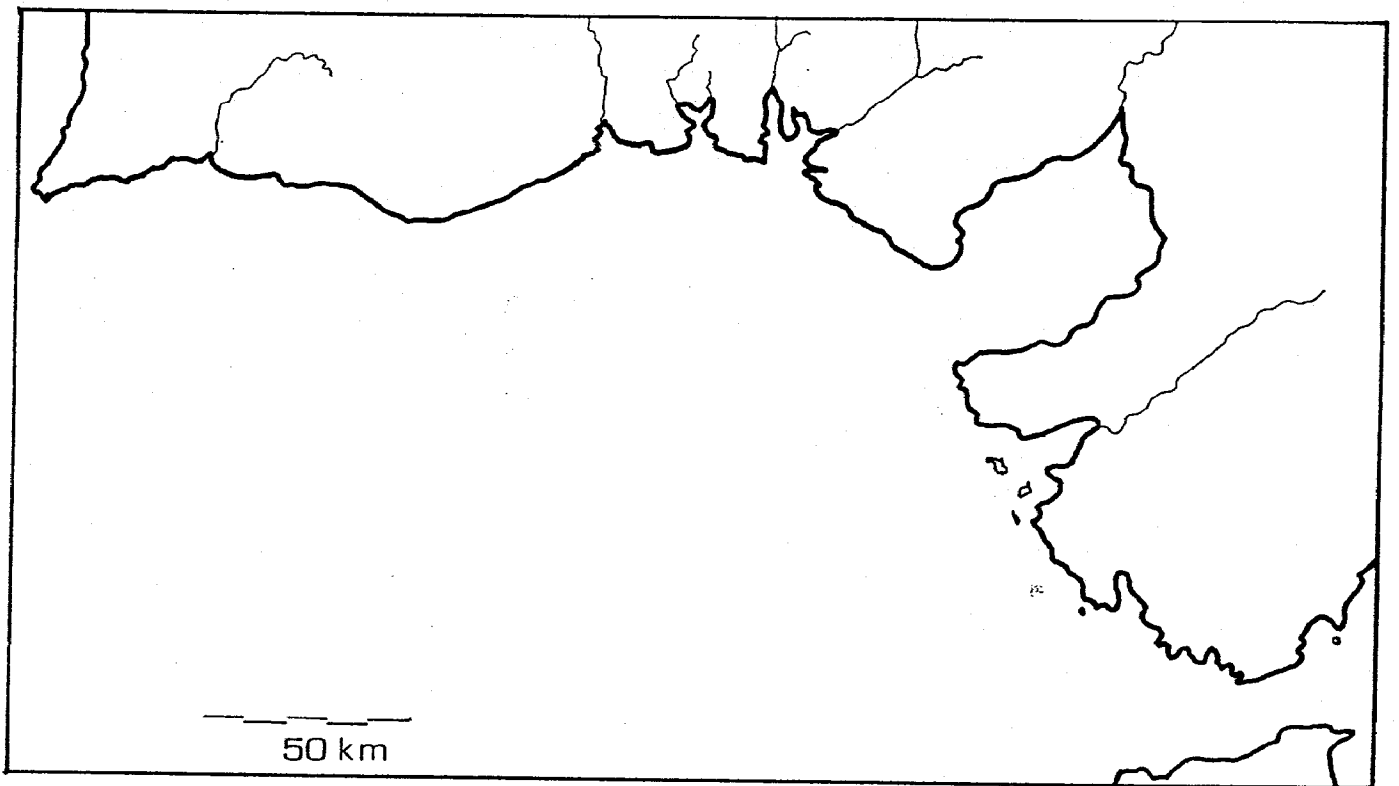


Figura 3. Aproximación a la costa flandriense s/ Ojeda, 1990.

Fundamentalmente se trata de restos de talla y escasos útiles líticos dejados por unas gentes que obtenían de la abundante materia prima existente en estas canteras los elementos necesarios para fabricar sus útiles (CAMPOS y otros, 1992; 1993; DIAZ, CAMPOS y BORJA, 1994; GOMEZ y otros, 1995).

La distribución de estas evidencias en los ambientes costeros actuales y en el reborde de las ensenadas permite considerar la existencia de una población, vinculada a actividades depredatorias en el rico ecosistema del entorno de las playas, así como en los humedales litorales adosados a la feraz campiña sedimentaria prelitoral del territorio comprendido entre las desembocaduras del Guadiana y del Guadalquivir. Esta presencia puede fecharse ampliamente con anterioridad a los IV-III Milenios (CAMPOS y otros, 1992; GARCIA RINCON y otros, 1990a; 1990b; 1993; BORJA, BARRAL y GARCIA, 1994; DIAZ DEL OLMO, CAMPOS y BORJA, 1994).

Las condiciones de habitabilidad de estos medios estaría propiciada por la facilidad de obtener abundante pesca y caza, así como por la posibilidad de complementar la dieta proteínica con variados elementos de especies vegetales de crecimiento espontáneo. La tipología de los útiles detectados indican que las condiciones existentes hicieron innecesaria la diversificación en la obtención de los recursos más de un milenio, lo que conlleva un cierto continuismo económico y social. Sin embargo, la presencia gradual de cepillos, así como hachas y azuelas de piedra pulimentada, vinculados con la virtual manipulación de la madera, indicarían un cambio de las estrategias previas de producción a lo largo del IV Milenio a.C., que se puede relacionar con nuevas manifestaciones técnicas adquiridas.

En esas fechas aparecerán estaciones permanentes en *concheros* localizados en el reborde de las ensenadas y, más al interior, en ámbitos de la campiña pre-litoral, tales como La Dehesa y El Judío (PIÑÓN, 1987; PIÑÓN y BUENO, 1985). En la ría de Huelva se conocen por trabajos de superficie el conchero de Cañada Honda, en Aljaraque, e Instituto Nuevo, en Gibraleón, y en la del río Piedras varios en la zona de La Tavirona (CAMPOS y otros, 1992; BORJA, BARRAL y GARCIA, 1994),

situados en el reborde de la paleoensenada allí existente. También se estiman permanentes los asentamientos de Casa del Río (GARCIA y otros, 1993) y la fase I de Papa Uvas (MARTIN, 1994), ambos en Aljaraque. El análisis de la fauna consumida en todos ellos confirma la existencia de unos medios relacionados con la influencia marina y, por ello, que en esos momentos prehistóricos no era todavía efectivo el proceso de colmatación de la ría. En estos momentos, con claros ejemplos neolíticos detectados en la Cueva de la Mora (PEREZ, CRUZ-AUÑON y RIVERO, 1990), pudieron tener su correspondencia en las cuevas serranas, como en Alájar (PEREZ MACIAS, e.p.a).

Con ello, en el tránsito del IV al III Milenio a.C., se experimentará la fijación de sociedades de economía cazadora-recolectora a unos espacios determinados donde los recursos eran abundantes, pero, por adscribirse a una zona de corto rango, la presión sobre el nicho ecológico será mayor y su resultado el posible agotamiento de las constantes físicas naturales. De ahí que se planteara ya la necesidad de incorporar otras técnicas productivas.

Así, con la proliferación de los incendios para aumentar las zonas de pasto para la ganadería y la extensión de los cultivos, se asiste a una gradual transformación del entorno inmediato, apreciable en la disminución de la superficie arbolada y el aumento de las extensiones cubiertas de matorral. Ello conlleva la pérdida de suelo por la movilización de finos, que contribuye a aumentar el proceso natural ya iniciado de colmatación de vegas y marismas, con especial significación en las áreas más meridionales de la Tierra Llana de Huelva.

Esta evolución puede deducirse a partir de los datos suministrados por Papa Uvas (MARTIN, 1994; MARTIN y otros, 1985), los concheros anteriormente mencionados (BORJA, BARRAL y GARCIA, 1994b), hallazgos superficiales en el acantilado litoral (BORJA y otros, 1995), así como en otros inéditos obtenidos en Casa del Río II (GARCIA RINCON y otros, e.p.), que necesitará ser contrastada con nuevas evidencias que se produzcan. En definitiva, se asiste a un cambio estructural cuya tendencia conlleva la fijación temporal de estas sociedades a los medios naturales y la puesta en valor

de nuevas técnicas en la explotación de los recursos.

Si los recursos de una determinada zona pudieron ser suficientes para una sociedad estable, el posible aumento de la población dará lugar a una mayor presión sobre los recursos naturales, que conducirá a su agotamiento o pérdida de rentabilidad, con lo que surgirá la necesidad de recomenzar el ciclo en otro lugar similar. Por otro lado, la necesidad de implantar nuevas técnicas irá apartando a estas sociedades de la dependencia del medio, creándose así situaciones extremas que, a la larga, tendrán una mayor incidencia sobre el medio natural, en especial con la agricultura extensiva y la ganadería estabulada, que conllevan la sedentarización.

En este proceso de fijación a un medio-marco determinado, nuevas estrategias de explotación, producción, conservación y acumulación de alimentos y otros recursos, conducirán a la especialización en funciones determinadas, cuyo resultado será una mayor complejidad social. La evolución de estas nuevas gentes puede trazarse desde el asentamiento de Papa Uvas hasta la total implantación de sociedades de economía agropecuaria detectadas tanto en las campiñas sedimentarias (GARCIA RINCON y otros, e.p.) como en otras áreas del resto del territorio (PEREZ MACIAS, e.p.a).

Para esos momentos del tránsito de los IV-III Milenios a.C., aunque la actual investigación paleogeográfica no está debidamente fundamentada en suficientes datos analíticos locales (GOMEZ y otros, 1995), es posible plantear, aunque a nivel de hipótesis, que todavía no se habría producido el relleno de las vegas laterales de la red hidrográfica conectada con el eje Guadiana-Chanza, ni su repercusión en los tributarios del río Piedras, y Odiel-Tinto (BORJA, 1990), correlativa con la pérdida del bosque, la decapitación por erosión de los horizontes edáficos, la movilización de finos y la acumulación de éstos hasta completar la colmatación de muchas áreas deprimidas como en el momento actual. Por ello, tal vez no existían áreas aptas para cultivos intensivos en ellas, como ocurre algo más al N en el área de Santa Bárbara y Paymogo (PIÑON, 1986a-c).

Desde la fase estacional de Casa del Río, en la que no aparecieron restos de moluscos consumidos, y a partir de la Fase I de Papa Uvas, parece existir un aumento progresivo del consumo de especies ya domesticadas, haciéndose más escasos los restos de caza (MARTIN DE LA CRUZ y otros, 1985; MARTIN DE LA CRUZ, 1994). En ambos yacimientos se detecta la transformación del paisaje natural, al menos un proceso de ruderización, y la presencia de especies cultivadas que conllevan una mayor complejidad en las técnicas agrícolas.

La necesidad de nuevas tierras que conservasen estables sus constantes físicas naturales pudieron determinar la expansión y ocupación selectiva de las áreas prelitorales, incluso más al N en áreas pizarrosas del sustrato Paleozoico, apareciendo asentamientos estables en la campiña (DIAZ DEL OLMO y otros, 1994; CAMPOS y otros, 1995; GARCIA RINCON y otros, e.p.) pertenecientes, en general, a uno solo de los períodos arqueológicos en que se divide la Edad del Cobre, puesto que la deforestación y el aclarado de determinadas áreas para la expansión de los cultivos extensivos comportaron una forma de apropiación del territorio que, raras veces, permitirá en un mismo lugar la posibilidad de permanencia durante un espacio temporal muy amplio.

Si en estudios anteriores, la presencia de estas sociedades en el territorio sólo era perceptible en los monumentos megalíticos (CERDAN, LEISNER y LEISNER, 1975), cuya economía estaría basada en la explotación agropecuaria de un espacio limitado, la investigación ha posibilitado constatar la presencia de numerosos asentamientos sincrónicos (PIÑON, 1984; CAMPOS y otros, 1992; PEREZ MACIAS, PEDRO LORENZO y PEREZ FERNANDEZ, 1988; PEREZ MACIAS, e.p.a), aunque en muchos casos no se haya podido establecer la vinculación de éstos con las tumbas, sólo si se exceptúan algunos ejemplos documentados en la Sierra (PIÑON, 1986c; PEREZ MACIAS, e.p.b).

La ocupación del conjunto del territorio, con grandes zonas de suelo apto, posibilitaba la explotación agropecuaria extensiva de amplios espacios, con lo que, gradualmente, las sociedades de la Edad del Cobre dejarán de depender y estar determinadas por el medio local. Al mismo tiempo, su estructura

social permitiría obtener excedentes y, con ellos, mantener relaciones de intercambio con áreas alejadas para obtener bienes de los que fueran deficitarios.

Las nuevas necesidades, en relación con cada situación específica en el conjunto del territorio, pudieron determinar la aparición de asentamientos especializados en la redistribución de bienes, en especial los metálicos, que deberían ser adquiridos en centros de producción muy alejados, si se acepta el que no se documente explotación del cobre local durante el Calcolítico en el Cinturón Ibérico de Piratas (PEREZ MACIAS, 1995), aunque sí en Ossa Morena (PEREZ MACIAS, e.p.a). Con ello, surge la necesidad establecer relaciones de amplio radio y controlar rutas de aprovisionamiento y los recursos propios, con lo que muchos de los asentamientos se fijarán en topografías de fácil defensa, pero también pueden situarse en llano y en los vados de los cursos fluviales. Ahora ya aparecerán los primeros lotes de armas y otros elementos metálicos en hábitats como Cabezo del Tío Parra II, en Lepe (CAMPOS y GOMEZ, e.p.), y en los registros funerarios (CERDAN LEISNER y LEISNER, 1975; PIÑON, 1986a-c; GOMEZ y otros, 1994).

En esta nueva fase, la explotación agroganadera del territorio daría lugar a un cambio sustancial de los paisajes anteriores, aunque no se haya documentado ningún cambio sensible en las constantes climáticas existentes hasta la fecha (DIAZ DEL OLMO, 1989; DIAZ DEL OLMO y otros, 1994). La destrucción del bosque mediterráneo y de los suelos preexistente incorporó toneladas de sedimentos a los ríos y a los medianos y pequeños colectores que conforman la red fluvial del territorio que, al ser movilizados por la erosión superficial en forma de finos, se irán acumulando en áreas deprimidas y en las ensenadas de los ríos.

Este aporte de sedimentos movilizados se realizará a través de la red fluvial, y junto a las arenas que aporta la influencia marina, van a contribuir con una mayor incidencia al proceso natural de continentalización de las ensenadas flandrienses (OJEDA, 1990).

En el río Guadiana, la existencia de la pequeña barra de El Pinillo implica el comienzo de la progradación de playas y marismas, así como la fosilización de una parte del acantilado Flandriense (GOMEZ y otros, 1995). En el tramo Guadiana-Rompido se dan circunstancias especiales determinadas por la deriva litoral, iniciándose la formación de playas que darán lugar con posterioridad a un rosario de islas-barrera frente al espacio comprendido entre las dos desembocaduras (OJEDA, 1990). En la ría de Huelva, inmersa en el mismo proceso evolutivo, avanzarán las marismas hacia el S, conformándose esteros y canales mareales por la ralentización en la evacuación hacia el mar de los sedimentos fluviales, que irán alejando a los cabezos de la influencia marina.

En el mismo sentido evolucionará la ensenada del bajo Guadalquivir, en la que el río Guadiamar, después de la formación de sus terrazas (DIAZ DEL OLMO, 1983), comenzará a abrirse paso a través de marismas neoformadas, dejando numerosos cauces abandonados a la altura de Aznalcázar-Villamanrique de la Condesa, al tiempo que su antigua desembocadura se constituirá como un amplio valle fluvial al N, en el fondo de las marismas. Un poco más al E, la gran ensenada del bajo Guadalquivir seguirá el mismo proceso de continentalización, con lo que la ocupación quedará limitada a las pequeñas alturas neógenas del tramo Coria-Lebrija-Mesas de Asta, asomadas desde el pasado inmediato hasta la actualidad a una marisma consolidada.

Para estos momentos del II Milenio a.C., como se desconoce la evolución, si es que ésta existió a escala local, entre el Calcolítico Final y el Bronce Antiguo, una hipótesis a contrastar sería, por una parte, considerar a las gentes que en el extremo occidental del territorio se enterraban en tumbas tipo Horizonte de Ferradeira, como un nexo de unión con las que lo harían con posterioridad en cistas del tipo Becerrero-Castañuelo; por otra parte, los escasos hallazgos campaniformes conocidos (RUFETE, GARCIA y GARCIA, 1989; FERNANDEZ, RUFETE y GARCIA, 1991), incluso funerarios (SERNA, 1989), que representarían las influencias de finales de la Edad del Cobre del bajo Guadalquivir, sólo tuvieron su manifestación en el área de la campiña del Guadiamar, aunque con escasos ejemplos en la sierra (PEREZ MACIAS, e.p.a).

Ello daría a la Tierra Llana de Huelva la consideración de área de contacto entre dos formas de evolución paralela que alcanzarán el pleno Bronce por vías distintas, en el caso que ello pueda deducirse de las diferentes formas de cultura material detectadas. Sin embargo, mientras que desde el Horizonte de Ferradeira de la sierra (RIVERO y VAZQUEZ, 1988) y del bajo Guadiana (REGO, GUERRERO y GOMEZ, 1996) se puede trazar su evolución sin dificultades con los grupos que realizaron las necrópolis de cistas (SCHUBART, 1975), y desde éstos hasta el Bronce Final, según se ha documentado en el NE de la provincia de Huelva (HURTADO y GARCIA, 1994), es mucho más difícil hacerlo de las gentes del Campaniforme con las del Bronce Final de los ámbitos más cercanos al río Guadalquivir, a no ser que se revisen sus cronologías (HARRISON, BUBNER y HIBBS, 1982; FERNANDEZ GOMEZ y ALONSO, 1985).

En la zona más occidental del territorio, la abundancia de necrópolis del Bronce del Sudoeste I, como las de Valdecerros, Los Regustos, La Viña, La Estacada y Casa de Juan Brisa en (Ayamonte), y las evidencias de hábitat en Los Regustos IV (Ayamonte) y Garranchal (Cartaya), se acercan a otros modelos de la margen portuguesa y del resto de la provincia de Huelva (AMO, 1975a; PEREZ MACIAS y RUIZ DELGADO, 1986; GOMEZ y otros, 1994), así como al S de Extremadura (GIL-MASCARELL, RODRIGUEZ y ENRIQUEZ, 1986), relacionados con el río Guadiana.

Como en gran parte del SW, a pesar de la existencia de abundantes necrópolis, no parece posible detectar claros hábitats de estos momentos del II Milenio a.C. en las zonas central y oriental, debido quizás a que por su presumible poca entidad han sido arrasados por la erosión reciente, o están sepultados en las llanuras de inundación de los ríos y otros colectores de la red hidrográfica actual de la Campiña, pues no hay que olvidar que tanto la de Chichina (FERNANDEZ GOMEZ, RUIZ MATA y SANCHA FERNANDEZ, 1976) como la de La Ruiza (AMO, 1975a), aparecieron en la llanura de inundación del Arroyo de Tejada y del río Tinto respectivamente, a cierta profundidad, cuando se pretendía allanar un pequeño altozano en el primer caso y cuando se realizaban labores agrícolas más profundas de lo normal en el segundo. Los hallazgos de este momento confirman la ocupación

sincrónica y cultural con Portugal y la Sierra de Huelva que, en líneas generales, evolucionará de forma diferente a como lo hacen las otras sociedades de los valles del Bajo Guadalquivir y del Bajo Tajo, a partir del Calcolítico Final (SCHUBART, 1975).

En la zona norte del territorio, pero especialmente en el que se incluye el Cinturón Ibérico de Piritas, es posible la existencia de filones con minerales complejos desde Portugal hasta Aznalcóllar (HUNT, 1994; PEREZ MACIAS, 1995) donde obtener cobre y plata con técnicas minero-metalúrgicas simples, que han sido atestiguadas en el área de Riotinto (PEREZ y FRIAS, 1990; PEREZ MACIAS, 1995). Allí, por las características del sustrato de la Sierra y Andévalo, cuyas superficies estarían mucho más aclaradas que en los milenios anteriores debido a su posible explotación puntual mediante las técnicas de incendio y cultivo de rozas, harían posible la existencia de un cierto aprovechamiento de pastos y dehesas para una sociedad agroganadera, con una base económica diversificada en la que se va imponiendo la individualización social y la conformación de grupos dispersos por toda la geografía occidental, incluyendo a Portugal y Sierra Morena, que dará lugar a jefaturas locales y los inicios de la jerarquización político-social, así como a un proceso de concentración, tal vez temporal o estacional, en hábitats localizados en lugares estratégicos de paso y en las áreas mineras, que culminará en el período arqueológico posterior. Precisamente este poblamiento en aumento, al necesitar mayores espacios para sus cultivos, tuvieron que influir en la conservación de la masa biótica, dando lugar a los procesos erosivos comentados, y a su influencia en los territorios más meridionales.

Por todo ello, en los siglos finales del II Milenio a.C., los efectos de la ocupación anterior dotaban al territorio de amplias áreas diferenciadas en cuanto a sus posibilidades de explotación. En la zona serrana, llanuras y vegas posibilitaban su uso intensivo en pequeñas parcelas para el cultivo de cereales y algunas leguminosas, así como amplios espacios de una dehesa incipiente, cuya orografía condicionaba el aislamiento en pequeños núcleos.

Las mismas características existirían en la franja intermedia de El Andévalo, donde la explotación de

---

los afloramientos de carbonatos de cobre y parte de las monteras de gossan propiciaban una diversificación económica que tendrá mucho más importancia en momentos posteriores, pero ya tal vez en relación a la demanda exterior.

En la Tierra Llana, con grandes ensenadas y ríos caudalosos, se disponía de inmensas áreas aptas para su explotación agropecuaria y una comunicación fácil a través de los valles de dichos ríos hacia el norte, y desde sus puertos con otras sociedades mediterráneas y atlánticas. No obstante, la presencia de amplios arenales y plataformas fluviales poco fértiles con las técnicas al uso, propiciaron que gran parte del poblamiento se vinculase a espacios muy determinados (GOMEZ y otros, 1994), relacionados con las vegas de ríos y medianos colectores, en la banda de materiales margosos de amplio valor agrológico comprendida entre la desembocadura del Guadiana y los tramos medios del Guadiamar, mientras que faltaría o sería más rara en dichos arenales y llanuras aluviales.

Será en este territorio, con las características diferenciadoras señaladas, donde debemos enmarcar los cambios que se producen en todos los aspectos, sociales, tecnológicos y productivos que definen el final de la Edad del Bronce. No obstante, será necesario contemplar la evolución geomorfológica posterior, por las implicaciones que tendrá en el planteamiento metodológico de la investigación de campo.

## CAPITULO 3

### Síntesis interpretativa del desarrollo de la investigación de la Edad del Bronce en el SW peninsular

---

Al revisar la bibliografía en relación al SW de la Península Ibérica, como ya fue puesto de relevancia por M. Pellicer a finales de la década de los ochenta (PELLICER, 1989), en la primera mitad del siglo XX la génesis y evolución de los II/I Milenios a.C. habían sido interpretados a partir de una suerte de influencias extrapeninsulares que, en los primeros momentos, procederían de Centroeuropa siguiendo a P. Bosch, o atlánticas a partir de los años cuarenta según había sido revalorizado por J. Martínez Santa-Olalla.

Con posterioridad, a las anteriores se añaden otras procedencias y ya comienza a estar clara la división entre *difusionistas* y *localistas* que interpretarán las evidencias bien como aportaciones más o menos intensas recibidas desde el Mediterráneo oriental principalmente, bien como resultado de una evolución desarrollada localmente pero matizada por la presencia de elementos importados por influencias múltiples.

Aunque pueda aplicarse al conjunto del SW, en los inicios de la investigación, tanto por ser suficientemente conocido que las minas onubenses, en especial las de Río Tinto y Tharsis, habían sido explotadas para extraer exclusivamente cobre en la Antigüedad, a partir de producirse *el Hallazgo de la Ría de Huelva* parecía razonable considerar a este conjunto de armas y útiles de bronce, al lado de otras evidencias localizadas en otras áreas de la península, como una prueba de la existencia de una etapa o fase cultural que se había desarrollado en la zona occidental de Andalucía y en gran parte de la fachada atlántica, a partir del comercio del cobre-estaño, pero en conexión directa, o que debía relacionarse íntimamente con los círculos comerciales y culturales procedentes del Atlántico norte europeo, pero también desde el Mediterráneo oriental y central debido a la existencia en el mismo hallazgo de elementos adscribibles a ambas zonas.

Por ello, los presupuestos que proporcionaban estos hallazgos alentarían y darían lugar a un buen número de interpretaciones de corte difusionista, la España de las *oleadas* (MARTINEZ SANTA-OLALLA, 1946), muy en línea con las tendencias vigentes en esos momentos que, no obstante, se mantendrían firmes hasta la década de los años setenta (HAWKES, 1969), e incluso hasta momentos muy recientes (SCHAUER, 1983; COFFYN, 1985).

Todavía en el año 1975, por la existencia de escasos hallazgos y por haberse mantenido en la investigación los presupuestos anteriores, el capítulo de la Edad del Bronce de una obra local de síntesis (ALMAGRO y otros, 1975), se inicia con un resumen de los trabajos de C. Cerdán acerca de los sepulcros megalíticos incluidos en el período arqueológico que todavía se denominaba *Bronce I*, ya que se estima que *...la etapa que transcurre entre las últimas manifestaciones dolménicas hasta las primeras aportaciones centroeuropeas, denominada convencionalmente Bronce II y III, constituía hasta ahora un período casi vacío de contenido arqueológico para la región de Huelva* (AMO, 1975a: III), que indica que todavía estaba vigente la terminología propuesta en el Congreso de Almería de 1949.

Esta aseveración explica la diferente terminología e indefinición generalizada en cuanto a la adscripción de los elementos arqueológicos de los III y II Milenios a.C., y sus implicaciones en la reconstrucción paralela vigente en otras regiones europeas, que había sido seguida por los prehistoriadores españoles (ALMAGRO, 1940; MARTINEZ SANTA-OLALLA, 1946), aunque aquí faltarán hallazgos con los que explicarlas. También, por otro lado, influía el gran peso de la investigación realizada en el SE por los hermanos Siret, que daría lugar a que se interpretara que la evolución detectada allí debía tener su correspondencia en el extremo occidental.

De hecho, según el conjunto del conocimiento existente hasta los años sesenta, se observaban vacíos y cortes en las evidencias que imposibilitaba el progreso de la investigación, según se pone de manifiesto al analizar las impresiones de unos de los autores más importantes de esos momentos, ya

que ...antes de las excavaciones en el Carambolo... en los grandes despoblados del bajo Guadalquivir nos veíamos ante un fallo cronológico difícil de interpretar: se trataba, de un lado, de materiales de aspecto eneolítico, o del Bronce Antiguo, como los del estrato antiguo de Asta, y por otro lado, de materiales ya <<ibéricos>>. [Además, por la] ...falta casi absoluta de sepulturas que pudiesen aclarar el vacío cronológico entre las sepulturas colectivas del Eneolítico ... y los grandes túmulos de los Alcores ... no nos quedaba otro remedio que recurrir a los bronceos ... sueltos del Bronce Tardío, que no tenían relación con algo que se pudiera llamar un marco cultural de poblados y sepulturas (SCHÜLE, 1969: 17). Es claro que esta indefinición no sería superada hasta la próxima década, aunque con el diferente ritmo que tomaría la investigación, aparecerán nuevos problemas.

Cuando en el año 1958 el Prof. Carriazo comenzó la excavación de El Carambolo, con la intención de documentar arqueológicamente el famoso tesoro descubierto allí casualmente, obtuvo unos materiales cerámicos mucho más importantes que el tesoro mismo. El gran repertorio de formas nuevas, técnicas de fabricación y decoración de las cerámicas obtenidas en relación a estructuras de viviendas pertenecientes a un poblado extenso, ponían de manifiesto que se encontraba ante los restos de una importante fase histórico-arqueológica, desconocida en aquellos momentos, que con gran intuición inmediatamente relacionó con la cultura tartésica.

A pesar de que algunos de estos materiales eran conocidos por las excavaciones de Mesas de Asta (ESTEVE, 1950; 1969) y de Carmona (CARRIAZO y RADDATZ, 1961), se comprende el reto que suponía el estudio de las nuevas evidencias, puesto que si uno de los más experimentados historiadores de la zona se quejaba de que en El Carambolo no encontraba, ...entre tantos fragmentos cerámicos, ni uno sólo del vaso campaniforme, ni de las formas específicas del Argar, ni de la variedad andaluza de la cerámica ibérica (CARRIAZO, 1973), que arrojasen alguna luz crono-cultural a todo el conjunto, este comentario indica que todo parecía nuevo no sólo a los ojos del autor, sino para la gran mayoría de los investigadores del momento.

Por ello, con la difusión de estos materiales y por su posición estratigráfica relativa, que había que integrar entre el paradigmático bronce de El Argar y la Cultura Ibérica, se iniciaba un nuevo capítulo, lleno de posibilidades para el conocimiento de la Protohistoria de Andalucía.

Diez años después del hallazgo del Carambolo, en la reunión celebrada en Jerez de la Frontera (MALUQUER, 1969), dado el interés que suscitaron las ponencias que se habían basado casi con exclusividad en trabajos de campo, en el debate acerca del fenómeno tartésico se puso claramente de relieve la importancia de la metodología arqueológica para el estudio de la Protohistoria. Se trataba de una nueva alternativa, un giro total en los planteamientos en que se había basado la investigación llevada a cabo hasta entonces, puesto que relegaba a segundo término los estudios de tipo tradicional donde se había primado la erudición y el ingenio en la interpretación de las fuentes clásicas.

En síntesis, en esos momentos parecía imprescindible y necesario interpretar la Historia con bases empíricas obtenidas en estudios arqueológicos de campo, y el nuevo reto era definir la cultura material de las poblaciones que se asentaron en el SW delimitando su espacio crono-espacial, pero también había que evitar la contrastación apresurada de las fuentes escritas con datos poco firmes.

En definitiva, a partir de las estratigrafías que debían llevarse a cabo en el futuro, se definiría la Historia desde una perspectiva específicamente arqueológica, con lo que se evitarían elucubraciones sólo argumentadas en trabajos de gabinete, cuyos resultados habían sido una gran diversidad de opiniones o reconstrucciones románticas ajenas a un nuevo concepto de Historia que comenzaba a tenerse en cuenta (MALUQUER, 1969).

Era evidente, pues, la necesidad de conocer en primer lugar qué era lo que se estudiaba, a pesar de correr el peligro de que el objetivo principal de las excavaciones de las décadas siguientes fuese, con honrosas excepciones, sólo obtener secuencias más o menos amplias en pequeños cortes estratigráficos, quizás por la escasez de fondos, agrupar los materiales por períodos y definir tipologías cerámicas. Esta

---

actividad, que si ahora puede parecer obvia, contemplada en su justa medida desde la actualidad, fue muy positiva aunque sin duda insuficiente (PELLICER, 1995a). De hecho, este sistema está siendo criticado duramente por autores que tratan de imponer las corrientes de la Nueva Arqueología, pero sin establecer alternativas especialmente coherentes (PELLICER, 1995b).

De cualquier forma, gracias al inmenso esfuerzo realizado en las últimas décadas por los investigadores, ahora ya es posible realizar estudios de conjunto con ciertas garantías. En este capítulo se intenta establecer la evolución de la investigación de la Edad del Bronce en el SW, haciendo especial hincapié en sus momentos finales, al hilo de la presencia de influencias de otros ámbitos, tanto peninsulares como extrapeninsulares.

#### 1. EL DESARROLLO DE LA INVESTIGACION DE LA EDAD DEL BRONCE.

La investigación de la Protohistoria en Andalucía Occidental estuvo siempre relacionada con el fenómeno de *Tartessos*, aunque a lo largo de las últimas décadas, tanto los objetivos como los métodos y planteamientos del conjunto de la investigación han ido evolucionado hacia aspectos más generales del conocimiento, poniéndose un cierto énfasis en el estudio de los momentos precedentes de la Edad del Bronce puesto que, sin duda, en ellos se podía esclarecer el debatido problema del origen y formación de este fenómeno histórico.

Desde la difusión de la ergología del Carambolo y, en especial, a partir de los conceptos desarrollados en el Symposium de Jerez (MALUQUER, 1969), desde los finales de la década de los años sesenta se produce un cambio drástico en los métodos y las técnicas de investigación de la Protohistoria del SW, que puede ser contemplado como un revulsivo que alentaría a que numerosos equipos se empeñaran en trabajos de campo donde ya había objetivos predeterminados (SCHUBART y NIEMAYER, 1969; GARRIDO y ORTA, 1989; PELLICER, 1994). A pesar de ello, los frutos obtenidos han sido muy diversos.

A pesar de la nueva inquietud que surge en los investigadores, como siguieron produciéndose hallazgos fortuitos, en algunos casos se primará el estudio de algunos sitios arqueológicos que ya habían brindado datos espectaculares, con la esperanza de resolver algunos de los principales problemas planteados.

Uno de estos yacimientos espectaculares, para aquellos momentos, fue el Cabezo de San Pedro. En el año 1969, merced a los trabajos de desmonte que se estaban realizando en Huelva para normalizar sus laderas, el azar puso en manos de los investigadores una numerosa colección de cerámicas de amplia cronología y, lo que era mucho más importante, una serie de niveles arqueológicos ordenados donde se ponía de manifiesto la existencia de una amplia fase local prefenicia (BLAZQUEZ y otros, 1970). Por la potencia de los restos acumulados de esta fase, en los que se observaban rasgos evolutivos que deberían indicar un dilatado desarrollo local de las diferentes formas cerámicas típicas, pudo deducirse que la ocupación del cabezo durante el Bronce Final respondía al asentamiento continuado en esa zona durante, al menos, tres siglos (BLAZQUEZ y otros, 1970: 13), todo ello antes de la presencia fenicia.

Sin embargo, la excepcional importancia de esta evidencia sería muy negativa para el conocimiento futuro del asentamiento, en especial de sus niveles más antiguos, dado que si se divulgaron con mayor profusión los materiales que representaban la fase inmediatamente anterior a la presencia fenicia (Nivel 5b), de gran interés en esos momentos, ya que venía a definir la posición relativa -cronológica- del Bronce Final clásico al poder utilizar la tipología fenicia como término *post quem*, se pospuso para actuaciones futuras inmediatas la revisión de los materiales del Nivel 6, en el que los vasos representados en la Lám. XXX no aclaran nada ahora de su verdadera dimensión crono-cultural, puesto que estaban relacionados con cerámicas bruñidas no decoradas.

No obstante, esta secuencia atraería a numerosos investigadores a Huelva, donde diferentes equipos universitarios o institucionales mantendrán abierta la investigación hasta la fecha, al tiempo que todo el SW peninsular será excavado profusamente, aportando secuencias estratigráficas de numerosos

asentamientos tartésicos nuevos o ya conocidos, que forman un conjunto de evidencias que serán interpretadas y reinterpretadas hasta la saciedad, pero con diferente fortuna.

### **1.1. La década de los años setenta: de la homogeneidad a la diversidad.**

En esta década, diferentes estudios regionales darán lugar a la aparición de trabajos que estiman desarrollos locales diferenciados, con lo que se pasará de la homogeneización anterior del Bronce Meridional a la diversidad local.

A comienzos de esta década, los trabajos realizados por H. Schubart en la vecina Portugal, le permitieron establecer una periodización de la Edad del Bronce que venía a corroborar los estudios de Nunes Ribeiro (1965) y en parte, la establecida unos años antes por Sangmeister (1966) o por H.N. Savory (1968) para los II y I Milenios a.C., y rellenar el gran vacío teórico existente para el SW peninsular, aunque se contara para esta zona con el panorama que había sido descrito por Blanco, Luzón y Ruiz Mata (1969) en la citada reunión de Jerez de la Frontera, que estaba basado en prospecciones superficiales que se habían realizado en muchos hábitats del SW y en los datos de algunos cortes estratigráficos, como los de la Colina de los Quemados (LUZON y RUIZ MATA, 1973) y en Ategua; también se contaba entonces con dos estratigrafías complementarias obtenidas en la provincia de Granada (PELLICER y SCHÜLE, 1962; 1966; SCHÜLE y PELLICER, 1966; SCHÜLE, 1969; 1986).

Esta periodización del Bronce del Sudoeste (SCHUBART, 1972; 1974a; 1974b; 1975), definida básicamente por tumbas y sus ajuares funerarios, en síntesis, dividía la Edad del Bronce en dos períodos principales, pero en base a dichos hallazgos. El paso del Eneolítico del Bajo Tajo y del Bajo Guadalquivir, que debería estar representado en el Sudoeste por el denominado Horizonte de Ferradeira, en parte sincrónico a los enterramientos campaniformes típicos, podía definir a un Bronce antiguo local o de transición entre el final de la Edad del Cobre y los inicios del Bronce, pero que en algunos momentos también podía ser contemporáneo con el Argar A del SE.

Por tanto, a este Horizonte de Ferradeira sucedería una fase denominada Bronce I del SO, definida por una clara diferenciación entre los ajuares funerarios y la morfología de las tumbas. En general, se apreciaba un cambio en relación a todo lo anterior, según parecía desprenderse del acabado de las cerámicas a mano -de estilo metálico-, un menor tamaño de las tumbas, y en la ausencia-presencia o diferenciación del resto del ajuar con las formas precedentes (SCHUBART, 1972: Fig. 1). En cuanto a su formación, se atribuye al Bronce del Sudoeste un fuerte influjo mediterráneo, que debería haber sido propiciado por relaciones comerciales y culturales desarrolladas a causa de la existencia de *...los ricos yacimientos de cobre del SO* (SCHUBART, 1972: 4). La cronología de esta fase se establecería entre 1500-1400 y 1100 a.C. (SCHUBART, 1972: Fig. 4).

A esta fase antigua seguiría el Bronce del Sudoeste II, en el que las cistas serían más pequeñas y que, en algunos casos, estarían cubiertas por *...losas decoradas con representaciones en relieve* (SCHUBART, 1972: 4), de armas y de útiles no depositados en su interior. Las cerámicas de esta fase (SCHUBART, 1972: Fig. 2) presentaban formas más curvas que las anteriores, aunque también siguiesen existiendo carenaciones, incluso más acusadas, pero predominando los vasos cerrados de boca estrecha decorados en zonas o con surcos verticales. Esta nueva fase sólo parecía estar representada hacia el N del territorio, hasta la comarca de Evora, faltando quizás en las áreas más meridionales y en las cercanas al Guadiana.

Su cronología fue estimada entre 1100 y 800/700 a.C. (SCHUBART, 1972: Fig. 4), y a partir de ella se pasaría ya a momentos cercanos a la Edad del Hierro, por paralelos documentados tanto en el Bajo Tajo como en el Bajo Guadalquivir y Huelva, donde estaban ya presentes las cerámicas carenadas con decoración bruñida en el interior y exterior respectivamente, que por su localización estratigráfica en varios yacimientos son fechadas *...en los siglos IX-VIII, si no es en el X a. de J.C.* (SCHUBART, 1972: 21) perviviendo hasta el siglo VII., a las que se considera *...una transposición occidental de la <<stroke burnished decoration>>, que es frecuente en la costa fenicia entre los años 1000 y 850 a. de J.C.* (SCHUBART, 1972: 21), y diferentes de las calcolíticas con decoración bruñida.

---

Estas cerámicas con decoración bruñida, que pertenecen ya al Bronce Final-Hierro, de acuerdo con los datos que entonces se barajaban, aparecían con exclusividad en las áreas del Bajo Tajo y Bajo Guadalquivir, precisamente donde no se había documentado la presencia de Bronce antiguo y medio, áreas donde las más tardías manifestaciones de la Edad del Cobre, en especial de algunos tipos del vaso campaniforme, habían pervivido tal vez hasta la Edad del Bronce. Con ello, se apreciaban ...*ciertas analogías que tal vez están relacionadas con formas intermedias aún desconocidas* (SCHUBART, 1972: 23) entre las cerámicas del Bronce Final y el complejo final campaniforme. Al mismo tiempo, se estimaba una mayor antigüedad de las cerámicas con decoración bruñida del Tajo que las del Guadalquivir.

La importancia de la definición de un Bronce del Sudoeste radicaba, en esos momentos de la primera mitad de los setenta, en que se ponía de relieve la existencia de una cultura homónima pero diferente de la de El Argar, aunque pudiesen existir elementos paralelos debidos a contactos entre ambas áreas peninsulares. También, porque se diferenciaban áreas que deberían haber pasado por desarrollos sociales, políticos y económicos que daban pie para considerar la existencia de evoluciones diferentes en la cultura material, con ausencias y presencias de materiales que no tenían por qué ser sincrónicos, alentando acerca de la posibilidad de que existieran pervivencias y/o cambios culturales diacrónicos.

Estas nuevas apreciaciones daban fin a la concepción paradigmática del Argar como cultura amplia que definía la Edad del Bronce en la Península Ibérica (MARTINEZ NAVARRETE, 1989). El mejor ejemplo de esta nueva visión es el cuadro cronológico con evoluciones paralelas desde el III Milenio hasta el 700 a.C. (SCHUBART, 1972: Fig. 17; 1974a: Fig. 13).

En el año 1978, F. Molina publicaría una síntesis de su Tesis Doctoral, en la cual se fijaban la evolución y cronología de la Edad del Bronce en el Sudeste (MOLINA 1978), siendo precisamente la alta cronología utilizada contestada por el Prof. Pellicer, en base a los paralelos observados por él en el SW andaluz. Por ello, la sincronía de ambas Andalucías, la oriental y la occidental, ahora quedaba

en entredicho, existiendo un extraño desfase cronológico que tendría una amplia repercusión en la investigación, toda vez que los motivos decorados bruñidos occidentales parecían llegar al SE en un momento previo al que debían haberse formado en su lugar de origen, es decir el bajo valle del Guadalquivir y Huelva.

A finales de los años setenta, en base a las dos campañas realizadas en el Cabezo de San Pedro en los años 1977 y 1978, el Prof. Ruíz Mata definiría las cerámicas de la fase inicial del Bronce Final pretartésico, *...que ocupa con seguridad los siglos VIII-IX a. de C. y posiblemente el s. X a. de C.* (RUIZ MATA, 1979: 3). Esta tipología aparece en un momento importante, puesto que venía a significar un punto de partida para interpretar los tipos cerámicos y la posición crono-estratigráfica de una fase *pretartésica*, en todo caso preferencia, que ya se detectaba en numeros asentamientos occidentales, tales como Mesas de Asta (ESTEVE, 1945; 1950; 1969), El Carambolo (CARRIAZO, 1969; 1973; 1974); Carmona (CARRIAZO y RADDAZ, 1961), Ategua (BLANCO y otros, 1969), Colina de los Quemados (LUZON y RUIZ MATA, 1973), Cabezo de la Esperanza (SCHUBART y GARRIDO, 1967; GARRIDO, 1968; GARRIDO y ORTA, 1969), Cabezo de San Pedro (BLAZQUEZ y otros, 1970; FERNANDEZ-MIRANDA, 1975a; BELEN, FERNANDEZ-MIRANDA y GARRIDO, 1978; BLAZQUEZ y otros, 1979), Cerro Macareno (PELLICER, 1982b), Setefilla (AUBET y otros, 1983), o Alhonóz (LOPEZ PALOMO, 1981).

Esta fase inicial del Bronce Final en Huelva, en base a los datos obtenidos en las dos campañas citadas, ponía de relevancia que respondía al asentamiento en los cabezos de Huelva de unas gentes cuyas cerámicas estaban en una fase terminal de su desarrollo, pues *...en ningún momento se perciben los balbuceos propios de un ensayo o evolución, sino su resultado* (RUIZ MATA, 1979: 8-9), apreciación que tendrá una importante trascendencia para la reinterpretación que otros investigadores harían con posterioridad del poblamiento en Huelva, al olvidar que aquí el autor se basaba tan sólo en los materiales detectados en dichas campañas, y que el nivel 6 de la de 1969 (BLAZQUEZ y otros, 1970), de más de cinco metros de potencia, representaba una fase anterior a la que ahora puede definirse

como Bronce Final tartésico o Bronce Final clásico.

A escala regional, estas primeras evidencias de ocupación, *...que supone la ocupación de colinas que, por lo general, no tienen tradición anterior* (RUIZ MATA, 1979: 13), darían lugar a problemas de interpretación, en especial en cuanto al origen del Bronce Final, debido a que los planteamientos antes de 1979 eran muy diferentes. Si para el Prof. Carriazo las cerámicas del *fondo de cabaña* del Carambolo eran indígenas y continuación del Eneolítico anterior, otros autores consideraban que las cerámicas bruñidas decoradas y las pintadas tenían precedentes en áreas extrapeninsulares, con lo que debían representar la llegada de gentes foráneas desde Centroeuropa, o también desde alguna zona del Mediterráneo central (GARRIDO y ORTA, 1975; MALUQUER; 1970a), del Mediterráneo oriental y central (SCHUBART, 1972; 1974a; 1976), desde el Norte (BLANCO, LUZON y RUIZ MATA, 1969), o desde el Atlántico (BLAZQUEZ y otros, 1970).

De ello se deducía, por la parquedad de los datos arqueológicos existentes todavía, porque *...lo que sucede al Bronce pleno en el área tartésica es una cultura -Bronce final, Fase I- con aportaciones materiales nuevas, que aporta además ocupaciones y desplazamientos de hábitats nuevos, que no se debe entender como un cambio de actividad económica sólo. Y debido a su rápida y gran extensión, no se puede explicar como producto exclusivo de aportaciones nuevas* (RUIZ MATA, 1979: 14).

En cuanto a la cronología, esta fase inicial *...se ha debido originar hacia el siglo X a. de C., ocupando los siglos IX-VIII a. de C.* (RUIZ MATA, 1979: 15), estimación que todavía es aceptada por la mayoría de los investigadores, aunque pocas veces se mencione la posibilidad de que hubiese comenzado en el siglo X. También se comprobarán ciertas diferenciaciones en la morfología del conjunto de las cerámicas de Huelva, con respecto a las ya conocidas en otros sitios del bajo Guadalquivir, que implicaba diferencias zonales, así como la existencia de formas que, aunque pudieran ser sincrónicas, parecían no estar representadas en ambos territorios (RUIZ MATA, 1979: 12).

A pesar de ello, en los años siguientes, elementos adscribibles a esta Fase I del Cabezo de San Pedro se fueron documentando en muchos otros yacimientos sincrónicos, convirtiéndose en la terminología al uso para definir el Bronce Final en el SW andaluz, que en algún caso se ha propuesto sea definida como su período *clásico* (AMORES y RODRIGUEZ, 1985).

Después de la fase preferencia, las siguientes Fases II y III del Cabezo de San Pedro representaban dos momentos sucesivos en los que la presencia oriental irá adquiriendo un mayor peso específico sobre la población local, de acuerdo con la evolución de las cerámicas a mano y de la presencia porcentual más elevada de las fabricadas a torno, cambio que definía el ocaso del Bronce Final como período histórico-arqueológico y el inicio del Orientalizante. En cuanto a la cronología de estas dos fases, como en los comienzos de la década de los setenta ya se conocían algunas tumbas de La Joya (Huelva), que eran un importante banco de donde extraer paralelos materiales y pautas de cronología absoluta, en especial la obtenida allí por la publicación de un escarabeo aparecido en la Tumba 9, que había sido atribuido a Psamético II por Gamer-Wallert (1973), de esa atribución y por la cronología que aportaba para el conjunto de materiales de la necrópolis, resultaba una fecha final para este período de la ocupación de Huelva. Uniendo a ello la fecha inicial, las fases II y III representaban el espacio comprendido entre c. 700 a.C. y c. 550 a.C., que resultaba ser sólo una propuesta lógica con los conocimientos del momento, como mencionaba el propio autor (RUIZ MATA, 1979), pero que necesitaría de su comprobación empírica con posterioridad.

A la búsqueda de las raíces tartésicas, el proceso posterior seguido por la investigación del SW ha significado periodizar la Protohistoria en conjuntos crono-culturales muy cerrados, dispuestos uno tras otro, que han sido hechos extensibles a todo el territorio meridional. Aunque ya eran conocidos algunos enterramientos en cista en la Sierra y Andévalo (BLANCO, LUZON y RUIZ MATA, 1969; GARRIDO, 1975), la tipificación de los II-I Milenio en fases del Bronce del Sudoeste permitía ahora reconocer una tendencia evolutiva propia, que aportaba pautas crono-culturales para los hallazgos conocidos entre la Edad del Cobre y las colonizaciones de la Edad del Hierro.

En la misma década de los setenta, la fase media del Bronce fue ampliamente confirmada entre el Guadalquivir y el Guadiana (AMOa-b, 1975), puesto que los enterramientos en cista también estaban representados en la Tierra Llana (AMO, 1975a; FERNANDEZ GOMEZ, RUIZ MATA y SANCHA FERNANDEZ, 1976), aunque todavía faltasen evidencias de los asentamientos correspondientes. Así, desde esta nueva perspectiva, ya era posible establecer nuevos planteamientos para reconocer la evolución local (FERNANDEZ-MIRANDA, 1975), pero todavía se especulaba con hallazgos típicos superficiales y se mantenían posiciones de tipo difusionista y la terminología precedente puesto que, en algunos trabajos se recuerda (GARRIDO, 1975: 187) el probado origen oriental egeo cicládico y chipriota de la cultura megalítica citando trabajos de G. y V. Leissner (1945), de Almagro y Arribas (1963) y los propios (ORTA y GARRIDO, 1967), al estudiar los poblados del *Bronce I* de Papa Uvas en Aljaraque, y El Rincón en Huelva.

A la etapa representada por estos dos asentamientos onubenses también se asimilarían los hallazgos relacionados con la explotación del cobre en el Cinturón Ibérico de Piritas, y la localización de elementos religiosos que indicaban numerosos ídolos de piedra y grabados rupestres descontextualizados, postulando por la falta de excavaciones que pudieran probarlo (GARRIDO, 1975).

Estas circunstancias son consecuencia y resultado de los logros obtenidos en el proceso de la investigación durante la década de los setenta, ya que antes de la publicación de una fase local sin cerámicas fenicias (BLAZQUEZ y otros, 1970), ni se había reconocido la etapa precolonial, en especial según se había establecido en la secuencia de Carmona (CARRIAZO y RADDATZ, 1961). A pesar de ello, pronto se superaron propuestas para los inicios del período tales como que, en los cabezos de Huelva, *...la secuencia... podría iniciarse a partir de los primeros años del último milenio con una población tipo <<Horizonte Ferradeira II>> representada por los poblados... de El Rincón y Papa Uvas... que representarían a grupos premetalúrgicos, seguramente de economía pastoril continuando la tradición de la cultura dolménica serrana de la región* (FERNANDEZ-MIRANDA, 1975: 231), que

fueron desarrolladas en base al escaso conocimiento de la realidad que se investigaba, puesto que todavía no existían fundamentos claros de cómo se había producido el proceso de integración en el SW de los elementos orientales, con lo que la investigación daba pautas para explicaciones tales como que *...este sustrato tipo Ferradeira II recibiendo la cerámica bruñida sobre poblados tipo El Rincón, podría ser la base de un núcleo originario de poblamiento más antiguo al que llegaría el aporte oriental de tipo púnico y minorasiático* (FERNANDEZ-MIRANDA, 1975: 233).

Prueba de la dinámica experimentada por la investigación de la Protohistoria de Huelva, y en general de todo el SW andaluz, es que el mismo autor sólo una década después (FERNANDEZ-MIRANDA, 1986), realizaría un nuevo ensayo sobre ese tema, que resulta ser de los más coherentes, según los datos de ese momento, que se han hecho hasta hace poco.

En la segunda mitad de los años setenta aparecerán nuevas aportaciones al conjunto de la investigación de la Edad del Bronce en el SW. En el año 1975 se publica la reexcavación de los túmulos A y B de Setefilla (AUBET, 1975; 1978), donde aparecen incineraciones de Bronce Final, así como la periodización de la Edad del Bronce en Extremadura (ALMAGRO, 1977), y la tesis de Bendala en relación a las estelas decoradas (BENDALA, 1977), de gran impacto entre los localistas, puesto que la evidencia de elementos *arqueológicos* grabados en las losas obligaban a retomar interpretaciones de corte difusionista-orientalista que se pensaba debían ser olvidadas o rechazadas.

#### 1.2. La década de los años ochenta: a la búsqueda de una posición en el tiempo y en el espacio.

La década de los ochenta, en relación a la última fase de la Edad del Bronce, comienza con una interesante reunión en el Museo de Huelva (AMO, 1983) en la que se establecerán conceptos muy importantes para el futuro, aclarándose la terminología al uso y algún aspecto que acabarían con la indefinición de la década anterior. Se reconoce ya, sin trabas, una fase histórica -El Bronce Final Tartésico- preferencia, y parece que se olvidan las cronologías y las hipótesis antes definidas para la etapa en que se desarrolla el poblamiento de Huelva (BELEN, AMO y FERNANDEZ-MIRANDA,

1983).

Al iniciarse la década de los ochenta, el Prof. Pellicer aceptará una *fase tartésica precolonial antigua*, o Bronce Final Antiguo, fechable en los siglos XI-X a.C., que era prácticamente desconocida arqueológicamente (PELLICER, 1982a: 326-7; 1983a: 42). Ante la indefinición del Bronce Pleno, aparece una duda razonable al considerar que las zonas llanas o de valle del conjunto de Andalucía Occidental pasarían *...sin solución de continuidad, del calcolítico, en una fase tardía y arcaizante, al bronce final, o, por otra parte, existiría un <<hiatus>> originado por un fenómeno de general despoblamiento del valle bajo del Guadalquivir en pleno segundo milenio a.C.*, [aunque se precisaba que el vacío poblacional podía ser aparente debido al hecho que] *...la población depositaria del bronce pleno podría haber sido de carácter predominantemente pastoril y nómada, de tal forma que sólo detectaríamos algunas de sus necrópolis en cistas y no sus deleznable campamentos temporales* (PELLICER, 1982a: 327; 1983a: 42), una solución inteligente que posibilitaba que nuevos hallazgos pudieran evidenciar la fase antigua de un Bronce en esos momentos desconocido, pero que también era una justificación si finalmente no apareciera la confirmación empírica deseada.

A esta fase antigua desconocida en el bajo Valle del Guadalquivir seguiría *...El bronce final reciente o tartésico precolonial reciente...*, [muy bien conocido desde la tipificación de Ruiz Mata en Huelva (1979), que implicaba] *...una gran eclosión del poblamiento a partir del siglo IX y muy especialmente en el siglo VIII* (PELLICER, 1982a: 328; 1983a: 43), que alrededor del 750 a.C. entraría en contacto con las poblaciones orientales.

No obstante, en la segunda parte de esta fase, definida como *orientalizante antiguo o tartésico colonial antiguo*, se incluían todas las manifestaciones culturales de tipo oriental detectadas en las estelas (BENDALA, 1977), tales como carros, fibulas de codo, escudos con escotadura en V, espadas y cascos, así como el rito de la incineración. En las cerámicas se vislumbran elementos locales y otros ya conocidos en el Mediterráneo, por lo que quizás se intuye que fueron desarrolladas a partir de

importaciones como la cratera localizada en Huelva del Geométrico Medio II (PELLICER, 1982a: 329).

A finales de los setenta se inició un ambicioso proyecto en el Cinturón Ibérico de Piritas, basado en la propección superficial de amplias zonas del Andévalo y excavaciones puntuales (BLANCO y ROTHENBERG, 1981), en el que se pusieron al descubierto yacimientos mineros y las técnicas metalúrgicas en uso en los diferentes períodos arqueológicos, que tendrán gran importancia para momentos posteriores, y cuyos datos serán difundidos en estos momentos clave.

También en los inicios de la década serán publicados los resultados obtenidos en la Mesa de Setefilla (AUBET y otros, 1983) causando gran conmoción la alta cronología que aportaban las pruebas radiométricas y la evidencia de una fase muy importante del Bronce Pleno, poco conocida todavía en esta zona del bajo Guadalquivir.

Durante los años siguientes se fueron ampliando los cortes estratigráficos realizados en otras zonas de Andalucía, obteniéndose secuencias tipológicas que confirmaban a grandes rasgos las tres fases definidas en el Cabezo de San Pedro. No obstante, a partir de la cronología relativa que representaba la evolución de los platos de Engobe Rojo Bruñido definida por Schubart (1982; 1983) para las colonias fenicias del SE, se tendrá que replantear un nuevo esquema de cronología absoluta que determinaba el inicio de la presencia fenicia en c. 800 a.C. -más o menos un siglo antes de la que se había propuesto para el Cabezo de San Pedro- basado en la tipología de los platos de Engobe Rojo con bordes más estrechos documentados en el primer nivel de Morro de Mezquitilla y el resto de las fases en Chorreras, Toscanos, y otros asentamientos del SE.

Así, con esta endeble pero única base coherente, confirmada con paralelos muy discutibles en Tiro VII-VI (BIKAI, 1978a; SCHUBART y ARTEAGA, 1986), tendrá que adelantarse la cronología de las tres fases propuestas para el Cabezo de San Pedro (RUIZ MATA, 1979; 1986b), toda vez que la Joya

tendría que fecharse al menos en el tercer cuarto del siglo VII, puesto que la atribución anterior del siglo VI no podía mantenerse con la revisión efectuada del escarabeo de La Joya (PADRO, 1985) y a partir de las nuevas evidencias griegas arcaicas que comienzan a aparecer en el hábitat de Huelva (GARRIDO y OLMO, 1982) pues, de otro modo, hubiesen debido tener reflejo en la necrópolis por ser un lugar apropiado donde depositar elementos exóticos o de lujo.

Con ello, conocer el inicio de la Edad del Bronce en el SW, a mediados de los ochenta, todavía parecía insoluble. No obstante, a pesar de que es difícil también estimar una fecha para el final del Calcolítico, que se considera que *...cabalga sobre un bronce enigmático, imbricándose e interfiriéndose con él con prolongadas perduraciones y arcaísmos en el Guadalquivir* (PELLICER, 1986b: 248), se estima que el punto de ruptura entre la Edad del Cobre y la Edad del Bronce debería situarse a mediados del II Milenio a.C. Sin dudas, con esta aseveración se parte de la existencia de un punto de separación, más o menos nítido, entre ambas *edades*, fecha que se justifica por la evidencia en Lebrija -fuera de contexto estratigráfico- de un extraño fragmento de plato de borde almendrado de tipología calcolítica, en el que aparece decoración campaniforme y excisa del Horizonte de Cogotas I (CARO, 1989), y la del siglo XVI del Bronce Pleno de Setefilla. Sin embargo, no se deduce de ello (PELLICER, 1986b) la posibilidad de que exista un momento con desarrollo sincrónico de ambos períodos, a pesar de que en el contexto donde se obtuvo la muestra de C<sup>14</sup>, estén representados algunos materiales ya avanzados del Bronce del Sudoeste, que al menos eran posteriores al Horizonte de Ferradeira.

En estos momentos, aunque las nuevas evidencias de elementos preferenciosos del Bronce final cada vez eran más abundantes, todavía el planteamiento en fases del Cabezo de San Pedro no era aceptado por algunos escépticos, en especial en lo que se refiere a la real identificación de una fase preferencia, que mantienen su postura a lo largo del tiempo (ESCACENA, 1995), confirmando que antes se había manifestado que *...conviene insistir en el hecho de que, cuando los colonos fenicios arribaron a las costas atlánticas suroccidentales de la Península Ibérica... en el caso que lo hubieran hecho hacia el 1100 a.C., habrían encontrado el interior del territorio muy poco poblado, y una franja inmediata al*

---

*litoral completamente deshabitada... [puesto que] ...desde Gibraltar hasta Cabo de San Vicente en Portugal, no conocemos de hecho ninguna gran población del Bronce Final precolonial en la misma línea de costa, pues no está del todo claro que los niveles inferiores del Cabezo de San Pedro de Huelva sean anteriores al impacto oriental* (ESCACENA, 1987: 49), que confirma en la costa atlántica la escasa o total presencia de ocupación que parecía existir en la mayor parte de la costa mediterránea del SE en el momento de las fundaciones fenicias (SCHUBART, 1983).

No obstante, al final de la década, otros investigadores, partiendo de los datos obtenidos en los nuevos yacimientos excavados en Andalucía Occidental (PELLICER, 1989a: 461-2; 1989b: 156), y a la periodización del período local prefenicio del Bronce Final, denominado ya *Bronce Reciente I y II*, estiman una cierta variación con las propuestas anteriores. La primera fase, ahora mejor conocida, se podría fechar entre el 1200 y el 1000 a.C., apareciendo la influencia del Horizonte Cogotas I en algunos emplazamientos con cerámicas lisas de tradición anterior, mientras que es ya en la segunda fase, entre el 1000 y el 750 a.C., cuando se produce la eclosión poblacional, la cual estaría definida por la presencia de cerámicas de boquique, excisa, pintada, retícula bruñida y la metalistería atlántica.

Sin embargo, parece muy importante que se empiece a reconocer que *...esta periodización y cronología propuesta no es uniforme para todo el ámbito de Andalucía occidental, dados los fenómenos de arcaísmo y pervivencias que sufren las zonas interiores... como el norte de Huelva, Sierra Morena o las sierras al sur del Guadalquivir* (PELLICER 1989b: 157), que aunque aquí se refiera a la presencia fenicia, introduce algunas dudas para el conjunto de la periodización, al menos no es tan cerrada como las anteriores.

Estas apreciaciones se fundamentaban en los nuevos datos que, durante toda la década, habían sido publicados, con mayor o menor extensión, pero que sin embargo, incrementaron el conocimiento drásticamente. Estos nuevos datos procedían de Chinflón (PELLICER y HURTADO, 1980); Tejada la Vieja (BLANCO y ROTHENBERG, 1981); San Bartolomé de Almonte (RUIZ MATA, 1981; RUIZ

MATA y FERNANDEZ, 1987); Montemolín (CHAVES y BANDERA; 1982; 1984; 1989a; 1990; BANDERA y otros, 1993; 1995); varios en la Sierra de Huelva (PEREZ MACIAS, 1983; 1986; 1987; PEREZ y RUIZ DELGADO, 1986; PEREZ y BUERO, 1987); Carmona (PELLICER y AMORES, 1985); Lebrija (TEJERA, 1979; 1985; CARO, ACOSTA y ESCACENA, 1987; CARO, 1982; 1989); El Berrueco de Medina Sidonia (ESCACENA y FRUTOS, 1982; 1985; 1986); Castillo de Doña Blanca (RUIZ MATA, 1986a); Universidad Laboral (FERNANDEZ y ALONSO, 1985); El Gandul (PELLICER y HURTADO, 1987); Sevilla (CAMPOS, VERA y MORENO, 1988); Zufre (RIVERO y VAZQUEZ, 1988); Cerro de la Cabeza en Santiponce (DOMINGUEZ DE LA CONCHA, CABRERA y FERNANDEZ, 1988); y la reexcavación de Tejada la Vieja (FERNANDEZ, 1989a), entre otros.

Entre estos asentamientos, que ahora puede considerarse un típico poblado de cabañas de la Tierra Llana de Huelva, hay que destacar a San Bartolomé de Almonte, donde se documentó la fase inicial de Bronce Final clásico en sus momentos finales (Fase Ic de San Pedro), así como la llegada a la zona de las primeras importaciones fenicias y su abandono a finales del siglo VII a.C., según fue establecido inicialmente en un avance de los resultado (RUIZ MATA, 1981). Años después, finalizadas las excavaciones, en la publicación final conjunta se mantienen la fecha del abandono y las conclusiones establecidas (RUIZ MATA y FERNANDEZ, 1987), a pesar de que uno de los autores ya conocía la tipología de las formas cerámicas no griegas del siglo VI por los datos de las excavaciones que había realizado en solares de Huelva (FERNANDEZ, 1984), que podrían haber servido para afinar la sincronía con Huelva del abandono de este poblado. El hecho es que si la Fase III de Huelva, fechada inicialmente en 650/625-575/550 a.C. (BLAZQUEZ y otros, 1979: 177; RUIZ MATA, BLAZQUEZ y MARTIN DE LA CRUZ, 1981: 258) y la Fase II, era paralelizable con el abandono de San Bartolomé en 700-650/625 a.C. (BLAZQUEZ y otros, 1979: 177; RUIZ MATA, BLAZQUEZ y MARTIN DE LA CRUZ, 1981: 258), al ocupar ahora la Fase III una fecha que no podía bajar de c. 650-625, las cronologías de la Fase II y la Fase I-II deberían haber sido mejor afinadas por el *efecto dominó* que implicaba la nueva cronología de la Joya, de la que algunas tumbas (1, 9, 12 y 17), han sido consideradas recientemente de la primera mitad del siglo VII, o incluso de finales del siglo VIII a.C.

(FERNANDEZ, 1990b: 226). De hecho, antes de la publicación de 1987, Ruiz Mata había fijado el abandono de las últimas cabañas en el siglo VII a.C. (RUIZ MATA, 1986b: 540), cuando previamente el foso I.2 parecía ser más moderno (RUIZ MATA, 1981: 170).

En esos momentos, los fondos excavados en Almonte se explicarán como la formal evidencia de un poblado de cabañas en el que se llevaron a cabo actividades metalúrgicas para la extracción de plata que, según la interpretación de los autores de la publicación, formaría un eslabón más en la ruta de los metales establecida entre las minas y el poblado fenicio de Torre de Doña Blanca, que desde 1979 se excavaba en El Puerto de Santa María (RUIZ MATA, 1986a; 1993a-b; 1994a-c), hecho asumido generalmente por los autores, que van haciendo cada vez más énfasis en la cómoda relación metalurgia de la plata-presencia fenicia (AUBET, 1987b; RUIZ MATA, 1989b). El interés de su excavación es que, al haber aparecido los materiales en fondos de cabaña de escasa duración, ello podría considerarse la existencia de lotes cerámicos cerrados que no hubiesen sido contaminados por los procesos antrópicos y naturales posteriores a su génesis deposicional -como es normal en los sitios arqueológicos de amplia ocupación con fases constructivas de ciudades superpuestas- que determinaban así una secuencia clara y fácilmente comprensible, una *estratigrafía horizontal* con la que se confirmaba la evolución tipológica establecida anteriormente, el momento en que aparecían las importaciones orientales y, en definitiva, cómo era un asentamiento típico del Bronce Final, cómo se había desarrollado allí el proceso de cambio ante la influencia de los comerciantes fenicios, y cuáles eran las asociaciones cerámicas que determinaban o no cortos períodos. De ahí las posibilidades de comparar estas apreciaciones en otros asentamientos sincrónicos.

Otro ejemplo característico sería el citado yacimiento de Tejada la Vieja, donde se habían realizado excavaciones arqueológicas enmarcadas en el Proyecto Arqueometalúrgico de Huelva (BLANCO y ROTHENBERG, 1981), cuyos autores habían interpretado que su secuencia estaba comprendida entre un *Bronce Tardío*, que fechaban entre 1200-1000 a.C., y un momento prerromano de alrededor del 300 a.C. Con posterioridad, a partir de 1984, el yacimiento vuelve a ser excavado ahora por el

Servicio de Arqueología de la Excm. Diputación de Huelva. En contra de la cronología que propusieron Blanco y Rothenberg en 1981, se rebajará la fecha de la construcción de la cerca defensiva, y con ello la del inicio del poblamiento, hasta finales del siglo VIII/inicios del VII a.C., a pesar que en el único sondeo profundo publicado -un cuadro de menos de 6 m<sup>2</sup> que alcanza el nivel base de *terras rosas* sobre el que se construye la cerca- también aparecen cerámicas a mano (FERNANDEZ, 1989a. Lám. XXV-XXVI) que, desde un punto de vista tipológico, pueden ser incluidas entre los II y I Milenios a.C. en momentos prefenicios, así como dos fragmentos atípicos a torno, no ilustrados nunca, que pudieron haber bajado hasta el fondo de la estratigrafía cuando se realizó una fosa de cimentación que no fue percibida en el proceso de excavación, para construir la muralla.

Se trata, siempre según los últimos autores que estudian el yacimiento, de un poblado establecido allí en un momento avanzado -finales del siglo VIII- para controlar los minerales-metales que, aunque en algunos casos parecen llegar desde Riotinto y en otras desde las minas de Aznalcóllar, son ofertados al comercio fenicio de la bahía de Cádiz, en una ruta que pasando por el poblado metalúrgico de San Bartolomé de Almonte y las marismas del Guadiamar, llegaría al poblado de Torre de Doña Blanca/Gadir. Si se acepta esta cronología, es evidente que Tejada la Vieja sólo se integraría en la ruta mencionada después de su fundación, pero quizás lo estuvo mucho antes si se atendiera, por contra, a la cronología propuesta por Blanco y Rothenberg en 1981. En un momento dado, la muralla sería reparada y se contruirían contrafuertes en el siglo VI, siendo abandonada la ciudad a mediados del siglo IV a.C.

A escala más generalizada del territorio y en relación a posibles aportaciones extrapeninsulares a la evolución de la Edad del Bronce, para todo el proceso será fundamental el hallazgo del Llanete de los Moros (MARTIN DE LA CRUZ, 1987a) de cerámicas a torno (MARTIN DE LA CRUZ y BAQUEDANO, 1987). Estas primeras evidencias aparecen en un contexto de Bronce tardío (MARTIN DE LA CRUZ y MONTES, 1986), algunas fabricadas en talleres micénicos (MARTIN DE LA CRUZ,

1987b; 1988a; PODZUWEIT, 1990), que terminarán para siempre con el paradigma de adscribir a la colonización fenicia cualquier fragmento a torno aparecido en contextos de la Edad del Bronce (ESCACENA y FRUTOS, 1985; 1986).

En las primeras publicaciones se pone de manifiesto la cautela del autor, por la trascendencia para la investigación que estos hallazgos podían tener en el contexto local de los últimos siglos del II Milenio a.C. (MARTIN DE LA CRUZ y BAQUEDANO, 1987; MARTIN DE LA CRUZ, 1987b; 1988a), pero una base segura, que confirmará la primera atribución, la aportará los análisis realizados a sus pastas (MARTIN DE LA CRUZ, 1990; MOMMSEM y otros, 1990; PODZUWEIT, 1990), que no sería reconocida fácilmente (ESCACENA y BELEN, 1991).

### 1.3. Década de los noventa: relaciones mediterráneas, atlánticas y evolución local.

A inicios de la década, como balance de los resultados obtenidos en las dos décadas anteriores en relación al problema de Tartessos (BENDALA, 1991), y en lo concerniente a la fase prefenicia como su origen y formación, *...se cuenta con un panorama arqueológico complicado por lo acumulativo, sin que sea fácil dar respuesta a todo, ni poner orden en una información que ha pasado, de ser escasa, a más abundante de lo digerible por la capacidad de asimilación científica generada hasta ahora* (BENDALA, 1991: 100).

Ello se debe a la inmensa muestra existente sujeta a análisis, que lejos de facilitar su interpretación impide, por lo específico de cada uno de los trabajos realizados, alcanzar una síntesis coherente a escala global. Por un lado, unos trabajos inciden en que los fundamentos de la cultura tartésica son locales, mientras que en otros, aunque estén basados en los mismos datos, se pone de manifiesto su desvinculación.

Fruto de trabajos de mayor ámbito que el eminentemente peninsular, publicados en la década anterior (COFFYN, 1985; RUIZ-GALVEZ, 1987) posibilitan estimar ahora, de forma más pausada el contexto

de las relaciones atlánticas, mientras que al superarse la conmoción producida por los hallazgos del Prof. Martín de la Cruz en Montoro, se asumen nuevas interpretaciones de los contactos con el Oriente en el II Milenio. Estos nuevos presupuestos no admiten dudas para estimar que el Bronce Final tartésico pudiera haberse desarrollado sin su concurso, pues en todos los componentes de la cultura material se atisban elementos orientales, incluso se puede observar *...un tipo de organización territorial de inspiración urbana* (BENDALA, 1991: 101). Entre dichos elementos materiales se presta especial atención a las estelas de guerreros, dado que el contexto global actual va confirmando la tesis que fue establecida en los años setenta (BENDALA, 1977).

En estos momentos del inicio de los noventa, fruto del proceso de décadas de investigación, la visión de la Edad del Bronce de M. Pellicer (1993) aparece bien conformada, con la existencia de dos focos muy diferentes en Andalucía. Mientras que las últimas manifestaciones del Argar implican el final de un proceso propio del Suroeste, en el que habría tenido una gran importancia la minería-metalurgia del cobre, como contraste, en Andalucía *...occidental se inicia una eclosión poblacional con el surgimiento de los poblados tartésicos* (PELLICER, 1993: 103), donde se generaliza la metalurgia de la plata.

El Bronce Final, o *Bronce reciente* como prefiere este autor, se presenta ahora con entidad formal y periodización propias, *...con una fase I de finales del II Milenio, una fase II correspondiente al primer cuarto del I milenio y una fase III, ya del hierro y fuertemente aculturada por la colonización semita, enmarcada en el segundo cuarto del I milenio y dividida en dos subfases A y B, correspondiente a la entrada de Andalucía en la protohistoria* (PELLICER, 1993: 105).

El cambio parece drástico; se trata del *...renacimiento del viejo sustrato calcolítico* (PELLICER, 1993: 104); se pueden definir corrientes culturales procedentes de varios focos, desde el Atlántico (metalistería de bronce), del Mediterráneo oriental y central (fibula de codo y cerámicas bruñidas con botones incrustados), meseteñas (boquique y excisas). y a partir del cambio de milenios los propios

del bajo valle del Guadalquivir y Huelva (la cerámica local decorada con motivos bruñidos y pintados), que se extenderán hacia el Sureste (MOLINA, 1978), Extremadura y Meseta Sur (ENRIQUEZ, 1990b; PAVON, 1994; PEREIRA, 1990). No obstante, en cuanto al fenómeno de la incineración, el Prof. Pellicer mantiene una cronología del siglo VII para algunas tumbas que deberían corresponder a su Bronce Reciente II, puesto que, junto a las cerámicas paralelizables con las occidentales de comienzos del I Milenio a.C., aparecen fibulas de codo (CARRASCO, PASTOR y PACHON, 1983) y, como elemento definidor importante, no están presente materiales a torno fenicios o de cualquier otra tipología que pudiese indicar una fecha tan moderna como la que se propone (PELLICER, 1993: 104).

Volviendo a Montoro, el estudio de los materiales locales que aparecían en el mismo contexto cronocultural y los datos de los análisis radiocarbónicos efectuados (MARTIN DE LA CRUZ, 1988b; 1989), que para algunos autores todavía suponen un problema no resuelto completamente (PELLICER, 1995), posibilitaron interpretar la existencia de *...un proceso de cambio ya iniciado siglos antes ... [el cual] ...actúa de catalizador acelerándolo y favorece la aparición, hacia 1100 a.C., de nuevas estructuras socioeconómicas que en un corto espacio de tiempo se extienden, con sus lógicas peculiaridades locales, por todo el ámbito andaluz ...En esta fase que denominamos Bronce Final es donde deberíamos percibir la importancia del efecto acumulado de contactos con el Mediterráneo* (MARTIN DE LA CRUZ, 1992: 113), que ha debido impactar a algunos investigadores, aunque no lo parezca así (ESCACENA, 1995), y la prueba de contactos muy antiguos y de largo ámbito para otros.

Ahora es fácil interpretar, con mayor seguridad, que la localización de unos pocos elementos importados desde el SE *...no permiten deducir si existió o no aculturación* (MARTIN DE LA CRUZ, 1992a: 113) a partir de dichos contactos, pero la aparición de algunos elementos funcionales como los 'altares de cuernos' deben tener otro significado. Sin embargo, en relación a la clara evidencia de elementos no materiales, tales como la adopción del *...uso de la urna como contenedor funerario* (MARTIN DE LA CRUZ, 1992a: 113) y de ahí, del rito de la cremación que se va imponiendo desde el Bronce Final, ello tiene que implicar, necesariamente, *...un grado de aculturación mucho mayor*

---

(MARTIN DE LA CRUZ, 1992a: 113).

Con todo ello, se propondrá, como hipótesis de trabajo, que la llegada al Llanete de los Moros de los tuestos micénicos se debió producir desde el SE, quizás por las dificultades de cruzar el Estrecho de Gibraltar y por las inherentes al desconocimiento de la navegación astronómica (LUZON y COIN, 1986), pero se considera que la génesis del proceso que determinó la aparición de una estructura urbana en el S peninsular, al menos durante lo argárico, es de inspiración autóctona (MARTIN DE LA CRUZ, 1992: 113). Quizás ello habrá que atribuirlo a que el mundo micénico desaparece de los escenarios mediterráneos demasiado pronto, con lo que faltó la necesaria continuidad.

No obstante, algunos autores continúan negando la posibilidad de que el Bronce Final fuese debido a un desarrollo local anterior a la presencia fenicia, y el argumento esgrimido es que *... esta fecha del s. IX puede ser aceptada en función de la constatación de niveles estratigráficos fundacionales en los que las cerámicas a torno están ausentes... No obstante, no debe olvidarse que la existencia del famoso muro oriental del Cabezo de San Pedro arroja cierta duda sobre este último argumento, porque dicha construcción se localizó a partir [sic] de la base de la estratigrafía* (ESCACENA y BELEN, 1991: 24), que no impide, a pesar de ello, que en otro lugar se reconozca que tanto *...lo que los prehistoriadores llaman <<Bronce Final>>, como de la etapa contemporánea a la presencia en la Península Ibérica de estos colonos orientales, conocida como <<Período Orientalizante>>... se desarrolla entre los años 1000 y 500 a. C., y tiene como bisagra que vertebraba las dos etapas antes aludidas el 750 más o menos* (ESCACENA, 1987: 37), que implica aceptar, al menos en Coria del Río (Sevilla), un Bronce Final preferencioso desde el cambio de milenios y que extraña, por otra parte, que Coria sea olvidada, casi una década después, y no sea incluida entre los veintiséis asentamientos tartésicos analizados *...del Bronce que nunca existió* (ESCACENA, 1995).

Así, las cerámicas a torno de Montoro abren ahora nuevas perspectivas para el estudio de la Edad del Bronce en el sur peninsular, aclarando algún tipo de cuestiones difícilmente explicables con

---

anterioridad, puesto que se estima que *...el Bronce Final se presenta como revitalizador de las culturas autóctonas, muy uniformizado ya geográficamente en sus procesos de diferenciación social, económica y tecnológica, que se había ido produciendo de forma encadenada a lo largo del milenio* (MARTIN DE LA CRUZ, 1992: 114). También servirán para que las hipótesis acerca de los contactos mediterráneos y atlánticos posteriores adquieran una mayor fuerza y peso específico (BENDALA, 1979; 1995; RUIZ-GALVEZ, 1984; 1986; 1987; 1995a-b; COFFYN, GOMEZ y MOHEN, 1981; COFFYN, 1985; SCHAUER, 1983; ALMAGRO, 1993).

Es también ahora, a comienzos de los años noventa, cuando será difundida la primera publicación extensa de las excavaciones realizadas en Huelva durante la década anterior. Las excavaciones de urgencia que se realizaron en las zonas bajas del yacimiento desde el comienzo de la década de los ochenta, algunos de cuyos resultados se adelantaron en publicaciones de variada índole (FERNANDEZ, 1984; FERNANDEZ y RUFETE, 1986a-b; CABRERA, 1986; OLMO, 1986), fueron aportando datos para reconocer pautas de cronología absoluta y de la evolución relativa del lugar, que antes que dar solución a cada uno de los problemas planteados, sólo confirmaron las apreciaciones consecuentemente extraídas entonces, toda vez que no se han vuelto a excavar, por problemas técnicos (FERNANDEZ, 1990b), los niveles antiguos en los que se pudiera documentar y contrastar los datos anteriores, a los que en otras zonas se pudo dar una solución aceptable (CAMPOS, VERA y MORENO, 1988).

Por ello, y dado que raramente se alcanzarán los niveles más profundos en las estratigrafías de las zonas bajas del hábitat, incluso se podría pensar que éstos no existen, por lo que la ocupación antigua podía quedar limitada a las más elevadas de la cima de los cabezos y sus laderas, aunque existe la opinión que sólo se ocuparon estas últimas (FERNANDEZ, 1990b). Como gran parte de esos niveles antiguos son destruidos al realizar los sótanos y la cimentación de los edificios de nueva planta que se van construyendo, la mayoría de las veces sin ser excavados o incluso analizados someramente, estos restos arqueológicos no analizados ha sido depositados en las marismas para elevarlas de cota. De allí,

no obstante, personas interesadas actuando en el filo de la legalidad, han ido acumulando importantes colecciones arqueológicas en las que sí están representados elementos del Bronce Final clásico, e incluso materiales de la Edad del Cobre.

Sólo Garrido, en 1980, habría alcanzado los niveles de base en su excavación de la Calle del Puerto pero, aunque nunca fueron publicados debidamente, son la evidencia de fases antiguas preferencias allí (GARRIDO, 1983). De ello resulta que la ocupación preferencia de Huelva, si se acepta su existencia, comienza en el siglo IX a.C., o un poco antes, con lo que la presencia fenicia parece puede aceptarse c. 750-700 a.C., o quizás un poco antes según las opiniones, y que entre esa fecha y finales del siglo VII a.C. se produce una reactivación del hábitat que perdurará durante todo el siglo VI, en el que el gran número de importaciones griegas arcaicas son el signo más relevante.

A pesar de la gran labor desarrollada, hay que tener en cuenta que, desde los inicios de los ochenta, la única aportación de importancia es la difusión de los materiales griegos arcaicos, en cuyos niveles aparecen los locales que los acompañan, pero con el error arrastrado por el método interpretativo al uso, que permite que elementos de tipología más antigua, aunque incluidos en otros complejos más recientes, como se verá en el apartado correspondiente, sean considerados sincrónicos. También se reitera y aumenta una definición de los períodos histórico-arqueológicos de la Huelva tartésica en base a los trabajos desarrollados (FERNANDEZ, 1984; 1990b) que, aunque pudiera entenderse como un intento de afinar en la sistematización de la evidencias alcanzadas, sólo es posible que sirva para aumentar la confusión.

La separación en las tres fases principales -Tartésico Antiguo, Medio y Final- ya era conocida desde finales de los años setenta (RUIZ MATA, 1979), pero como fases arqueológicas más coherentes -Fase I, Fase II, Fase III- y definidas sólo por ciertos elementos de la cultura material detectada. Estas fases, al no definir períodos cerrados no tenían excesivas implicaciones históricas, lo que las hacía muchos más versátiles. Prueba de ello es que podían aplicarse, sin problemas, en otros yacimientos

sincrónicos, siendo posible, también, integrar los períodos de transición que se detectasen, como la Fase I-II de San Bartolomé (RUIZ MATA, 1981).

Esta nueva tipificación en fases tartésicas, pensada al inicio de los años ochenta para definir la evolución de formas cerámicas, como es usual en otras áreas arqueológicas, no parece que deba aplicarse a períodos históricos toda vez que, al estar basada claramente en presencia-ausencia de elementos de cultura material y con cronologías ya preestablecidas -Tartésico Antiguo preferencio, Tartésico Medio ya fenicio- podría quedar invalidada si se atiende a otros indicadores arqueológicos que confirman la presencia oriental, tales como las fíbulas de codo (RUIZ DELGADO, 1989a) o las figuras de bronce aparecidas en la ría de Huelva (GAMER-VALLERT, 1982), o porque apareciesen, de hecho no es imposible, evidencias de otros elementos característicos del Hierro II siro-palestino anteriores a la etapa colonial fenicia, ya que lo que sin dudas hay que enfatizar es que los contactos entre ambos extremos del Mediterráneo no eran imposibles, al menos desde finales del II Milenio (SCHUBART y ARTEAGA, 1986; ALMAGRO-GORBEA, 1993; RUIZ-GALVEZ, 1986; 1995a; 1995b), o incluso antes, cuya confirmación arqueológica son las cerámicas micénicas de Montoro (MARTIN DE LA CRUZ, 1988b; 1989, 1990; 1992a; MOMMSEM y otros, 1990; PODZUWEIT, 1990), y muchos otros elementos posteriores que aportan bases interpretativas que hacen más complicada, aunque más coherente, la fase preferencia (ALMAGRO, 1993; RUIZ-GALVEZ, 1993b; BENDALA, 1995).

Con el intento de afinar en la sistematización de los diferentes períodos de la fase tartésica, es chocante observar que la transición desde el Tartésico Antiguo la explica la aparición del vaso tipo E.I en el Tartésico Medio I (FERNANDEZ, 1990b: 213), que dejaría a los pobladores de la Huelva precedente sin contenedores de gran tamaño. Un segundo intento, no menos patente, es rebajar la tipología de Fase I de los fondos de Peñalosa a la cronología del Tartésico Medio (FERNANDEZ, GARCIA y RUFETE, 1992), que hace que se recrudezca la teoría del despoblamiento desde el Bronce pleno, esbozada anteriormente por otros investigadores (ESCACENA y BELEN, 1991).

En una de las últimas síntesis disponibles del Prof. Pellicer (1994), siempre preocupado por utilizar la terminología más adecuada, si algunas dudas que se habían mantenido en décadas anteriores parecen haber sido zanjadas, todavía resaltan problemas sin solución aparente. Como es habitual en su magisterio, analiza la situación en que se encuentra la transición entre la Prehistoria reciente y la Protohistoria en el conjunto de Andalucía, poniendo énfasis en cuál fue el desarrollo de la investigación durante los últimos años, y en la necesaria metodología y sistematización de las investigaciones futuras para que se pueda alcanzar un nivel más aceptable que el actual.

Con independencia de que este investigador prefiera denominar Bronce Reciente al espacio en que, desde hace años, se ha venido incluyendo al Bronce Tardío y al Bronce Final, en el fondo lo que ha tratado de sistematizar y aclarar en la escueta síntesis de 1994, es el desarrollo previo a la presencia efectiva de comerciantes fenicios en el Occidente peninsular y su continuación durante el período orientalizante. En definitiva, cómo se produce en el S peninsular la transición desde la Prehistoria reciente hasta el momento en que la nueva sociedad occidental se incorpora a la Historia.

Resulta interesante comprobar, a pesar de importantes hechos confirmados en unos casos y que en otros los datos existentes no le permitan otra cosa que establecer hipótesis de trabajo, parece que ya es posible comprobar en muchos asentamientos la existencia de un *continuum* poblacional de la Edad del Bronce durante sus períodos pleno, tardío y final, en especial en el SE. Sin embargo, aunque también es posible que en Andalucía occidental se atestigüe la misma evolución que en la occidental, lo que aún resulta difícil es reconocer una clara diferenciación entre las tradiciones del cobre y otras muy renovadas del Bronce final clásico, equivalente a su Bronce reciente.

Para los motivos utilizados en la decoración de las cerámicas de boquique estima que *...es lícito poner en duda su monogenismo y pensar en un origen múltiple, simultáneo, más o menos, derivada siempre del campaniforme tardío* (PELLICER, 1994: 70). La decoración pintada en rojo aplicada sobre cerámicas a mano *...es evidente que ya está presente en el bronce reciente precolonial con un*

*geometrismo análogo al de otras técnicas y derivado igualmente del temario campaniforme* (PELLICER, 1994: 71). Su proceso final estaría en la temática del tipo denominado Carambolo, o estilo Guadalquivir I (RUIZ MATA, 1988), que podría haber incorporado ya elementos del geométrico griego tardío o de temas fenicios importados.

En cuanto a la cerámica a mano con motivos bruñidos, el elemento que mejor define el período clásico, es *...autóctona de Portugal y Andalucía occidental, surge débilmente en el calcolítico... permaneciendo latente en esa edad oscura del bronce pleno del Guadalquivir hasta un momento del cambio de milenio* (PELLICER, 1994: 71). Su posterior desarrollo ya ha sido suficientemente explicado (RUIZ MATA, 1979; BLAZQUEZ y otros, 1979; RUIZ MATA, 1981) para que presente otros problemas que no sea su contrastación a escala generalizada. Sin embargo, hay que considerar que el apogeo de estas cerámicas, al menos en Huelva, se debe circunscribir sólo a momentos previos a la presencia fenicia, puesto que a partir de que se ha consolidado la presencia de las cerámicas a torno en el yacimiento, sólo se aprecia la degeneración técnica y estética de las formas a mano bruñidas (RUIZ MATA, 1979).

Desde un punto de vista relacionado con la progresión cultural estimada para Andalucía occidental, el Bronce Pleno, del que se reconoce su escasa entidad, significa la *...cultura-puente entre el calcolítico y el bronce reciente... [pero] ...no existen rupturas radicales, sino simplemente una especie de epicalcolítico o epicampaniforme, localizado en los grandes yacimientos nucleares* (PELLICER, 1994: 72), consideración que puede tener trascendencia para el futuro de la investigación.

## 2. LA SECUENCIA DE LA EDAD DEL BRONCE EN EL AMBITO DEL BAJO GUADALQUIVIR Y HUELVA.

Con los datos que se obtienen en la bibliografía actual, parece posible que en el extremo más occidental del SW, el bajo Guadalquivir y la provincia de Huelva, no sea aplicable la secuencia tradicional de la Edad del Bronce (GOMEZ y otros, 1994), separada en Antiguo, Pleno, Tardío y Final, establecida para el SE peninsular por Molina (1978), que siempre ha sido hecha extensible al conjunto del SW peninsular.

### 2.1. El tránsito del calcolítico al Bronce Antiguo.

En los primeros momentos de la investigación del SW, se pensaba que existía continuidad entre el Calcolítico y Tartessos, según la tesis de Gómez Moreno, consideración que ha sido matizada a partir de la definición posterior de los diferentes períodos reconocidos en los II-I Milenios a.C. (BENDALA, 1986).

Para el Bronce Antiguo, que podría ser estimado una fase de transición entre el Calcolítico y el Bronce Pleno, en la zona más occidental de Andalucía no se conocen hallazgos de poblado así definidos, exceptuando quizás algunos de los materiales de superficie de Lepe (MARTIN DE LA CRUZ y otros, 19..; GOMEZ y otros, 1995; CAMPOS y GOMEZ, e.p.), y sólo se conocía el enterramiento de Zufre (RIVERO y VAZQUEZ, 1988), incluido en la fase denominada Horizonte de Ferradeira por Schubart (1975).

Es ésta una situación similar que la existente en el bajo Guadalquivir, donde tampoco se puede explicar su ocupación con garantías en la primera mitad del II Milenio a.C., a no ser con perduraciones y arcaísmos del horizonte anterior (PELLICER, 1989b; PELLICER, 1994; ESCACENA y FRUTOS, 1986; CARO, 1989), bien atestiguados en áreas muy específicas de la provincia de Huelva, tales como la ribera del Chanza y el área de El Pozuelo (PEREZ MACIAS, e.p.b).

Si en la margen izquierda del bajo Guadiana aparecen, con cierta profusión, las necrópolis del Bronce del Sudoeste (SCHUBART, 1975; AMO, 1975a; SCHUBART y otros, 1990; GOMEZ y otros, 1994), para el período anterior existían ciertos problemas, al no poder contarse con evidencias que probaran una continuidad ocupacional paralelizable con la que se conocía en la margen derecha. No obstante, un hallazgo que ha sido dado a conocer recientemente (GOMEZ y otros, 1996), podría confirmar un claro paralelismo también en los momentos de la transición desde la Edad del Cobre, dotando al encajado valle del río de las características que presuponen la realidad de la existencia de un nexo de unión de ambas orillas, tanto en lo físico como en lo humano.

La tumba de Valdecerros (COMEZ y otros, 1996) aparece en la zona de transición situada entre el reborde paleozoico de Sierra Morena y la estrecha faja del Mioceno de la campiña litoral que se prolonga hasta las cercanías de Ayamonte, como continuación de la Tierra Llana de Huelva. Aunque el hallazgo no es fruto de excavación, la recogida de los materiales han permitido su reconstrucción como una cista de gran tamaño, construida con lajas verticales y cubierta posiblemente con una gran losa de caliza, donde se realizó la inhumación de un solo varón de complexión robusta y acusada platimería, al que se habían realizado prácticas perimorten, tal vez rituales, que podrían relacionarse con las observaciones realizadas en tumbas de cista posteriores (AMO, 1975a-b), donde únicamente aparece una parte del conjunto óseo.

A partir del ajuar recuperado, dos cuencos y dos brazaletes de arquero, la inhumación puede inscribirse a los inicios del II Milenio a.C., en la fase arqueológica definida como "Horizonte de Ferradeira", a la que se le atribuye un hondo sabor epicampaniforme (SCHUBART, 1975), semejante al mismo horizonte de la provincia de Badajóz (PAVON, 1993; 1994), y paralelizable en el tiempo con la fase de transición al Bronce en los valles del bajo Tajo y bajo Guadalquivir, que en la última zona no puede considerarse aclarada (PELLICER, 1986b), al no existir evidencias, excepto, quizás en las primeras fases de Monte Berrueco (ESCENA y FRUTOS, 1986), y posiblemente en los niveles profundos de Carmona (PELLICER y AMORES, 1985), o Lebrija (CARO, ACOSTA y ESCACENA, 1987; CARO, 1989).

En realidad, para el bajo Guadalquivir, deberá esperarse hasta la publicación de las memorias finales de las prospecciones que se están llevando a cabo en la margen izquierda de las marismas del Guadalquivir (CARO, 1989; 1991; GONZALEZ RODRIGUEZ, RUIZ MATA y AGUILAR MOYA, 1993; GONZALEZ RODRIGUEZ, BARRIONUEVO CONTRERAS y AGUILAR MOYA, 1995), donde se ha estimado un *hiatus* debido a otra crisis poblacional (CARO, 1989).

El mayor problema reside en la cronología que se establece para el final del campaniforme, puesto que

---

si en el SE se detectan elementos estratificados que parece que no pueden ser posteriores a la primera mitad del II Milenio a.C. (ARRIBAS y MOLINA, 1979), en Portugal los tipos incisos podrían haber perdurado hasta momentos posteriores (CARO, 1989), tal como se estimaba para el área de Carmona, donde lo harían hasta finales del II Milenio a.C. en posible sincronía con el fenómeno Cogotas I (HARRISON, BUBNER, y HIBBS, 1976), confirmando la datación radiocarbónica del fondo de la Universidad Laboral (FERNANDEZ GOMEZ y ALONSO DE LA SIERRA, 1985). De otra forma, sería muy difícil explicar la síntesis que representa el plato de borde almendrado de Lebrija (CARO, 1989: Fig: 8).

## 2.2. El Bronce Pleno.

Para el Bronce Pleno, la etapa teórica siguiente, existen evidencias en la Tierra Llana de Huelva pero no con la profusión de las de la Sierra Morena occidental y el Algarve (SCHUBART, 1975; AMO, 1975a; PEREZ y RUIZ, 1986; PEREZ MACIAS, 1986; VARELA y otros, 1986; HURTADO, 1990; GOMEZ, ALVAREZ y BORJA, 1992), y son menos abundantes en el bajo Guadalquivir, aunque ya estén representadas en asentamientos como Lebrija (TEJERA, 1985, CARO, 1989), Setefilla (AUBET y otros, 1983), el Monte Berrueco de Medina Sidonia (ESCACENA y FRUTOS, 1986), o el Llanete de los Moros en Montoro (MARTIN DE LA CRUZ, 1988), entre otros.

En cuanto al bajo Guadalquivir, la escasa incidencia puede ser atribuida a que *...perdura insistente y profundamente el horizonte anterior del complejo calcolítico con el magalitismo y el campaniforme, fuertemente arraigados... análogo al de la mayor parte de los círculos peninsulares, si exceptuamos los del Algarve, del Argar, del bronce valenciano y de las motillas manchegas* (PELLICER, 1986b: 248). Quizás por ello, en los complejos arqueológicos más conocidos, se aprecia una diferenciación sincrónica en la estructura de las tumbas, con inhumaciones en fosas excavadas bajo las casas, en contraposición a las cistas del Bronce del Sudoeste que no parece puedan relacionarse con los correspondientes asentamientos.

Si desde la década de los años sesenta del Bronce Pleno sólo eran conocidas la necrópolis de cistas, las excavaciones en El trastejón (HURTADO, 1991; HURTADO, GARCIA y MONDEJAR, 1993; HURTADO y GARCIA, 1994) y otros trabajos de la Sierra de Huelva (PEREZ MACIAS, e.p.a), permite ahora estimar la existencia de una amplia fase de ocupación en la parte central del II Milenio a.C., que se inicia en períodos precedentes y continuará hasta el Bronce Final.

En el Trastejón, parece que no existe solución de continuidad entre un claro hábitat del Bronce Pleno sincrónico con las cistas, al que siguen las formas carenadas típicas del Bronce Final (HURTADO y GARCIA, 1994). Es lógico que cuando se presente la totalidad de los materiales de las campañas realizadas, pueda accederse a conocer las formas intermedias. De hecho, ya se conoce un material que, aunque fue adscrito en su totalidad al Bronce Pleno, las carenas altas de los números 11 y 12 de la Lámina 174 (AMO, 1975a), podrían indicar ya el paso a las formas características del Bronce Final.

No obstante, en cuanto al paralelismo con Portugal, aunque parecía que en la provincia de Huelva faltaban algunas de las fases, o mejor diferencias de tipo material, allí establecidas, recientes hallazgos confirman las mismas formas de enterramiento a ambos lados del río Guadiana (GOMEZ y otros, 1996; PEREZ MACIAS, e.p.a-b), desde el Horizonte de Ferradeira de Valdecerrros y Zufre, hasta el Bronce del Sudoeste II de Los Llanos (Alájar), pasando por las necrópolis en cista típicas del Becerrero-Castañuelo, hasta a agrupaciones diferenciadas por círculos tumulares de La Sepultura II (GOMEZ y otros, 1996).

### 2.3. El Bronce Tardío.

En los asentamientos del bajo Guadalquivir citados, la fase del Bronce Pleno es seguida por otra con materiales del Bronce Tardío -Horizonte Cogotas I- que han sido considerados los precedentes del Bronce Final (PELLICER, 1986b; 1994; MARTIN DE LA CRUZ, 1986b; 1988a), según los paralelismos conocidos en algunos sitios del SE (MOLINA, 1978).

Este Bronce Tardío, tal vez una nueva *oleada* difusionista, es registrado en el SW cada vez con mayor profusión (AMORES y RODRIGUEZ, 1985), y además de en Carmona (CARRIAZO y RADDATZ, 1961; AMORES, 1982; PELLICER y AMORES, 1985), ahora se conoce en Lebrija (TEJERA, 1985, CARO, 1989), Setefilla (AUBET y otros, 1983), el Berrueco de Medina Sidonia (ESCACENA y FRUTOS, 1986), Mesa de Gandul en Alcalá de Guadaira (PELLICER y HURTADO, 1987), el Llanete de los Moros en Montoro (MARTIN DE LA CRUZ, 1988a), Campín Bajo en El Puerto de Santa María (RUIZ MATA, 1994c; GUTIERREZ y otros, 1993a-b).

Más al W, en la provincia de Huelva, únicamente se comprueba su existencia en Los Praditos de Aroche (PEREZ MACIAS, 1987) y en la Peña de Alájar (GOMEZ, ALVAREZ y BORJA, 1992), por lo que sólo se puede tener en cuenta su consideración de importaciones y no relacionarlo con un aporte poblacional de *la cultura*.

Este Horizonte de Cogotas I, incorporado como última secuencia del bronce argárico (SCHUBART y ARTEAGA, 1978; 1983), podría fecharse en Setefilla desde los años finales de la primera mitad del II Milenio a.C. (AUBET y otros, 1983), y en Montoro en la transición de los II-I Milenios a.C., *en un contexto cerámico... claramente ya de Bronce Final en sus etapas iniciales* (MARTIN DE LA CRUZ, 1986b: 491ss), en el que también hay que incluir los fragmentos micénicos, o inmediatamente antes (MARTIN DE LA CRUZ, 1988a).

De todo ello, en el conjunto del SW se podría apreciar un aparente vacío desde el Bronce Pleno, si se acepta la cronología del siglo IX a.C. para el Bronce Final (ESCACENA y BELEN, 1991; ESCACENA, 1995), pero es también muy difícil explicar la secuencia desde la plena Edad del Cobre con el escaso Bronce Pleno documentado en algunas zonas. En cualquier caso, por la casi completa ausencia de elementos de Cogotas I en la sierra onubense y hasta ahora total en la Tierra Llana y el Andévalo, no es posible esperar en la zona más occidental que el Bronce Tardío pueda ser interpretado como la fase inmediatamente anterior al Bronce Final clásico.

#### 2.4. El Bronce Final pre-fenicio en el SW.

Desde la publicación por Pellicer (1963) de la necrópolis púnica de Laurita, en la que la asociación de cerámicas de engobe rojo con las corintias de la tumba 19 proporcionaban una sincronía que posibilitaba la aplicación de una datación de cronología absoluta para el sur peninsular, se han establecido seriaciones de cronología relativa y/o absoluta para las estratigrafías obtenidas en la totalidad de los asentamientos protohistóricos excavados, basadas en las apreciaciones documentadas en cada uno de ellos, cuyo listado bibliográfico es demasiado extenso para ser incluido aquí, por lo que se puede recurrir a la recopilación de C. Pérez (1986) y a la más reciente de F. López y C. González (1993).

La definición formal de la Fase I del Cabezo de San Pedro por Ruiz Mata en 1979, cuya cronología ha sido revisada por el mismo autor a partir de las evidencias detectadas a lo largo de las últimas décadas (RUIZ MATA, 1995), debe ser contemplada como el elemento principal, y quizás único junto a la tipología cerámica de la fase fundacional del Castillo de Doña Blanca, para el establecimiento de un punto de partida utilizable como cronología relativa para el comienzo de la presencia fenicia en el SW. Otro es el caso cuando se utiliza en términos de cronología absoluta, por las repercusiones sobre los materiales fenicios hallados en Occidente de los diferentes sistemas de datación vigentes en Oriente, de los que en buena lógica dependen.

Recientemente, el Prof. Ruiz Mata (1994c), basándose en los datos obtenidos en varios puntos de la bahía de Cádiz y a partir de la secuencia estimada desde la fundación de Doña Blanca, ha establecido un esquema aceptable que puede extrapolarse a toda la franja atlántica y el *hinterland* comprendido entre el área gaditana y el bajo Guadiana. Tomando como punto de partida las cerámicas recuperadas en la fase fundacional del Castillo de Doña Blanca (RUIZ MATA, 1993a: Fig. 7-8), que aparecen con elementos locales de transición (RUIZ MATA, 1993a: Fig. 9) similares a los de la Fase I/II-II de Almonte (RUIZ MATA, 1981: Fig. 8-10) y Huelva (RUIZ MATA, BLAZQUEZ y MARTIN DE LA CRUZ, 1981), considera que la presencia de cerámicas *exóticas* fenicias en algunos yacimientos como

Campillo (RUIZ MATA, 1994c: Fig. 17-18), cuya ergología de ascendencia local se corresponde con la Fase I del Cabezo de San Pedro, representa la llegada a la zona de elementos fenicios en un momento anterior a la fundación de la ciudad fenicia excavada en El Puerto de Santa María, situando este momento entre ...  *finales del siglo IX y el 775-770 a.C.* (RUIZ MATA, 1994c: 300).

Partiendo de esta base resulta implícita la existencia, desde finales del II Milenio a.C. y en todo el SW (CAMPOS y GOMEZ, 1995), de un horizonte local en el que las importaciones fenicias están ausentes hasta sus momentos finales, es decir entre finales del s. IX y comienzos del s. VIII a.C. Durante ese período, anterior a finales del s. IX, en la Tierra Llana de Huelva, y por ello lejos de las mineralizaciones de la Franja Piritífera Ibérica, existen pequeños asentamientos formados por unos pocos fondos de cabaña, cuya economía fundamental debe ser la explotación agroganadera, pero que muestran, también, escorias de plata dentro de dichos fondos o en sus inmediaciones.

Este hecho implica un generalizado conocimiento de las técnicas metalúrgicas necesarias para la obtención de este metal, a partir de las diferentes formas de mineralización del Andévalo onubense y que, por tanto, estas técnicas no eran sólo patrimonio de unos pocos, sino lo contrario (GOMEZ TOSCANO y PEREZ MACIAS, 1991). Además de éstos, los sitios de Aznalcóllar, Niebla, o Huelva, partiendo de unas características quizás similares a los asentamientos antes nombrados, experimentarán un impulso tanto cuantitativo como cualitativo que los hace destacar de la generalidad. Aznalcóllar como centro productor y distribuidor de sus metales; Niebla como centro distribuidor de los recursos de la campiña y nodo donde es posible ejercer el control de las rutas N-S y E-W, que interrelacionan las minas con el mar y la ría de Huelva con el bajo Guadalquivir y bajo Guadiaba; Huelva como único puerto atlántico de la Tierra Llana; darán lugar a amplias y complejas formas de interrelación social y manifestaciones de tipo comercial. Junto al otro centro de Castromarín, localizado también en la fachada atlántica (ARRUDA, 1984; GOMEZ y otros, 1994), se configura así una estructura de tipo urbano que aglutina a todo el territorio (CAMPOS y GOMEZ, 1995) aunque, de hecho, no sea posible estimar con los datos actuales si estos centros hegemónicos

dominaban políticamente a los sincrónicos de menor rango.

En la fase final de este período histórico, fines del siglo IX/comienzos del siglo VIII a.C., con una estructura ya configurada, aparecen los primeros indicios de la presencia fenicia en las costas atlánticas. En Huelva se localizó un fragmento de engobe rojo en la fase IC del Cabezo de San Pedro (RUIZ MATA, BLAZQUEZ y MARTIN DE LA CRUZ, 1981), además de otros ejemplos de la misma cronología excavados en la década de los ochenta, que no han sido identificados correctamente por el hecho de aparecer en contextos más modernos. En este período han de incluirse también los elementos exóticos de Campillo ya mencionados y, también, la copa de Peñalosa.

Establecido el comienzo de la fase fundacional en c. 800/750 a.C., aunque sería mejor en el segundo cuarto del siglo VIII, esta datación corresponderá también al comienzo de la fase I/II local, que tiene que ser continuación e inmediatamente posterior al final de la Fase I, ya que esta última es anterior a la primera por definición (RUIZ MATA, 1979). Así, no será razonable datar *todas* las cerámicas a torno que aparezcan en el bajo Guadalquivir y Huelva en el 750 a.C. o con posterioridad a esa fecha, en especial cuando se hallen en contextos del Bronce Final Clásico (Fase I del Cabezo de San Pedro) y, con menos razón, cuando presenten características formales definitivas de un momento anterior a las de dicha fase fundacional. Teniendo en mente las cerámicas a torno de Montoro (MARTIN DE LA CRUZ, 1990), tampoco será lícito hacerlo cuando en base a dichas características definitivas, o porque se trate de fragmentos atípicos, éstos aparezcan en contextos que puedan parecer demasiado antiguos.

De todo lo anterior, incorporando al análisis las evidencias documentadas en los últimos años, se puede establecer una síntesis del conocimiento actual de los primeros siglos del I Milenio a.C.

No existen elementos cronológicos directos para fechar los inicios del Bronce Final, por lo que éstos han sido establecidos en los primeros siglos de I Milenio a.C., en especial el siglo IX. Muy

recientemente, para algunos, tan sólo Huelva aparece entre los enclaves tartésicos de la Tierra Llana que *...a modo de avanzadillas, inician a final de la Edad del Bronce la ocupación de un territorio casi despoblado* (ESCACENA y BELEN, 1991: 25). Para otros, por el fragmento de cuenco con Engobe Rojo aparecido en el poblado de cabañas de Peñalosa junto a cerámicas a mano de la Fase I de San Pedro encuadran al yacimiento en *...un Horizonte de Bronce Final precolonial [por lo que] resulta imposible dar una fecha más moderna de la primera mitad del siglo VIII a.C. para el final de este período* (FERNANDEZ, RUFETE y GARCIA, 1991a: 160). Se compara al yacimiento de Peñalosa con la Fase I de Huelva y la de Almonte, para las que se admite su inicio desde el siglo IX, cuando diez años antes ya Ruiz Mata aceptaba tal vez el siglo X para San Pedro (RUIZ MATA, 1979) y la primera mitad del VIII para San Bartolomé (RUIZ MATA, 1981) por lo que, no se comprende que, en otro lugar, sólo un año antes parece aceptarse una fecha *...en el cambio del segundo al primer milenio antes de Cristo, como evolución del Bronce Pleno* (FERNANDEZ, 1990b: 212).

Los mismo autores (FERNANDEZ, RUFETE y GARCIA, 1991a; FERNANDEZ, GARCIA y RUFETE, 1992) también comparan al sitio de Peñalosa con la Fase IIb de Setefilla (AUBET y otros, 1983) y también con el estrato IIIB del Llanete de los Moros (MARTIN DE LA CRUZ, 1987a), aunque se estima un desfase cronológico la fecha dada a ese último estrato, datado entre 1000 y 900 a.C., *...el más parecido tipológicamente...*, y se relaciona con el siguiente, IVA, porque su cronología en Montoro, situada por Martín de la Cruz entre el 900 y el 800-750, *...concuerda mejor con las fechas por nosotros propuestas* (FERNANDEZ, RUFETE y GARCIA, 1991a: 160), o porque *... parece más oportuno* (FERNANDEZ, GARCIA y RUFETE, 1992: 189).

La presencia fenicia, que se estudia sin base de cronología absoluta clara, dado que el fragmento de crátera ática del MGII, que podría establecer un punto de partida, se ha considerado desplazado de su contexto arqueológico, se estima entre el 800 y el 750 a.C. y cualquier fragmento a torno, sea fenicio o no, se introduce en el inmenso *saco* cronológico de los siglos VIII-VII. Ejemplos característicos, aunque fuera de la Tierra Llana, es el haberse atribuido el último estrato documentado en El Berrueco

(Cádiz), con formas típicas del II Milenio a.C., a una fase colonial por la presencia de un fragmento que podría haber sido fabricado a torno, posiblemente micénico, o similar a otros a torno localizados en el Llanete de los Moros (ESCACENA y FRUTOS, 1986; MARTIN DE LA CRUZ, 1992a).

El empeñamiento por mantener planteamientos previos forzaron también a una crítica de la interpretación realizada por Martín de la Cruz de la secuencia de Montoro (MARTIN DE LA CRUZ, 1989), apoyándose en que *...no es conveniente dar excesivo crédito a las fechas radiocarbónicas de la estratigrafía en su conjunto... Estas sitúan el estrato III B entre el 1000 y el 900 a.C., cifra que resulta muy problemática si se tiene presente que existen ya en esa misma capa fragmentos de cerámica a torno* (ESCACENA y BELEN, 1991: 12), cuando el torno aparece con cierta profusión desde mucho antes (MARTIN DE LA CRUZ, 1988a; 1988b).

El mayor problema, que en base a la realidad del conocimiento sobre las fechas absolutas del Mediterráneo parece inicuo, es que unas veces se utiliza el 800 a.C. y otras el 750 a.C. con los mismos propósitos, dando como resultado un confucionismo chocante que llevará a debates inútiles. También que, para poder confirmar opiniones preestablecidas, se utilizan las cronologías dadas para un yacimiento muchos años antes, citando a autores y publicaciones, pero sin mencionar que éstos ya las han cambiado en base a nuevas evidencias.

Los materiales a torno fenicios, o de tipología fenicia, se irán imponiendo en los yacimientos indígenas, que no pierden su dominio político pues no existen fundaciones claras al W de Gadir, que no sean las portuguesas del siglo VII a.C. Así, el período orientalizante, cuya cronología es determinada entre la fecha anterior de 800/750 y la del tercer cuarto del siglo VII, está representado por los materiales de las Fases II y III, incluyendo los ajuares funerarios de la Joya.

### 3. LA SECUENCIA DE LA EDAD DEL BRONCE EN OTRAS AREAS MERIDIONALES.

En este apartado, a nivel de síntesis, se intenta revisar cómo se entiende la evolución del II Milenio a.C. a la vista de las últimas sistematizaciones, sin que por ello realicemos una revisión exhaustiva de la evidencias, ejercicio que quedaría demasiado alejado del interés específico de nuestro trabajo, según se ha puesto de manifiesto en la introducción.

#### 3.1. La Edad del Bronce en el S de Portugal.

Según se ha visto en el capítulo precedente, a partir del análisis de las evidencias funerarias conocidas, así como en base a trabajos de campo propios, la periodización y el conocimiento de la Edad del Bronce en el sur de Portugal fueron establecidos en la década de los años setenta por H. Schubart (1975).

La principal aportación fue reconocer la existencia de un desarrollo paralelo pero diferente del establecido en el SE peninsular, con lo que la Cultura del Argar dejaba de ser la referencia imprescindible, al menos para la fase plena, a la hora de explicar la Edad del Bronce en el conjunto del territorio de la Península Ibérica.

La periodización del Bronce del Sudoeste (SCHUBART, 1972; 1974a; 1974b; 1975), estructuraba los hallazgos funerarios en un primer momento evolutivo definido como Horizonte de Ferradeira, que representaba el tránsito desde los finales de la Edad del Cobre, paralelo y sincrónico a los enterramientos campaniformes típicos, que venía a significar las manifestaciones del Bronce Antiguo y ser contemporáneo con los inicios del Argar.

A este horizonte funerario sucedía otro bien diferenciado, el Bronce del Sudoeste I, cuya cronología se estimó entre 1500-1400 y 1100 a.C., y que se extendía a través de las necrópolis de cistas por gran parte de Sierra Morena. La tercera fase, denominada Bronce del Sudoeste II, sólo parecía estar representada en la zona NE de esta zona del territorio portugués. estimándose su cronología entre 1100

y 800/700 a.C. (SCHUBART, 1972: Fig. 4).

A partir de esta fase, no quedaba claro como se producía la evolución hasta la Edad del Hierro, puesto que manifestaciones consideradas del Bronce Final, tanto de la Cultura de Alpiarça del Bajo Tajo como la tartésica del Bajo Guadalquivir, parecían estar presentes en algunas zonas interfiriéndose en algunos momentos con el Bronce del SO II, precisamente donde no se había documentado la presencia generalizada de las manifestaciones funerarias del Bronce del SO I, hecho que se explicaba por la ausencia de formas intermedias conocidas (SCHUBART, 1972: 23).

Desde la década de los años setenta no puede decirse que los avances de la investigación hayan alcanzado interpretaciones alternativas. No obstante, desde entonces el número de necrópolis y hábitats ha ido aumentando, con lo que la muestra de análisis pronto permitirá estimar las evoluciones locales y las generalizaciones que puedan hacerse extensivas al conjunto de este espacio peninsular (ARRUDA y otros, 1980; ARRUDA, 1984; GAMITO, 1988; MONGE SOARES, 1977; 1988; 1993; 1994; MORAIS ARNAUD, 1979; PARREIRA y MONGE, 1980; PARREIRA, 1975; 1983; RIBEIRO y MONGE, 1990; SILVA, TAVARES y BAPTISTA, 1984; TAVARES y SOARES, 1978; 1979; 1981; VARELA GOMES, 1994; VARELA GOMES y otros, 1986; VARELA y TAVARES, 1987).

En cuanto a lo que se infiere de los asentamientos más cercanos a Andalucía, será necesario establecer en su justa medida hasta donde pueden inferirse el alcance de las relaciones que se establecen entre el Bajo Tajo y el conjunto del Bajo Guadalquivir y Huelva, especialmente en la zona de contacto de ambas manifestaciones de la cultura material, con referencia a las decoraciones bruñidas al exterior y al interior respectivamente, que son la primera muestra diferenciadora. Estas relaciones tal vez se establecieron desde los hábitats españoles del curso del Chanza a través de Ratinhos, Outeiro do Circo y Coroa do Frade con el Tajo, mientras que hacia el Bajo Guadalquivir, estimado el vacío poblacional que ahora puede inferirse en el Andévalo occidental, las relaciones sólo pudieron establecerse bien a través de los asentamientos sincrónicos de la Ribera de Huelva, bien a través del curso bajo del Río

Guadiana.

### 3.2. La Edad del Bronce en la Extremadura española.

En la conocida monografía de M. Almagro-Gorbea (1977), resultaba clara la dificultad de fijar en Extremadura los inicios del Bronce Final, en especial por la falta de información previa existente, si no fuera por las pervivencias del mundo megalítico, retrotraídas hasta el último tercio del II Milenio a.C. según las cuentas de época micénica del dolmen de Lácara, que coincidían con las primeras evidencias del Bronce, como el tesoro de Bodonal. No obstante, se esperaban encontrar elementos del Bronce Medio, tales como el enterramiento individual en cista.

Para los inicios de la fase final del Bronce, se estimaba una gran dependencia atlántica, probada con Irlanda, pero *...dentro del marco del círculo cultural del llamado Bronce Atlántico que en este período se extiende por todo el Occidente y el Norte de la Península Ibérica y de Francia hasta las Islas Británicas* (ALMAGRO, 1977: 487).

Estas apreciaciones, sin duda, eran debidas a la escasez o falta generalizada de investigación. Una década después esta indefinición de la Edad del Bronce comenzará a superarse a través de la investigación realizada en el conjunto del territorio extremeño (GIL-MASCARELL, RODRIGUEZ y ENRIQUEZ, 1986; ENRIQUEZ, 1988; 1990a-b; ENRIQUEZ y DOMINGUEZ, 1984; ENRIQUEZ y RODRIGUEZ, 1988), observándose ya peculiaridades ajenas a las periodizaciones generales establecidas en otros ámbitos peninsulares.

Mucho más recientemente se cuenta con una síntesis basada en el estudio de la estratigrafía de la Solana del Castillo de Alange (PAVON, 1994), así como en elementos funerarios y otros datos arqueológicos de la provincia de Badajóz, que se hace extensiva a la cuenca media del río Guadiana. Para este autor, alrededor de 1500 a.C., una fecha de compromiso al no contar con suficientes fechas radiocarbónicas, excepto la de 1620 a.C. para la Fase II de Palacio Quemado, culmina un período

---

comenzado en los inicios del II Milenio a.C.

Con independencia del fenómeno campaniforme, continúan los enterramientos de tipo colectivo de tradición calcolítica con formas cerámicas que, cada vez, se apartarán más de las que aparecen en los dólmenes alentejanos, existiendo una clara diversidad de fórmulas funerarias, entre las que hay que incluir la inhumación individual, incluso como intrusión en algunas tumbas megalíticas al otro lado del Guadiana.

Dado que en la zona no parece aconsejable seguir la periodización de otras áreas, en sincronía con un Bronce Antiguo, Pavón denomina *epicalcolítico* al momento de los últimos siglos de la primera mitad del II Milenio, Solana I en la secuencia estratigráfica del Castillo de Alange, que se define por la perduración de elementos y tradiciones anteriores junto con manifestaciones, quizás procedentes del área del SE portugués, que interpreta como *...un languidecimiento de la cultura calcolítica, que se va sumiendo en un sueño cada vez más profundo; y captando entreveladamente "murmillos" más bien en consonancia con los emitidos desde el suroeste que con los que pudieran proceder de un mundo andaluz igualmente sumido en una "situación crítica coyuntural"* (PAVON, 1994: 120)<sup>1</sup>.

La Fase Solana II, ya del pleno Bronce, además de mejores características técnicas que las de la fase anterior, las cerámicas presentan tipos conocidos en Huelva y Sevilla, que considera provenientes del *epicentro* representado por la zona del Algarve y Bajo Alentejo, según fue definido por Schubart (1975). Además de que tampoco en la cuenca media del Guadiana se constaten demasiados poblados, la distribución de las cistas (GIL-MASCARELL, RODRIGUEZ y ENRIQUEZ, 1986), en torno al río Matachel, es interpretada aquí como la evidencia de la ocupación de las vegas por gentes de economía fundamentalmente agrícola. En estos momentos, convivirán poblados de llano con otros de altura, como el excavado en la Solana, siendo los últimos los que, de alguna forma, controlan a los primeros y las mismas comunicaciones desde alturas estratégicas sobre los vados de los ríos, las únicas vías

---

<sup>1</sup> Las palabras entre comillas son del autor.

posibles de interrelación en esos momentos.

La Fase Solana III, estimado por Pavón como Bronce Tardío-Final, entraña ya relaciones con la Meseta, Andalucía y Portugal. La presencia en los momentos iniciales de esta fase de Alange de cerámicas con formas típicas conocidas en esas áreas, difundidas previamente (ENRIQUEZ, 1988), con decoraciones incisas, impresas y con boquique, y la no aparición de campaniforme sirven a Pavón (1994: 125) para estimar dicha presencia-ausencia como la evidencia de una posible expansión de grupos meseteños hacia el sur peninsular, que en el SE define el Bronce Tardío postargárico (MOLINA, 1978), y con la que en el SW se trata de rellenar el aparente vacío existente entre 1200 y 900 a.C. (PAVON, 1994: 126). Lo que no parece claro es que, dada la escasez de estratos de esos momentos en la Solana, si cuando esta intrusión se produce pueda existir algún tipo de decadencia poblacional o económico.

Del resto de la fase se conocen cerámicas más evolucionadas (ENRIQUEZ, 1990a-b), con decoraciones bruñidas, tanto al interior como al exterior, que eran un indicio de contactos con Andalucía occidental y Portugal, al tiempo que se polariza la aparición de asentamientos que ocupan muchos puntos estratégicos, indicando el interés por controlar las vías de comunicación, como un efecto de la expansión de la cultura tartésica, cuya eclosión se estima en el siglo IX a.C.

Con ello, visto que únicamente en el Castillo de Alange aparecen elementos previos al siglo IX, la estratigrafía de la Solana y la localización en altura del asentamiento están indicando que el Bronce Final no se diferencia mucho del panorama que presentaba el Bronce Pleno, al menos no indican una ruptura total con lo anterior.

### 3.3. La Edad del Bronce en el Sureste peninsular.

La investigación acerca de la Edad del Bronce del SE alcanzó amplia difusión desde el siglo pasado a través de las excavaciones realizadas por los hermanos Siret (1890). A pesar de que en la publicación

aparecían reseñados elementos del Bronce Final, no será hasta las excavaciones de W. Schüle y M. Pellicer en Orce (1966) y Galera (1962; 1966) cuando se reconozca la existencia de un período arqueológico entre las últimas fases del Argar y las primeras colonias fenicias.

Con posterioridad, la secuencia de la fase final de la Edad del Bronce sería establecida por el Prof. Molina en su tesis doctoral leída en 1977, de la que sería publicada una síntesis (MOLINA, 1978). Para definir dicha fase final se utilizarían los trabajos realizados en el Cerro de la Encina (ARRIBAS y otros, 1974), Cerro de los Infantes (MOLINA, 1978), Cuesta del Negro (MOLINA y PAREJA, 1975), Cerro del Real (PELLICER y SCHÜLE, 1962; 1966), Salobreña, Castillo de Santa Catalina), Castellones de Ceal, Cerro de Cabezudos (MOLINA, 1978), Cástulo (BLAZQUEZ MARTINEZ y MOLINA FAJARDO, 1973), Los Villares (MOLINA, 1978), El Macalón, Toscanos (SCHUBART, NIEMEYER y PELLICER, 1969; NIEMEYER y SCHUBART, 1969), Chorreras (AUBET, 1974; AUBET, MAASS-LINDEMANN y SCHUBART, 1975), Cerca Niebla (GRAN AYMERICH, 1973), Peñón de la Reina (MOLINA, 1978), Los Millares (LEISNER y LEISNER, 1943), Cerro del Rayo, Pozos del Marchantillo, Caldero de Mojácar, Las Alparatas, Cuartillas (MOLINA, 1978), Campos (SCHUBART, 1972), El Oficio (BLANCE, 1971), Fuente Alamo (MOLINA, 1978), y los Saladares (ARTEAGA y SERNA, 1973), localizadas en las provincias de Granada, Jaén, Málaga, Almería, Albacete y Alicante.

En la secuencia se contemplarían dos períodos principales A y B, de los que el A corresponde a un Bronce Tardío o Argar Tardío que representaba la transición desde la cultura argárica y fechaba entre los siglos XIV y XII a.C., y el B al Bronce Final del Sudeste. Este segundo período sería subdividido en Bronce Final I (Antiguo), Bronce Final II (Pleno), y Bronce Final III (Reciente), extendiéndose su cronología desde el siglo XI al siglo VII a.C., es decir desde las manifestaciones prefenicias hasta finales del período orientalizante (MOLINA, 1978: 199).

Con ello, establecida la fecha final del Campaniforme en el Cerro de la Virgen entre 1970 y 1850 a.C.,

---

el comienzo del Argar se situaría c. 1900 a.C., y el Argar B en 1700. Al Argar B se le superpondría un nuevo período (Argar Tardío o Argar C) definido como Bronce Tardío, en cuyo elenco cerámico estarían representados elementos del Horizonte de Cogotas I, al cual sustituirán las primeras manifestaciones del Bronce Final del Sudeste en el cambio de milenio o un siglo antes (MOLINA, 1978).

Entre otras consideraciones, la existencia de paralelos en el Bronce Tardío con elementos del Bronce del Sudoeste II de Schubart (1975), fechados a partir del siglo X, indicaban la necesidad de remontar la cronología de las tumbas portuguesas. Al mismo tiempo, la intrusión de elementos meseteños, dado que sus técnicas decorativas evolucionaban de las del Campaniforme, alejaban la cronología del final del Cobre a la primera mitad del II Milenio.

Con el Bronce Final del Sudeste se producen complicados cambios estructurales como contraposición a la crisis argárica, que afectarán también al conjunto europeo y mediterráneo entre el siglo XIII y el cambio de milenio. En este período *...tres corrientes culturales básicas incidirán en la Península Ibérica, y consecuentemente en el Sureste* (MOLINA, 1978: 206), la de los Campos de Urnas procedentes de Francia a través de los Pirineos, las de la fachada atlántica, fundamentalmente comercial, y, la más importante, la representada por los estímulos mediterráneos previos a la expansión fenicia, de los que ésta será continuadora.

En la primera etapa del Bronce del Sureste (I), los cambios son realmente sustanciales. Ello puede verse en la sustitución del caballo como especie anteriormente dominante por rebaños de ganado vacuno y por los de ovejas y cabras. En cuanto a la minería-metalurgia, la importancia del foco argárico del Sudeste se desplaza hacia occidente, apareciendo ahora un verdadero bronce en los elementos de tipología atlántica.

En relación a las costumbres funerarias, el ritual de la incineración, con paralelos en el Tajo

---

(SPINDLER y VEIGA FERREIRA, 1973), se estima *...que debió preceder en varios siglos a las primeras influencias de la colonización fenicia* (MOLINA, 1978: 214) *...en el caso de que ésta se inicie, según señala el estado actual de la investigación, en el s. VIII a.C.* (MOLINA, 1978: 217).

En la fase siguiente, Bronce Final II, aparecen como elementos definidores las cerámicas a mano con decoración pintada, la de motivos bruñidos, y las que se decoran con incrustaciones de bronce, que indican la llegada al Sudeste de influencias tartésicas del Bronce Final de la Baja Andalucía a través del Guadalquivir.

Por último, a partir de mediados del s. VIII a.C., desde las primeras colonias fenicias de las costas del Sudeste llegarán las cerámicas a torno, que irán sustituyendo paulatinamente a las fabricadas a mano, que resume el nuevo cambio que se producirá con la aportación mediterránea fenicia.

#### **3.4. La Edad del Bronce en la cuenca alta del Guadalquivir.**

Una síntesis de la secuencia de la Edad del Bronce en la actual provincia de Jaén fue establecida por Carrasco y Pachón (1986), en base a una serie de datos arqueológicos obtenidos en gran parte de ese territorio, en la que se prestaba una atención especial a las posibilidades de interrelación con otras áreas como uno de los elementos dinamizadores de los procesos de cambio, según reflejaban las evidencias.

Por las especiales características geoestratégicas de la zona delimitada por la actual Jaén, se estimaban tres áreas de influencia principales. La zona suroeste de la provincia se interrelacionaba directamente con las de Granada y Córdoba y la zona sureste con la costa mediterránea; también existiría una zona intermedia, que estaría abierta a los contactos con la Meseta y el bajo Guadalquivir.

En esta secuencia, durante el proceso que determinaría la evolución Bronce Antiguo-Pleno, surgen diferentes estímulos que influenciarán sobre el sustrato previo. En general, las de mayor peso serán

las argáricas, que modificarán, en algunos casos, las estrategias de ocupación.

Así, en áreas de Sierra Morena, desde la confluencia del Guadalimar con el Guadalquivir, lo argárico parece estar presente, aunque con la salvedad de que en vez de aparecer sistemáticamente en lugares escarpados defendidos por bastiones, los asentamientos suelen encontrarse en lugares llanos sin grandes preocupaciones defensivas, principalmente en las cercanías de los grandes colectores como el Guadalquivir, donde una economía agropecuaria como base principal de subsistencia parece evidente a los investigadores que se ocupan de esta zona.

A pesar de que en el contexto general del Bronce meridional, donde la cultura material de los nuevos asentamientos se había puesto en relación sincrónica con el *Horizonte de Ferradeira*, el *Campaniforme*, y el *Argar A del Sureste* (SCHUBART, 1975), las nuevas evidencias aconsejaban retrasarla. Este retraso se estima a partir de dataciones con C14 realizadas a elementos que han sido identificados con una fase antigua, denominada Argar B1, que proporcionaban fechas absolutas en torno al 1500 a.C. (CARRASCO y PACHON, 1986: 369). A partir de ésta, en el proceso de cambio se observa una fase intermedia más reciente o Argar B2, sin fechas radiocarbónicas, que es anterior a una tercera denominada Argar B2-B3/Bronce Tardío, fechada esta última también con C14 entre los años 1400 y 1325 a.C.

Entre el final de las influencias argáricas y el del Bronce, aunque en base a las evidencias obtenidas en el Cerro de la Mora, en Granada, paralelizables en Jaén y Almería (CARRASCO, PASTOR y PACHON, 1984), los aparentes vacíos que se habían estimado en el poblamiento (CARRASCO y PACHON, 1986: 371), quedaban resueltos con un Bronce Tardío subdividible en fases, caracterizado por la aparición de formas del horizonte *Cogotas I*, que ejemplificaba un proceso evolutivo en el que ya no se asiste a la adquisición de elementos materiales ajenos, sino que se consolidan nuevas formas de vida que les son propias. En estos momentos alcanzarán gran importancia las vías naturales que desempeñaban los ríos, como elemento de contacto interregional que posibilitarán el hecho de que

existan formas similares establecidas sincrónicamente en un amplio espacio geográfico. También en este período se asiste a la desaparición de los rituales funerarios típicamente argáricos, siendo posible que, por primera vez, aparezca la incineración y se abandone la costumbre de depositar las inhumaciones bajo las casas.

En el proceso de cambio, iniciado en torno a 1300/1250 a.C., se observa la búsqueda de situaciones geoestratégicas desde donde se puedan controlar los intercambios regionales. Se documenta ahora una verdadera metalistería del bronce, que implica contactos con los círculos comerciales del estaño, confirmados por la aparición de importaciones relacionadas tanto con el Atlántico como con el Mediterráneo. Esta nueva situación deparará un gran impulso a la economía local, creándose las estructuras necesarias para que, entre los años 1100 y 1025 a.C., se pueda hablar del comienzo de una nueva fase arqueológica.

Para el Bronce Final, en general los autores aceptan fundamentalmente la división de Molina (1978) en sus fases I, II, y III, que desde un punto de vista relacionado con la cultura material, coinciden con perduraciones del horizonte Cogotas I, las aportaciones tartésicas precoloniales del SW, y la aparición de elementos fenicios.

La urbanística de los poblados en estos momentos parece corresponder a un tipo de hábitat formado por agrupaciones de cabañas ovales dispuestas sin un claro orden, que contrastan ahora con las rectangulares de períodos precedentes; no obstante, se mantiene la dualidad de asentamientos elevados y otros de llano. En cuanto a las costumbres funerarias, aparecen necrópolis con cerámicas que fueron realizadas exclusivamente a mano y elementos metálicos depositados como ofrendas en pozos, que contienen las urnas con las incineraciones (CARRASCO y otros, 1983), aunque en fases posteriores aparezcan en el ajuar elementos metálicos y cerámicas orientales (PACHON, CARRASCO, y MALPESA, 1980). En la fase intermedia se asiste a la aparición de formas cerámicas occidentales, tartésicas, tales como cerámicas bruñidas pintadas con motivos geométricos, aunque falten las

decoraciones bruñidas.

La cronología relativa de las cerámicas tartésicas se estima entre los siglos XI al IX a.C. siguiendo al parecer a Ruiz Mata (1979) y a Pellicer (1982a), que perdurarían en momentos posteriores al 800 a.C. durante el "orientalizante antiguo" o Bronce III, pero ya con cerámicas a torno de tipología fenicia.

No obstante, estos planteamientos, tanto en el conjunto del Sudeste (MOLINA, 1978), como en esta zona específica, fueron siempre muy criticados por el Prof. Pellicer, en especial en cuanto a las pautas cronológicas establecidas, consideradas siempre demasiado altas.

**CAPITULO 4**  
Análisis de las evidencias arqueológicas  
del SW durante su fase final  
de la Edad del Bronce

---

Si a mediados de los ochenta, al analizar la transición de la Edad del Cobre a la Edad del Bronce en la provincia de Granada, se argumentaba acerca del error de partida que implicaba tener que ...*explicar un proceso de cambio partiendo del conocimiento casi exclusivo de la cultura que provoca la reacción, desconociendo en gran parte la cultura que va a cambiar* (AGUAYO, 1986: 262), no se va a enfatizar aquí la dificultad manifiesta que supone explicar procesos similares en el bajo Guadalquivir y Huelva, donde partiendo del conocimiento existente no es posible establecer, con ciertas garantías, la evolución histórica de la sociedad occidental desde finales de la Edad del Cobre hasta su incorporación a la Historia.

En realidad, el punto de partida es solamente una secuencia teórica basada en tipologías de la cultura material que representan períodos arqueológicos cerrados, muy bien asentada por su *comprobación* en diversas estratigrafías realizadas en el conjunto del territorio occidental, que impide establecer secuencias lógicas, a escala local, si no se interpreta como vacío poblacional local cuando no se documenta la correlación preestablecida en un asentamiento dado.

A nivel general, aunque existen yacimientos en los que se comprueba evolución sin solución de continuidad durante toda la Edad del Bronce y hasta el período Orientalizante, da la impresión de que, mientras que en unos asentamientos había finalizado su ocupación en una fase anterior al Bronce Final, en otros ésta comienza en alguna fase de ese período, con lo que podría interpretarse que lo anterior cambia drásticamente y que con ella se inaugura una nueva fase completamente ajena a la que, desde un punto de vista teórico, la precede.

A partir de la secuencia tipológica al uso, se podría decir, a una escala muy general, que en los yacimientos donde existen estratigrafías amplias, unos contextos se clasifican como pertenecientes al

---

Calcolítico final y que los siguientes, de diferente tipología, se incluyen ya en la Edad del Bronce. No obstante, ni siquiera a nivel descriptivo, existe una explicación de cómo se produce la evolución de las formas cerámicas dentro del período, tan sólo que existen tipologías que definen las facies antigua, plena, tardía o final.

Quizás el problema ha surgido porque, por un lado, en muchos asentamientos, los niveles más superficiales, que indican su abandono en esa etapa, presentan una tipología exclusiva de la Edad del Cobre, incluyan o no campaniforme, y por otro, porque en la mayoría de los casos, los niveles más profundos de otros asentamientos, que indican ser su primera ocupación, los materiales son ya del Bronce Final. Dadas las cronologías aceptadas para los dos extremos de ambas tipologías, todo un milenio tiene que llenarse con evidencias aisladas de un Bronce antiguo casi desconocido, un Bronce pleno o medio representado casi únicamente por tumbas, y unos pocos fragmentos cerámicos que pertenecen al denominado Horizonte de Cogotas I y que corresponderían a un enigmático Bronce tardío.

En la actualidad, aunque nos sintamos deudores de la gran labor de campo que fue realizada durante las últimas décadas, también somos conscientes de que la dificultad para explicar el proceso parte de una realidad incuestionable, heredada de las técnicas y los métodos aplicados a la investigación, al estar basada ésta en interpretaciones demasiado rígidas establecidas a partir de un gran número de actuaciones arqueológicas en las que, en conjunto, sólo aportan escasos datos a escala local, tanto en la evolución vertical de un conjunto de cortes estratigráficos muy pequeños, como en la evolución horizontal de excavaciones en área, también muy escasas.

De hecho, la Arqueología del SW se ha basado en la excavación de yacimientos donde se obtuvieran estratigrafías amplias que pudiesen explicar la evolución *in situ* de la cultura material, mientras que existen pocas excavaciones en área. Una vez completada la excavación, los cambios detectados en las formas cerámicas se consideraron sendas etapas o períodos que eran definidos por sus

---

correspondientes grupos o tipologías, a las que se les ha asignado un fin y un principio.

Con ello, el verdadero objetivo de las estratigrafías ha sido describir los materiales recuperados, ordenarlos en grupos y, principalmente, dotarlos de una cronología lo más cerrada y ajustada posible. El resultado ha sido la existencia de una serie de cuadros crono-culturales, cuyo esquema generalizado está formado por columnas evolutivas de formas cerámicas, que representan fases sucesivas en el tiempo, que puede resumirse en el simple cuadro que sigue:

Cronología	Período Arqueológico
750	Colonizaciones Bronce final
1000	Bronce tardío Bronce pleno Bronce antiguo > Campaniforme
2000	Calcolítico final Calcolítico pleno
3000	Calcolítico inicial

Este esquema general, basado en estratigrafías-tipo, resulta prácticamente inamovible, a pesar de que no existan sitios donde se haya podido comprobar en su totalidad.

El problema reside en que la mayor parte de las evidencias obtenidas en las excavaciones, en general sólo pequeños cortes estratigráficos como se ha dicho, no han sido debidamente difundidas en monografías donde, al menos, se presentase el total de los materiales obtenidos.

En los últimos años, cuando la publicación ha superado la descripción de las actuaciones y la interpretación preliminar de resultados que, según es preceptivo, aparecen con relativa rapidez en los Anuarios Arqueológicos de Andalucía, y sólo con honrosas excepciones, después de varios años se

accede a la presentación de dichas evidencias, que en esos momentos pueden haber quedado obsoletas, por lo que deberán ser reinterpretadas, puesto que en el tiempo transcurrido nuevos aportes de la investigación así pueden aconsejarlo.

Resulta claro que, con cierta rapidez, los investigadores acceden a *sólo una parte* del total de las evidencias de los yacimientos excavados, a través de artículos monográficos presentados a congresos y otras reuniones científicas, pero con la importante salvedad de que los datos aparecen siempre matizados e interpretados por cada uno de los autores que, como es lógico, no indican con exhaustividad las bases empíricas en que se sustentan sus aseveraciones, siendo incorporadas éstas en el proceso general de investigación como *hechos incuestionables*, a pesar de responder, en la mayor parte de los casos, a meras opiniones subjetivas basadas en estudios de campo, aún antes de concluir el estudio exhaustivo de la actuación, y no a hechos contrastados. También, que, a lo largo de los años, se olvida que muchos planteamientos hipotéticos sólo eran eso, aunque aparezcan incorporados con el valor de una realidad más o menos constatada.

De existir una monografía, como muchas veces no se especifica cual fue el método de campo ni el sistema seguido para interpretar la sucesión en vertical de las formaciones sedimentarias que componen el hecho estratigráfico, no hay forma de evaluar posibles deficiencias inherentes a la aplicación de una sistemática en particular. Como principio crítico-metodológico, cuando se ha utilizado el *método arbitrario* en la extracción de estratos artificiales, en especial cuando no se muestra el conjunto de la evidencias o se menciona la existencia de estratos revueltos por remociones recientes, se debe poner en duda cada una de las interpretaciones expuestas en las monografías, ya que dichas remociones forman parte ineludible de estratificaciones debidas a las actuaciones antrópicas, sin cuya incorporación a la interpretación del corte en estudio hace inviable establecer cualquier tipo de apreciación objetiva y coherente con la realidad estratigráfica documentada en el momento de su excavación, que no esté basada en principios obsoletos de superposición estratigráfica tomados de la Geología (HARRIS, 1991).

## 1. ANÁLISIS DE LAS SECUENCIAS CRONO-ESTRATIGRAFICAS LOCALES

En este apartado se revisa una serie de trabajos de campo realizados en el conjunto del SW, a partir de los cuales se conforma el conocimiento actual. Con ello se intenta determinar la base empírica que sustenta la interpretación de los resultados valorando, si es el caso, el método y las técnicas puestos en práctica por cada uno de los autores, prestando atención a dónde y cuando se ha actuado, cómo se han obtenido los datos empíricos, y qué datos se han utilizado como fundamento de las correspondientes interpretaciones.

Los datos que se analizan a continuación proceden de dos fuentes principales. De las estratigrafías o conjunto de estratigrafías realizadas en hábitats donde se hayan documentado materiales que puedan adscribirse a la Edad del Bronce, o que de alguna estén interrelacionados al período, así como de hallazgos de superficie, bien sea que se hayan obtenido en prospecciones enmarcadas en proyectos de investigación, bien se trate de hallazgos fortuitos.

En algunos casos, debido a la horquilla cronológica en que se han obtenido los datos, en los yacimientos más excavados resulta interesante el hecho de que las actuaciones hayan sido realizadas por diferentes equipos, puesto que ello puede servir para recordar y tener en cuenta que el utilizar métodos diversos pueden producir o dar lugar a interpretaciones muy diferentes.

### 1.1. Interpretación crítica de las actuaciones arqueológicas.

A la hora de establecer las bases del conocimiento de los momentos finales de la Edad del Bronce, se deben analizar los fundamentos en que se ha basado su investigación. Para ello, según se ha puesto de manifiesto en las páginas que preceden, es necesario retomar las actuaciones arqueológicas publicadas para comprobar cómo se ha generado el proceso, cuál ha sido su desarrollo en las últimas décadas, y el estado en que se encuentra en el momento actual.

Para poder presentar un cierto orden en el análisis de las actuaciones y dar coherencia a la exposición,

---

se ha preferido mantener la división actual del SW en provincias, a sabiendas de que los límites actuales nada tienen que ver con la estructura protohistórica del territorio. Por ello, se parte de la actual provincia de Huelva y, sucesivamente, se mencionan los trabajos que fueron realizados en otras áreas cada vez más alejadas de la zona en estudio. Es obvio que, en el capítulo correspondiente, las evidencias serán agrupadas ya en relación a una estructuración del territorio más cercana a la que pudo existir entre los primeros milenios a.C.

1.1.1. Provincia de Huelva. Se analiza en este apartado el conjunto de las evidencias obtenidas en el espacio administrativo actual, que inmediatamente pone de manifiesto el desequilibrio existente entre cada uno de los espacios naturales principales que lo conforman, resaltando el contraste entre el número de excavaciones realizadas en la Tierra Llana y las de las otras dos unidades de análisis.

1.1.1.1. El yacimiento arqueológico de Huelva. Comenzar con el análisis de cada una de las estratigrafías realizadas en este asentamiento, para poder explicarlo en su conjunto, viene dado por ser éste el sitio arqueológico que más se ha estudiado de la Provincia de Huelva, y por haber servido en algún momento como referencia a los trabajos realizados en parte del territorio suroccidental.

Por su variada morfología en relación al conjunto del hábitat, ya que la topografía local tiene claras implicaciones en la interpretación del conjunto de las estratigrafías, se analizan aquí primero las excavaciones efectuadas en algunos de los cabezos, lugar elegido durante las décadas de los años sesenta y setenta para su investigación, y con posterioridad las que fueron realizadas en las zonas bajas de la ciudad, fundamentalmente a partir de las últimas décadas. En algún caso se analizan estratigrafías en las que no están presentes elementos de la Edad del Bronce, pero ello sirve para explicar los fundamentos en que se basa el hecho estratigráfico y la vaguedad de algunas interpretaciones.

En la segunda mitad del siglo XX, las evidencias de la Huelva protohistórica serán tenidas muy en

---

cuenta a partir de la publicación, en 1963, de la tumba orientalizante descubierta veinte años antes en lo que sería posteriormente la Necrópolis de La Joya (ORTA y GARRIDO, 1963), pudiendo considerarse un revulsivo para la arqueología local y el inicio de su investigación moderna. El rico ajuar, que como importante evidencia cronológica contenía elementos orientales, daba aquí pie a estimar que *...la idea de un dominio efectivo indoeuropeo en esta zona estratégica sobre los estuarios del Tinto y del Odiel... [es un hecho que se verá reforzado] ...con el hallazgo de cerámica de tradición hallstática... en La Esperanza... y con la existencia de un túmulo en otra altura del Conquero...[y la] ...prueba de la presencia de los incineradores indoeuropeos, confirmando así todos estos hallazgos lo que nos refieren las fuentes literarias* (ORTA y GARRIDO, 1963: 35-36).

Esta interpretación revalorizaba el hallazgo de la ría de Huelva (ALMAGRO, 1940), puesto que podía relacionarse con la cultura tartésica y su mítica capital (GARCIA BELLIDO, 1944; LUZON, 1962). Por ello, se consideró que era necesario abundar en la búsqueda de otras tumbas que correspondiesen a la misma necrópolis y del asentamiento sincrónico que irremisiblemente debería existir en algunos de los otros cabezos de Huelva, en especial porque, por las mismas fechas, había aparecido en La Esperanza una tumba de incineración en urna con un plato por tapadera (GARRIDO y ORTA, 1966), de ahí la evidencia halstática mencionada, aunque con posterioridad otros hallazgos similares serían adscritos a un momento posterior (AMO, 1976a).

En la Necrópolis de La Joya, en sucesivas campañas de verano, se excavó una serie de tumbas en los restos de la superficie del cabezo conservada en dos sectores, denominando Sector A al más cercano a la Tumba 1, y Sector B al localizado en la zona NE, situado a una cota inferior. En realidad, eran pozos excavados en el subsuelo, de diferente morfología, que contenían tumbas de tipología muy diversa; también se observaba que el grado de conservación de éstas era muy variado, desde las que sólo restaban cenizas y pocos fragmentos cerámicos, hasta otras relativamente completas con el ajuar funerario intacto. Incluso existían claras superposiciones, como en la denominada tumba 9, donde el ajuar perteneciente a una incineración sellaba los restos de una inhumación previa. Este hecho, no

---

contemplado nunca así por los autores, indica una clara diferenciación cronológica, en especial porque el escarabeo que fecharía a toda la necrópolis apareció en esta tumba 9, pero no se indicaba en cual de los dos enterramientos.

Al no haberse observado una relación aparente entre todas las tumbas, hecho que es difícil verificar puesto que la planimetría es demasiado escueta, en las primeras publicaciones fueron analizadas individualmente (GARRIDO y ORTA, 1970; 1978); no obstante, esta visión individualizadora cambiará con el tiempo al existir ya una posibilidad de contrastación en otras necrópolis andaluzas (AUBET, 1975; 1978; RUIZ MATA y GARCIA, 1989) y el hallazgo de estructuras tumulares en otra zona de los cabezos de Huelva (Sector C), situada más al N, de las que dos han sido parcialmente excavadas, por lo que algunas de las tumbas publicadas podrían haber estado integradas en inmensas estructuras tumulares (GARRIDO y ORTA, 1989: 36ss).

Esta nueva visión de la necrópolis permitiría a los autores citados (GARRIDO y ORTA, 1989) reconsiderar nuevas vías de interpretación de la coexistencia de incineraciones e inhumaciones que, anteriormente, planteaba dificultades. No obstante, al existir tumbas superpuestas, como se documentó claramente en las primeras campañas (GARRIDO y ORTA, 1970), permitiría establecer pautas cronológicas, evolución y características de los rituales, así como otras relacionadas con la sociedad tartésica.

En relación a los presupuestos cronológico-evolutivos establecidos para el hábitat protohistórico de Huelva y a las diferentes etapas en que se realiza la investigación, es interesante comprobar la fecha atribuida a la necrópolis en las primeras publicaciones, puesto que pudo influir en esos momentos en las que se otorgarán a la fase preferencia. Por la naturaleza de los ajuares, el conjunto de tumbas fue fechado entre fines del siglo VII y comienzos del VI a.C. (ORTA y GARRIDO, 1963; GARRIDO y ORTA, 1970; 1978; 1989), en especial por la datación realizada del escarabeo de la Tumba 9, considerado de Psamético II y por ello datable entre 595 y 589 a.C. (GAMER-VALLERT, 1973),

espacio temporal que sería utilizado para establecer la cronología de la fase III de San Pedro (BLAZQUEZ y otros, 1979).

Más tarde, al ser criticada la atribución del mencionado escarabeo (PADRO, 1985) y por la aparición de cerámicas griegas arcaicas en otras zonas del hábitat, sería modificada la cronología de La Joya, que ha sido llevada hasta, incluso, el siglo VIII (FERNANDEZ, 1990b).

En la necrópolis destacaba la suntuosidad de los ajuares depositados, pero en especial su variedad, que ponía de manifiesto lo heterogéneo del componente poblacional del asentamiento sincrónico de Huelva, la importancia alcanzada por ésta en los circuitos comerciales que canalizarán hasta aquí las rutas del comercio internacional mediterráneo y su disponibilidad económica.

Este hábitat sincrónico en la ría de Huelva, sería buscado inicialmente en los cabezos de La Esperanza, y los trabajos realizados con este fin durante la década de los sesenta vendrían a confirmar la ocupación del sitio en el Bronce Final y el período Orientalizante (GARRIDO y ORTA, 1969; SCHUBART y GARRIDO, 1967; BELEN, FERNANDEZ-MIRANDA y GARRIDO, 1978).

Dado que los datos proporcionados por estos trabajos indicaron una falta de cohesión o evolución estratigráfica evidente, en especial por la situación postdeposicional en que se encontraron los elementos arqueológicos, no se analizan aquí pormenorizadamente las estratigrafías realizadas, puesto que si se atiende a lo publicado, excepto en la excavación de la Mesa de La Horca, que no fue un sondeo sino una excavación en extensión en una superficie de 250 m<sup>2</sup> (GARRIDO y ORTA, 1975: 21ss. Lám. 202-203; 1989: Fig. 22), todos los demás materiales se recogieron en estratos cuya estructura coluvionada indica que no se encontraban en posición primaria, debiendo corresponder a detritos de la ocupación en zonas más altas, sin duda la cimbras y laderas superiores de los cabezos, desde donde se desplazaron en favor de la pendiente.

No obstante, en el conjunto de los cabezos de La Esperanza, si la densidad de hallazgos cerámicos en las escasas áreas excavadas, que pueden adscribirse desde el Bronce Final al período Orientalizante, incluso hasta época romana (SCHUBART y GARRIDO, 1967), implicaban una ocupación efectiva extensa de las zonas altas, desde donde han rodado la mayor parte de los materiales, su ocupación en el Bronce Final y en momentos posteriores se pudo paralelizar con la de otras áreas de Huelva. como se documentará posteriormente en San Pedro.

Por la época en que se excavaba en La Esperanza y en la Necrópolis de la Joya, se observó en los trabajos de desmonte que se realizaban en el Cabezo de San Pedro la más amplia secuencia alcanzada en los cabezos de Huelva (BLAZQUEZ y otros, 1970). Aunque existían restos esporádicos de ocupación *in situ* en los niveles más antiguos, que podían pertenecer a cabañas de poca consistencia, la mayor parte de éstos correspondían a elementos procedentes de la cima que se habían ido depositando de forma ordenada y sin solución de continuidad desde antes del Bronce Final hasta la actualidad, bien como basuras arrojadas desde la cima bien como elementos movilizados por la erosión de forma natural o por derrumbes circunstanciales debidos a la inconsistente constitución del sustrato geológico que conforma el cabezo.

Este hecho, que parece obvio explicarlo, habría que interpretarlo como la existencia de un continuado poblamiento sobre la *cima* amesetada original. Quizás fuese éste ...*el lugar donde siempre se enseñoreó la población* como comentaba A. de Mora (1762).

Este hecho serviría para atraer la atención de los investigadores a un cabezo que no había sido tenido en cuenta hasta esos momentos. Por ello, durante los años setenta, las excavaciones se programan en la Joya y en el Cabezo de San Pedro, al ser éste el que presentaba mayores posibilidades de investigar la ciudad antigua. En primer lugar se elige la vaguada entre dicho cabezo y el de El Pino, realizándose dos primeras campañas en 1971 y 1972.

El método de excavación fue realizar pozos de sondeo para, cuando fuesen localizados los niveles arqueológicos fértiles, ...*proceder a la excavación horizontal de los estratos* (FERNANDEZ-MIRANDA, 1975: 226). Este planteamiento metodológico previo sólo sería útil para los últimos niveles, puesto que los anteriores eran paquetes arrastrados desde zonas más altas que cubrieron una fase de ocupación -el Grupo M.M.- del período Orientalizante antiguo, en los que las estructuras de ocupación aparecían asentadas sobre una acumulación anterior que, en el Nivel III, alcanzaba casi los dos metros de espesor. En otro corte, sólo se pudo documentar ...*un solo nivel muy revuelto en el que*

---

*aparecen materiales romanos mezclados con cerámicas pintadas de cronología anterior*  
(FERNANDEZ-MIRANDA, 1975: 227ss).

El que no se hubiese interpretado correctamente la génesis morfológica de la mayor parte de los estratos, claramente arrastrados desde zonas más altas del cabezo (FERNANDEZ, 1990b: 76ss) en un momento difícil de determinar, en los que aparecían sedimentos de amplia cronología, daría pie a interpretar antes de su estudio final que ...*queda, por otro lado, bastante claro en el corte la continuidad, sin hiato apreciable, entre los niveles IX y X, lo que nos lleva a pensar, frente a otras opiniones que, tanto la cerámica denominada de retícula bruñida como la de barniz rojo, pueden fecharse a partir del siglo V... [y desde] ... los últimos años del siglo VII para el asentamiento de los primeros grupos humanos en la actual Huelva o quizá algunos años antes dentro de este siglo* (FERNANDEZ-MIRANDA, 1975: 229).

Estos resultados y su interpretación provisional serían publicados con mayor exhaustividad (BELEN, FERNANDEZ-MIRANDA y GARRIDO, 1978), incluyendo la periodización del hábitat en fases históricas, desde Huelva I a Huelva VI, comprendidas entre los siglos VIII y I-II a.C., que presentan dificultades a la hora de su contrastación, por las características del lugar excavado. En especial, se veía claramente la diferencia entre los niveles IX-X y XI, donde existía una amplia interfase, que separaba los depósitos. Por ello, se reconoció la existencia de una fase *prefenicia* en la zona inferior del Nivel XIII, a partir de la cual se percibía la existencia de elementos orientales en los Niveles XIII-XII, que ahora sería fechada desde los comienzos del siglo VIII a.C. ...*o quizá incluso en los últimos años del siglo IX* (BELEN, FERNANDEZ-MIRANDA y GARRIDO, 1978: 370).

Así, se corregían las apreciaciones que habían sido adelantadas por uno de los autores (FERNANDEZ-MIRANDA, 1975). No obstante, en cuanto al sustrato indígena que conformaría la primera ocupación de los cabezos de Huelva, se mantenía el error de asimilarlo a una continuación de los poblados conocidos de Papa Uvas y El Rincón, en especial porque las formas carenadas aparecidas en Papa Uvas ...*se acercan bastante a los tipos del bronce del suroeste I y II de Schubart* (BELEN, FERNANDEZ-MIRANDA y GARRIDO, 1978: 371), que tendría que ser subsanado con la excavación de uno de ellos (MARTIN DE LA CRUZ, 1985).

---

Resultados casi idénticos fueron obtenidos en la misma ladera, aunque para ello se utilizara un sistema de excavación muy peculiar (AMO y BELEN, 1981), que sirvió para contrastar los resultados que se obtuvieron con anterioridad, contribuyendo con ello a un debate que perdurará hasta la década actual (ESCACENA y BELEN, 1991: 24), a pesar de que con los datos obtenidos en las siguientes campañas (BLAZQUEZ y otros, 1979; RUIZ MATA, BLAZQUEZ MARTINEZ y MARTIN DE LA CRUZ, 1981) se eleve drásticamente la cronología de las fases antiguas y se reinterpreten los resultados en una línea diferente a la anterior (BELEN, FERNANDEZ-MIRANDA y GARRIDO, 1978; BELEN, AMO y FERNANDEZ-MIRANDA 1983; FERNANDEZ-MIRANDA, 1986).

Otra actuación que puede relacionarse con las anteriores fue realizada también en la década de los setenta, aunque se tratase de una excavación de urgencia para documentar una necrópolis romana. Entre el Cabezo de San Pedro y el de El Pino, ocupada por una manzana entre las calles Onésimo Redondo y San Andrés, ...*una baguada [sic] natural en la que se han ido acumulando los materiales arrancados por la erosión de dichos cabezos y los desechos de las diferentes poblaciones* (AMO, 1976a: 89) se excavó una necrópolis aparecida en la cimentación de un nuevo edificio en construcción, situada entre tres y cuatro metros de profundidad en relación a la rasante.

La excavación comenzó desde dicha cota, puesto que la empresa constructora ya había retirado la sedimentación previa, consistente en restos arquitectónicos modernos situados a varias profundidades, un potente estrato con cerámicas árabes hasta los dos metros y, por último, la necrópolis, que no apreciaba sobre estrato estériles. Esta se situaba en una capa heterogénea, con tierras de diversa procedencia y materiales antiguos rodados del Cabezo de San Pedro, entre los que se mencionan tipos cerámicos prerromanos de diversa cronología; también se documentó un fragmento de ánfora "SOS" ática (AMO, 1976a: 42-43. Lám. 5) en el solar número 11. Los datos que proporcionaron esta excavación de salvamento resultarán, sin embargo, muy interesantes para la reconstrucción de la urbanística de época romana y la topografía del hábitat antiguo (GOMEZ, 1995).

El siguiente equipo que excavará en la cima del cabezo de San Pedro, aunque sólo realizó dos campañas (BLAZQUEZ y otros, 1979; RUIZ MATA y otros, 1981), alcanzó unos resultados que, hasta ahora y con escasas matizaciones, pueden considerarse vigentes (RUIZ MATA, 1986b).

Los nuevos cortes se hicieron sobre la meseta a la que ha quedado reducida el Cabezo después de las remociones y la destrucción de parte de las laderas efectuados incluso hace sólo unas décadas (BLAZQUEZ y otros, 1970), situándose el área de trabajo junto a la vertical de la ladera NW, hasta el límite que la seguridad lo permitía, así como en el extremo SW.

La localización de los cortes estaba determinada por el interés de acercarse lo más posible a la zona donde, a finales de la década anterior, se había documentado la amplia secuencia estratigráfica mencionada anteriormente, un lugar que en la topografía antigua del cabezo debería corresponder a una vaguada que unía éste con el del Cementerio Viejo, ya desaparecido (BLAZQUEZ y otros, 1970; 1979; AMO, 1976a: Fig. 49).

En el proceso de excavación se reconoce que la ocupación tuvo lugar sobre la superficie de la cima, sin realizar en ella ningún tipo de explanación, pero aprovechando los desniveles naturales ya existentes (BLAZQUEZ y otros, 1979: 17). El método utilizado para la extracción de los sedimentos arqueológicos fue la excavación de capas artificiales hasta alcanzar niveles no alterados, que serían excavados en su totalidad por capas naturales, para delimitar los complejos o conjuntos cerámicos que aparecían aislados, y de los cuales se estudiarían *...los que fueron recogidos en niveles exactamente determinados* (BLAZQUEZ y otros, 1979: 17), que puede considerarse un método válido incluso ahora, puesto que en la interpretación de la secuencia se tienen en cuenta las interfaces entre los estratos naturales y cada una de las manchas existentes en cada capa, lo que posibilita delimitar las unidades estratigráficas.

En la primera campaña se excavaron unos grupos cerámicos estratificados que fueron integrados en

---

tres únicas fases del período protohistórico. En el grupo más antiguo, Fase I, localizado especialmente en el Corte A.2.1., aparecen, con exclusividad, tipos cerámicos preferenciales del Bronce Final. En el grupo siguiente, Fase II, localizado también en el Corte A.2.1. sobre un muro con basamento de mampostería que sellaba la fase anterior, están representadas las típicas formas cerámicas de dicha fase previa preferencial, aunque se evidencia una clara disminución porcentual, y la aparición de otras formas de cuencos a mano de peor calidad en sus pastas y con carenas menos resaltadas, así como las primeras cerámicas a torno importadas. El último grupo, Fase III, debía ser la continuación de la Fase II por la pervivencia de algún tipo cerámico anterior, la aparición de otros nuevos, en especial el cuenco a mano de tipo hemisférico, y la superación porcentual de las cerámicas a torno sobre las locales fabricadas a mano, siendo identificado casi con exclusividad en el Corte A.2.2., donde es muy interesante que aparecieran sobre las margas sin que existiesen materiales de las dos fases anteriores.

En la interpretación de la secuencia (BLAZQUEZ y otros, 1979; RUIZ MATA, BLAZQUEZ y MARTIN DE LA CRUZ, 1981) era evidente que ésta abarcaba desde los inicios de la ocupación en momentos preferenciales del Bronce Final, hasta otro posterior paralelizable con el período en que se realizó la construcción de los túmulos en que se integraban las diferentes tumbas publicadas de la Joya, por la similitud de las cerámicas localizadas en ambos sitios.

De ello surgían tres hechos que, de acuerdo con el conocimiento del momento, servirían para establecer una primera aproximación a la secuencia del Cabezo de San Pedro.

Las cerámicas preferenciales más antiguas localizadas en esta campaña eran las típicas del Bronce Final, de las que existían elementos anteriores conocidos en la actuación de 1969 (BLAZQUEZ y otros, 1970), con lo que la ocupación de Huelva comenzaría durante los siglos IX-VIII, estimándose oportuno considerar todo un siglo el espacio temporal en que se produjo la deposición de los casi dos metros de sedimentos preferenciales en el Corte A.2.1., sin dudas un lapso de tiempo aleatorio que, de ninguna forma, puede considerarse una realidad o hecho contrastado.

Este mismo planteamiento se había empleado en la interpretación de la anterior sucesión estratigráfica mostrada durante la limpieza de la ladera NW (BLAZQUEZ y otros, 1970), cuando se estimó que los más de cinco metros de sedimentos y otros materiales de los Niveles 5a y 5b respondían a ...*al menos tres siglos de ocupación* (BLAZQUEZ y otros, 1970: 13), y no debe olvidarse que allí éstos se superponían sobre otros seis metros de sedimentos previos.

Los fragmentos a torno significaban las primeras evidencias fenicias en Huelva, con lo que el final de la fase preferencia y el comienzo de la II, ya fenicia, se estimaba c. 700 a.C.

Como la fase III estaba representada por formas cerámicas equiparables a las de la Joya, y la fecha del conjunto de la necrópolis se obtenía de la del escarabeo de la Tumba 9, de comienzos del siglo VI, 590-580 a.C. según Gamer-Wallert (1973), la secuencia Fase II-Fase III -todo el período orientalizante- debía ocupar el espacio comprendido entre el 700 y el 550 a.C., con lo que se podía establecer el paso de una a otra entre 650 y 625 a.C., también a nivel de hipótesis.

En la siguiente campaña se confirmó la secuencia y la tipología establecidas, aunque sólo se detectaron, en cantidad apreciable, cerámicas pertenecientes a las fases I y II, así como elementos definidores de la presencia fenicia en la Fase Ib, representados por un fragmento de jarro (RUIZ MATA, BLAZQUEZ y MARTIN DE LA CRUZ, 1981: Fig.41, 153) y el muro de mampuestos y sillares, elementos *exóticos* si los comparamos con los de la fase II.

Esta confirmación estratigráfica serviría para que se definiese la Fase I del Cabezo de San Pedro (RUIZ MATA, 1979) que, con el tiempo, se ha convertido en la fase clásica del Bronce Final preferencia, haciéndose extensivos los tipos cerámicos para todo el SW y Bajo Valle del Guadalquivir.

Hemos de significar que esta interpretación de la secuencia era, entonces, la más lógica y coherente que podía establecerse con los datos disponibles, y como tal ha sido seguida por los investigadores,

---

incluso al pie de la letra, a pesar que evidencias posteriores determinaron que fuesen reajustadas (RUIZ MATA, 1986b). No obstante, en la actualidad, con los nuevos datos disponibles, que aportan otras perspectivas de análisis, es oportuno reflexionar acerca de los indicadores arqueológicos en que se basaron los autores para llegar a dicha interpretación secuencial, cultural, y cronológica.

En primer lugar, la fase fenicia sólo podía establecerse con anterioridad a la inclusión en la Fase Ib de las primeras cerámicas a torno (RUIZ MATA, 1986: 540) y del muro de sillares y mampuestos de tipología oriental. Con ello, el tránsito a la Fase II, lógica y prudentemente, debía fijarse según la fecha entonces *aceptada* para la presencia fenicia en el Occidente, que se obtenía fundamentalmente según la secuencia documentada en el conjunto de las colonias fenicias de SE andaluz, que se apoyaba en la evolución de los platos de Engobe Rojo Bruñido (SCHUBART, 1976b) y la correspondencia de los del Estr. 3 de Toscanos con el hallado en la necrópolis Laurita, que se databa por las dos cotilas protocorintias (PELLICER, 1963).

En segundo lugar, la correspondencia de la Fase III con la de la Joya era clara y, por ello, la Fase II debía ocupar fundamentalmente el siglo VII a.C.

A pesar de ello, era evidente que existían lagunas temporales y que cualquier otra interpretación debía dejarse en suspenso hasta que nuevas evidencias indicaran lo contrario (RUIZ MATA, BLAZQUEZ y MARTIN DE LA CRUZ, 1981). Ahora, pasados los años, es fácil entender que existían claras interrupciones deposicionales entre la Fase I y la Fase II, en especial por los datos obtenidos en otros asentamientos sincrónicos, tales como San Bartolomé de Almonte (RUIZ MATA, 1981) o Castillo de Doña Blanca (RUIZ MATA, 1986a-c).

La Fase II de la primera campaña, obtenida en el Corte A.2.1., donde ya había abundantes materiales fenicios, se superponía a un muro construido sobre un estrato estéril de margas situado a -2,56/2,48 m (BLAZQUEZ y otros, 1979: Fig. 9; RUIZ MATA, BLAZQUEZ MARTINEZ y MARTIN DE LA

CRUZ, 1981: Fig. 9). Este estrato estéril, situado entre dos interfases, podía corresponder a una nivelación artificial del terreno en una nueva etapa constructiva o, con mayor verosimilitud, a un coluvión procedente de cotas más altas generado en un período de tiempo en que la zona pudo haber permanecido desocupada o abandonada circunstancialmente que, en todo caso, representa claramente una *discontinuidad* en la superposición de los sedimentos arqueológicos, aunque no un hiato generalizado en la ocupación del cabezo.

Para que se hubiese producido esa interfase bastaba la nueva construcción de cualquier estructura por encima del área-fuente de los sedimentos para que se interrumpiera el transporte y sedimentación que anteriormente existía.

Ambas interpretaciones son problemáticas, toda vez que en la siguiente campaña se documentó que el edificio al que debía corresponder el citado muro se encontraba demasiado cerca del otro de tipología fenicia situado al S, hacia el centro del cabezo, con lo que podría responder, más que a un edificio independiente, a la línea de mampuestos existente al N de la construcción de sillares, a la altura de la segunda y tercera hiladas (RUIZ MATA y otros, 1981: Fig. 21-22), donde se representan los mampuestos en línea de puntos, o como se aprecia en una fotografía tomada durante el proceso de excavación (FERNANDEZ y RUFETE, 1986a: 177), hecho que no fue relacionado con la campaña anterior, y que podría indicar el vaciado de una fosa de cimentación para colocar la más profunda línea de sillares en el lugar en que ésta se asienta.

En la segunda campaña, también los materiales de la Fase II aparecieron en un contexto claramente separado de los de la Fase I, rellenando ahora un foso que pudo haberse formado de forma natural, dada su posición estratigráfica y su morfología en V con el ángulo más profundo orientado hacia las partes bajas del cabezo, por encima del muro de contención de mampuestos y sillares cuando gran parte de éste parecía estar colmatado por los sedimentos prefenicios, que también aparece marcado con una línea más gruesa en la planimetría, indicando sin dudas otra interfase.

---

Con ello, la evidencia en ambas campañas es una posible falta de continuidad en la deposición de sedimentos entre ambas fases (Ib y II), que se debería solucionar con otra más amplia de transición, en la que se observara la gradual transformación de las carenas angulosas y el deterioro de la calidad de los acabados anteriores, así como la incorporación de las importaciones fenicias correspondientes, hecho que sí se había observado en la secuencia hallada en 1969 (BLAZQUEZ y otros, 1970: Lám. XXVI), y que con posterioridad se comprobó en San Bartolomé de Almonte, donde hubo que incluir una Fase I-II (RUIZ MATA, 1981).

Sin considerar fechas absolutas que ahora sólo servirían para enmarañar más el problema, según se ha dicho, la secuencia crono-estratigráfica establecida en la publicación era la más lógica posible. La única salvedad es que la Fase II no representa todo el espacio comprendido entre los inicios de una fase ya con importaciones y elementos fenicio-occidentales y el período en que ya está en uso la necrópolis de la Joya, sino sólo una parte, como se podrá comprobar posteriormente en la misma Huelva y en otros yacimientos sincrónicos.

Interesa resaltar, en estos momentos, que la revisión de las excavaciones realizadas en el Cabezo de San Pedro permiten, también, establecer algunas apreciaciones en relación a la posible estructura del hábitat en las zonas altas de éste, en especial en los primeros momentos de su ocupación.

Teniendo en cuenta la topografía original que mostraba la zona, que puede obtenerse fácilmente realizando un corte esquemático N-S en base a los perfiles publicados en las dos campañas, es posible valorar algunas de las observaciones que fueron publicadas:

\* Los materiales de la Fase I en el Corte A.2.3, aparecieron depositados directamente sobre la superficie previa a la ocupación, formando un conjunto de *...tierras de diversa coloración, grises, verdosas, amarillentas, rojizas y castañas, acumuladas en una cubeta natural. Se observan paquetes con restos de cuaternario y margas alteradas junto a tierras procedentes del hábitat, con restos*

*orgánicos y material cerámico* (RUIZ MATA, BLAZQUEZ y MARTIN DE LA CRUZ, 1981: 163), que es claro que describen una formación mixta, en la que se depositaron elementos naturales (pedolitos), y restos de origen antrópico como resultado de una ocupación anterior de la zona excavada (ecofactos y artefactos), es decir, la deposición neta resultante desde la primera ocupación del lugar y el Bronce Final clásico.

\* La deposición de materiales de Fase I sobre las margas aumenta de potencia hacia el N (RUIZ MATA, BLAZQUEZ y MARTIN DE LA CRUZ, 1981), lo que indica que de forma gradual se fue produciendo su horizontalización, a pesar de que la pendiente natural buzaba hacia el E y hacia el N; esta circunstancia sólo es explicable si, en un momento anterior a la presencia fenicia, ocupada totalmente la cima del cabezo como demostraron las zanjas A.1 y A.2 y los otros cortes de la campaña de 1977 (BLAZQUEZ y otros, 1979) hubiese existido algún un muro de retención u otro obstáculo semejante situado al N de los cortes, y que ello impidiese la natural evacuación de los sedimentos por gravedad hay el fondo del talud.

\* Como en la parte inferior del Corte A.2.2. no llegaron a documentarse los sedimentos correspondientes a la Fase I porque los sedimentos orientalizantes aparecía directamente sobre las margas (RUIZ MATA, BLAZQUEZ y MARTIN DE LA CRUZ, 1981), es posible que la retención estuviese situada al S de este corte en esos momentos, pero delante de la Zanja A.2.. Como con posterioridad a la Fase I se producirá la deposición horizontal de otros sedimentos sobre las margas (BLAZQUEZ y otros, 1979: Fig. 10), que son exclusivos ahora de la Fase III, ello significa que, de nuevo y en esta fase, existía otra retención semejante a la anterior al N del Corte A.2.2. cuando éstos se fueron depositando, hecho observado en el año 1977, al juzgar que aquí comenzaba la vaguada entre los cabezos de San Pedro y El Cementerio *...por la fuerte pendiente del terreno virgen, en dirección sudeste-noroeste, como se aprecia en los dibujos de los perfiles (fig.10), donde no ha habido posibilidad de habitación* (BLAZQUEZ y otros, 1979: 30), y más adelante *...la excavación de A.2.1. ofreció un nivel de base horizontal sobre el que se acumuló más de 2 metros de potencia de la fase I,*

*e igualmente acontecía en los pozos controles de A.2, suponiendo el nivel de base del corte A.2.2. una verdadera dislocación (BLAZQUEZ y otros, 1979: 30).*

De estas observaciones puede deducirse que esta zona del Cabezo de San Pedro, pudo estar desocupada cuando comienza la acumulación de detritos del inicio de su utilización, aunque existe otra alternativa.

Si la zona estuvo habitada en un momento anterior a la Fase I, la pendiente habría propiciado y permitido la evacuación de gran parte de los sedimentos hacia el fondo de la ladera, donde aparecieron en el Nivel 6 (BLAZQUEZ y otros, 1970), con lo que en las campañas de 1977 y 1978 los primeros depósitos que aparecen sobre la cima, en posición horizontal, son ya de dicha fase. Ello indica que ya no podían ser desalojados de allí porque algo, quizás un muro de retención construido en la Fase I, así lo impedía.

El posible obstáculo, que debería localizarse inmediatamente al S del corte A.2.2., ya que allí no se formaron depósitos hasta la fase III, fue quizás destruido en el proceso de arroyada que conformó el foso documentado sobre el muro de contención de tipología oriental, o es más probable que la destrucción accidental del pretendido obstáculo, bien en un período de inestabilidad o de gran pluviosidad, bien por un derrumbe accidental o forzado, diese lugar a procesos de arroyada concentrada continuados que generaron gradualmente o en pocas horas el *foso* documentado.

Al existir únicamente sedimentos de la fase III en la superficie excavada en A.2.2., ello implica la existencia de otro freno a su vaciado hacia el fondo de la ladera, quizás un nuevo muro de retención construido en la fase III, que se localizaba también al N, pero ahora delante de A.2.2.

Si ello indicara la existencia de algún tipo de cerco defensivo ...*sobre una plataforma de la vaguada que aquí debía originarse* (BLAZQUEZ y otros, 1979: 30), del que no han quedado huellas, o de cualquier

---

otra estructura en forma de paramento, lo que no deja dudas es de la gran actividad constructiva que se desarrolló en la cima para proteger el reborde del cabezo y su uso como lugar de habitación desde la Fase I, que pone de manifiesto experiencias y conocimientos técnicos importantes en esos momentos, y con posterioridad cuando ya es patente la presencia fenicia y comienza el uso de sillares.

Pero si esta actividad respondía a necesidades estratégicas de defensa del lugar o de conservación y mejora de las condiciones naturales que ofrecía el cabezo, con los datos disponibles no es fácil su contrastación; sin embargo, por ello no debe deducirse (FERNANDEZ, 1990b) que el poblamiento allí se resolviese espontáneamente y menos que no existiese una peculiar urbanística adaptada a las condiciones del terreno, que necesitó de una planificación previa y la resolución de problemas técnicos para su conservación, incluso si se habitase en simples cabañas circulares u oblongas de material perecedero, de las que no hay evidencia. Hay que recordar que tampoco existen evidencias de cualquier otra estructura de habitación de mayor envergadura, que no sea el muro de sillares de tipo oriental.

En definitiva, no es problemático asegurar la existencia de muros defensivos en la cima del Cabezo de San Pedro. Quizás nunca existió allí una trama urbana de tipo oriental en la que un muro o cerca perimetral diese lugar a que se produjera una formación tipo *tell* al conservarse en su interior los sedimentos y detritos generados intramuros pero, sin duda, sí hubo un planteamiento de tipo urbanístico, quizás peculiar, pero adaptado a las condiciones naturales del cabezo, que responde al nivel alcanzado en otros aspectos técnicos por las gentes que hicieron habitable la zona, ocupando sus alturas máximas y también las laderas de los cabezos bien de forma nuclear o en su totalidad.

El hecho que no aparecieran en los cortes realizados en la actual cima del cabezo niveles posteriores a la Fase III, indican la existencia de un episodio importante y generalizado de arrasamiento de ésta. Puesto que en la ladera habían aparecido los restos de ocupación en posición ordenada desde la Fase I hasta la Edad Media (BLAZQUEZ y otros, 1970), este episodio debió ocurrir con posterioridad,

---

quizás entre la Edad Moderna y la actualidad. No obstante, dado que en la ladera E (BELEN, FERNANDEZ-MIRANDA y GARRIDO, 1978) aparecieron amplios paquetes con materiales turdetanos y prerromanos, faltando elementos de fases típicas como podría ser el siglo VI a.C., al menos no aparecieron allí cerámicas arcaicas, es posible que éstos se hubiesen depositado gradualmente en momentos cercanos a su formación en cotas superiores.

De las hipótesis anteriores podría deducirse que las características propias del sustrato impedían la conservación continuada de los detritos en la cima del cerro y los posibles elementos que los fijaran, tal vez una o más murallas defensivas, que al estar colocadas en el reborde del cabezo, cercana a la pendiente, serían muy inestables desde un punto de vista estructural y de escasa duración en el tiempo; en todo caso se necesitarían grandes obras de mantenimiento y reparaciones abundantes para conservarla en su lugar.

En La Esperanza el arrasamiento comenzó mucho antes, que indica que no existía ningún tipo de estructura; tampoco ha aparecido ninguna evidencia en el Cabezo del Pino. No obstante, existen restos de muros de cierta importancia en otras zonas del Cabezo de San Pedro que no han sido excavados, por lo que se ignora su cronología.

En 1983, por parte del Servicio de Arqueología de la Excm. Diputación de Huelva, se volverían a realizar actuaciones en el conjunto de los cabezos de La Esperanza, que consistieron en la limpieza de dos perfiles visibles a ambos lados de la vaguada existente entre los cabezos de la Horca y Piscinas de los Ingleses, utilizando un sistema muy parecido al realizado en San Pedro durante los años setenta (AMO y BELEN, 1981). A pesar de lo exiguo de la actuación, se documentaron materiales pertenecientes únicamente a la fase prefenicia, valorados como la evidencia de poblamiento en los momentos iniciales de la ocupación de los cabezos, aunque sólo en sus laderas, pues *...el hábitat de La Esperanza debió responder, en la fase aludida, a las características propias de la misma, es decir, en cabañas de estructura vegetal que se dispondrían por las laderas medias de los distintos cabezos de*

---

*Huelva. De la misma manera, se hace evidente que el cabezo de La Esperanza no fue un lugar por el que se distribuyó el amplio poblamiento que, con la llegada de los fenicios, se produjo posteriormente. En definitiva, parece poder afirmarse que nos encontramos ante restos arqueológicos provenientes del hábitat disperso existente con anterioridad a la llegada de los fenicios y que la presencia de éstos no dio lugar al incremento de poblamiento en el cabezo de la Esperanza [sic], aunque sí en otras zonas de la ciudad. (FERNANDEZ, 1990b: 110).*

Es obvio que en esta interpretación no tienen cabida los hallazgos publicados con anterioridad (GARRIDO y ORTA, 1969; SCHUBART y GARRIDO, 1967; GARRIDO y ORTA, 1968; BELEN, FERNANDEZ-MIRANDA y GARRIDO, 1978), precisamente en el cabezo de la Esperanza, que se habían analizado exhaustivamente en páginas anteriores del mismo trabajo (FERNANDEZ, 1990b: 60ss).

Que la ocupación orientalizante detectada en La Esperanza en la década de los sesenta, como se ha estimado, representase exclusivamente *...un área marginal del poblamiento de la época y utilizado como una más de las zonas de trabajo destinadas a la producción metalúrgica* (FERNANDEZ, 1990b: 62) sólo es una opinión no contrastada, puesto que los restos de muros de piedra, adobes, pizarras trabadas con arcilla, cenizas, carbón, o escorias documentados en la Mesa de la Horca, son claras evidencia de ocupación, muy mal conservada, que no excluye la presencia de talleres metalúrgicos, y de ello existen claros ejemplos en calle Puerto 6 y 9, que así fueron interpretados allí (FERNANDEZ, 1990b).

Por otra parte, cuando se llega a afirmar que *...la falta de tradición por vivir en las cimas de los cabezos y sí hacerlo en sus laderas, lo que se corrobora arqueológicamente por la ausencia de restos en aquellas y su frecuente presencia en éstas* (FERNANDEZ, 1990b: 82), se ignora la dinámica postdeposicional apreciada en los cabezos de Huelva y sintomáticamente se desestiman las evidencias publicadas por otros investigadores (AMO, 1976a) para confirmar lo que se había dicho unas páginas antes: *...hemos*

---

*creído más en el hábitat en las laderas, quizás por mera intuición, quizás porque conocíamos bien los cabezos de Huelva antes que estos sufrieran un progresivo y acelerado deterioro a partir de la década de los sesenta* (FERNANDEZ, 1990b: 41), con lo que es claro que únicamente se trata de una estimación o intuición gratuita, y no de hechos corroborados arqueológicamente.

El hecho es que la ocupación continuada de las zonas altas de los cabezos en la Antigüedad y el proceso erosivo correlativo a su posterior abandono hasta los últimos siglos, que incluso borraron todo vestigio del castillo medieval, pueden ser la causa de la desaparición de gran parte de las evidencias de las zonas altas, y de su total arrasamiento a partir de los sesenta, toda vez que las tumbas de diferentes épocas localizadas en los cabezos de La Esperanza, en el siglo I d.C. y en época moderna (GARRIDO y ORTA, 1966; 1988; AMO, 1976a), pueden indicar que no estuvieron ocupados por la población en ese amplio período.

Por otra parte, de lo que no hay evidencia en ambos cortes realizados en La Esperanza es de la existencia de cabañas de estructura vegetal, ya que, quizá, no hay que considerar un fondo la estructura así interpretada en 1978 (BELEN, FERANDEZ-MIRANDA y GARRIDO, 1978; FERNANDEZ, 1990b). El hecho que los materiales localizados en el pretendido *fondo* de El Basurero, en realidad un reguero de arroyada natural colmatado, no puedan adscribirse ni a ese tipo de habitación ni a cualquier otro, podría indicar que fueron arrastrados hasta allí desde cotas superiores, donde sí debieron existir estructuras de algún tipo.

En 1986, una nueva actuación realizada en la vaguada principal de los cabezos de La Esperanza, consistente en la excavación de dos zanjas convergentes, no aportaron los elementos arqueológicos esperados (FERNANDEZ y GARCIA RINCON, 1987), puesto que la zona ya había sido desmontada en la década de los años sesenta.

Por el auge que experimenta la ciudad en la década de los años setenta, los nuevos edificios van

---

transformando su estética, pero su corolario es la destrucción de niveles antiguos en los solares derribados. Cuando éstos son advertidos, la dirección del Museo Provincial (AMO, 1976a) asume su excavación de urgencia. Entre éstas actuaciones hay que destacar las realizadas en las zonas bajas de la población, que documentaron la existencia de los primeros signos de ocupación romana, aunque al hilo de la investigación protohistórica hay que destacar, por su importancia cronológica, los niveles documentados a mayor profundidad en calle Palos y calle Millán Astray (AMO, 1976a).

Los solares excavados en Calle Palos 21-23 se encuentran delante del talud casi vertical que todavía se conserva con bastante altura del Cabezo de La Esperanza, por lo que en la Antigüedad la topografía de la zona no debería diferir demasiado de la actual. Por la pendiente que todavía puede apreciarse, allí confluiría la escorrentía procedente de la vaguada situada al W, en el lugar denominado "Tres Calles" y, desde el N, la que vertía directamente desde el talud del citado cabezo.

En la actuación se primó la recuperación de las evidencias que aportaban la factoría romana que las palas mecánicas habían puesto al descubierto. Este complejo industrial, analizado en su conjunto, corresponde a una pequeña factoría de salazones posterior a Tiberio, que sería abandonada antes del 150 d.C. (AMO, 1976). En la zona central, debajo de los pisos de *opus signinum* de la factoría de salazones que sellaban la zona, se documentó una estratigrafía que comenzaba con cerámicas de la primera mitad del siglo I d.C., en cuyos sedimentos se habían introducido los muros y las piletas de la factoría.

Aunque no se pueda conocer la amplitud de los restos antiguos depositados, ya que no se profundizó por debajo de la instalación romana, es de interés que se recogieran allí diversos materiales protohistóricos típicos, paralelizables a los hallados en otras zonas de Huelva. Entre ellos hay que destacar un fragmento griego que fue hallado *...bajo el tramo de pasillo que se asienta sobre el muro de la pileta 3 y el muro exterior del lado Este ...[donde]... las tierras ...ofrecían un aspecto revuelto y probablemente fueron recogidas en algún lugar cercano y utilizadas como relleno* (AMO, 1976a), que

ha sido analizado e interpretado con bastante profusión (AMO, 1976a; ROUILLARD, 1978; SHEFTON, 1982; COLDSTREAM, 1982; CABRERA, 1986; 1990; FERNANDEZ-MIRANDA, 1986; FERNANDEZ y RUFETE, 1986a; GOMEZ, 1990; FERNANDEZ, 1990b).

En general, este fragmento ático ha sido considerado el primer indicador de cronología absoluta de la presencia fenicia en Occidente siguiendo a B.B. Shefton (1982). El hecho que los materiales que acompañaban al fragmento de cráter, según interpreta el autor del hallazgo, resultaban ser posteriores a éste (AMO, 1976a: Fig. 8-9), aunque eran muy homogéneos puesto que no se mencionan cerámicas romanas u otras inmediatamente anteriores, también dan pie para considerar que, más que un estrato formado intencionalmente, podría estar indicando que se trataba de una capa de sedimentos arrastrados desde cotas superiores en momentos previos a la construcción de la factoría, a la que se incorporaron elementos más antiguos (el fragmento de GMII) como es normal en las zonas bajas del yacimiento de Huelva.

También en la Calle Millán Astray 4-8 (AMO, 1976a), se inició otra actuación de salvamento cuando gran parte de los estratos superficiales habían sido destruidos por las máquinas en el vaciado para los cimientos de una nueva construcción. La zona se localiza en el centro de la vaguada existente entre los cabezos de El Molino y La Esperanza, en su extremo más meridional.

Durante los trabajos de desmonte se fueron recogiendo fragmentos cerámicos para documentar la ocupación antigua de la zona, que globalmente se pueden considerar situados entre la Edad del Bronce y el período romano-imperial, pero muy interesantes para la reconstrucción de esta zona del hábitat porque se advirtió que *...la presencia de tan diversos tipos cerámicos es debida a la formación de niveles de aluvión, con arrastres de los cabezos próximos, que se pudieron advertir claramente entre los 2,20 y 3,80 metros de profundidad desde el primitivo nivel del solar* (AMO, 1976a: 48).

Por los materiales recogidos en el interior de la factoría se deduce que ésta se abandona en el siglo III

---

o principios del IV d.C., pero en los sondeos que se realizaron bajo las piletas se documentaron restos de ocupación bajo la pileta nº 1, divididos en cinco estratos (I-V) fechados a partir del III al período protohistórico, destacando evidencias de metalurgia en el Estrato IV, por debajo de un conjunto de cerámicas en el que se incluyen formas antiguas de Engobe Rojo (AMO, 1976a: Fig. 17) y otras a mano (AMO, 1976a: Fig. 16), que sellaba el Estrato V, donde escasos fragmentos de cerámicas a mano (AMO, 1976a: Fig. 18, 1-2) y su estructura limo-arcillosa podrían indicar que corresponde al estrato base de ocupación de la zona en el Bronce Final, aunque no es posible saber si coluvionados en un momento postdeposicional, o *in situ* y en sincronía con la ocupación de las cimas y laderas de los cabezos de San Pedro y de La Esperanza.

En el verano de 1980, J.P. Garrido y E. Orta interrumpieron los trabajos que realizaban en la necrópolis de La Joya, por causa del hallazgo de elementos protohistóricos en la cimentación que se realizaba en el solar número 10 de la calle del Puerto, que *...mostraron por primera vez con toda evidencia un notable desarrollo del urbanismo con pleno apogeo en el siglo VI a. de J.C., pero que tiene sus antecedentes en épocas anteriores [conteniendo] secuencias cronológicas estratigráficas en lugares seguros de población, que van desde época romana hasta el siglo VII-VIII a. de J.C. y probablemente hasta el IX... Ello parece confirmar con contenido arqueológico la tradición literaria sobre el mítico rey tartésico Argantonios y las relaciones con los griegos de Focea* (GARRIDO y ORTA, 1989: 43), por lo que realizaría una recogida de materiales descontextualizados y sondeos en varias zonas del solar.

Esta excavación en calle Puerto 10 se convertiría, a partir de su difusión, en un hito importante en la investigación arqueológica de Huelva. Desde este solar, situado en la zona más alta de la calle y que quizás formaba parte de la ladera más baja del ahora desaparecido cabezo de El Molino de Viento (FERNANDEZ, 1986b; 1990b), comienza a producirse un cambio más pronunciado en la topografía que buzará hacia el W, en dirección de las zonas más bajas de la ciudad. El sustrato base de la zona está constituido en su totalidad por margas limo-arcillosas de escasa resistencia a la erosión natural y

antrópica.

En los trabajos que se realizaban para la cimentación del edificio de nueva planta que se iba a edificar, aparecieron restos arquitectónicos y materiales cerámicos protohistóricos interrelacionados. La excavación consiguiente puso de manifiesto la abundancia de cerámicas griegas arcaicas en los primeros niveles que pudieron excavar, puesto que ya la empresa constructora había destruido los de época romana y prerromana posteriores.

Desde la cota disponible, situada a -3,20 m, se localizaron *...almacenes, con toda probabilidad en conexión con el comercio marítimo... [y también] ...un edificio de características singulares, cuyas paredes presentaban un aparejo distinto y al que probablemente habrá que atribuir específica funcionalidad* (GARRIDO y ORTA, 1989: 43).

De esta excavación surgen diversos artículos donde se pone el énfasis en las cerámicas griegas localizadas (OLMOS y CABRERA, 1980; OLMO, 1982; CABRERA, 1986), que son una novedad importante para retomar los planteamientos relacionados con la presencia griega en Tartessos, pero del análisis estratigráfico y del peculiar método empleado sólo se publicó una escueta síntesis descriptiva (GARRIDO, 1983) hasta la memoria final (GARRIDO y ORTA, 1994) que no aclara nada al respecto, en especial porque tal vez el método seguido en la excavación impide su reconstrucción estratigráfica.

No obstante, en una síntesis de sus trabajos en Huelva publicada por dichos autores, que fue elaborada y reelaborada varias veces según se aprecia en las citas explicatorias del texto, parece que debajo de los niveles con cerámicas griegas aparecieron otros niveles previos, tales como *...un tercer nivel de construcciones, que no hubo oportunidad de excavar en extensión. Parece que los estratos de este nivel van asociados a una variedad cerámica llamada de <<retícula bruñida>>, que comúnmente se considera indígena (o no fenicia) y cuya cronología se remonta al siglo IX a. de J.C.* (GARRIDO y

ORTA, 1989); incluso se alcanzaron otros niveles anteriores, según se relacionaba en la comunicación al Congreso Nacional de Arqueología antes reseñada (GARRIDO, 1983), de los que nunca se han publicado o descrito las cerámicas u otros objetos que los definan.

Desde 1982, el entonces recién creado Servicio de Arqueología de la Excma. Diputación, realizará ya con exclusividad las actuaciones de urgencia en el casco urbano de Huelva, de las que existe una amplia bibliografía (FERNANDEZ, RUFETE y GARCIA, 1992A: 80-85), aunque únicamente están disponibles para ser revisados con ciertas garantías los datos proporcionados por los cortes realizados en La Esperanza, calle del Puerto 6 y 9, calle Méndez Núñez 46 (FERNANDEZ, 1990b) y calle del Puerto 29 (FERNANDEZ, RUFETE y GARCIA, 1992c), pues del resto tan sólo se cuenta con los escuetos informes aparecidos en el Anuario Arqueológico de Andalucía (FERNANDEZ y otros, 1992a: 80-85).

Dada la horquilla cronológica en estudio, en este apartado sólo se describen las actuaciones en las que bien aparecieron evidencias preferencias, bien se documente algún dato relacionado con el hábitat correspondiente al Bronce Final.

En una actuación de urgencia de 1982, realizada ya por el equipo de la Excma. Diputación de Huelva en el solar número 9 de la Calle del Puerto, aparece uno de los primeros problemas con que se enfrentará en sus actuaciones en las zonas bajas de la ciudad, al no poder resolver técnicamente la inundación de las estratigrafías con las filtraciones del nivel freático. Sin embargo, en esta primera actuación no tendrán que enfrentarse a la disyuntiva de desmontar amplias acumulaciones de escombros, que suponen las evidencias arqueológicas de un amplio período comprendido entre época contemporánea y la romana, para estudiar los niveles pertenecientes a la Huelva tartésica, porque la empresa constructora ya había desmontado dos primeros metros de escombros *modernos*.

A pesar de éstas y otras vicisitudes, en la zona NW y a partir de la cota de -3 m, se alcanzaron niveles

---

de margas estériles pertenecientes a la ladera del desaparecido Cabezo de Molino de Viento (FERNANDEZ, 1990b), por lo que en este corte, *...junto con La Fuente 13-15, Tres de Agosto-11, Méndez Núñez-8 y Puerto-12, ...ha proporcionado, hasta ahora [1990] los niveles arqueológicos más viejos en el Casco Antiguo de Huelva, niveles que entroncan directamente con la Fase II de San Pedro* (FERNANDEZ, 1990b: 113).

En la estratigrafía se localizaron cuatro estratos que, una vez convertidos en niveles arqueológicos, suponen ocho entre niveles y subniveles, puesto que no se analizan los posteriores al siglo VI a. C. incluidos en los dos primeros metros. Como es lógico, por el método arbitrario utilizado, no se estimarán interfases entre los depósitos de sedimentos y estructuras constructivas que, por ello, invalidan la interpretación de la secuencia publicada, o al menos ha de mantenerse en reserva.

El más antiguo de éstos es subdividido en dos por la homogeneidad del conjunto de las cerámicas localizadas, aunque el superior se diferencia por un descenso de las cerámicas bruñidas y el aumento de los cuencos hemisféricos (FERNANDEZ, 1990b: 118). Por las características que presentan estas cerámicas pueden ser relacionadas con la Fase II de San Pedro.

Los siguientes niveles II a-b, están vinculados a una fase constructiva, por lo que han de ser correlativos a la ocupación hasta que la construcción cae en desuso, que será colmatada por el nivel IIc. Por las cerámicas conectadas con la construcción, ésta debió ocuparse durante un amplio período de la Fase III orientalizante, sincrónica con la Joya, y posterior, según indicaría la aparición de una copa samia del tipo A.2 de la Fase I arcaica de Cabrera, que no ha sido debidamente explicado, puesto que estimar que *...no es descabellado aceptar que la misma pueda provenir de un estrato más moderno y que, al producirse la arrollada [sic] y el hundimiento citado, haya podido incluirse con otros materiales en estratos que no les corresponderían en principio* (FERNANDEZ, 1990b: 127) es inadmisibles, a menos que se deba a un error no detectado en el proceso de excavación, como un simple pozo o la fosa de cimentación de la siguiente fase -en la que aparecen los primeros elementos constructivos- donde, por otra parte, resulta extraño el aumento de cerámicas bruñidas de Fase I-II/II,

---

junto a otros típicos de la Fase III y no de fases anteriores, a menos que formasen parte de una superestructura de tapial que se superponía al muro, posibilidad avalada por estar formado todo el Estrato 3 por tierra marrón rojiza compacta, o quizás porque el pavimento de arcilla que dividía IIa de IIb *...se veía interrumpido por una arrollada [sic] proveniente del estrato superior* (FERNANDEZ, 1990b: 118).

Una alternativa para explicarlo sería que procediesen de cotas superiores, habiendo sido desmontados de niveles más antiguos en dicha arroyada, lo que invalidaría completamente cualquier tipo de interpretación que estime la sincronía de los materiales de IIa y IIb.

Sobre esta fase constructiva de los niveles II b-c, por las características que se describen del Estrato 2, se construyó la cimentación de otra fase sobre un nuevo nivel no ocupado (Nivel III) que también contiene materiales de amplia cronología.

El Nivel IV, relacionado con la fase constructiva M-1, es un nivel donde hay materiales característicos de la Fase III, que es el preludio a la aparición masiva de cerámicas griegas arcaicas. No obstante, tanto en éste como en el inmediatamente superior Nivel V, extraña que no se haya documentado algún tipo de pavimento u otros elementos que confirmen correspondan al interior de la edificación de mampuestos, lo que explicaría la convivencia, en lo que es un área exterior, de cerámicas griegas arcaicas con cerámicas de Samaria a las que con fundamentos erróneos se les ha rebajado su cronología para hacerlas sincrónicas con el resto de los materiales con los que aparecen, hecho que tendremos oportunidad de comentar en otro lugar.

A partir de esta fase de construcción, el autor no analiza la estratigrafía, que debe corresponder, por ello, a momentos posteriores al período tartésico del siglo VI a.C.

Este hecho debe hacerse extensivo al conjunto de las actuaciones de urgencia realizadas en las zonas

---

bajas de la ciudad, ya que, por la presencia del freático, se dejan sin excavar la mayor parte de los estratos protohistóricos, con el menoscabo que representa para la investigación de los períodos más antiguos del hábitat de Huelva.

En la Calle del Puerto número 9 se realizó una nueva actuación de emergencia, que tendrán una inusitada importancia para completar la evolución del hábitat protohistórico. Se comenzó abriendo un sondeo estratigráfico de algo más de 3x6 metros, que presentará una serie de peculiaridades interesantes. Aquí, la estratigrafía estuvo determinada por la aparición de un muro (M-1) que dividía la superficie útil en dos sectores. Aunque se utiliza el método arbitrario de excavación desde la superficie, este método fue modificado por la aparición a -3,85 m de *...un potente nivel de inundación... [el cual] ...nos llevó a modificar la metodología que veníamos empleando en la excavación, abandonando entonces el sistema de levantamiento de capas artificiales y lo sustituimos por la excavación de paquetes naturales... en función de la deposición de los distintos elementos arrastrados por las aguas de los cabezos* (FERNANDEZ, 1990b: 146).

A partir del denominado nivel de inundación, se vuelve a excavar por capas artificiales hasta la cota de -5,38 m. En el sector N, se excava por capas naturales después de haber desmontado los muros M-1 y M-2, llegando a los -5,38 m, desde donde sondeos mecánicos indicaron la presencia de arenas estériles, con lo que se obtenía una potencia estratigráfica de 7,88 m.

A pesar de dicha potencia, sólo se analizan en la publicación de 1990 los materiales tartésicos depositados por debajo de la inundación, y teniendo en cuenta que, por la aparición del nivel freático, tampoco se excavaron los sedimentos acumulados desde la cota de -5,38 m hasta el nivel estéril, no es posible analizar con garantías la estratigrafía en su contexto global.

A la vista de los perfiles estratigráficos publicados, la primera impresión es que las diferentes coloraciones del terreno se corresponden con formaciones sedimentarias muy regulares, muy

horizontalizadas, que fueron erosionadas por un importante episodio de arroyada, el *nivel de inundación*, que corta los niveles arqueológicos IIIa-c, y luego deposita alternativamente ...*capas de gravas y arenas, producto de la deposición de los materiales arrastrados y que se disponían según su granulometría, por lo que las arenas ocupaban las zonas más altas del estrato, mientras que en su base se acumulaban cantos y abundantes fragmentos cerámicos. La disposición de este estrato, con una acusada inclinación en su base, nos permite afirmar que la inundación debió discurrir en dirección Este-Oeste* (FERNANDEZ, 1990b: 149).

El hecho que puede deducirse de lo anterior, corroborado con la revisión de los materiales, es que el conjunto de los niveles arqueológicos I, II a-b, y III a-c corresponden a la deposición gradual faseada de sedimentos que no proceden de la ocupación del lugar, puesto que no son niveles "pisados" ni levantados artificialmente a lo largo de meses o años. Con posterioridad, en un momento que no se puede conocer ya que no se han publicado los materiales de la mencionada inundación, estos niveles arqueológicos serán cortados y sepultados por un episodio erosivo relacionado con procesos de evolución de ladera, producido con seguridad por la alteración de la morfología natural o artificial de la zona en cotas superiores, que incrementó drásticamente el potencial de la escorrentía y/o la canalizó, concentrándola hacia el lugar ocupado por la excavación, donde se depositaron amplios paquetes de arcillas, arenas, gravas, cantos y cerámicas de amplia cronología desplazadas de un lugar indeterminado y arrastradas hasta allí en momentos cronológicos posteriores.

Los niveles cruzados que aparecen en una fotografía del perfil S (FERNANDEZ y RUFETE, 1986a: 189) confirman claramente este tipo de estructura sedimentaria.

No es extraña la aparición de cerámicas antiguas en cualquier estrato de ocupación pero, de ninguna manera, han de ser consideradas sincrónicas con las más modernas con las que aparecen y ser interpretadas como perduraciones. Esta confusión parte del error metodológico de asignar la cronología de todos los materiales de un nivel arqueológico determinado en base a los fragmentos

---

cerámicos más modernos que aparezcan asociados en él, que es uno de los principios de estratigrafía geológica que no es aplicable estrictamente en Arqueología (HARRIS, 1991), pero que está presente en las interpretaciones de las estratigrafías que ahora se comentan cuando se argumenta *...en mi opinión no es extraña la presencia fenicia desde fechas tempranas del siglo VIII a. C., sin que esto quiera decir que estas cerámicas tengan dicha cronología, sino la que les corresponda estratigráficamente* (FERNANDEZ, 1984: 41), que implica que, llevándolo al extremo más descabellado, la cronología del fragmento de cazuela de la Edad del Cobre localizado en calle Botica 10-12 (FERNANDEZ, 1990b: 207) debería ser también del período orientalizante o posterior, que es al que se asociará estratigráficamente.

Que todos los materiales publicados en Puerto 9 no son sincrónicos con las cerámicas arcaicas que los acompañan, queda bastante claro partiendo de unos pocos ejemplos que invalidan su localización cronológico-cultural en la periodización del Cuadro 4 de la página 264 (FERNANDEZ, 1990b). La cazuela carenada bruñida que aparece en la Lámina LII, 1, es tan claramente típica de la Fase I de Bronce Final de Huelva, que no es necesario reseñar ahora otros ejemplos. El fragmento de marmita palestina de la Lámina LVII, 1 (OLAVARRI, 1973), a pesar que se haya querido paralelizar con otras encontradas en Tell Keisan (FERNANDEZ, 1986a; 1990b) y hacerla perdurar aquí hasta después del 700 a.C., apoyándose en una posible extensión del Str. 5 del yacimiento palestino hasta mediados del siglo VII (BRIAND y HUMBERT, 1980), sin tener en cuenta que la primera datación ha sido modificada por uno de los autores de la citada excavación (HUMBERT, 1981), es un ejercicio infructuoso, en especial por ser una forma cerámica común hebrea -no fenicia- que deja de fabricarse en Oriente ya en el siglo VIII.

En el mismo contexto hay que incluir el problema de las cerámicas de *Samaria* de Huelva. En el Nivel IIb aparece un fragmento de cuenco de engobe rojo con incisiones paralelas en el exterior (FERNANDEZ, 1990b: LXXVII, 13), con lo que se debe datar a finales del período 590-570/560 a.C., que es exactamente igual a otro localizado en el Nivel III de Puerto 6 (FERNANDEZ, 1990b. XXX,

II), fechado ahora allí c. 625/600-590 a.C., cuando en otra ocasión (FERNANDEZ, 1986a: 567-568), aunque con fundamentos erróneos de la cronología de la cerámica metropolitana del tipo Samaria, se le asignaba una fecha comprendida entre 720-650 a.C.

Que no hay claras diferencias en la formación de los Niveles I y III a-b viene dada por la aparición de fragmentos de copas de Comastas de la Fase I arcaica de Cabrera (1990), localizados no sólo en el más profundo de ellos (FERNANDEZ, 1990b: Lám. LVII, 6-7), sino que también aparecen en el IIIa (FERNANDEZ, 1990b: CXIII, 15-16) y en el IIIb (FERNANDEZ, 1990b: CXIV, 13), pero con otros vasos de la Fase III arcaica (CABRERA, 1990) muy posteriores.

La existencia de platos de Engobe Rojo Bruñido de borde estrecho, incluidos en el Nivel IIIa, podría interpretarse en el mismo sentido, estimándolos una intrusión debida a procesos postdeposicionales, que pudiera evidenciarse quizás con un simple análisis estadístico del conjunto de los platos allí aparecidos.

En el resto de las excavaciones realizadas en Huelva no aparecen elementos del Bronce Final, dado que no se han estudiado los niveles más profundos por el hecho de aparecer filtraciones del freático, lo que no indica que no pudiera extenderse hasta allí la ocupación en la Fase I. Tal vez, si se pudiesen en práctica otros métodos de excavación que hicieran posible profundizar hasta los estratos de base, se obtendría un mejor conocimiento de la ocupación protohistórica de las zonas bajas de la ciudad, en especial de las posibles áreas portuarias, para intentar inferir la Historia y la extensión de la ciudad en sus momentos iniciales.

1.1.1.2. Niebla. De las primeras excavaciones que se realizaron en Niebla, tanto por la metodología al uso a comienzos del siglo actual, como por la insuficiencia de los datos publicados, no se pueden extraer demasiados datos que permitan sean integrados con garantías en una revisión de su evolución histórica.

No obstante, se sabe que en las excavaciones que alcanzan el nivel estéril previo a la ocupación se localizaron estratos antiguos, aunque no se conserve ningún tipo de registro, puesto que *...the limestone lies everywhere under a layer of the debris of fallen masonry from 6 to 20 feet or more depth, amid which we find sherds of Arabic, Roman, Carthaginian, Greek, and Bronze Age pottery* (WHISHAW, 1929).

De los extensos trabajos realizados por todas partes, habría que destacar, por su método y por los datos publicados, el realizado por J.P. Droop (1925), uno de los arqueólogos del momento más preocupados de los problemas inherentes a la interpretación de las estratigrafías arqueológicas (HARRIS, 1991: 27).

La excavación fue realizada en la zona de El Desembarcadero, localizando una serie de niveles arqueológicos relacionados con un impresionante muro de mampuestos y sillares (DROOP, 1925; PINGEL, 1975), quizás del siglo V, que ha sido revisado recientemente (BEDIA y BORJA, 1992; BEDIA y PEREZ, 1993). Por las cerámicas que se describen (DROOP, 1925: 198-203) parece documentarse una fase paralelizable con las del Cabezo de San Pedro, a la que se superponían otra con cerámicas áticas de los siglos VI-V a.C. Por ello, estas cerámicas bruñidas, digitadas, y alisadas, fueron relacionadas con *...the earliest stage of the Bronze Age in the Eastern Mediterranean area* (DROOP, 1925: 203), aunque las digitadas y las alisadas, según la experiencia aportada por M.G. Bonsor, pertenecerían *...to the first Iron Age in southern Spain, the beginning of which is put to about 700 B.C.... found with incineration burials at various sites in the neighbourhood of Carmona* (DROOP, 1925: 203).

Estos datos fueron revisados y reinterpretados por V. Pingel (1975), alentando a otros investigadores a realizar nuevas excavaciones, por lo que, un poco después, J.P. Garrido realizó un corte estratigráfico cerca de la Puerta de Sevilla que nunca fue publicado. Con posterioridad, entre los años 1978 y 1982, se realizaron diferentes campañas también en la Puerta de Sevilla, cuyos datos sólo se han publicado parcialmente (BELEN y otros, 1983; BELEN, 1986; BELEN y ESCACENA, 1992). En la primera

---

publicación se adelantaban algunos datos que ponen de relieve la importancia de las estructuras exhumadas y el alcance y las repercusiones que esta excavación prometían. No obstante, hasta ahora sólo se han publicado los resultados obtenidos en la Cata 8 (BELEN y ESCACENA, 1992).

Al comenzar la excavación se establecieron tres cuadrículas de 7x7 metros orientadas E-W, a dos metros de la cerca medieval construída con tapial. En la más occidental aparecieron estructuras romanas de sillares con mosaicos muy deteriorados casi en superficie, que impidieron su continuación. En la segunda cuadrícula también aparecieron restos de muros romanos y mosaicos, por lo que parece que tampoco se profundizó en ella.

La cuadrícula número 3, ampliada hasta unirse con la número 4, presentaba gran cantidad de restos constructivos, destacando un muro de sillares *...cuya contextura fue tomando forma a partir de la primera campaña, en una adición sucesiva de muros y bastiones de gran complejidad y difícil datación, dada la carencia hasta zonas profundas de una estratigrafía clara* (BELEN y otros, 1983: 975). Este muro, reutilizado con posterioridad, delimita una fuerte construcción defensiva cuya cara orientada al W está construida en talud, y se le superpone otro en dirección E-W *...que se adosa al citado en primer lugar de un modo no fácil de comprender* (BELEN y otros, 1983: 975).

En el resto de la cuadrícula se describe un edificio de planta rectangular de gran solidez y otro bastión que se adosa a éste, continuando los restos en otras zonas de la cuadrícula con grandes cantidades de piedras y adobes de una fase de destrucción, así como otra estructura de tapial o tierra prensada, que puede situarse por debajo de las construcciones anteriores; también una casa romana con estucos cuyas habitaciones aprovechan la existencia de los muros de las construcciones anteriores, levantados con pilares de grandes sillares y mampostería en espacios alternantes (BELEN, 1986).

Como de las catas 5-7 y 9-10 únicamente se limpiaron los rellenos medievales y modernos, finalmente se describe la cata 8 hasta el momento en que el avance de su estudio lo hacía posible. La cronología

---

que se acepta hasta ese momento, al no haber profundizado hasta 1981 los estratos más bajos (BELEN y ESCACENA, 1992) se establece entre los siglos II-III de J.C. y el siglo IV a.C.

Una década después, esta cata 8 que había sido codirigida por M. Belén, sería publicada con mayor precisión con la colaboración de J.L. Escacena (BELEN y ESCACENA, 1992). Los restos de fases constructivas superpuestas presentaron grandes problemas a la hora de interpretar cada secuencia estratigráfica. Mientras que la zona SW estaba ocupada por mosaicos bien conservados, la superposición en el resto determinó alcanzar la terraza aluvial estéril a los -7,80 m, en un reducido espacio de 1,30 x 1,20 m, por lo que se estima que *...teniendo ...la experiencia de que dentro de la misma Cata 8 hay secuencias distintas y no siempre equivalentes según las zonas ... los que aquí ofrecemos no pasan de ser resultados parciales que habrá que contrastar con los que puedan proporcionar investigaciones futuras, antes de abordar aspectos como la cronología de la fundación del asentamiento y tantos otros que han quedado sin resolver o poco claros* (BELEN y ESCACENA, 1992: 206), que conlleva que posteriormente se afirme que *...no podemos hablar con propiedad, al menos de momento, de la existencia de una etapa de Bronce Final anterior a la presencia fenicia. El origen del primer poblamiento estable en Niebla está estrechamente vinculado a una ordenación del territorio que surge con el impulso de las actividades minero-metalúrgicas* (BELEN, 1995: 365), que está basado en la reciente línea de investigación de ambos investigadores (ESCACENA y BELEN, 1991; ESCACENA, 1995) que no contempla la obtención de plata antes de la presencia fenicia.

La excavación fue realizada siguiendo los niveles naturales, registrándose de forma aislada los conjuntos cerámicos pertenecientes a contextos específicos. En la sucesión de los niveles, dado que nuevos datos lo hicieron necesario, hay una diferencia con los publicados anteriormente (BELEN y otros, 1983; BELEN y ESCACENA, 1992).

El Nivel I corresponde a la etapa medieval, cuyos materiales aparecen desde la superficie rellenando hoyos, basureros, pozos. etc. hasta alcanzar los cuatro metros de profundidad. El Nivel II es

prácticamente estéril, al corresponder a la destrucción de los edificios romanos. El Nivel III, con restos de *tegulae*, estuco y cerámicas típicas corresponde al nivel de destrucción de la habitaciones romanas localizadas al E del Muro nº 5, pudiendo fecharse el abandono hacia mediados del siglo I de J.C. por *sigillatas* y paredes finas. El Nivel IV, separado de lo anterior por un pavimento de cal y arena, es una acumulación muy potente depositada allí para preparar el terreno para los cimientos de la casa romana, por lo que existen en él materiales romanos junto a otros de tradición indígena. Fragmentos de *sigillata* Itálica, Subgálica e Hispánica, así como un vaso ático de figuras rojas y Campaniense A, llevan a los autores a fechar la construcción romana en la primera mitad del siglo I d.C.

En la preparación del terreno se destruyó el contexto estratigráfico de un muro levantado en el Nivel V siguiente, dividido a su vez en Va y Vb, y el más profundo corresponde a la destrucción de paredes de adobe realizada para la construcción del muro 5. Se trata de un relleno y nivelación artificiales en el que aparecen mezcladas cerámicas a mano, incluso con decoración bruñida, así como cerámicas a torno de tipología y cronología muy dispares, con algún paralelo entre los siglos VI y I a.C., que indican que el nivel, según los autores, debe fecharse en el período prerromano, en el siglo II, que parece que es una fecha corroborada por un análisis de C<sub>14</sub> (BELEN y ESCACENA, 1992).

El Nivel VI corresponde al abandono de una habitación y a la destrucción de su pavimento de arcilla, dando lugar a su diferenciación en VIa y VIb. Las cerámicas localizadas indicarían una fecha del s. III a.C. para la ocupación de las habitaciones: la presencia de un fragmento de cerámica ática en la parte inferior del nivel confirma su fecha en la segunda mitad del siglo IV y la segunda del III a.C.

El Nivel VII, con una potencia de medio metro, presenta textura terrosa con bolsadas de diferente coloración que indican una formación rápida; sobre él se construyeron varios muros, incluidos el nº 5, siendo interpretada su cronología de la primera mitad del siglo IV a.C.

El Nivel VIII esta también subdividido en a y b; el primero cubre una estructura de combustión y al muro nº 27, y ambos presentan estratos con restos de carbón. Por los materiales cerámicos la casa debe fecharse en la segunda mitad del siglo V a.C., y el conjunto del nivel en el mismo siglo.

El Nivel IX presenta en su parte superior una capa de piedras de pequeño tamaño y parece que no incluye tantos restos orgánicos como los anteriores. Los escasos y poco significativos fragmentos cerámicos indican una cronología del siglo VI a.C.

El último Nivel X, se asienta sobre la superficie estéril de la terraza. De color naranja-rojizo y con una potencia de 60 cm alcanzaba los -7,70/-7,80 m de profundidad. A juicio de los autores se trata de un nivel muy uniforme, y aunque en los últimos centímetros la cerámica a mano era exclusiva, existen tres fragmentos de un mismo vaso a torno y restos de fundición metalúrgica. El estudio pormenorizado de las cerámicas y otros artefactos llevan a dichos autores a considerarlo del siglo VII a.C., utilizando las fechas más recientes de paralelos localizados en otros yacimientos, que es la fecha que se admite para la fundación de la ciudad, y de su vinculación a la metalurgia desde los inicios, a pesar de la existencia de cerámicas a mano del estrato más profundo y que las cerámicas a torno puedan tener otras fechas.

En 1991, como actuación de apoyo a la restauración de las cercas islámicas, se realizaron trabajos arqueológicos para documentar la evolución histórica de la zona de El Desembarcadero y de la posible incidencia de estos restos a las estructuras más recientes, que han sido publicados en dos ocasiones. La primera publicación fue realizada con motivo de una exposición monográfica de Niebla en el Museo Provincial (BEDIA y BORJA, 1992); la segunda publicación puede ser considerada una monografía de los trabajos (BEDIA y PEREZ, 1993).

En la primera se describe ampliamente la interpretación geoarqueológica de la estratigrafía documentada, relacionándose en el espacio y en el tiempo cada una de las acumulaciones naturales y

artificiales que dieron lugar al *tell* urbano de Niebla, conformado por la acumulación en el tiempo de escombros y materiales arqueológicos, es decir, formaciones naturales, formaciones mixtas y formaciones antrópicas, que serán redefinidas conceptualmente en otro lugar con posterioridad (BORJA, 1992).

En la memoria de excavación, el área excavada se interpreta como el reborde de la ciudad donde se produjo la evolución de varios sistemas defensivos, en especial dos protohistóricos, a los que se asociaban cerámicas típicas de los siglos VIII-VII a.C., así como la presencia de escorias de plata desde los niveles más antiguos.

La primera línea defensiva se corresponde con un muro de mampuestos con ambas caras en talud, al que se asocian exclusivamente cerámicas a mano en un primer momento, con lo que se considera que la construcción sería del siglo VIII o de los inicios del VII a.C. En la evolución estratigráfica, las cerámicas a torno comienzan a ser más abundantes, siendo paralelizables las fabricadas a mano con otras características de las primeras cabañas de San Bartolomé pero *...la perduración de estas formas en momentos inmediatamente posteriores y la presencia de cerámica gris a torno, nos inclinan a situar estos niveles dentro del siglo VII a.C.* (BEDIA y PEREZ, 1993: 19).

Sobre estos niveles se asienta una nueva fase constructiva, que se corresponde con un impresionante bastión o sistema de refuerzo dispuesto sobre la muralla anterior, y una línea o muralla defensiva con estructura de casamatas de tipo oriental. Los materiales asociados a esta nueva fase presentan características similares a las documentadas en muchos otros yacimientos del SW.

Entre los materiales superpuestos a la primera fortificación, las cerámicas a mano bruñidas ya tienen el borde evolucionado de los de la Fase II del Cabezo de San Pedro, y también están presentes las de decoración digitada; el porcentaje de cerámica a torno es mucho más importante que en los niveles previos. Con ello se consideró que la fecha de la muralla de cajones podía establecerse entre el siglo

VII y la primera mitad del VI a.C. No obstante, la evidencia de *...los fragmentos cerámicos que hemos podido recoger de la limpieza de la parte superior de la construcción de Droop, nos indican una cronología completamente distante [ y puesto que muralla y su bastión son claramente coetáneos estructuralmente] ...todo este sistema defensivo se construyó en el siglo V a.C., rellenándose los paños de muralla con materiales anteriores de los siglos VII-VI a.C.* (BEDIA y PEREZ, 1993: 20).

Desde 1993, enmarcadas en el Proyecto de Arqueología Urbana de la Ciudad de Niebla, se han realizado cinco Actuaciones de Emergencia en otros tantos solares del interior del recinto amurallado, así como un diagnóstico de emergencia en la zona de El Palmarón. Habría que destacar que en estas cinco actuaciones se han puesto de manifiesto algunas peculiaridades de la Arqueología en Niebla, que serán analizadas en su lugar correspondiente.

Por un lado, el hecho que el color rojo sea predominante en los materiales de partida implica la gran dificultad de distinguir, solamente *de visu*, entre cada una de las unidades deposicionales existentes, con lo que es necesario instrumentar otros métodos alternativos para diferenciarlas, en especial para comprobar la existencia o no de fosas de cimentación relacionadas con unidades arquitectónicas, incluso las más recientes. Por otro lado, que en un caso, precisamente en el centro del actual casco urbano, los materiales más antiguos depositados sobre las calcarenitas de base pertenecían ya a una fase posterior a la conquista cristiana, y que en otro existen materiales de la Edad del Cobre junto con cerámicas a mano del Bronce Final preferencio.

1.1.1.3. Minas de Río Tinto. Entendemos como pertenecientes a un único yacimiento las excavaciones realizadas en la zona minera, en especial las localizadas en las cercanías de los afloramientos de minerales complejos que fueron explotados desde la antigüedad, pertenecientes a una alineación de pequeñas colinas que se encontraban presididas por el Cerro Salomón.

En la actualidad, la mayor parte de las evidencias antiguas, tanto de los poblados como de las cortas

---

y sus mineralizaciones correspondientes han desaparecido en los trabajos de explotación de las últimas décadas, por lo que las actuaciones realizadas cumplieron el objetivo pretendido.

- **El Cerro Salomón:** Las excavaciones fueron muy superficiales debido a la escasa potencia de los estratos de ocupación (BLANCO, LUZON y RUIZ MATA, 1970). En la Cata A, localizados por debajo de un estrato en el que se considera que las cerámicas aparecen mezcladas, aparecieron vasos a mano alineados, que indican formaban parte de un lugar de almacenamiento y no de enterramiento (BLANCO, LUZON y RUIZ MATA, 1970: 9). La Cata B, no produjo estratos de ocupación, sino más bien aparecerían formas arrastradas de otras zonas más altas. La Cata C proporcionó elementos considerados revueltos, con presencia de cerámicas árabes y algunas más antiguas.

Finalmente, la Cata D mostró claros elementos constructivos protohistóricos, por lo que fue ampliada para excavar los restos de un poblado cuyos niveles aparecían ya desde la superficie. No obstante, las cerámicas localizadas en diferentes estratos que no pudieron ser separados en los trabajos de campo, indican varias fases del período orientalizante. Entre las cerámicas a mano no existen ejemplares que puedan incluirse claramente en la Fase I del Bronce Final, mientras que en las a torno tampoco ninguna puede integrarse en los momentos iniciales de la fase fundacional. En conjunto, todos los materiales parecen pertenecer a la fase orientalizante documentada en varios yacimientos que sería sincrónica a algunos momentos de la Joya, y relacionarse con la fase III del Cabezo de San Pedro.

El resto de los materiales documentados en la excavación permiten considerar la dedicación a la minería-metalurgia de la plata. La poca consistencia de las construcciones indicarían corresponder al asentamiento de mineros.

- **Quebrantahuesos:** Se realizaron dos campañas de excavación, incluidas en el Proyecto Arqueometalúrgico de Huelva (BLANCO y ROTHENBERG, 1981), localizadas en una extensa área elevada donde, desde la superficie, aparecían restos de muros que indicaban su ocupación y ser el

---

lugar donde se habían realizado actividades minero-metalúrgicas. En el momento de la excavación, en la cota de 485 m, Quebrantahuesos aparecía como un cerro testigo amesetado a resultas de la explotación minera reciente que había seccionado sus laderas, por lo que es posible que el asentamiento excavado formara parte del amplio hábitat que ocupó todo el conjunto de la zona N de las minas (BLANCO, LUZON y RUIZ MATA, 1970; BLANCO y ROTHENBERG, 1981; PELLICER, 1983b: Fig. 3).

Durante su ocupación protohistórica, establecida entre una fase del Bronce final y el siglo IV a.C., el asentamiento estuvo formado por chozas de planta irregular contruidas con piedras sin escuadrar y cubierta de ramas y barro, y tal vez con lajas de pizarra (PELLICER, 1983b) para la fase más reciente, y únicamente de planta circular con barro y ramas para la más antigua, según una estructura detectada en el estrato 4 del corte C/4.

Junto a la cerámica, desde los estratos inferiores aparecen escorias y otros elementos como toberas, morteros y carbón, que son la prueba de la actividad principal del poblado a lo largo de su existencia. Las cerámicas a torno están presentes desde el estrato 4, aunque los fragmentos a mano las duplican en número (PELLICER, 1983: 67. Fig. 14-15). Los fragmentos de ánforas son los más representados, no apareciendo ejemplos de vasos de lujo. Entre las cerámicas finas, en algún caso de gran calidad, aparecen las carenadas del Bronce Final, aunque no se haya documentado la decoración bruñida típica de asentamientos sincrónicos de otras zonas, siendo más abundante su representación en el estrato inferior.

- **Corta Lago:** Durante las prospecciones realizadas en Riotinto enmarcadas en el Proyecto de Exploración Arqueometalúrgica de la Provincia de Huelva (BLANCO y ROTHENBERG, 1981: 104ss), se localizó un grueso depósito de 8 m de altura y de más de 500 m de longitud, que ejemplificaba *...los restos de fundiciones antiguas de Corta Lago... [que] ...se ponen en marcha en la época del Bronce Final (siglos XII-IX a.C.) y siguen activas durante la Edad del Hierro: en tiempos*

---

*de Tartessos, de los fenicios y de la koiné ibero-púnica, que al fin se diluye en la ocupación romana* (BLANCO y ROTHENBERG, 1981: 104).

Estos restos arqueológicos, evidencia de la explotación minero-metalúrgica de la zona, no incluían en los estratos más bajos elementos arquitectónicos que respondiesen a la ocupación del lugar, sino que representaban ...*el vertido sucesivo de escorias de fundición de metales* (AMORES, 1988: 742). Para la documentación de este importante yacimiento, se procedió a la limpieza y dibujo a escala del conjunto del perfil, así como a la recogida de muestras de cada uno de los contextos arqueológicos previamente definidos. El estudio y catalogación de las muestras cerámicas fue realizado por F. Amores (1988),

Para el Bronce Final, existen fragmentos de cazuelas bruñidas (AMORES, 1988: Fig. 2, 14-15), asociados según el autor a un grupo de fragmentos *amorfos* de ánforas fenicias a torno, que fijarían al conjunto entre fines del siglo VIII y el siglo VII a.C. Ello llevaría a estimar que la explotación de la plata en la zona se produjo en momentos en que ya es palpable la presencia fenicia y no antes.

Con posterioridad, el Prof. Pérez Macías (1995: 436-7) también pudo excavar una pequeña trinchera superficial, en la que se buscaba un tipo de gossan terroso, que apareció completamente rellena de residuos metalúrgicos, y que tenía la apariencia de un horno por la cantidad de toberas visibles. Los materiales cerámicos también eran ya del período orientalizante. Sin embargo, la tipología de algunas de las formas bruñidas tienen un aspecto muy arcaico (PEREZ MACIAS, 1995: Fig. 3).

- La Parrita y el Cerro de las Tres Aguilas: El hallazgo de escorias de plata en el interior de una cista del Bronce Pleno en La Parrita, en Nerva, (PEREZ MACIAS y FRIAS, 1990; PEREZ MACIAS, 1995) completa la extensión del área minera de Riotinto ocupada durante la Prehistoria reciente-Protohistoria, puesto que el asentamiento al que deberían pertenecer estas tumbas se ha asociado con la excavación realizada en sus cercanías.

Pese a que no se ha publicado todavía la Memoria de Excavación, al Cerro de las Tres Aguilas, las noticias vertidas en la reunión de Jerez (PEREZ MACIAS, 1995) se le otorga un importante papel en el génesis y desarrollo de las actividades minero-metalúrgicas realizadas para obtener plata. Se estima que las estructuras de habitación aprecián muy destruidas, hecho que impidió reconocer el tipo de estructura formal que componía este poblado minero del Bronce de Sudoeste (PEREZ MACIAS, 1995: 432), al que se asociaban nódulos de *gossan*, así como fragmentos de copelas y moldes, que analizados dieron una importante composición de oro, plata y plomo, confirmando el último componente la posibilidad de que la escoria de las cistas de la Parrita fuesen resultado del beneficio de un mineral semejante, diferente a las jarositas explotadas en época romana (PEREZ MACIAS y otros, 1991). El hecho de haber localizado en el poblado, en momentos previos a la excavación, escorias del tipo de *silice libre*, había llevado al autor a considerarlo como un asentamiento del Bronce Final (RUIZ DELGADO y PEREZ MACIAS, 1989), aunque las copelas presenten alguna diferenciación.

1.1.1.4. Papa Uvas (Aljaraque). La importancia del yacimiento excavado en Papa Uvas viene dada por ser una de las estaciones prehistóricas más investigadas en el SW. Las características del sustrato margoso también han contribuido a la instrumentación del método de excavación empleado, ya que las estructuras antrópicas han quedado marcadas por su color sobre el más claro de éste, y aunque se reconoce haber utilizado el método estratigráfico arbitrario, los problemas de contaminación ha quedado reducidos al mínimo por el modo de presentarse los sedimentos antrópicos y el cuidado de separar cada una de las manchas detectadas en planta.

Dado que los elementos arqueológicos excavados en las estructuras antrópicas documentadas -ovoides, circulares y alargadas- permiten reconocer que el tiempo de su formación ha sido muy breve y que sólo existen unas pocas superposiciones, el estudio comparativo de cada una de ellas ha posibilitado dividir la secuencia histórica de Papa Uvas en cinco diferentes períodos arqueológicos (MARTIN DE LA CRUZ, 1986), como si de una estratigrafía horizontal se tratara, pero con las garantías de haber excavado una gran parte de la superficie ocupada por el asentamiento, que deja poco espacio para

sorpresas.

Estos períodos, caracterizados por la ausencia-presencia de elementos que permiten establecer su evolución relativa en el tiempo, han sido establecidos entre un Neolítico Final y el Bronce Final II, aunque existe un hiato entre la Fase IV y la Fase V, que representaría el abandono de la zona entre el Calcolítico medio y la fase preferencia de la Protohistoria.

Desde las primeras campañas (RUIZ MATA y MARTIN DE LA CRUZ, 1977), el adelanto de las evidencias permitieron dar a conocer al oeste del Guadalquivir la existencia de una sociedad que, con características neolíticas en su momento inicial, evolucionaba a formas materiales que podían paralelizarse con otras que eran frecuentes en los monumentos megalíticos, iniciándose por ello un interesante debate en cuanto a las interpretaciones históricas establecidas (PIÑON, 1986a; 1986b; 1986c; MARTIN DE LA CRUZ y otros, 1985. MARTIN DE LA CRUZ, 1986c). De todas formas, sirvieron para demostrar que otras adscripciones cronotemporales establecidas no eran válidas (FERNANDEZ-MIRANDA, 1975), en especial el amplio *hiatus* entre la última fase del Cobre y el Bronce Final.

1.1.1.5. San Bartolomé (Almonte). Este yacimiento abierto, localizado al norte del casco urbano de Almonte, dio lugar a la contrastación de las evidencias sincrónicas detectadas en el hábitat de Huelva, convirtiéndose en uno de los principales objetivos que se pretendían con su excavación (RUIZ MATA, 1981).

El yacimiento fue excavado entre 1979 y 1983, documentándose en un área de aproximadamente 40 hectáreas los suelos de cabañas y posibles estructuras de uso metalúrgico que serían atribuidas a un hábitat calcolítico, al que se superpondría otro protohistórico sincrónico con las primeras fases del cabezo de San Pedro (RUIZ MATA, 1981; RUIZ MATA y FERNANDEZ, 1987).

El método de excavación instrumentado consistió, en algunas zonas, a despejar los primeros 30 a 50 cm de la superficie hasta detectar niveles de ocupación, lo que representó un gran esfuerzo. Una vez localizados éstos en manchas bien diferenciadas, eran divididos en dos sectores que eran excavados por capas artificiales primero y por estratos naturales una vez que se comprobada su profundidad y características, con lo que los resultados pueden ser muy fiables (RUIZ MATA y FERNANDEZ, 1987). Siguiendo este método, mezcla del arbitrario y del estratigráfico, se pudieron reconocer varios tipos de estructuras, desde fondos de cabaña a hornos metalúrgicos, bien diferenciados espacialmente que, una vez analizados los materiales contenidos, podían ser considerados hallazgos cerrados y tipificados en fases. Su evolución era muy similar a la documentada en Huelva, dando incluso la posibilidad de reconocer una fase intermedia entre la Fase I preferencia y la Fase II (RUIZ MATA, 1979) no documentada en las campañas de 1977 y 1978.

Ello dará lugar a que se considere al asentamiento protohistórico un poblado local, el cual conservó su disposición nuclear con fondos de cabaña durante todo el espacio de su ocupación pero que, no obstante, mantuvo relaciones comerciales esporádicas con los fenicios, sin dar lugar a un proceso de interacción muy intenso. Las importaciones a torno se explican *...por su propia dinámica interna y por las relaciones mantenidas con otros poblados indígenas onubenses y del Guadalquivir* (RUIZ MATA y FERNANDEZ, 1987: 236), observándose en los materiales características de ambos ámbitos geográficos.

Además de la fase calcolítica, de la que sólo se han publicado materiales del Fondo X-B, la evolución protohistórica está presentada por tres fases. La Fase I corresponde al Bronce Final preferencia, en el que aparece un conjunto de elementos relacionables con Huelva, Bajo Guadalquivir y tal vez la bahía de Cádiz.

En la siguiente, Fase I-II, que se superpone a la anterior, se observa la evolución de algunos de los tipos cerámicos locales y la aparición de importaciones fenicias, siendo fechado el Fondo II,

característico de esta fase, en c. 750-700 a.C. (RUIZ MATA, 1981), y todo el conjunto de ella entre la segunda mitad del siglo VIII y los comienzos del siglo VII a.C. (RUIZ MATA y FERNANDEZ, 1987).

La última, Fase II, supone la continuación de la anterior, en la que aparecen ya formas evolucionadas, en especial la Cazuela A.II.b y las copas B.II.b, así como cerámicas a torno que son consideradas del siglo VII a.C.

Esta cronología fue adaptada a la establecida a finales de los setenta para la estratigrafía de San Pedro (BLAZQUEZ y otros, 1979; RUIZ MATA y otros, 1981; RUIZ MATA, 1981, RUIZ MATA y FERNANDEZ, 1987) pero la implicación cronológica del hallazgo de cerámicas griegas en Huelva debía haber influido en la datación de las fases detectadas y, con ello, en la de otros yacimientos sincrónicos onubenses.

Es por ello que, el poblado de San Bartolomé de Almonte, debe ser considerado un asentamiento típico de la Fase I del Bronce Final, cuya estructura y base económica esté fundamentada en la explotación agropecuaria del territorio que lo circunda, a la que se incorpora la extracción de plata de minerales que fueron obtenidos en los cercanos afloramientos de Aznalcóllar, que podían ser comercializados hacia el S, para alcanzar las marismas del Guadalquivir y la bahía de Cádiz. Los contactos posteriores con los fenicios explicarían la presencia de elementos exóticos, y su posterior abandono a finales del s. VII a.C.

1.1.1.6. Tejada la Vieja (Escacena del Campo). En la década de los setenta, en el marco del Proyecto Arqueometalúrgico de Huelva (BLANCO y ROTHENBERG, 1981), se realizaron excavaciones para contrastar en un yacimiento afín los datos empíricos obtenidos en las prospecciones de superficie realizadas de forma previa en una parte del territorio, donde se habían localizado las evidencias de las actividades mineras. Según los datos de superficie obtenidos previamente en el sitio, el interés por excavar en este yacimiento venía dado no sólo por su situación geográfica en el territorio, sino también

por el espacio cronológico que las cerámicas allí localizadas parecían abarcar.

Al ser Tejada la Vieja un yacimiento donde contrastar la incidencia de la metalurgia en la sociedad y cultura tartésicas, lo convertían en una especie de laboratorio donde se podían obtener rápidamente los datos que probaran las hipótesis previas. Por ello, no se planificaron trabajos a largo plazo, sino que se primó calidad con el menor esfuerzo posible, en una única campaña de excavación. Así, se establece una metodología en la excavación de la muralla, que a pesar que significase la destrucción del tramo investigado, con ello se obtendrían unos datos difíciles de alcanzar con los métodos tradicionales no destructivos.

Una vez comprobada la existencia y características de la muralla con un corte transversal realizado con medios mecánicos (A), se realizaron cortes en la zona oriental (A1, A2, A3, J5) y, finalmente, en un área más amplia en la más alta del interior del poblado, excavándose con el método convencional de los niveles arbitrarios. El corte A puso de manifiesto las características (BLANCO y ROTHENBERG, 1981: Fig. 247) y fases de construcción de la muralla (BLANCO y ROTHENBERG, 1981: Fig. 249), mientras que en los otros cortes se obtuvo la evolución histórica del asentamiento (BLANCO y ROTHENBERG, 1981: 281).

En síntesis, sobre la superficie natural del lugar, en un nivel que incluye elementos cerámicos asimilados a un Bronce Tardío (?) que se fechará alrededor del año 1000 a.C., se construye el *agger*, que se irá colmatando durante los siglos IX-VIII a.C. con materiales entre los que predomina la *...cerámica indígena hecha a mano y continuadora de la de la Edad del Bronce, de la mano de otra que ofrece la novedad de su decoración digitada o incisa* (BLANCO y ROTHENBERG, 1981: 247). En esta fase hará su aparición la cerámica fenicia, por lo que se estima posible que *...una gran parte de la época del agger sea anterior a la presencia asidua de los fenicios en Tejada o a los efectos de su comercio* (BLANCO y ROTHENBERG, 1981: 247). A continuación, *...después de asentados los primeros pobladores del cerro, los fenicios se adueñaron de él. A partir de ese momento, la estratigrafía permite*

---

*seguir el mismo proceso de iberización que señalan los demás yacimientos del mediodía, esto es, la fusión de la cultura fenicia con la indígena* (BLANCO y ROTHENBERG, 1981: 279).

Como el yacimiento sería abandonado de forma pacífica alrededor del 300 a.C., con ello, se establecía el marco cronológico en que estuvo ocupado el cerro, su adscripción económica, y también su relación con el proceso de interacción indígenas/fenicios en el que en algún momento los fenicios *se adueñaron de él*, en el que destacaba como punto de control, producción y distribución de los metales de la Franja Piritífera Ibérica, resaltándose su posición privilegiada en el territorio.

Desde 1983, la investigación de Tejada la Vieja la realizará ya el Servicio de Arqueología de la Excma. Diputación Provincial de Huelva (FERNANDEZ, RUFETE y GARCIA, 1992). En esta nueva estructura patrimonial, se establece un programa de investigación cuyos fines principales serán *...de una parte, profundizar en el conocimiento de la protohistoria onubense; y de otra, abrir al público el lugar y hacer partícipe al conjunto de la sociedad de los resultados obtenidos con la investigación arqueológica* (FERNANDEZ, 1989a: 19).

No obstante, el hecho de excavar en la *vieja* Tejada venía condicionado por la necesidad de conocer la procedencia de los minerales procesados en el poblado de San Bartolomé de Almonte, al estar ésta situada muy cerca de yacimientos de minerales complejos, en especial de los de Aznalcóllar (Sevilla). Sin duda, el conocer los datos de la excavación de la década anterior realizada por Blanco y Rothenberg y una prospección extensiva del territorio, determinaron que se eligiese a Tejada en lugar de el Cerro de la Matanza o de la Mesa del Castillo (FERNANDEZ, 1989a).

A partir de una primera campaña de recogida de los datos historiográficos del yacimiento durante 1982, siguiendo el planteamiento inductivo que rige el proyecto, el objetivo pretendido en la excavación de la siguiente campaña será *...comenzar a conocer la realidad estratigráfica del lugar y su posible correlación, cronológica y cultural, con otros yacimientos que en dicho momento excavábamos*

---

(FERNANDEZ, 1989a: 47).

Una vez procesados los primeros datos propios obtenidos en la excavación de 1983, se continuaría excavando en años sucesivos para ...*contrastar los datos que se obtuviesen con los ya conocidos de la campaña de 1983...* (FERNANDEZ, 1989a: 47), que implica que, *a priori*, se habían descartado o invalidado los datos arqueológicos obtenidos previamente y las conclusiones establecidas por el equipo dirigido por A. Blanco y B. Rothenberg en la década anterior.

Aunque el proyecto comienza en 1982, la primera publicación en la que se exponen con cierta amplitud la nueva interpretación estratigráfica de Tejada la Vieja no estarán disponibles para la investigación hasta siete años después (FERNANDEZ, 1989c), apareciendo sólo algunos de los trabajos realizados antes de esa fecha, que no responden sino a un avance de los resultados, al incluir aspectos varios relacionados entre sí (FERNANDEZ, 1989a; GARCIA SANZ, 1989; RUFETE, 1989; FERNANDEZ y GARCIA SANZ, 1989; GARCIA RINCON, 1989; ROVIRA y otros, 1989; ARRIBAS y otros, 1989; MORENO, 1989; CALDERON y otros, 1989). No obstante, del resto de las actuaciones van apareciendo, como ya es preceptivo desde 1985, en el Anuario Arqueológico de Andalucía y en diferentes publicaciones, trabajos de diverso alcance en los que se mencionan datos de Tejada la Vieja (FERNANDEZ, 1987a; 1987b; 1989a; 1989b; 1990a; 1993; FERNANDEZ y RUFETE, 1986a-b; FERNANDEZ, RUFETE y GARCIA, 1992a; 1993).

En la Campaña de 1983 se planteó realizar un sondeo estratigráfico (A/83) sobre la cerca defensiva en un lugar cercano a la excavación de Blanco y Rothenberg (1981). Se comprobó la existencia de una serie de habitaciones adosadas a la muralla, a las que se añadieron otras posteriormente, y se excavaron tres de ellas. También se realizó un cuadro (B) donde se profundizó extramuros. De este Corte A/83 (FERNANDEZ, 1989a: 58. Figura 6) sólo se dice que en el fondo aparecen ...*materiales arqueológicos... escasos y realizados a mano y/o con técnica bruñida (lám. XXVI), así como también se halló un fragmento cerámico atípico realizado a torno* (FERNANDEZ, 1989a: 126), aunque es

interesante comprobar que, en la figura citada, se observa que a los muros que deberían apoyarse contra la pared interior de la cerca le faltaban los mampuestos que deberían estar en contacto con ella, dando la sensación de haber sido cortados. No obstante, esta visión podrá confirmarse cuando se publique la planimetría correspondiente.

En la campaña de 1985, el corte C.1/85, de 5x13 metros iniciales, se localiza intramuros, y será el utilizado para explicar la evolución histórica del asentamiento. Se divide el corte en dos sectores N y S, alcanzándose en este último la mayor profundidad, aunque en un espacio reducido de menos de 3x3 m. La aparición de un muro orientado N-S serviría para una nueva subdivisión del corte, apareciendo inmediatamente la cara interna de la muralla.

En la estratigrafía final se obtienen 9 estratos, que se convertirán en cinco Niveles Arqueológicos (I-V) y varios Subniveles. En el más profundo, que es denominado Ia, aparecen fragmentos de escaso tamaño, muy rodados, fabricados exclusivamente a mano, y tres fragmentos atípicos a torno que no se ilustran en la publicación ni se explicita donde aparecieron, si junto al muro o en otra zona del estrato de tierras rojas *preparado a expofeso* para comenzar la construcción de la muralla, hecho que debería haberse tenido en cuenta por sus implicaciones en relación a la datación del estrato 9 y de la muralla, en especial porque sobre éste aparece un zócalo no documentado en 1983 (A/83) y sí en el corte A2 (BLANCO y ROTHENBERG, 1981: Fig. 258) pero más estrecho, interpretado como *...la delimitación del lugar que se iba a ocupar* (FERNANDEZ, 1989a: 125; 1990a). El siguiente Nivel Ib, aparece *...un encancho que sirve de nivelación y sobre el que se inicia, de manera evidente y efectiva, la ocupación del yacimiento* (FERNANDEZ, 1989a: 125; 1990a), que presenta escasos materiales cerámicos a mano con superficies bruñidas (FERNANDEZ, 1989a: Lám. XXV, 17-18).

El siguiente Nivel II, que es subdividido en los a-d, significa ya un cambio sustancial en relación a los anteriores. El más profundo de ellos, que se denomina IIa, presenta un predominio de cerámicas a mano sobre las a torno, con diez fragmentos atípicos que no tienen representación en el Gráfico 3 de

---

la página 127, junto a escorias y coladores. El Nivel IIb, es definido por la presencia de fragmentos a torno, un ánfora, una pátera de Engobe Rojo, también cuencos hemisféricos a mano, pero continúan apareciendo formas bruñidas de suaves carenas y algunas decoradas, y son muy abundantes los vasos cerrados de gran tamaño. El Nivel IIc representa escasos cambios, si no es el aumento de las cerámicas a torno y la aparición de las primeras cerámicas grises. El último Nivel IId, presenta un incremento de las escorias, pasando a ser las cerámicas a torno el 29% del total, determinado por el aumento de las grises.

En el Nivel III, que ya colmatará el zócalo inferior de la cerca, se subdivide en a-b, observándose en él aspectos interesantes. En el más profundo, IIIa, se equipara el porcentaje de los tipos cerámicos, destacando la ausencia de ánforas y el extraño borde de lebrillo 7 de la lámina XXXVIII, cuya cronología es conocida por paralelos en Torre de Doña Blanca (RUIZ MATA, 1992c: 303), donde se sitúa entre el siglo VI (RUIZ MATA, 1992c; 1992b: Fig. 8, 14) y los siglos IV-III a.C. (RUIZ MATA, 1992b: Fig. 13, 1). El IIIb se relaciona con la primera evidencia constructiva, debiendo prestarse ahora atención, entre otros, al fragmento de plato 9 de la Lámina XLV.

El siguiente Nivel reconocido ha sido subdividido en IV a-c, tanto por los materiales arqueológicos como por su relación con la primera fase constructiva de cierta importancia detectada que ocupa todo el corte C.1., amén de la cerca defensiva. El Nivel IVa, es la base sobre la que se apoyan los nuevos muros de mampostería; desaparecen muchas cerámicas que habían sido frecuentes en los niveles inmediatamente anteriores y vuelven a hacer acto de presencia otras que sólo lo eran en los de base, en especial formas antiguas de Engobe Rojo Bruñido (FERNANDEZ, 1989a: Lám. XLVIII, 12), las a mano bruñidas con carena (FERNANDEZ, 1989a: Lám XLVIII, 19. LI, 1-3 y 5), y otras formas a mano típicas (FERNANDEZ, 1989a: Lám LII). Es posible que esta fuese la superficie desde donde se construyera la muralla.

En el IVb desaparecen las cerámicas de tipología antigua, pero aumentan las ánforas y las formas de

---

Engobe Rojo, aunque tanto tipología como función son muy diferentes de las cerámicas de los estratos anteriores, que ahora están selladas por la nueva ocupación. El Nivel IVc, el último de la ocupación de esta zona de Tejada, mantiene formas relacionadas con el anterior, haciendo acto de presencia algunas cerámicas áticas del siglo V a.C.

De todo ello, según parece desprenderse en la memoria-publicación y también en diferentes artículos en los que la ciudad, amurallada o no, tiene un papel desmesurado en momentos en los que, según los autores, unas veces sí y otras tal vez no ésta no existiría, la *vieja* Tejada comienza a ocuparse con un plan unitario que incluye la muralla -que no tiene una función disuasoria sino que es un elemento más de la urbanística oriental del momento- que ha sido situado entre finales del siglo VIII y comienzos del VII a.C. Además, aparecen ahora algunas contradicciones a las aseveraciones que, en artículos previos, se habían planteado.

El asentamiento se inicia, según estos autores, entre fines del siglo VIII y fines del siglo VII a.C., y con la primera ocupación del lugar se construye la muralla, único indicio de su urbanística, siendo su principal adscripción económica la producción de plata.

No obstante, con anterioridad se menciona que *...a pesar del desarrollo urbanístico de Tejada la Vieja, hemos podido detectar la existencia de un posible poblamiento de cabañas, al estilo de San Bartolomé de Almonte, previo a las construcciones de piedra y, consecuentemente, a la influencia fenicia* (FERNANDEZ y RUFETE, 1986a: 194), y posteriormente *...un primer poblamiento en cabañas ... posibilidad que parece verse reforzada por el hallazgo en el corte A/83 [no publicado] de oquedades excavadas en el suelo natural* (FERNANDEZ, 1989a: 155), aunque en otro lugar se establece que *...por la superficie excavada en profundidad, se hace difícil el conocimiento del tipo de urbanismo en sus inicios [y que] no se haya podido constatar la existencia de un poblamiento antiguo en "cabañas"* (FERNANDEZ y GARCIA SANZ, 1989: 109).

En cuanto a la adscripción económica de Tejada la Vieja, para este primer momento o Fase I, mientras que en algún momento se ha reconocido que *...uno de los ejes de la actividad económica de sus habitantes, desde los inicios de este asentamiento, estaba relacionado con las labores minero metalúrgicas efectuadas en el área minera de Aznalcóllar, zona cercana a dicha ciudad y con la que mantiene un estrecho vínculo a lo largo de los siglos en que Tejada permanece habitada* (FERNANDEZ y GARCIA SANZ, 1989: 109), parece que en otro lugar se ha estimado algo diferente, aunque no claramente definido pues *...a pesar de ser Tejada un poblado muy cercano a las minas, no deja de sorprender la falta de hornos de fundición de minerales, cuya existencia en este caso estaría más que justificada por la ubicación del yacimiento. Sin embargo, son escasos los restos que encontramos referidos a esta actividad teniendo en cuenta la envergadura del asentamiento, pero a pesar de todo existen evidencias metalúrgicas en Tejada, quizás más orientadas a las necesidades del mismo núcleo y para las que no se necesitaría una producción tan elevada como si se tratara de una actividad destinada al comercio exterior* (FERNANDEZ y GARCIA SANZ, 1989: 113). Por ello, en relación a algunas evidencias poco claras, parece raro que se interprete *...en cuanto al posible "lavadero de mineral" [sic], no es extraña su presencia en una ciudad como Tejada que probablemente se mantiene en base a la explotación minera de las áreas circundantes y en la que se realizarían los primeros procesos de tratamiento de mineral* (FERNANDEZ y GARCIA SANZ, 1989: 115).

A continuación, en la Fase II de Tejada, fechada entre fines del siglo VII y mediados del siglo VI a.C., se produce la orientalización del asentamiento, documentándose un cierto urbanismo y se contempla el aporte de evidencias de tipo económico diferentes, tales como agricultura y ganadería, por la crisis de la actividad minero-metalúrgica que significa la *...transformación y desaparición de las características que definieron el mundo tartésico, apreciándose ya tiempo [sic] las que distinguirán a la sociedad turdetana* (FERNANDEZ, 1989a: 168).

El último período de ocupación, Fase III, está dividido en dos subfases. En la primera, entre mediados del siglo VI y mediados del V a.C., se sustituye la traza urbana anterior por otra con casas

---

distribuidas en manzanas y con red viaria. Se construyen los contrafuertes trapezoidales de la muralla y ...*la actividad minero-metalúrgica convive, en igualdad de importancia, con los elementos basados en lo agropecuario* (FERNANDEZ, 1989a: 168).

De ello debe deducirse que el laboreo de los metales se mantiene aquí con posterioridad. En la segunda subfase, desde mediados del siglo V hasta mediados del IV a.C., en la que parece que cesan *prácticamente* las actividades minero-metalúrgicas, se aprecian ...*las últimas evidencias comerciales con la costa ... se construyeron algunos edificios y se remodelaron otros ya existentes* (FERNANDEZ, 1989a: 168-169), abandonándose la ciudad pacíficamente, pero relacionándose este abandono, aunque indirectamente, con el tratado del 348, entre Roma y Cartago (FERNANDEZ, 1989a: 183-184).

1.1.1.7. Chinflón. Conocido de antiguo por C. Cerdán en los años cincuenta y prospectado en el Proyecto Arqueometalúrgico de Huelva (BLANCO y ROTHENBERG, 1981), su primer estudio se realizó en 1978 (PELLICER y HURTADO, 1980). En la publicación de 1981 es considerado un asentamiento minero-metalúrgico de la Edad del Cobre, relacionado espacialmente con los dólmenes de El Pozuelo. En las prospecciones se obtuvieron dataciones por termoluminiscencia y de  $C_{14}$ , comprendidas entre el último tercio del II Milenio a.C. y el primer cuarto del I Milenio a.C., respectivamente (ROTHENBERG y BLANCO, 1980).

En la excavación de 1978, los diferentes cortes mostraron la presencia de crisoles y escorias, así como abundantes martillos de minero, que se aparecían esparcidos por la superficie de los alrededores y en diversos hoyos de una función no determinada, quizás agujeros para postes de sustentación de las viviendas, así como elementos cerámicos que no podían clasificarse en momentos calcolíticos, aunque sí se recogieron algunos pulimentados que no podían confundirse con los martillos con surco que se relacionan con actividades mineras.

La cerámica es muy homogénea en todas las áreas excavadas, siendo dividida por los autores en toscas

---

y cuidadas. Las primeras, en algún caso, se paralelizan con formas conocidas en áreas bastante alejadas, en contextos de Bronce Final que incluye ...*cerámica excisa de Boquique y de tradición campaniforme*, pero también con formas a mano que conviven con otras a torno orientalizantes (PELLICER y HURTADO, 1980: 8). También existen formas simples, de tradición del Bronce Pleno, que los autores hacen perdurar hasta el siglo VII a.C. (PELLICER y HURTADO, 1980: 9-11), por paralelos también geográficamente muy alejados.

Entre las cerámicas cuidadas, aparecen cuencos simples, algunos con ónfalo, forma que se considera presente desde el ...*calcolítico final, muy frecuente en el campaniforme, perdurando en el Bronce Pleno y llegando normalmente al Bronce Final hasta el siglo VII en que desaparece* (PELLICER y HURTADO, 1980: 11). También hay que destacar la presencia de cazuelas y otros vasos abiertos, bruñidos o alisados, con perfil carenado, típicos del Bronce Final, que se paralelizan con otros similares y cuya cronología se estima entre los siglos X-VII a.C.

Dada la escasa potencia del suelo donde apareció el conjunto de artefactos descrito, éste se interpreta como una muestra de la ergología de un lugar, asentamiento o taller metalúrgico, muy erosionado por causas naturales, de cuyas estructuras de barro y ramajes casi no quedan huellas. Por ello, resulta clara la estimación de que estas cabañas serían de tipo temporal, ...*durando esporádicamente apenas un siglo* (PELLICER y HURTADO, 1980: 18), espacio de tiempo que puede ser considerado excesivo para una frágil cabaña, hábitat que debería ser renovado sucesivas veces, si se pretende asumir una ocupación sin solución de continuidad durante un siglo.

Del conjunto de las evidencias reconocidas, se estima que la excavación demuestra en Chinflón la existencia de un asentamiento o campamento de mineros. La presencia de martillos, escorias de cobre, carbón y crisoles, indicaría que las gentes allí asentadas, quizás temporalmente, obtenían cobre de las mineralizaciones de carbonatos presentes en el mismo lugar. En base a la cronología de la cerámica obtenida, esta actividad minero-metalúrgica abarcaría, según los autores, ...*en momentos sucesivos*

---

*desde fines del siglo IX (a.C.) hasta principios del siglo VII, sin que sufriera la interferencia del impacto de las colonizaciones* (PELLICER y HURTADO, 1980: 19), espacio que no concuerda con la interpretación anterior en relación al siglo de ocupación.

De acuerdo con los datos obtenidos en prospecciones realizadas en 1991 por miembros del Proyecto Odiel, se estima la existencia, no observada hasta ese momento, de un recinto fortificado en la cumbre de Chiflón (NOCETE y otros, 1992: 395), que vendría a significar la contrastación del modelo teórico que proponen los autores, toda vez que representaría el final del proceso de jerarquización experimentado por las sociedades en transición a la formación del Estado. Sin embargo, dicho recinto estimado como una fortificación, en realidad presenta un escaso desarrollo longitudinal, sin que, al mismo tiempo, existan huellas de elementos cerámicos tanto en su superficie como en las inmediaciones.

No obstante, con la excavación de Chinflón parece probada la total falta de relación entre el asentamiento minero del Bronce Final y los dólmenes, lo que confirmaría una reciente tesis que estima casi nulo o inexistente cualquier signo de explotación minera calcolítica en el Andévalo onubense (PEREZ MACIAS, 1995).

1.1.1.8. Peñalosa. El yacimiento arqueológico de Peñalosa se localiza sobre una elevación del Mioceno situada al NW del despoblado de Tejada la Nueva, en el actual término municipal de Escacena del Campo. La recogida asistemática de materiales cerámicos de tipo campaniforme en el lugar, apriorísticamente relacionadas con cerámicas del Bronce, por la posibilidad de hallar en un mismo asentamiento elementos arqueológicos de los II y I Milenios a.C., llevaron al equipo de arqueólogos del Servicio de Arqueología de la Excma. Diputación de Huelva a realizar la prospección intensiva del lugar en 1989, (FERNANDEZ, RUFETE y GARCIA SANZ, 1991) y, posteriormente, una excavación de comprobación (FERNANDEZ, GARCIA SANZ y RUFETE, 1992).

Los materiales arqueológicos localizados en ambas actuaciones permitieron encuadrar al yacimiento en *...un Horizonte de Bronce Final precolonial...* [por lo que] *...resulta imposible dar una fecha más moderna de la primera mitad del siglo VIII a.C. para el final de este período...* (FERNANDEZ, RUFETE y GARCIA SANZ, 1991: 160).

Desde un punto de vista crono-cultural, en ambas publicaciones mencionadas se compara a este yacimiento de Peñalosa con la Fase I de Huelva y la de Almonte, para las que los autores admiten un inicio desde el siglo IX, cuando ya Ruiz Mata aceptaba posiblemente el siglo X para San Pedro (RUIZ MATA, 1979) y primera mitad del VIII para San Bartolomé (RUIZ MATA, 1981), por lo que parece extraño que en otro lugar se acepte una fecha *...en el cambio del segundo al primer milenio antes de Cristo, como evolución del Bronce Pleno* (FERNANDEZ, 1990a: 212). Es claro que, aunque aparecen formas típicas de la Fase I de San Pedro, el hecho de existir un fragmento a torno lleva, apriorísticamente, a pensar que Peñalosa debe corresponder a un momento posterior a la Fase I.

También se compara a Peñalosa con la Fase IIb de Setefilla (AUBET y otros, 1983) y con el estrato IIIB del Llanete de los Moros (MARTIN DE LA CRUZ, 1988a), pero se considera un desfase cronológico la fecha de este último estrato entre 1000 y 900 a.C., el más parecido tipológicamente, y se relaciona con el siguiente, IVA, porque su cronología, situada por el Prof. Martín de la Cruz entre el 900 y el 800/750, *...concuera mejor con las fechas por nosotros propuestas* (FERNANDEZ, RUFETE y GARCIA SANZ, 1991: 160), o porque *...parece más oportuno* (FERNANDEZ, GARCIA SANZ y RUFETE, 1992: 189), que es un claro intento de acercar las cronologías de los dos yacimientos a la ya establecida para Peñalosa.

En la única campaña de excavación, realizada con el método estratigráfico arbitrario, se localizaron seis fondos de cabaña con planta de tendencia oblonga o circular, en los que se documentó un solo estrato arqueológico. Además de las típicas cerámicas a mano bruñidas relacionadas con la Fase I del Cabezo de San Pedro y escorias de plata, en el fondo 2 apareció un fragmento de cerámica fenicia a torno, sin

que se explique su relación estratigráfica.

Para los autores del hallazgo, ésta será la única pieza a torno localizada en el yacimiento, que ... *corresponde a un cuenco que posee un espeso y bien bruñido engobe rojo, con el que se cubre todo el exterior y una estrecha banda por el interior junto al borde, que es sencillo y redondeado...* [La pasta es] ... *anaranjada, con núcleo beige, muy depurada y con grasas finas en general, aunque se aprecian algunos puntos blancos y otros rojizos, quizás de arcilla molida, junto con abundante mica plateada* (FERNANDEZ, GARCIA SANZ y RUFETE, 1992: 188).

Tal como se ha reconstruido el vaso (FERNANDEZ, GARCIA SANZ y RUFETE, 1992: Fig. 4, 11), el diámetro del borde sería de aproximadamente 14 cm, por lo que corresponde a una copa o cuenco de pequeñas proporciones, que no concuerda con el paralelo de Tiro (BIKAI, 1978a: Plate XVIII. 7), ya que éste es un vaso de mayores proporciones.

Este fragmento de copa de Peñalosa, al aparecer en un contexto típico del Bronce Final clásico, donde es exclusiva la aparición de formas y decoraciones de la Fase I del Cabezo de San Pedro (RUIZ MATA, 1979), será utilizado para documentar ...*la entrada en contacto en esta zona de dos culturas, la tartésica y la fenicia, desde al menos mediados del siglo VIII... en el Tartésico Medio I, que cronológicamente se sitúa entre el 800 y el 750 a.C.* (FERNANDEZ, GARCIA SANZ y RUFETE, 1992: 189), y para considerar al yacimiento de Peñalosa ...*un pequeño poblado ...prototipo de los que debían distribuirse por el actual Campo de Tejada antes de la llegada de los fenicios* (FERNANDEZ, GARCIA SANZ y RUFETE, 1992: 189).

1.1.1.9. El Trastejón. Incluido en el Proyecto Sierra de Huelva cuyo fin era el estudio de la Edad del Bronce (HURTADO, 1992a), ya que la totalidad de las evidencias de este período se habían alcanzado en la excavación de las cistas (AMO, 1975a) y elementos de superficie, y no existían asentamientos excavados,

éste con materiales en superficie del Bronce pleno/final podía ser una base importante para definir la posible transición, si es que ésta se producía, entre ambas manifestaciones de la cultura material en el II Milenio a.C.

Las excavaciones se han realizado en dos campañas durante los años 1988 y 1990 (HURTADO, 1990; 1991). Se ha interpretado que en la primera ocupación del poblado -Bronce Pleno-, se contruyeron terrazas para *...ampliar la superficie disponible* (HURTADO, 1992a: 468), existiendo una cierta diferenciación en los materiales cerámicos de algunas zonas del hábitat, que responde a diferencias funcionales en la ocupación, correspondiendo las partes bajas del cerro a la localización de la actividad metalúrgica y/o zona de cultivo, y la zona alta a habitación según se aprecia en la cantidad de fosfato y fósforo recuperado.

En dichas campañas se proyectó la realización de varios cortes en la cima y una trinchera de comprobación en el acceso sur. En la cima, dentro de los cortes 1 y 2, se pudo detectar la sucesión de cinco estratos asociados a estructuras arquitectónicas muy complejas, que incluyen una cista. En el estrato I, el más profundo, sólo aparecieron cerámicas del Bronce Pleno sin que fuese posible relacionarlas con ningún tipo de construcción. El siguiente, estrato II, subdividido en A y B, se puede asociar ya a signos de habitación, con una estructura circular de 2 metros de diámetro de piedra y adobes que estuvo pavimentada, aunque sin hallazgos en su interior. Al estrato III, que presenta estructuras murarias y el nivel de ocupación IIIB, debe asociarse la cista, abierta desde el estrato IVA.

La fase del Bronce Final se inicia en el siguiente estrato V, después de la fase de abandono que se estima el estrato IV (HURTADO, 1991), que en esta zona del hábitat se corresponde con el nivel superior de tierra vegetal. El corte 4, situado en la superficie del bancal superior, de 4x2 m, no se finalizó, documentándose la existencia de fases de ocupación relacionadas con otras constructivas, a las que se han asociado los abundantes restos cerámicos y otros elementos, tales como las pesas de telar circulares.

Los cortes 30-31 se realizaron en el bancal exterior localizado al sur del asentamiento, asociándose al nivel superior cerámicas del Bronce Final. Por último, en el exterior del lado E del bancal, se limpiaron dos metros de su longitud, apareciendo su paramento externo, que se conforma como una muralla en talud construida con piedras irregulares, conservada en una altura que oscila entre los 6 y 8 metros.

En 1990, para comprobar la disposición de los muros del estrato III, se trazó el corte K-10, una trinchera de 21 x 2 m localizada al E de la supuesta zona amurallada con función de acrópolis. Desde la superficie volvieron a aparecer materiales del Bronce Final muy alterados por remociones recientes. La fase I del Bronce Pleno, cuya sucesión es estimada de forma diferente a la de la campaña anterior, por estar determinada por la construcción de la muralla en talud que cierra la acrópolis por esa zona, puede relacionarse con unidades constructivas, entre las que se resalta un habitáculo cuya posible dedicación a un taller textil ha sido estimada en relación al número de pesas de telar localizadas en su interior (HURTADO, 1992b: 179).

En la solana de la meseta inferior se excavaron los cortes F-22 y C-30, de 7x6 m y 48x2'5 m respectivamente. El primero de ellos, proyectado con la intención de constatar posibles actividades metalúrgicas, apareció un primer estrato sin alterar del Bronce Final, con abundantes evidencias de escorias, placas de arcilla endurecida por el fuego y zonas quemadas y con abundantes carbones, pertenecientes quizás a hornos.

Por debajo aparecen los niveles del Bronce Pleno, donde hay que resaltar la presencia de semillas, que se asocian a unas estructuras de paredes curvas con una o dos hiladas de pizarra, dispuestas en la superficie natural, que podrían corresponder a pequeños *fondos* de cabaña, por la existencia de huellas de postes. El segundo de los cortes, se realizó para investigar una posible lectura completa de la fase de amurallamiento localizada en la solana. El primer estrato, del Bronce Final, aparece también revuelto por actividades agrícolas recientes, situándose sobre un enlosado de lajas de pizarra del

---

Bronce Pleno, apareciendo también una estructura ovalada de 15 m de diámetro mayor.

1.1.2. Provincia de Sevilla. En la provincia de Sevilla se ha realizado un buen número de excavaciones a lo largo de las últimas décadas, en las que existen importantes evidencias de la Edad del Bronce. Dada la importancia del Guadalquivir, que estructura el territorio comprendido a ambos márgenes e interrelaciona las zonas de Sierra Morena por su margen derecha con las inmensas campiñas situadas en el llano, la descripción de las estratigrafías realizadas permitirá entender parte de la compleja evolución experimentada por las sociedades aquí asentadas que, durante el II Milenio a.C. y hasta la primera mitad del I Milenio, mostrarán una peculiar evolución en la que pasarán desde el mantenimiento de estructuras arcaizantes de la Edad del Cobre a una explosión poblacional que se produce en momentos previos a la presencia fenicia.

Resulta evidente que en este capítulo no se analice la totalidad de las excavaciones realizadas en la provincia, sino únicamente aquellas que por considerarlas incluidas en el ámbito del bajo Guadalquivir puedan mostrar las pautas evolutivas que nos interesan en estos momentos.

1.1.2.1. El Cerro del Castillo y Los Castrejones (Aznalcóllar). El área de Aznalcóllar, el coto más meridional de la Franja Piritífera Ibérica, ha sido considerado por sus cercanías a los centros metalúrgicos de esta zona de la campiña onubense y del bajo Guadalquivir el lugar donde se hubiese obtenido gran parte de los minerales procesados en los yacimientos de Bronce Final-Orientalizante del I Milenio a.C., en especial San Bartolomé de Almonte (RUIZ MATA, 1981) y Tejada la Vieja (BLANCO y ROTHENBERG, 1981; FERNANDEZ, 1989b) entre otros. No obstante, a pesar de que se intuía allí la existencia de labores antiguas, hasta muy recientemente no se habían publicado hallazgos relacionables con el período histórico que aquí se estudia.

El área minera de Aznalcóllar fue incluida en un proyecto de prospección superficial del que se publicó el preceptivo informe (HUNT, 1990). También fue visitado con anterioridad (PEREZ

MACIAS, 1995), y en las prospecciones de las campañas de 1991 y 1992 (CAMPOS y otros, 1992), reconociéndose su importancia como centro productor y distribuidor de metales durante gran parte del I Milenio a.C. (GOMEZ y otros, 1994) y, a partir del análisis de las estructuras subterráneas localizadas, fundamental en la estructura urbana de la Tierra Llana de Huelva durante el Bronce Final Tartésico (CAMPOS y GOMEZ, 1995).

En las prospecciones de la zona se han detectado hallazgos arqueológicos que abarcan desde la Edad del Cobre hasta la actualidad, que incluye fondos de cabañas y necrópolis de cistas (HUNT, 1990; 1991; 1994), así como dos importantes núcleos de población muy cercanos separados por el río Agrio, que han sido denominados Cerro del Castillo y Los Castrejones. También se han podido documentar otros núcleos dispersos en la periferia del casco urbano actual (GOMEZ y otros, 1994; HUNT, 1995).

En una actuación efectuada en el Cabezo del Castillo, se realizó el estudio de una sección estratigráfica de 25 m de longitud y de 6 m de potencia (HUNT, 1995. Fig. 1). En la sección de 3 m metros limpiada se distinguieron hasta dieciséis estratos, que parecen incluir los restos de su ocupación desde momentos prefenicios hasta la actualidad (HUNT, 1995: Lám. I).

Con posterioridad, quizás en 1995, se han realizado varias actuaciones en el recinto que confirman la extensión de la muralla, con varias superposiciones, posiblemente de diferente cronología, que incluye tramos en ángulo y bastiones ataludados de planta con tendencia hemisférica, contruidos con mampuestos, que la dotan de una apariencia muy sólida.

No obstante, si las técnicas de construcción de este tramo puede paralelizarse con la observada en el bastión NW (Figura 4), que fue levantado mediante la erección de tramos superpuestos de cascotes y tierra, entre los cuales se depositan filas de lajas de variado tamaño para mantenerlos en una disposición horizontal normalizada, terminando todo el conjunto con mampuestos de variado tamaño formando cara vista, la firmeza de la construcción sólo es aparente.

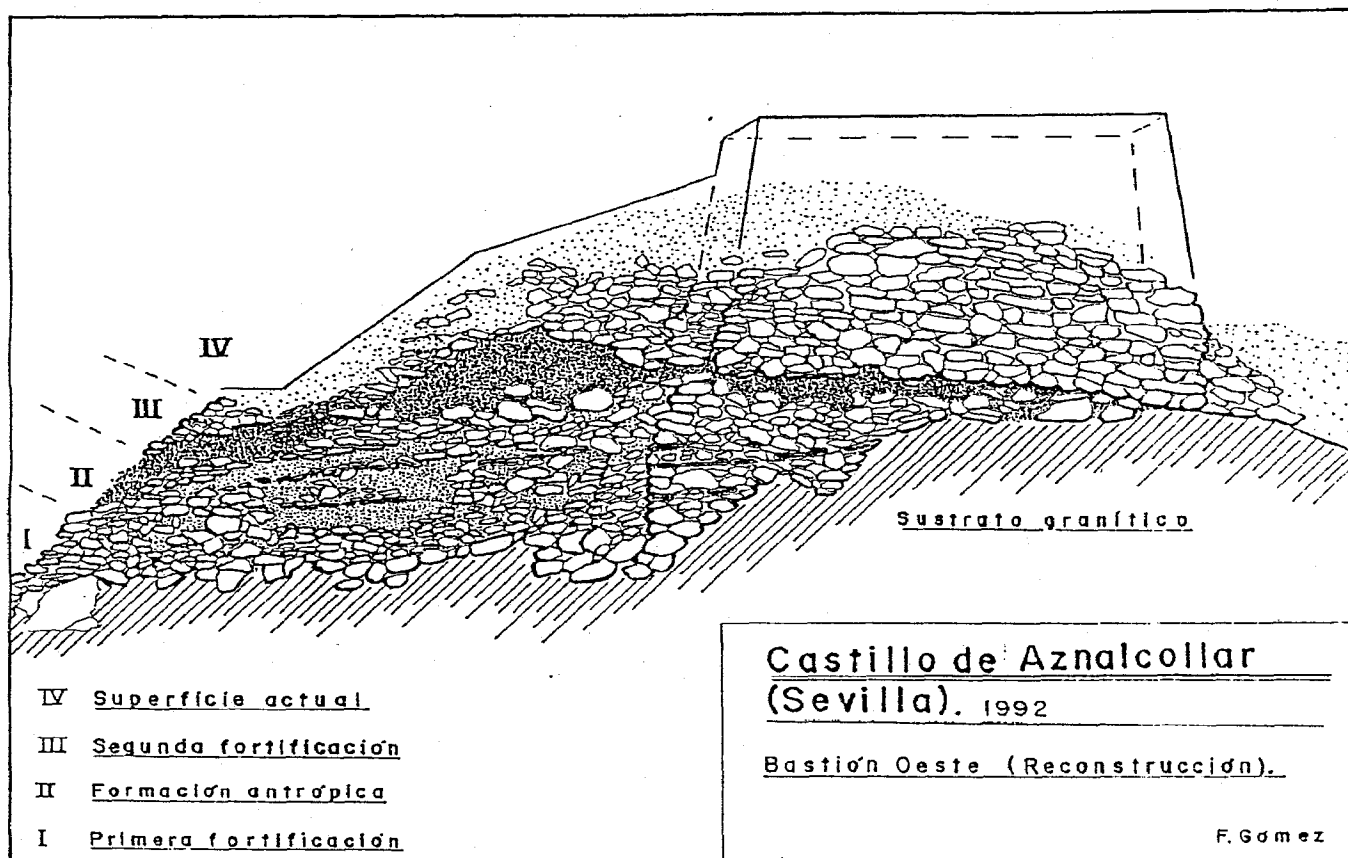


Figura 4. Cerro del Castillo de Aznalcollar. Reconstrucción hipotética del bastión oeste.

Esta técnica, que no puede paralelizarse con las conocidas en momentos más o menos sincrónicos en el Oriente mediterráneo, es similar a la detectada en la posible acrópolis del Cerro de la Era en los Castrejones, quizás sincrónica, así como en los bastiones de la entrada de la cerca de la Papua y otras estructuras de El Trastejón (HURTADO, 1992b).

En los Castrejones se ha reconocido un amurallamiento de más de 1'2 km de longitud, en su diámetro mayor, en el que existen bastiones y tramos en talud. Se han prospectado cuadrículas de 20x20, en las que se han obtenido elementos metalúrgicos y otros relacionados con otras actividades económicas, tales como molinos de mano y sus correspondientes moletas. En cuanto a las cerámicas se ha obtenido un mayor porcentaje de las fabricadas a mano sobre las a torno, destacando las bruñidas decoradas y ánforas de saco, así como platos de Engobe Rojo (HUNT, 1995: 450. Lám. II).

1.1.2.2. Carmona. El yacimiento pre y protohistórico de Carmona representa uno de los hitos arqueológicos del bajo Guadalquivir. Conocido desde los trabajos de Bonsor en el conjunto de los Alcores, la estratigrafía realizada por Carriazo y Raddatz (1961) serviría para ejemplificar la evolución de la Protohistoria del SW durante años.

El Corte CA-80/A, fue realizado junto a dicha excavación de Carriazo y Raddatz para revisar la sucesión estratigráfica ya conocida. El Corte CA-80/B, que estaba situado en El Picacho, desde el Nivel 6, fechado por los autores a fines del siglo VIII, hasta el Nivel 13, fechado a su vez en el II Milenio a.C., proporcionó exclusivamente cerámicas a mano que representan la evolución del poblamiento en esa zona de Carmona desde la Edad del Cobre hasta los momentos anteriores a la presencia fenicia.

El estudio pormenorizado de los fragmentos cerámicos obtenidos en ambos cortes ha permitido a los autores comprobar la evolución en Carmona desde *...un sustrato Calcolítico... rodado de zonas más altas, pero cuya presencia se patentiza por la presencia de varios fragmentos de campaniforme* [hasta

el] ... *primer tercio del I milenio a.C.* (PELLICER y AMORES, 1985: 182). No obstante, en el momento presente, debido a que los conocimientos de esta fase, que marca la evolución de la Edad del Bronce en el SW, son mucho más precisos que en la década de los ochenta, es posible efectuar algunas apreciaciones que difieren de las que confirmaban estos cortes, en especial en cuanto a la cronología que se aplicó entonces.

La gran extensión de la meseta en que se encuentran signos de ocupación desde la Prehistoria raramente pudo estar poblada en su totalidad, por lo que se ha considerado que a lo largo de su historia existirían zonas nucleares habitadas y espacios vacíos (AMORES, 1982), que pudieron utilizarse para su explotación agro-ganadera. Ello sería la razón de no haberse documentado una estratigrafía completa hasta ahora. Más bien, en la mayor parte de los casos, aparecen unos ejemplos de ocupación de amplia cronología incluidos en contextos posteriores. Estos elementos, que fueron incorporados a los paquetes sedimentarios en que aparecen por causa de los complicados procesos postdeposicionales que debieron producirse en el conjunto de la meseta, no tienen por qué ser considerados sincrónicos con el resto de los materiales con los que aparecen, sino definir su posición y ser incluidos en su lugar correspondiente.

De acuerdo con los materiales existentes en ambos cortes, además de los que fueron obtenidos en excavaciones precedentes (CARRIAZO y RADDATZ, 1961), en Carmona se documenta su ocupación desde la Edad del Cobre, siendo los vasos con decoración campaniforme el exponente teórico del último momento de ese período histórico-arqueológico. Resulta patente que, hasta la presencia de materiales a torno de tipología fenicia, la ocupación de Carmona ha producido elementos cuya tipología formal puede incluirse en las fases de la Edad del Bronce que se han documentado en el conjunto del bajo Guadalquivir, puesto que existen formas del Bronce antiguo y pleno, del Horizonte de Cogotas I, y una gran representación del Bronce Final preferencio, que incluye formas antiguas y otras más recientes, con los tipos bruñidos a los que se aplican ya temas geométricos bruñidos y pintados en posible sincronía con la Fase I preferencia de Huelva. Entre estas cerámicas, que puede

indicar un paralelismo sincrónico formal con una de las fases de Montoro (MARTIN DE LA CRUZ, 1988a; 1992a-b) y de otros yacimientos meridionales, podría destacarse el fragmento a torno aparecido en el nivel 23 del Corte A (PELLICER y AMORES, 1985: Fig. 57, Forma v).

El hecho de que algunas de las fases citadas hayan sido rebajadas hasta fechas muy recientes, es el resultado de haberlas interpretado mediante comparaciones tipológicas con estratigrafías, en algún caso muy alejadas en lo geográfico de Carmona, realizadas hace demasiado tiempo y que ya no pueden considerarse válidas tanto por el método de excavación empleado como por carecer de los datos que hoy se disponen.

1.1.2.3. Sevilla. La ocupación protohistórica de un área de la actual Sevilla vino dada por su especial situación en el tramo navegable del río Guadalquivir (CAMPOS, VERA y MORENO, 1988), estando vinculada a las relaciones comerciales establecidas en esta importante vía de comunicación.

Dado que las excavaciones realizadas con anterioridad en la paleotopografía más elevada de la ciudad actual no habían remontado su ocupación más allá del siglo V a.C., el Corte San Isidoro 85-6 fue escogido cuidadosamente a partir del estudio minucioso realizado (CAMPOS, VERA y MORENO, 1988). Se estimaba que la primera ocupación de la ciudad debía haberse hecho efectiva sobre un pequeño altozano que destacaba de la marisma por sus 15-17 m de altura y de una extensión de 400x200 m, aislado del entorno por el arroyo Tagarete y uno de los brazos del Guadalquivir.

Por conocer las circunstancias físicas que podían dificultar el excavar en profundidades con presencia del nivel freático, y por la experiencia de otras actuaciones, se planteó un método de excavación que permitiese alcanzar las cotas inferiores del yacimiento. Dada la presencia de estructuras medievales sólo fue posible progresar con garantías en el Corte 6.

La excavación, realizada dentro de una estructura móvil fabricada a medida que se profundizaba,

---

proporcionó hasta 26 niveles artificiales que alcanzaron una cota cercana a los 9 metros de profundidad. Dado el método empleado, tal vez el único posible por las características del lugar que se excavaba y el minucioso registro efectuado, la sucesión estratigráfica interpretada resulta de sumo interés, puesto que muestra que la primera ocupación del lugar se realizó en momentos previos o sincrónicos con los primeros momentos de la presencia fenicia en el SW (CAMPOS, VERA y MORENO, 1988).

Junto a las cazuelas carenadas bruñidas, los vasos de tendencia bitroncocónica de la figura 54 (Nrs. 632, 634) y el vaso globular de la figura 58 (Nr. 702), podrían indicar una fase antigua dentro del Bronce Final preferencio.

1.1.2.4. El Carambolo. Es éste uno de los yacimientos paradigmáticos del Bronce Final preferencio, tanto por ser de los primeros en que se documentaron sus formas cerámicas típicas como por la influencia que llegaría a ejercer en el proceso de la investigación en los años sesenta. El hecho de haber sido excavado con un método considerado obsoleto ya por los investigadores en dicha década de los sesenta, permitió que los resultados publicados por el Prof. J. M. Carriazo fuesen puestos en duda. Incluso muy recientemente se ha especulado con una posible manipulación de los datos estratigráficos (AUBET, 1994) que habían sido obtenidos por el Prof. Maluquer (CARRIAZO, 1969; 1973; MALUQUER, 1970) que no desdican demasiado del fondo de la cuestión, puesto que *...los posibles errores de excavación e interpretación de Carriazo quedan superados por la coherencia de los hallazgos en sí mismos y por la ratificación indirecta a partir de otras estratigrafías* (AMORES, 1995: 162), manifestación que nosotros asumimos.

En las excavaciones realizadas tanto en el lugar donde fue hallado el tesoro, como en el asentamiento orientalizante de El Carambolo Bajo (CARRIAZO, 1973), lo que se pone de manifiesto es la ocupación preferencio del *fondo de cabaña* del Carambolo Alto, con sus tipos cerámicos a mano que se decoraron con los ya típicos motivos bruñidos y pintados, que evolucionarán a partir de la aparición de las

---

primeras formas a torno, del período fundacional fenicio, de forma semejante a como ha sido documentado posteriormente en otros hábitats sincrónicos, en especial en el Cabezo de San Pedro o San Bartolomé de Almonte (RUIZ MATA, BLAZQUEZ y MARTIN, 1981; RUIZ MATA, 1981; 1986b; 1988; 1995).

1.1.2.5. Mesa de Setefilla. El conocimiento del valor arqueológico del lugar ya fue puesto de manifiesto con las excavaciones realizadas a comienzos de este siglo, en especial en su necrópolis tumular (BONSOR y THOUVENOT, 1928).

Posteriormente, entre 1973 y 1975, ésta volvería a ser excavada (AUBET, 1975; 1978), mostrando que la base de los túmulos se conforma como una amplia necrópolis de incineración del Bronce Final. Dado que en los momentos de la excavación no existían referencias demasiado precisas en el conjunto del SW para estimar otra cronología, en base a los paralelos existentes, el período abarcado en la utilización de los túmulos se estimó entre los siglos VII y VI a.C. (AUBET, 1975; AUBET y otros, 1983), cronología que deberá ser el objeto de una revisión pormenorizada.

El poblado correspondiente a la necrópolis tumular fue detectado en La Mesa, lugar ocupado por un castillo medieval, donde se realizaron algunos sondeos de comprobación (AUBET y otros, 1983), y un primer corte estratigráfico en 1976, que no alcanzó los niveles de base y que por causas ajenas a los autores no ha sido publicado hasta muy recientemente (AUBET, 1989).

Con posterioridad, a partir de los datos suministrados en los trabajos de una campaña realizada en 1979, que sería publicada poco tiempo después (AUBET, 1981; AUBET y otros, 1983; AUBET, CARULLA y FERRER, 1987), el asentamiento protohistórico de Setefilla pasa a ser considerado uno de los hábitats más importantes del SW donde comprobar la evolución local de la Edad del Bronce en sus momentos medios y finales.

En base a los trabajos mencionados, los autores estiman el comienzo de la ocupación de la Mesa en el Bronce Pleno como un pequeño asentamiento, pero poderosamente fortificado con un cerco defensivo al que se incorpora varios torreones circulares y un inmenso bastión, desde donde se dominaba un territorio con amplios recursos agropecuarios, siendo menos importante su vinculación a la metalurgia (AUBET, 1989: 298). En la Fase III, ya del Bronce Final, se amplía considerablemente el espacio habitado y continúa su expansión durante el período orientalizante.

En el Corte I, que quedó inconcluso debido a la acumulación de elementos de la fortificación, los materiales más antiguos pueden incluirse en un momento característico del Bronce Final (AUBET, 1989: Fig. 9), al que seguirá la presencia de elementos a torno fenicios.

En la campaña de 1979, la estratigrafía del Corte 3 sí proporcionó el estrato de base del asentamiento, siendo su lectura el referente obligado para poder explicar la evolución desde el Bronce Pleno al Final en el SW andaluz, en especial por las altas cronologías que parece pueden establecerse, al menos para esta zona del valle del Guadalquivir.

Sobre la superficie natural del cerro, hallada a siete metros de profundidad, apareció un último estrato (XV) que se describe como una formación arcillosa de color anaranjado, que tapizaba la zona rellenando las irregularidades del terreno que buzaba hacia el S, que debe ser considerada un suelo natural muy antropizado por la inclusión de restos de hogares y cerámicas, así como algún que otro elemento perteneciente a viviendas destruidas de poca entidad.

La siguiente formación depositada sobre la anterior (Estrato XIV) representa una larga historia en la ocupación del sitio, en la que existen restos de tipo constructivo en piedra y adobe, uno de ellos quizás de planta rectangular y buena ejecución técnica. En general, todo el estrato presenta un acusado buzamiento desde la base hacia el W, que podría indicar que su génesis y evolución consiguiente está determinada por encontrarse cerca de la ladera del cerro, hacia donde se desplazaban los sedimentos

en los procesos normales de erosión superficial.

Tal vez después de la nivelación del estrato de base, se construyeron allí unas viviendas que serían destruidas por un incendio, hecho evidenciado en los restos de cenizas y carbones documentados y tal vez en la coloración rojiza o anaranjada de la superficie del estrato. En un momento de la evolución del hábitat, en el Estrato XIV, se realizó un triple enterramiento que aparecía sellado por el siguiente estrato formado sobre el mismo.

Según la descripción publicada, el siguiente estrato definido en la evolución de la estratigrafía, Estrato XIII, representa un largo período en la ocupación del lugar. que parece incluso continuidad del siguiente estrato XII. Después de la interfase que hay que incluir entre la base del estrato XIII y el nivel de incendio de la superficie del Estrato XIV, existió otra fase de ocupación que está representada por los restos de muros paralelos que aparecen en planta y alzado (AUBET y otros, 1983: Fig. 12 y 5-7), relacionados con *...carbones, restos de adobes caídos de color rojo o amarillento, restos orgánicos, cascotes y parte de un potente derrumbe de piedras procedente, con toda probabilidad, de una construcción situada al norte del Corte 3, fuera ya del área de excavación* (AUBET y otros, 1983: 43), que resulta extraño que no incluya restos cerámicos.

Una vez que estos muros fueron destruidos y se habían acumulado los detritos mencionados, el resto del Estrato XIII parece estar formado por sucesivas deposiciones de tierras y/o arcillas negruzcas que rellenan una depresión, puesto que los muros rectos detectados en la base del estrato no se entiende fueran suficiente obstáculo para evitar su evacuación a favor de la pendiente, toda vez que el conjunto de estas deposiciones alcanzan una potencia de más de un metro por encima de ellos, e incluso significaría bastante más a juzgar de que el estrato XII presenta las mismas características deposicionales. De hecho, la gran cantidad de cerámicas que aparecen en la parte superior del estrato XIII *...un cambio formal con relación a las del estrato XII* (AUBET y otros, 1983: 43) parecen indicar que se trata, junto a los paquetes de arcilla negruzca, de un basurero formado gradualmente a lo largo

del tiempo que se podría establecer para el momento final del estrato. De todas formas, este problemático estrato no significa un hiato en la ocupación de la Mesa.

El Estrato XII, como se ha visto una continuación del relleno de la posible depresión, no presenta por ello indicios constructivos. Por la presencia de una estrecha capa de arcilla, interpretada como pavimento, este estrato fue subdividido en XIIa y XIIb, estando separado del anterior por otra capa de arcilla amarillenta, con restos de guijarros y cantos rodados, que puede ser considerada una interfase que selló las formaciones anteriores. En la parte superior de este estrato aparecen formas típicas de un Bronce Final arcaico.

El estrato XI, que se superpone al anterior, representa una fase definida por la construcción de una importante estructura pétreo que ha sido puesta en relación con la documentada en el corte de la campaña anterior, que significa un importante cambio en la evolución del asentamiento, estimándose que a partir de ella la evolución de la estratigrafía será gradual e ininterumpida.

Partiendo de los datos obtenidos en análisis radiométricos, los estratos XIV y XIII han podido fecharse en el siglo XVI a.C., cronología de partida que ha servido para establecer la sucesión en el tiempo del resto del hábitat que, como se verá, se ha usado para instrumentar una serie de alternativas a estas evidencias.

Según el Prof. Martín de la Cruz (1988a), la aparición de formas del Bronce Tardío (Cogotas I), junto con formas de las cistas del Bronce Pleno de Huelva y Portugal, deberían rebajar la cronología de los estratos más bajos, al interpretar que la sepultura triple fue excavada en el estrato XIV a comienzos del estrato XIII posterior, como ocurre en el Corte R-1 de Montoro, con lo que la fecha de 1570 sería anterior a los ajuares de la tumba y no al revés. En cuanto al estrato XIII, que todos reconocen muy problemático, ...*continuator del XII* (MARTIN DE LA CRUZ, 1988a: 205), el hecho de que no presente algún tipo de discontinuidad puede ponerse en relación, como se ha visto, con que su

formación se produce de forma gradual, por lo que podría estimarse que representa un período de ocupación en el que se produce la transición entre el Bronce Pleno y el Bronce Final.

Dado que en la presentación de los materiales pertenecientes al estrato XIII no se especifica la profundidad donde fueron hallados, desde un punto de vista tipológico, los fragmentos de la figura 23 podrían estimarse una fase antigua del Bronce Final, ya que los representados en la Figura 24, junto con los del Estrato XIII, parecen ser los característicos de una fase más avanzada, aunque todavía preferencia.

Un hiato ocupacional que significase el abandono de este asentamiento, según se ha interpretado (ESCACENA y BELEN, 1991), no puede inferirse sólo de las características deposicionales del referido Estrato XIII, ni ...*un cambio brusco en la composición de los sedimentos* (AUBET y otros, 1983: 43) significa necesariamente el cese de la actividad antrópica entre los estratos XIII y XII (BELEN y ESCACENA, 1995: 91), sino tal vez lo contrario. El pretendido hiato, que obviamente existe pero sólo porque no se han conservado los sedimentos, correspondería a los primeros momentos del Bronce Final (MARTIN DE LA CRUZ, 1988a: 205), pero en todo caso preferencias.

En realidad, lo que es difícil de explicar hasta ahora con los datos obtenidos en la excavación de este corte, es la presencia en los estratos XV y XIV, junto a formas típicas del Bronce Pleno, de los fragmentos 10-II de la Figura 16 y el 22 de la Figura 18 (AUBET y otros, 1983), de hecho formas que son estimadas intermedias entre el Bronce Pleno y el Final.

1.1.2.6. Montemolín. En este asentamiento se han realizado cinco campañas de excavación, distribuidas en los años 1980-81, 1983, 1985 y 1987, existiendo una amplia bibliografía, en la que se aprecia que su ocupación se distribuye entre el Bronce Final y momentos ya ibéricos (CHAVES y otros, 1992).

En una reciente síntesis de los resultados obtenidos en el yacimiento (BANDERA y otros, 1993), se estima que el comienzo de la ocupación de la zona excavada en el cerro de Montemolín se produjo durante una fase antigua del Bronce Final preferencioso, representada por una vajilla de cerámica a mano (BANDERA y otros, 1993: Fig. 4) de la que encuentran claros paralelos en Carmona, estrato 5 de Carriazo y Raddatz (1961) y en el nivel 11 de Pellicer y Amores (1985), en el estrato XIII de la Mesa de Setefilla (AUBET y otros, 1983) que consideran contaminado, en el estrato 16 de la Colina de los Quemados (LUZON y RUIZ MATA, 1973), y en los estratos IV y V del Monte Berrueco (ESCACENA y FRUTOS, 1985).

A esta primera fase (subfase Ia) le seguirían suelos de ocupación de otra (Subfase Ib) que, al no presentar todavía cerámicas importadas a torno, se incluye en momentos finales del Bronce Final precolonial, de la que encuentran paralelos en el estrato V del Corte CA-80/B de Carmona (PELLICER y AMORES, 1985), en un momento inmediatamente anterior al estrato XIIa de Setefilla (AUBET y otros, 1983), en el estrato IV de Lebrija (TEJERA, 1985), y en el nivel más antiguo del Cerro de la Cabeza de Santiponce (DOMINGUEZ, CABRERA y FERNANDEZ, 1988).

La siguiente fase de Montemolín, del Bronce Final con cerámicas a torno, inaugura la aparición de elementos constructivos mejor conservados, que desembocará en las fases III y IV, ya del período orientalizante. En el cerro de El Vico, cercano a Montemolín (CHAVES y BANDERA, 1989b), se repite parte de la evolución de Montemolín, con un posible hiato entre la Edad del Bronce y el período orientalizante, aunque los materiales del período mencionado en primer lugar no corresponden a un momento preferencioso.

En relación a la primera ocupación del yacimiento de Montemolín, los vasos cerámicos que se han publicado (CHAVES y BANDERA, 1989a: Fig. 2), con carenas medias redondeadas y cazuelas carenadas profundas sin decoración, no pueden ser adscritos a un Bronce Final precolonial del siglo IX a.C. (CHAVES y BANDERA, 1989a: 370), sino a una fase anterior, puesto que un paralelismo con

---

la ergología clásica de la Fase I del Cabezo de San Pedro y otros yacimientos del SW no resiste su comparación, al ser las formas muy diferentes de ellos (RUIZ MATA, 1979; 1995).

1.1.2.7. Mesa de Gandul. Situado en el término municipal de Alcalá del Río, en el límite sur de los Alcores, sobre un promontorio de aproximadamente 25 Has, se trata de un yacimiento arqueológico conocido de antiguo a través de las actividades realizadas allí por G. Bonsor (LEISNER, 1943: 197-210).

A comienzos de los ochenta, se localizaron elementos funerarios del Bronce en la necrópolis de Las Canteras (HURTADO y AMORES, 1984) y, posteriormente, se obtuvo una interesante sucesión estratigráfica para el período en estudio en el hábitat de La Mesa (PELLICER y HURTADO, 1987).

En la actuación realizada en la necrópolis se excavó una tumba tipo *tholos* con túmulo muy arrasado, donde se localizaron hasta cuatro sepulturas individuales de la Edad del Bronce, cuyos ajuares han sido paralelizados con los de las cistas de Huelva y Portugal pertenecientes al Bronce del Sudoeste definido por H. Schubart (1975). Estas sepulturas deberían ser sincrónicas con hallazgos de la Mesa de Setefilla (AUBET y otros, 1983) y con El Berrueco (ESCACENA y FRUTOS, 1982), estos últimos como hallazgos en poblado, así como con tumbas de diferentes yacimientos argáricos del SE (HURTADO y AMORES, 1984: 173). Por la tipología de los enterramientos, oquedades que en el caso de las tumbas 1 y 2 están cubiertas por losas, han sido puestas también en relación con precedentes de la provincia de Cádiz (RUIZ MATA, 1994b: 251). En cualquiera de los casos, estas tumbas parecen poder incluirse en un momento inicial del Bronce Pleno, o quizás relacionarse con elementos del Horizonte de Ferradeira.

En la excavación de La Mesa, el Corte B de la campaña de 1986 (PELLICER y HURTADO, 1987), excavado hasta los 4,5 m de profundidad en un cuadro de 2x2 m, proporcionó diez estratos que abarcaban cronoculturalmente desde el siglo I hasta un posible Calcolítico Final. Llama la atención

que, a pesar del interés de ambos investigadores en algunos de los períodos arqueológicos detectados, todavía no se haya publicado su estudio, si se exceptúa el informe preliminar del Anuario Arqueológico de Andalucía, única referencia posible para integrar la secuencia en el contexto de la Pre y Protohistoria del bajo Valle del Guadalquivir.

En el mencionado informe se describen diez capas principales, aunque es claro que existían muchas más formaciones sedimentarias bien diferenciadas, según aparecen en el perfil N publicado (PELLICER y HURTADO, 1987: Fig. 3), que deberán ser redefinidas en la correspondiente monografía.

Para el período que nos interesa, se comienza la revisión desde el estrato VI, que podría corresponder a la destrucción de una cabaña por un incendio, y del siguiente estrato VII, en que desaparece la cerámica a torno, correspondiendo el estrato VIII a niveles de ocupación del Bronce Final en el que también están presente cerámicas campaniformes y brazaletes de arquero, hecho que se justifica por la excavación desde este estrato de un silo que pudo alterar la estratigrafía inferior.

A partir de aquí, a juzgar por los únicos materiales mencionados, se inscribe la secuencia entre los finales del Calcolítico y del Bronce Final del bajo Guadalquivir, básicamente el conjunto de la ocupación de la Mesa durante el II Milenio a.C.

De la interpretación de la estratigrafía, resultan muy interesantes el estrato IX y el estrato X, definido el primero como capa de arcilla oscura y potente, en la que existen remociones causadas por zanjas y otros tipos de actividades antrópicas normales en los asentamientos de amplia ocupación, cuyos materiales se consideran asociados a un contexto Calcolítico; el segundo como un paquete arcilloso, algo más claro y compacto que el anterior, en el que se integran abundantes materiales que se han considerado del Calcolítico final.

Es admisible y lógica la mezcla de materiales calcolíticos en el estrato VIII, atribuido al Bronce Final, que pudieron ser extraídos desde el primer estrato depositado sobre el albero estéril por la excavación del silo realizada desde la superficie del Estrato VIII, pero no puede explicarse de la misma manera la presencia en el Estrato VII de los fragmentos 20 y 22 de la Figura 5, donde conviven con cerámicas de Bronce Final y de tipología fenicia, considerados del siglo VII. Tampoco queda clara la coexistencia de elementos de la Edad del Cobre y *...los pequeños cuencos ...finos y bruñidos ...del Bronce Pleno* (PELLICER y HURTADO, 1987: 339) en el Estrato IX.

Al tratarse de un estudio preliminar, la interpretación estratigráfica que se ha publicado debe considerarse con las debidas reservas, pero será necesario que los autores de la excavación confirmen que los fragmentos del Campaniforme inciso, los pequeños cuencos del Bronce Pleno, y las cerámicas bruñidas del Bronce Final se encuentran separadas estratigráficamente de forma neta, para confirmar la existencia en la Mesa de El Gandul de la sucesión crono-cultural paradigmática que en las últimas décadas ha sido establecida para el conjunto del SW peninsular. De otra manera, deberán estar dispuestos a admitir que, como *...los materiales determinantes del Calcolítico perviven en gran medida y son los porcentajes de formas y escasos elementos novedosos los que permiten identificar uno u otro período* (PELLICER y HURTADO, 1987: 340), será necesario estar abierto a otras posibilidades, para establecer la posición de las formas cerámicas calcolíticas en relación a las del Bronce Pleno, y también las de las primeras manifestaciones que definen el Bronce Final. Incluso a explicar la no existencia en El Gandul de elementos del "Horizonte Cogotas I", elemento que se hecha en falta si se acepta la reconstrucción de la Edad del Bronce al uso.

1.1.2.8. Coria del Río. Las evidencias se localizan en el Cerro de San Juan, que proceden de hallazgos fortuitos o de excavaciones no sistemáticas, y podrían indicar su ocupación ya en el III Milenio a.C. (ESCACENA, 1987).

Entre las cerámicas hay elementos relacionados con *...las cistas de Huelva y Portugal o a la civilización*

---

de El Argar... [y también] ...numerosos vestigios de los momentos tartésicos, tanto de su fase anterior a la colonización semita, lo que los prehistoriadores llaman <<Bronce Final>>, como de la etapa contemporánea a la presencia en la Península Ibérica de estos colonos orientales, conocida como <<Período Orientalizante>>. Cronológicamente esta época se desarrolla entre los años 1000 y 500 a.C., y tiene como bisagra que vertebraba las dos etapas antes aludidas el 750 más o menos (ESCACENA, 1987: 37). Correspondientes al Bronce Final, del mismo lugar se han descrito cazuelas bruñidas con carena y también pintadas del tipo "Carambolo" (ESCACENA, 1987: 38. Fig. 4). Otros materiales permiten considerar el origen de Coria ...quizá a lo largo del siglo IX o principios del VIII a.C. (BELEN, 1993: 36).

1.1.2.9. Lebrija. El asentamiento pre y protohistórico de la actual Lebrija es bastante conocido en la bibliografía histórico-arqueológica habiendo sido relacionado, a partir de la *Nabrissa* de Estrabón, con una de las ciudades prerromanas de esta zona del Guadalquivir. Desde la publicación por M. Almagro (1964) de los famosos *candelabros* tartésicos de oro, la primera excavación arqueológica que aparecerá en todas las citas fue llevada a cabo en 1977 por A. Tejera (1978), habiéndose realizado otros trabajos más, desde entonces, que ponen de manifiesto la importancia del lugar en el II Milenio a.C. (CARO, 1995).

En el Huerto Pimentel, se realizó un corte estratigráfico de 2x2 m que alcanzó una potencia de 4 m (TEJERA GASPAS, 1978; 1979; 1985). Este trabajo no se realizó en la zona más alta donde se encuentra el castillo, sino en un lugar más cercano a las antiguas marismas. Considerado en principio como un sondeo para comprobar la evolución en vertical del asentamiento de la antigua ciudad protohistórica, con posterioridad no pudieron ponerse en práctica, por motivos ajenos al autor, otras actuaciones de mayor envergadura (TEJERA, 1985).

La excavación del corte no debió plantear demasiados problemas, puesto que el perfil E quedaba abierto, siendo visibles siempre los diferentes estratos arqueológicos que conformaban la evolución

estratigráfica.

En dicha evolución se definieron hasta seis estratos; como no aparecieron estructuras bien definidas, parece que el área excavada ocupaba una zona marginal, muy cercana a edificaciones, algunos de cuyos elementos aparecieron desplazados hasta la zona ocupada por el corte, excepto en el estrato más profundo.

El primer estrato VI, con cerámicas de borde entrante, fue asimilado a un Bronce Medio con restos de construcciones ovas, fechado en la mitad del II Milenio a.C., estimándose que desde finales de dicho estrato la evolución ya se correspondería con un Bronce Final (TEJERA, 1978).

Según el autor, parece que no se produce ningún tipo de cortes en la evolución estratigráfica, aunque la zona arenosa estéril que separa los los estratos IV y V ha sido considerada un hiato para justificar discontinuidades de poblamiento en el conjunto del SW andalúz (BELEN y ESCACENA, 1995).

La presencia de formas carenadas bruñidas con perfiles muy verticales, así como bordes de posibles cazuelas bicónicas bruñidas, aparecen por primera vez en el Estrato IV y se generalizan en el Estrato III, lo que podrían indicar el inicio de una fase de Bronce Final Antiguo, mientras que si algunas de esta formas perduran en el siguiente Estrato II, la aparición de cerámicas a torno bastante tardías del orientalizante, indicaría que faltan las formas típicas de la fase fundacional y las locales previas, abarcando un período bastante amplio.

En la Calle Alcazaba, a partir de la localización de materiales arqueológicos en la zona denominada El Cabezo, se practicó un corte estratigráfico de 4x4 m, que alcanzaría una potencia máxima de 7 m. La excavación fue realizada por el método arbitrario de levantar un total de 37 capas (¿horizontales?) desde la superficie hasta la tierra virgen, a partir de las cuales y en función de los materiales arqueológicos que contenían, se delimitaron los estratos de ocupación del I al XII (CARO, ACOSTA

y ESCACENA, 1987: 169).

El Estrato I, que se asienta sobre la tierra virgen, se interpreta que está formado por las capas 37 a 32. Este estrato se considera *...sensiblemente uniforme...* [estando formado por una] *...tierra negra muy fina y suelta con mucha materia orgánica e inclusiones de sílex local* (CARO, ACOSTA y ESCACENA, 1987: 172). Estas seis capas que lo conforman, a juzgar por la descripción que de ellas hacen los autores, presentan las mismas características físicas, aunque la distinción cronológica y cultural realizada se hace en base a los elementos arqueológicos, que han de determinar la evolución en el mismo nivel desde un momento posiblemente Epipaleolítico pre-cerámico hasta la Edad del Cobre, definido este último período arqueológico en la capa 32 como *...material calcolítico, campaniforme, que resulta insignificante comparado con el resto* (CARO, ACOSTA y ESCACENA, 1987: 173), es decir un Calcolítico final por la inclusión de elementos campaniformes.

El estrato II siguiente, *...una capa de arena amarillenta, estéril desde el punto de vista arqueológico... que se formó por medios físicos, naturales, sin intervención del hombre, quizás por arrastre eólico* (CARO, ACOSTA y ESCACENA, 1987: 173), ha sido interpretada como *...un hiatus de habitación que debe corresponder al Bronce Antiguo* (CARO, 1989: 103).

El siguiente estrato III, formado por las capas 30 y 29, es homogéneo y rico en cerámica del Bronce medio, con *...cerámicas bruñidas que se generalizarán más tarde, ya en el Bronce Final, oscuras, brillantes, negras o casi negras, algunas decoradas con técnica de boquique; [donde] ...son característicos los cuencos de borde entrante y las llamadas botellas* (CARO, ACOSTA y ESCACENA, 1987: 173).

El estrato IV, más reciente, representado por la capa 28, se considera menos homogéneo que los anteriores, quizás porque presenta manchas negras de hogares que indican ser un nivel de ocupación, contiene escasa cerámica a mano bruñida del Bronce final y parece marcar, para los autores, *...un*

---

*hiatus entre el Bronce medio y el Bronce final* (CARO, ACOSTA y ESCACENA, 1987: 173).

A partir del estrato V, la presencia de elementos a torno significa un momento ya del período orientalizante pero, en relación a la sucesión estratigráfica y la estructura aparente de los estratos, la separación entre el IV y el V indica un proceso de deposición neta negativa que da paso a deposición neta positiva de un momento posterior, ya de época de Bronce Final-Orientalizante.

Para valorar la importancia de esta estratigrafía realizada en Lebrija, para la fase del Bronce Final preferencia, es necesario tener en cuenta una serie de premisas que han podido influir tanto en la obtención de los materiales como en la posterior interpretación que de éstos realizan los autores; también si se intenta cualquier otra interpretación alternativa.

En primer lugar, el hecho de haber realizado la excavación en El Cabezo por el método de extraer, arbitrariamente, hasta 32 capas horizontales, ha podido influir en la contaminación de materiales pertenecientes a formaciones antrópicas que pueden ser diferentes tanto en el espacio como en el tiempo, según fue puesto de manifiesto por Harris (1991), y así ha sido comprobado en otras áreas del SW peninsular (GOMEZ, 1995). Es obvio, que si las formaciones sedimentarias presentan una mínima inclinación motivada por haber sido generadas y/o depositadas en una superficie inclinada, en las zonas de contacto entre una y otra se registrarán materiales pertenecientes a ambas, y también que las capas arbitrarias harán imposible distinguir la existencia de interfaces en la deposición.

En segundo lugar, resulta extraño no haber podido delimitar algún tipo de separación entre las formaciones sedimentarias de los diferentes complejos arqueológicos, en especial en el estrato I, donde la horquilla cronológica que abarca representa demasiado tiempo para que no exista algún indicador de cambio sedimentario en su génesis. En relación a esta caracterización final del Estrato I, se ha de tener en cuenta que, en la figura 8, el fragmento 7 presenta una decoración característica campaniforme, pero el número 8 más bien podría corresponder al perfil típico de un cuenco del

### Bronce pleno.

También es complejo admitir la formación del estrato II en base a un *arrastré eólico*, que indicaría su movilización y deposición en momentos en que la zona permaneció desocupada, tanto por la altura de cota en que se halló como por la potencia alcanzada, aunque la denominada duna situada al pie de la marisma se encuentre relativamente cerca. También sería posible que la abundancia de arena fuese debida a un proceso pedológico, determinado por el arrastre en disolución de los finos que hubiese aumentado la proporción de las arenas en relación a las de arcilla, aunque ello significase un amplio espacio temporal en su formación. En cualquier caso, sería necesario comprobar este hecho en otras zonas del cabezo donde se asienta este hábitat, ya que el predominio de arenas en los Estratos VI y V, justifica que la superficie del último fuese tan arenosa.

No obstante, para el pretendido hiato sedimentario entre los estratos I y III, que representa, para los autores, una crisis poblacional durante el Bronce Antiguo (CARO, 1989: 103), no debe olvidarse que de existir ciertamente este hiato en el corte, otros hallazgos de los alrededores de Lebrija, como los elementos metálicos del Cortijo de la Yunquera (CARO, 1989: 106. Fig. 9) y los del Cerro de San Benito y La Sepultura (CARO, 1989: 107; 1991), indicarían todo lo contrario (RUIZ MATA, 1994b: 257), puesto que la mayoría de ellos son de tipología de la fase más antigua del Bronce.

El conjunto de materiales del estrato III, con cerámicas típicas del Bronce pleno (CARO, ACOSTA y ESCACENA, 1987: Fig. 9, 17-19), pero también del horizonte de Cogotas I (CARO y otros, 1987: Fig. 9, 13 y 15), no representaría un hiato entre el Bronce pleno y el Bronce final, sino sólo desde el Bronce tardío si es que existe dicho hiato. De la misma forma se comprueba que el posible hiato en Huerto Pimentel también sería en una fase previa al Bronce Final prefenicio.

No obstante, la continuidad material entre el Bronce pleno y el Bronce final no parece pueda discutirse ya, excepto por unos pocos autores que se basan, entre otras, en las pretendidas

discontinuidades de Lebrija (BELEN y ESCACENA, 1991; ESCACENA, 1995), según se ha podido documentar en Montoro (MARTIN DE LA CRUZ, 1988a) o en Setefilla (AUBET y otros, 1983), donde existe continuidad entre el Bronce pleno/tardío y el Bronce final, hecho que parece reconocer Caro pues, *...numerosos fragmentos del estrato III de Lebrija, aún no fechado por radiocarbono, con boquique propiamente dicho (fig. 12), de gran calidad, ejecutado sobre una superficie negra bruñida, que prueban que Setefilla no es una excepción, no es un caso aislado* (CARO, 1989: 119).

Según se muestra en esta estratigrafía de Lebrija (CARO, ACOSTA y ESCACENA, 1987: Fig. 4-5), la estructura del siguiente estrato IV indica que se trata de una formación que ha sido decapitada o en la que la sedimentación se interrumpe por cualquier causa antrópica -la sedimentación neta resultante de su génesis es negativa- hecho que no implica, necesariamente, un hiatus poblacional, sino quizás todo lo contrario.

En general, en cuanto a la estructura sedimentaria del conjunto de estratos, con las debidas reservas al estar basado este juicio en el dibujo publicado, al menos su disposición en el perfil, indica que todos se formaron en un medio con cierta pendiente hacia el E, por lo que la interrupción en la deposición considerada un hiato o interfase entre el Bronce medio y el Bronce final de los estratos IV y V, podría deberse a que cualquier construcción situada hacia el W, pendiente arriba, que pudo haber servido de obstáculo e impedido la movilización de los sedimentos que discurrían previamente hacia el E y que éstos se depositaron en el lugar donde se practicó la excavación. En todo caso, los *nivelillos* de cenizas indicarían la existencia prolongada en el sitio, o en sus cercanías, de hogares y, por ello, de formar parte del área perimetral de un fondo de cabaña o que éste pudo estar situado en alguna zona de la periferia, correspondiendo, por ello, a un lugar ocupado.

En la misma línea interpretativa que para el hiato Bronce antiguo-Bronce pleno, habría que considerarse la pretendida interrupción del poblamiento entre el Bronce pleno y el final, explicado incluso como *...abandono del hábitat* (ESCACENA, 1995: 187), a la vista de la cronología propuesta

---

para el túmulo de El Alamillo (CARO, 1989: 118). Además, el hecho de que no se hayan presentado en la publicación los materiales del estrato IV impide conocer en qué momento del Bronce final -en todo caso preferencio- se produce el paso de este estrato IV al V siguiente, que debe corresponder ya a una fase que puede ser paralela a la fundacional o a la orientalizante, como fue advertido por otros autores (GUTIERREZ y otros, 1993a-b: 31), que por ello no invalidaría la existencia de una fase de Bronce final, como parece deducirse (BELEN y ESCACENA, 1991; ESCACENA, 1995: 187).

De las excavaciones practicadas en Lebrija, lo que sí puede interpretarse con garantías, al menos las evidencias son concluyentes, es que durante todo el II Milenio a.C. existen indicios de ocupación, estando presentes cerámicas campaniformes del Calcolítico final, del Bronce pleno, del Bronce tardío, y del Bronce final preferencio. Sin embargo, el método estratigráfico utilizado impide establecer la posición relativa, en el espacio-tiempo, de cada una de estas manifestaciones de la cultura material de las poblaciones que ocuparon este enclave situado sobre las marismas del Guadalquivir, toda vez que algún elemento de la Edad del Cobre, del campaniforme y de las cerámicas típicas del Bronce pleno y tardío parecen convivir en algunos momentos, al menos están presentes en los mismos estratos, y no se sabe si circunstancialmente. Este hecho quizás quedó resumido en el plato allí localizado (CARO, 1989: Fig. 8), con perfil típico del Calcolítico final, decorado con temas campaniformes, pero también del fenómeno Cogotas I.

### 2.1.3. Provincia de Cádiz.

Los yacimientos localizados en la provincia de Cádiz, en especial para los momentos previos a la presencia fenicia, representan un importante banco de datos donde establecer con mayores garantías tanto la base poblacional previa existente, como los procesos de cambio que dieron lugar al establecimiento de la sociedad fenicio-occidental, precisamente en la bahía gaditana.

Las recientes investigaciones realizadas en los ámbitos de la marisma del Guadalquivir y bahía de Cádiz permitirán, sin duda en pocos años, un nuevo planteamiento que explique el porqué de la

elección de esta zona para la fundación de Gadir, en especial por el inmenso peso del sustrato local previo a la fundación, que indica una densidad de poblamiento escasamente igualable en otras áreas del SW.

2.1.3.1. Mesas de Asta. Las excavaciones realizadas por Esteve a partir de 1942, aunque con un método ahora criticable, pusieron de manifiesto la gran importancia estratigráfica y ocupacional de los niveles protohistóricos del asentamiento, que en su mayoría se encuentra todavía disponible para su futura investigación (ESTEVE, 1941; 1945; 1950; 1969). Entre las cerámicas publicadas entonces, destaca la presencia de algunos vasos bicónicos bruñidos y cazuelas carenadas con decoración de motivos bruñidos y pintados, así como la ausencia de elementos fenicios antiguos (GONZALEZ, BARRIONUEVO y AGUILAR, 1995: 217).

En cuanto a la necrópolis, a pesar que no se haya excavado ninguna de sus tumbas, para el propósito general de este trabajo resultan muy interesantes las recientes prospecciones realizadas (GONZALEZ, BARRIONUEVO y AGUILAR, 1995). Dada la lógica dificultad de analizar los períodos antiguos mediante la recogida de materiales superficiales, puesto que pueden estar cubiertos por tumbas más recientes, los autores consideran el inicio de la necrópolis en el II Milenio a.C., según puede desprenderse de la existencia de materiales de tipología calcolítica, que incluye para sus momentos más recientes algunos elementos campaniformes. La continuidad de la ocupación está atestiguada por *...cuencos hemisféricos de forma achatada y superficies cuidadas, asignables al Bronce Medio* (GONZALEZ, BARRIONUEVO y AGUILAR, 1995: 218).

Durante la primera mitad del I Milenio a.C., aparece un importante número de tumbas concentradas en las elevaciones más meridionales de la necrópolis. Entre éstas, no parece probada la existencia de estructuras tumulares típicas que, según otros hábitats, se inician en el Bronce Final (AUBET, 1975; RUIZ MATA y PEREZ, 1989; RUIZ DELGADO, 1989b), sino que se trata, en general y por el hecho de no haber sido excavadas, de fosas de incineración de diferentes tamaños y tipologías. No obstante,

los materiales recuperados llevan a los autores a fechar prudentemente el inicio de este período en el siglo IX a.C., claramente representado por cazuelas bruñidas carenadas profundas, vasos bicónicos bruñidos y con decoración geométrica pintada, o soportes que, en realidad, parecen corresponder a un momento previo al Bronce Final clásico que puede ser fechado también con anterioridad al siglo IX a.C.

La presencia fenicia en el área de la bahía de Cádiz también está representada en los ajuares funerarios, en especial formas que podrían ser sincrónicas con la fundación de la ciudad fenicia del Castillo de Doña Blanca, o ligeramente anteriores, al existir otras similares en contextos locales de la Fase I, como en Campillo (RUIZ MATA, 1994c; LOPEZ y otros, 1995), o en Peñalosa (FERNANDEZ, GARCIA SANZ y RUFETE, 1992), con lo que las evidencias de la necrópolis repara el posible hiato que se había detectado en las excavaciones antiguas, según se vió más arriba.

2.1.3.2. Cádiz. El pretendido lugar de la fundación de la primera colonia fenicia en el occidente es conocido arqueológicamente desde muy antiguo. En las últimas décadas, el volumen de excavaciones de urgencia realizadas en el casco urbano actual es muy abundante, aunque parece que tal esfuerzo no está en relación con el conocimiento que ahora se tiene de la ciudad antigua, ya que la mayor parte de los cortes no se han publicado en extensión, o se encuentran en estudio. Por referencias de estas excavaciones se conoce la existencia de niveles del Cobre y del Bronce, aunque faltan hasta ahora niveles de ocupación que confirmen una fundación fenicia arcaica, que no sean ya del período orientalizante y fechables como límite en el siglo VII a.C. (RUIZ MATA, 1994c), ya que algunas piezas aisladas tampoco pueden ser un referente adecuado (RUIZ MATA, 1993a).

Como ejemplo de una de estas actuaciones que alcanzaron niveles antiguos, se describe la estratigrafía realizada en la calle Dr. Marañón, en la que se alcanzó una potencia de 4,19 metros. Bajo un nivel de necrópolis de los siglos V/III a.C., aparece la zona de contacto entre un nivel correspondiente a la Edad del Bronce (PERDIGONES y RAMOS, 1987: 57) e intrusiones de arena dunar, que podría

indicar un cierto espacio temporal en el que la zona pudo estar desocupada.

Bajo este nivel de ocupación del Bronce Final, el nivel 7, de 60 centímetros de espesor, corresponde a arena estéril de color blanco, que podría tratarse de otra fase en la que la zona no fue ocupada.

El último nivel 8, de arena rojiza con materiales cerámicos, de encontrarse sobre la base calcárea del sustrato de la isla, podría tratarse de un suelo fuertemente edafizado, ocupado durante el II Milenio a.C., que no parece pueda adscribirse únicamente a la Edad del Cobre (PERDIGONES y MUÑOZ, 1987: 57), ya que algunos de los fragmentos deben incluirse ya en la segunda mitad de dicho milenio, en especial los números 225, 226, 230, y 232, que encuentra paralelos muy cercanos en el Cerro del Berrueco de Medina Sidonia (ESCACENA y FRUTOS, 1986).

2.1.3.3. Torre de Doña Blanca (El Puerto de Santa María). El asentamiento del período protohistórico excavado desde 1979 en el Castillo de Doña Blanca, aunque a partir de las primeras evidencias obtenidas se interpretaba como la materialización urbana de una población indígena fuertemente orientalizada, se trata, quizás, de la primera y más occidental fundación fenicia de la Península Ibérica (RUIZ MATA, 1994c: 294; RUIZ MATA y PEREZ, 1995), identificable tal vez con la Gadir arcaica.

La realidad de esta ciudad de tipo oriental, fundada en la proximidad de un área intensa y extensamente poblada en el momento de su fundación, indica que la interacción fenicio-indígenas en la bahía de Cádiz se efectuó mediante pactos y relaciones amistosas, que durarían hasta el momento de su abandono cuando su situación como puerto se había degradado de tal manera que limitaba su principal función (RUIZ MATA, 1994a; BORJA y DIAZ, 1994a).

La presencia de elementos locales junto a importaciones fenicias y otros elementos a torno, sin duda fabricados ya en el lugar (RUIZ MATA, 1986a-c; 1988; 1992a-b; 1993a-b; 1994b-c), confirman que no es gratuita la fase fenicia de Huelva (RUIZ MATA, 1979), y que ésta podría hacerse extensiva a

gran parte del SW, puesto que dentro de la cerca defensiva de la ciudad los materiales locales pertenecen o pueden relacionarse con las fases denominadas I/II y II de San Bartolomé de Almonte (RUIZ MATA, 1981) o de Huelva (RUIZ MATA, BLAZQUEZ y MARTIN DE LA CRUZ, 1981).

Ello no implicaría que la presencia fenicia en la zona se produjera justo en el momento de fundación, sino que existen otros elementos anteriores, que el autor denomina *exóticos* (RUIZ MATA, 1994c: 298), en asentamientos del Bronce Final -Fase I- localizados en áreas inmediaciones del asentamiento, como en Campillo (RUIZ MATA, 1992a; 1994c), o en la Sierra de San Cristóbal (RUIZ MATA, 1994c), que fecharían esos primeros contactos *...entre finales del siglo IX y el 775-770 a.C.* (RUIZ MATA, 1994c: 300), a pesar que para el primero de ellos las importaciones fenicias hayan sido deliberadamente datadas en un momento previo sin base crítica aceptable (LOPEZ y otros, 1995).

Los comienzos de la interacción fenicios-indígenas aparecen debidamente registrados en la Necrópolis de las Cumbres (RUIZ MATA y PEREZ, 1989), que quizás correspondiese en sus inicios al poblado prefenicio local situado en la atalaya natural del Cerro de San Cristóbal, continuando su uso por las mismas gentes asentadas ya en la fundación fenicia del Castillo de Doña Blanca.

2.1.3.4. Sierra de San Cristóbal (El Puerto de Santa María). Para documentar un poblado de época turdetana de los siglos IV/III, se realizaron excavaciones en la pequeña zona amesetada que define la cumbre de la sierra *... en cuyos estratos de base se han localizado materiales del Bronce final, de los siglos X/IX, y varios fragmentos de Cogotas, que sugieren su supervivencia hasta estas fechas tardías* (RUIZ MATA, 1994c: 292), aunque es posible que indiquen una fecha anterior paralelizable con los estratos sincrónicos de Sctefilla y Llanete de los Moros. Se trata de una única fase de ocupación (RUIZ MATA, 1992d: 492) que terminaría con la fundación fenicia del Castillo de Doña Blanca.

2.1.3.5. El Hipogeo 1 de Las Cumbres (Castillo de Doña Blanca). Aunque no se trate de un yacimiento de Bronce Final, su relación geográfica con la futura ciudad fenicia del Castillo de Doña Blanca puede

ser interesante en cuanto a las posibilidades de perduración poblacional en la zona, al menos desde el milenio anterior. Esta excavación, en cuyos trabajos de campo colaboramos siendo responsable directo de otros técnicos y obreros, se pudo documentar un interesante conjunto de materiales funerarios del II Milenio a.C., entre los que se incluyen *...un fragmento de cuenco de borde aplanado con decoración campaniforme puntillada y otro cordado, junto a una cazuela con decoración de retícula bruñida interior... cuencos semiesféricos... vasos cerrados de cuellos estrangulados y botellas, cuencos ... En suma, tipos que difieren en ciertos aspectos de los más antiguos del Cobre y que se han considerado como novedad en momentos más recientes datados en el Bronce...* (RUIZ MATA, 1994b: 262).

Los objetos metálicos correspondientes al ajuar de una veintena de inhumados han sido analizados por Rovira y Montero, que los estiman típicos del Bronce Pleno y, por ello, de fines de la primera mitad del II Milenio a.C., fecha que no es aceptada por asimilarla a la de los complejos campaniformes de las campiñas gaditanas, que deberán ser incluidos a finales del II Milenio a.C. por su correspondencia con el Complejo Carmona (LOPEZ y otros, 1994: 36). Por su parte, el autor de la excavación estima que el conjunto debe situarse *...en una fase de transición Cobre/Bronce o en los comienzos del Bronce* (RUIZ MATA, 1994b: 261).

Sin embargo, este monumento funerario junto con otros similares existentes en la zona, podrán servir para recomponer una parte de la historia de esta zona de la bahía gaditana en un momento interesante del II Milenio, según parece desprenderse del hecho de que se pueda confirmar la existencia de materiales considerados antiguos dentro de la Edad del Bronce junto con los epigonales del Calcolítico anterior.

2.1.3.6. Monte Berrucco (Medina Sidonia). Conocido a partir de la publicación de hallazgos de superficie (ESCACENA y FRUTOS, 1982), en el año 1982 se realizó una campaña de excavación, eligiendo para ello el Sector N del yacimiento, con el intento de obtener la documentación pertinente de los estratos más antiguos. Se trazaron dos cortes (A-B) de 2x1'5 m y de 3x2 m respectivamente, en

un lugar donde existía una secuencia estratigráfica de 2'5 m de potencia, puesta a la vista por trabajos previos en la explotación del yacimiento como cantera (ESCACENA y FRUTOS, 1985).

No es en la interpretación de la estratigrafía de Monte Berrueco, sino en el estudio tipológico de sus cerámicas donde reside su mayor problemática, puesto que por el hecho de que con anterioridad los estratos de ambos cortes eran ya visibles, el método de excavar desde el talud permitió una clara lectura de la estratigrafía.

En primer lugar, observando la tipología general mostrada (ESCACENA y FRUTOS, 1985: Fig. 36), las cuatro formas principales, situadas a la derecha de dicha figura, indican una cierta continuidad a lo largo de todas las fases, siendo las formas situadas a la izquierda las novedades que implicarían que se han producido algunos cambios significativos, relacionados con aportaciones del conjunto del territorio en momentos diferentes.

En segundo lugar, las dataciones radiométricas pueden ajustar la cronología entre el s. XVII de la base del estrato II y el siglo XIV de la parte superior del estrato III. La primera, significa un término *post quem* para la fase de transición Calcolítico-Bronce representada por el Estrato I. La segunda, por contra, un término *ante quem* para la presencia de posibles elementos a torno importados en momentos anteriores a los de Montoro, dando especial relevancia a que en Monte Berrueco no hayan aparecido cerámicas del Horizonte Cogotas.

De ello surge la presencia en el lugar de una importante fase de Bronce Pleno, diferenciada quizás de la correspondiente a las cistas de la zona del bajo Guadiana por los enterramientos en fosas simples y la escasez de ajuar.

Los materiales de los estratos IV y V, que representarían según los autores una fase del Bronce Final precolonial, parece que debe ser continuación del período anterior y, por ello, mantenerse en el Bronce

pleno, sin que estén todavía presentes las formas de Cogotas I que definirían un Bronce tardío. Como era lógico, en esta fase no se podían encontrar paralelos en otros yacimientos del Bronce Final precolonial del Bajo Guadalquivir para los cuencos de carena alta (ESCACENA y FRUTOS, 1985: Fig. 25, 164), que eran la continuación de otros aparecidos en la fase anterior (ESCACENA y FRUTOS, 1985: Fig. 17-24, 109, 110, 114, 139, 140), aunque sí para los vasos bicónicos que van a desarrollarse en una fase antigua del Bronce Final preferencio que se documenta en la Colina de los Quemados, Montemolín, o Setefilla, e incluso en la siguiente fase del Monte Berrueco (ESCACENA y FRUTOS, 1985: Fig. 32, 239).

La siguiente fase, según los autores ya del Bronce Final colonial, evidenciada en los estratos VI y VII, tampoco debe encontrarse demasiado alejada en el tiempo de las anteriores. Aunque se especifica que se cuenta con *...una total ausencia de cerámicas a torno* (ESCACENA y FRUTOS, 1985: 40), de hecho, los fragmentos oxidados de la fig. 33, números 265-266, pueden paralelizarse a otros muy semejantes -a torno- localizados en el Llanete de los Moros, Cuesta del Negro, o Carmona (MARTIN DE LA CRUZ, 1992a), que responderían a cerámicas quizás importadas que aparecen en contextos de los siglos XIII-XII. En cuanto al primero de los fragmentos citados, el número 265, los autores comentan que podría tratarse de *...una imitación a mano de formas realizadas a torno. Su pequeñez y su estado de erosión nos ha impedido realmente saber si estamos o no ante una cerámica a torno* (ESCACENA y FRUTOS, 1985: 46).

El hecho de confundir esta forma cerámica con las urnas típicas del período orientalizante, que en su día fueron interpretados razonablemente (PELLICER, 1968) como copias a mano de los vasos *à chardon* fenicios a torno de algunas zonas del Mediterráneo central del siglo VII a.C. (CULICAN, 1982), es lo que llevó a los autores a establecer la última fase de Monte Berrueco en una fase ya fundacional, a pesar de la inexistencia de las formas típicas del Bronce Final, que invalidaban esa alternativa.

2.1.3.7. Campín Bajo (El Puerto de Santa María). Este yacimiento, que hasta la fecha no ha sido excavado (RUIZ MATA, 1994c; GUTIERREZ y otros, 1993a-b), se estima como un asentamiento de campiña, habiéndose localizado materiales cerámicos sobre la superficie de la ladera de una pequeña loma, que fueron asociados a una estructura circular identificada en fotografías aéreas e interpretada como un recinto fortificado (GUTIERREZ y otros, 1993a-b), aunque es posible que dichos materiales no se encuentre en posición primaria, dada la pendiente de la loma.

En base al estudio del conjunto de las cerámicas recogidas, el asentamiento debería corresponder a una etapa de ocupación entre el Calcolítico final campaniforme y época turdetana. Su importancia, según los autores de la publicación más reciente, viene dada porque en este asentamiento se podría confirmar la continuidad entre el Bronce Tardío y el Bronce Final (GUTIERREZ y otros, 1993: 23), siendo de gran interés la presencia de elementos de la fase Cogotas I conocidas en el Llanete de los Moros durante los siglos XIII-XII (RUIZ MATA, 1994c: 292; GUTIERREZ y otros, 1993a-b).

2.1.3.8. Campillo (El Puerto de Santa María). Este asentamiento ha sido puesto recientemente de ejemplo para demostrar la *precolonización* fenicia, al menos en la bahía de Cádiz, antes del 800 a.C. (RUIZ MATA, 1994c; LOPEZ y otros, 1995: 32), pero las bases empíricas en que fundamenta el estudio, la opinión de especialistas chipriotas, no pueden convencer, puesto que aunque algunos fragmentos pudieran haber sido importados desde la isla, las bandas bicromas en rojo y negro pudieron perdurar mucho más que hasta la cronología que se les ha atribuido en Campillo.

2.1.3.9. Marisma del Cuervo. En las prospecciones realizadas en 1990 en esta zona del término municipal de Jerez de la Frontera, se obtuvieron evidencias de ocupación continuada en asentamientos muy cercanos. A pesar de tratarse de recogida de materiales superficiales, en los asentamientos de Haza de la Torre 1, Cuervo Grande 1A y Cuervo Chico 3, se documentan cerámicas campaniformes y la continuidad hasta el Bronce Final que representa la presencia de formas cerámicas del Horizonte de Cogotas I, que coexistirán en el mismo lugar con las típicas bruñidas bicónicas, pintadas tipo

Guadalquivir y otros tipos de decoraciones incisas y bruñidas (RAMOS y GONZALEZ, 1992: 71).

2.1.4. Provincia de Córdoba. A pesar de que las campiñas cordobesas estén tal vez demasiado lejos de la zona nuclear del SW, la continuidad del río y su transición con el reborde de Sierra Morena, han podido contribuir a que en la cuenca media se mantengan claros paralelismos con el bajo Guadalquivir y la actual provincia de Huelva (MARTIN DE LA CRUZ, 1989). Las evidencias formales de las cerámicas y su evolución diacrónica justifican tal aseveración, y de ello es evidente el paralelismo entre Montoro y Setefilla, aunque también exista la posibilidad de contactos e influencias con la cuenca alta del Guadalquivir y el SE, que dotan a los asentamientos de interesantes posibilidades donde poder contrastar la incidencia de ambas zonas en el tiempo.

2.1.4.1. Montoro. El asentamiento pre y protohistórico de Montoro se localiza sobre dos cerros situados delante del actual centro urbano, discurriendo entre ellos la entrada natural a una amplia zona, más llana, que queda protegida por la hoz del Guadalquivir, desde donde se domina uno de sus vados.

Desde 1980 en el Llanete de los Moros se han realizado varias campañas de excavación, que han puesto de relieve su ocupación desde la Edad del Cobre hasta la actualidad, donde se trataba de contrastar la transición de las constantes socioeconómicas que definen el final de la Edad del Cobre a los procesos de jerarquización que, con posterioridad, conformarán la sociedad del Bronce (MARTIN DE LA CRUZ, 1992b).

Como objetivo preferente, al iniciar la investigación del sitio, se planteaba contar con estratigrafías-tipo donde enmarcar la evolución del proceso de la ocupación de la zona, por lo que a esta labor se dedicaron las primeras campañas (MARTIN DE LA CRUZ, 1988a), habiéndose realizado nueve cortes hasta 1986 (MARTIN DE LA CRUZ y MONTES ZUGADI, 1986: 491).

El Corte R-1, localizado cerca del desnivel de una de las laderas del cerro, alcanzó los 4,50 m de profundidad. En superficie, el corte fue ampliado hasta unas dimensiones de 10x4 metros, en el que se definieron hasta once estratos, de los cuales nos interesan los cuatro primeros.

El Estrato I contiene las primeras evidencias de la ocupación de este sector del sitio, constiuyendo un relleno de sedimentos que colmata cubetas naturales y estructuras excavadas, una de las últimas para su uso como tumba doble de inhumación con escaso ajuar.

El Estrato II, se interpreta como una nivelación del terreno, sobre la que se apoya el siguiente Estrato III, en la que una muestra analizada ha aportado una fecha absoluta del 980 a.C. (MARTIN DE LA CRUZ, 1988a: 174). Este último subestrato II, en el que aparecen quizás las primeras evidencias constructivas del corte, muy mal conservadas, se apoya sobre las remociones de los estratos anteriores y sobre las margas del nivel estéril previo.

El estrato III, que se ha subdividido en IIIA, corresponde al relleno de 0,40 y 0,50 m de sedimentos antrópicos, y en él se detectan intrusiones hasta los estratos inferiores. La siguiente fase IIIB, con algo más de espesor que la previa, está formada por tierras verdosas, arcilla quemada, carbón y otros restos de origen antrópico, y ha sido fechada por análisis de  $C_{14}$  en 1030 a.C. (MARTIN DE LA CRUZ y MONTES ZUGADI, 1986: 491; MARTIN DE LA CRUZ, 1988a: 175).

El siguiente estrato (IV), subdividido también en A y B, resultó también muy dañado por construcciones posteriores, con lo que no pudo ser documentado en todo el corte. No obstante, la etapa más antigua está bien atestiguada bajo la capa de cenizas y carbones del Estrato V que la sellaba en el perfil E, y en otros sectores del corte. La más moderna (IVB), tampoco ha podido definirse con seguridad, al presentarse muy fragmentaria y con inclusiones debidas a las remociones realizadas en la anterior que alcanzaron la tierra virgen, siendo también cortada y destruida en la formación del Estrato V.

Hasta este estrato IV, la sucesión estratigráfica que muestra el Corte R-1, presenta no pocas dificultades de interpretación, debido a que la mayor parte de los estratos aparecen muy torturados por distintas remociones. Este hecho, no obstante, podría ser la causa de que, en el contexto de cada uno de los estratos y sus subdivisiones, aparezcan piezas que desde un punto de vista tipológico y cronológico presenten ciertas dudas. Ello no implica problemas relacionados con el método que se ha utilizado en el vaciado de los sedimentos arqueológicos, sino que, por contra, es un hecho que debe ser asumido al interpretar las relaciones contextuales del hecho estratigráfico.

A pesar de las dificultades encontradas, los problemas han sido reconocidos y aceptados a la hora de interpretar los resultados, pues se ha comentado que *...si aplicamos estrictamente... comparaciones estratigráficas, nos llevaría a fechar nuestros estratos II, III A, B y IV A en el Bronce Tardío; que no sería posible por la presencia de formas propias de Bronce Final* (MARTIN DE LA CRUZ, 1988a: 206).

La evolución cronoestratigráfica, teniendo en cuenta los problemas reconocidos por el autor, podría integrar una fase final del Bronce Pleno, paralela a la de Setefilla, que tiene su continuidad en el Estrato II, y que al mismo tiempo presenta novedades que serán mucho más perceptibles en el siguiente estrato III, donde aparecen formas cerámicas típicas que definirán el Bronce Final preferencialmente en otras áreas más meridionales. No obstante, como en general hasta ahora no se conoce bien el Bronce Pleno en el conjunto del SW, *...para la Cuenca media y baja del Guadalquivir estamos aún muy lejos de conocer la personalidad material de su Bronce Pleno... [pero los asentamientos] ...se localizan sobre lugares estratégicos ... al modo de como lo hacen las comunidades de la Alta Andalucía y sudeste durante el Bronce Pleno* (MARTIN DE LA CRUZ, 1988a: 203), pero también en la zona N del Suroeste y Portugal.

Ello no es óbice para que, una vez sea comprobado en otros cortes, se pueda explicar la presencia en los estratos posteriores de elementos que se han relacionado con el horizonte de Cogotas I, así como

---

los a torno, en momentos en que ya parecen las formas que se consideran más tardías.

De todas maneras, la fecha de los estratos posteriores de la Edad del Bronce parecen estar en consonancia con la que se obtiene en otras áreas, según se estima al reconocer que *...nuestra secuencia estratigráfica permite una cronología relativa comprendida entre el 1100 a.C. y el 1000 a.C. para el estrato III A. Entre el 1000-900 a.C. sería la cronología del III B; y entre el 900-800/750 a.C. para el IV A* (MARTIN DE LA CRUZ, 1988a: 206).

La fecha del IV A podría ser ya del momento colonial, sobretodo si se observan algunos de los fragmentos a torno (Fig. 44, 550; Fig. 46, 588, 593, 596-7), dos cuencos de borde engrosado, uno oxidante y otro a fuego reductor, junto a los tres galbos pintados (Fig. 46, 593, 597 y 597), a menos que se trate de importaciones micénicas, que también podrían explicarse como elementos que fueron desplazados de niveles más antiguos por remociones posteriores, como el número 631 de la Fig. 47, y otros muchos.

El Corte R-6, en la ladera sur del cerro, de 4x4 m, fue realizado entre 1981 y 1982, alcanzándose una profundidad de 5,30 m con respecto al punto O m. Se han definido hasta XI estratos, pero no son relevantes para ser reconsiderados en este capítulo de revisión de la evolución de la Edad del Bronce atestiguada en Montoro, ya que no aparecen estratificados materiales de esa fase (MARTIN DE LA CRUZ, 1988a: 155ss).

Del Corte R-3 se han publicado sólo unos datos parciales (MARTIN DE LA CRUZ, 1988c) con motivo de contextualizar sus hallazgos micénicos, por lo que se deberá esperar a la presentación de la memoria de excavación definitiva. No obstante, la clara evolución estratigráfica que muestra uno de los perfiles publicados (MARTIN DE LA CRUZ, 1988c: Fig. 2), aventuran una gran importancia a dicha memoria, en cuanto a la posible resolución de una serie de problemas que hasta ahora sólo pueden vislumbrarse, en especial la posición en el corte y el contexto general de los fragmentos 66, 70 y 91

mostrados en la figura 4 de la publicación mencionada.

2.1.4.2. Vega de Santa Lucía. Este asentamiento se localiza en las cercanías de la actual Palma del Río, en el sustrato cuaternario de la tercera terraza del Guadalquivir, habiendo sido excavado como intervención de urgencia. El hecho de que no aparezcan elementos que no puedan adscribirse tipológicamente a otro período que a una fase preferencia del Bronce Final, le otorgan una gran importancia a la hora de reconocer la evolución local en este área de la provincia de Córdoba.

La estructura aparente del yacimiento se paraleliza con la de otros ejemplos conocidos, tales como algunos de la provincia de Huelva (CAMPOS y GOMEZ, 1995), que manifiestan un sistema de ocupación tradicional, mantenido a lo largo de los siglos por pequeñas comunidades de economía fundamentalmente agropecuaria, al elegir para sus poblados de cabañas las vegas y márgenes de los colectores que riegan las fértiles campiñas andaluzas, hecho bien conocido en la Edad del Cobre.

Tanto las estructuras puestas de manifiesto en los trabajos de canalización, que mostraron los restos arqueológicos y evidenciaron la necesidad de una actuación arqueológica de emergencia, como un buen número de otras detectadas en la prospección superficial de la zona inmediata, conforman un asentamiento de tipo nuclear, en el que se integran cerca de 30 *fondos*, que indican un grupo de cierta importancia, aunque sea difícil determinar cuantos de estos fondos correspondan a unidades de habitación.

Entre ellos, parece interesante destacar las evidencias documentadas en los "Fondos" 8, 10, 12 y 4 (MURILLO, 1994). El primero se ha interpretado como una estructura semisubterránea, con cuatro fases de ocupación, excavada en las margas infrayacentes a las gravas fluviales que constituyen la superficie de la vega. Esta estructura, con las superficies interiores resultantes cubiertas de arcilla gris en la primera fase y con compartimentaciones interiores, se completaría en una de las siguientes con muros de tapial, pudiendo ser la cubierta de elementos vegetales a un agua. Como elemento definidor

de su ocupación, en las dos últimas fases aparecieron sendos hogares, evidenciados por el endurecimiento de su superficie interior y la presencia de carbones y cenizas (MURILLO, 1994).

La excavación del Fondo 8, aunque realizada por el método arbitrario, ha dado la posibilidad de establecer cuatro fases en su ocupación, contando con tres fechas radiocarbónicas para su datación en la segunda mitad del siglo IX a.C. De los Fondos 10 y 12, con menor potencia estratigráfica que el anterior, únicamente se excavó una pequeña parte, aunque los datos obtenidos permitieron estimarlos como unidades de habitación sincrónicas con una de las fases de dicho fondo. El Fondo 4, por contra, correspondía a una estructura funeraria de planta ovalada excavada también en las margas, en la que aparecía un solo cuerpo inhumado.

De todo lo anterior, se infiere que el poblado localizado en las cercanías de Palma del Río representa un asentamiento temprano del Bronce Final, con escasa presencia de cerámicas con motivos bruñidos y nula de elementos a torno.

2.1.4.3. La Saetilla. Sobre una pequeña mesa situada al E de Palma del Río, en la orilla izquierda del río Genil cerca de uno de sus meandros, representa una elección importante por disponer de un amplio campo visual de uno de los vados del río, que pudo ser controlado por la población que se situaba en las alturas, un elemento de la estrategia territorial del período. Su excavación y estudio también fue realizado por la posibilidad de destrucción del registro arqueológico, que según los datos previos de superficie se extendían desde la Protohistoria hasta época imperial (MURILLO, 1990; MURILLO, 1994: 132).

Los trabajos de campo se encaminaron a la excavación de dos cuadrículas. En la primera, Cuadrícula D-4, con una extensión de 2,5x2,5 m, se definieron hasta un total de 40 unidades estratigráficas. En la segunda, Cuadrícula C-3, con menos potencia, sólo se definieron 18 unidades.

De acuerdo con los materiales obtenidos en ambos cortes, la primera fase de ocupación se inscribe en un período avanzado del Bronce Final Precolonial de la Cuenca Media del Guadalquivir (MURILLO, 1994: 152), en el que ya están presentes las decoraciones bruñidas, junto a las típicas a la almagra y las pintadas de las fases anteriores documentadas en Vega de Santa Lucía. En base a esta presencia, y al hecho que las formas de las copas B1 parecen tardías en función de las del Fondo 8 del citado yacimiento, ha permitido fechar el primer estrato de la Saetilla c. 800 a.C., y estimarlo como continuación del anterior yacimiento. Desde la Fase D de La Saetilla, la presencia de piezas a torno ha permitido fechar la evolución posterior desde finales del siglo VIII/VII a.C., que indicaría una fase tardía, en comparación con otras zonas más cercanas a la costa, para la presencia de elementos fenicios en este área del Guadalquivir. No obstante, es posible que en la estratigrafía exista una interfase fechable en el siglo VIII a.C. o en momentos anteriores, pues según puede desprenderse de la representación de la página 152 (Fig. 4.67) del Corte C-3, los estratos 11, 10 y 8 fueron cortados y rellenados con el número 7.

## 2. EVOLUCION LINEAL Y VACIOS POBLACIONALES.

Según se ha visto en el capítulo 3, en el que se analiza el desarrollo de la investigación de la Edad del Bronce en el SW, a lo largo de los últimos años una serie de estratigrafías realizadas en las provincias de Huelva, Sevilla, Cádiz y Córdoba han servido para establecer y confirmar la evolución pre y protohistórica de Andalucía occidental, que no deja de ser un calco de la oriental, a pesar de una suerte de matizaciones que no hacen sino confirmarlo.

En el fondo, este hecho surge de la falta de información que todavía existe, que lleva a generalizaciones elementales: de este modo se ha asumido que a lo largo de la segunda mitad del II Milenio a.C. existió un desarrollo homogéneo en todo el territorio andaluz.

A pesar de que ya ha sido superada la concepción globalizadora de un Bronce Pleno argárico que se extendía por todo el territorio meridional, no obstante, representado por una serie de cerámicas típicas de génesis meseteña, el Argar C, Bronce Tardío, o también Horizonte de Cogotas I, tiene que ser la fase que, igualmente en el SW, se superponga al Bronce (pleno) del Sudoeste (no argárico), y que de ésta se desarrolle el Bronce Final tartésico.

Esta concepción aparece claramente reflejada ya a mediados de la década de los ochenta (SERNA, ESCACENA y AUBET, 1984), cuando se define el Bronce Antiguo y Pleno en el Bajo Guadalquivir utilizando las evidencias de Setefilla y El Berrueco (AUBET y otros. 1983; ESCACENA y FRUTOS, 1985; 1986). Con los resultados obtenidos en estas estratigrafías se cambian los planteamientos anteriores para el bajo Guadalquivir, en los que *...su Bronce Antiguo y Pleno, correspondería al desarrollo de un complejo campaniforme tardío -La Cultura de Carmona- que perduraba hasta finales del segundo milenio bc... [y] ...su Bronce Final -La Cultura Tartésica- se consideró como un fenómeno cultural cuyas raíces había que buscar en contextos autóctonos ...si bien matizados por influencias culturales procedentes del Mediterráneo oriental* (SERNA, ESCACENA y AUBET, 1984: 1053).

En esos nuevos planteamientos, basados en las estratigrafías ya mencionadas, se cuestiona la posición cronocultural del fenómeno campaniforme y también si es lícito que la cultura tartésica se considere *...un desarrollo autóctono con raíces en un complejo calcolítico del segundo milenio bc* (SERNA, ESCACENA y AUBET, 1984: 1054).

Siguiendo la interpretación de estos autores, en los estratos más profundos de Setefilla se documenta por primera vez, con precedentes en El Berrueco, una fase arqueológica cuya cultura material es similar y paralela con el Bronce del Sudoeste, de Portugal y las últimas estratificaciones de Sierra Morena en la provincia de Huelva, cuya cronología se ha estimado en *c. 1570 a.C.* a partir de muestras de carbón (AUBET y otros, 1983), fecha que ha sido cuestionada y considerada demasiado alta desde una interpretación alternativa de dicha estratigrafía de Setefilla (MARTIN DE LA CRUZ, 1988a).

El acabado de las cerámicas alcanza una mayor calidad que las portuguesas y las de la Sierra de Huelva, pero entre ellas hay que incluir la presencia de recipientes y decoraciones relacionados con el Horizonte de Cogotas I, así como otras formas cerámicas "más evolucionadas", como las troncocónicas bruñidas, que son *...un precedente muy claro de los tipos característicos del Bronce Final del Bajo Guadalquivir* (SERNA, ESCACENA y AUBET, 1984: 1062), apareciendo incluso las decoraciones bruñidas por el interior y los vasos cerrados que se decoraron con motivos bruñidos y pintados en rojo.

Por este motivo, el estrato XIII ha resultado muy difícil de interpretar, pero si se considera que sólo representa la deposición neta positiva de un proceso deposicional y, por ello, no revuelto o mal excavado, sino que responde a la acumulación de detritos *ocupacionales* durante un período amplio, que se sitúa entre las más recientes manifestaciones del Bronce del Sudoeste I y las más arcaicas del Bronce Final, en el que también aparecen formas asimilables al Bronce Tardío, lo que realmente se obtiene es la evolución *local* de este yacimiento.

De la misma manera, en Monte Berrueco, si se interpreta que el estrato más moderno no corresponde todavía a una fase colonial fenicia, sino que está en sintonía cronológica con los estratos de Montoro donde han sido identificados los vasos a torno micénicos (MARTIN DE LA CRUZ, 1988a), lo que también se obtiene es el desarrollo local de una fase paralelizable con la de Setefilla y la del yacimiento cordobés del Llanete de los Moros, que empezaría *c.* 1670 (ESCACENA y FRUTOS, 1985), pero extraña que en ella no estén representados fragmentos de Cogotas I, o de un momento antiguo del Bronce Final preferencio, que únicamente puede ser interpretado como que esa fase de Medina Sidonia termina antes que en las dos estratigrafías antes mencionadas, al menos en el lugar que se ha excavado en El Berrueco, aunque los fragmentos carenados 267 y 269-271 de la Fig. 34 (ESCACENA y FRUTOS, 1985), pueden indicar formas ulteriores.

Esta fase *local* tendría que empezar inmediatamente después de la Edad del Cobre, puesto que en ella perduran algunas formas (ESCACENA y FRUTOS, 1985: 24) entre las que los autores relacionan un cuenco de borde plano y decoración campaniforme localizado en el estrato IV y no en la base de la estratigrafía (ESCACENA y FRUTOS, 1985: Fig. 10, 6), pudiendo equipararse el conjunto con la fase en que está en uso el hipogeo excavado en las cercanías del posterior asentamiento fenicio de Torre de Doña Blanca (RUIZ MATA, 1994b: 261).

En el mismo sentido, en el Llanete de los Moros, otro poblado de altura situado estratégicamente en un lugar de paso, las secuencias estratigráficas han proporcionado una visión de la evolución local en la segunda mitad del II Milenio a.C. Como en las anteriores, el estrato de base presenta claros rasgos del Bronce Pleno, pero en los siguientes aparecen las formas novedosas que después definirán el Bronce Final preferencio.

Aquí, la presencia de elementos del Horizonte de Cogotas I es muy abundante, pero en el Corte R-3 los primeros estratos contienen también formas del Cobre final y del Bronce (MARTIN DE LA CRUZ, 1988a: Fig. ), que hay que incluir en el lapso de tiempo en que se formaron los niveles I-II,

se excavó en ellos un foso delante de una posible muralla, se rellenó éste con los sedimentos que definen el nivel ..., y se derrumbó la muralla, o la parte de ella que a su vez define el nivel ...

La aparición, en estos momentos, del fragmento de crátera micénica significa un importante elemento de cronología relativa, que al ser posterior a algunas formas del Horizonte de Cogotas I, aporta la fecha necesaria para una parte del proceso a mediados del siglo XIII a.C, según su datación arqueológica, y de finales del II Milenio a.C. según la radiocarbónica.

En el yacimiento sincrónico de Carmona (PELLICER y AMORES, 1985), la ocupación nuclear de la Mesa ha dado lugar a que no exista una estratigrafía clara para los investigadores, al menos las fases no aparecen nítidas, al estar incluidas algunas formas antiguas en estratos modernos. Sin embargo, de acuerdo con las evidencias estratigráficas, en Carmona están representadas las mismas formas que en Montoro, incluso un probable fragmento a torno micénico (MARTIN DE LA CRUZ, 1992), que confirmaría la posibilidad de una evolución local de la Edad del Bronce similar a la del citado yacimiento cordobés, en la que desde un contexto del Bronce pleno se pasa a otro del Bronce final antiguo, estando representada la transición de una fase a la otra por la aparición de cerámicas del Horizonte de Cogotas I y las a torno micénicas o relacionadas (MARTIN DE LA CRUZ, 1992).

En el promontorio de la Mesa de Gandul (PELLICER y HURTADO, 1987), aunque será necesario esperar a la memoria final de la excavación, se estima una evolución local sin solución de continuidad desde un Calcolítico final hasta un Bronce final, siendo de destacar que coexistan en el estrato IX formas del Bronce pleno con otras ya típicas del Bronce final, así como la falta de elementos del Bronce tardío en todo el conjunto.

Por otro lado, en Lebrija aparecen fragmentos campaniformes por debajo de la fase del Bronce pleno en las capas 30 y 29 (CARO, ACOSTA y ESCACENA, 1987: 173) y, a su vez, estas capas también aportan los consabidos procedentes para Bronce final, y formas relacionadas con Cogotas I.

---

Además de los yacimientos que se han mencionado, en otros aparece la secuencia casi completa (RAMOS y GONZALEZ, 1992) o sólo alguna de las fases, bien porque los hallazgos sean de superficie, porque no hayan sido excavados con la extensión necesaria, o tal vez porque fueron ocupados sólo durante una de ellas. En algunos casos, sin que se pueda comprobar estratigráficamente por las circunstancias que se han mencionado, se encuentran en el mismo contexto elementos de Cogotas I y del Bronce final, como en la Sierra de San Cristóbal (RUIZ MATA, 1994c) o Campín Bajo (RUIZ MATA, 1994c; GUTIERREZ y otros, 1993a-b), y de la misma forma tan sólo la fase del Bronce final, ya sea preferencia o con continuidad en el período orientalizante, como en el Carambolo (CARRIAZO, 1973) o Montemolín (BANDERA y otros, 1993).

No obstante, en el último yacimiento mencionado, a pesar de los problemas que planteó en su día el fragmento de Boquique (CHAVES y BANDERA, 1982), completado el estudio de la mayor parte de las campañas (CHAVES y BANDERA, 1992), si las autoras paralelizan la fase inicial con los estratos IV y V de El Berrueco, esta primera fase de Montemolín debería adelantarse a un momento previo o sincrónico con la aparición de Cogotas I, que no parece que sea lógico, aunque es posible que algunas formas como las bicónicas ya estuviesen presentes, correspondiendo así a un momento del Bronce Final preferencia pero anterior al clásico de la Fase I del Cabezo de San Pedro.

La secuencia del paradigmático cabezo onubense, así como del resto de los hábitats conocidos en la Tierra Llana de Huelva, debe incluirse en el grupo de los que sólo presentan una fase de la Edad del Bronce.

De todo ello se desprende que, en algunas zonas, existen hábitats que fueron ocupados durante todos los períodos teóricos definidos por la investigación arqueológica -campaniforme y Bronce antiguo, pleno y final- mientras que en otras, la fase final aparece como la única manifestación ocupacional. En las primeras, de faltar alguna de las fases, tal circunstancia podría achacarse a disfunciones locales, tales como el traslado de las unidades de habitación a otras áreas inmediatas o a que en los escasos

cortes realizados, por cualquier motivo, han faltado las evidencias, en algún caso porque la deposición neta de sedimentos haya sido negativa. En las segundas, los elementos anteriores pueden no haber existido o, lo que sería muy extraño, es que no hayan podido documentarse en ninguno de los yacimientos excavados y/o prospectados.

Tal como se ha visto en las páginas precedentes, cuando en un mismo estrato aparecen formas cerámicas pertenecientes a más de una de las fases teóricas, la mayor parte de los autores son renuentes a aceptar otra interpretación que no sea el encontrarse ante estratos revueltos o poco claros. En general, la presencia de elementos *antiguos* en contextos más recientes se interpreta, con lógica, como inversiones producidas en los procesos postdeposicionales de que ningún yacimiento arqueológico está libre. Pero el mayor problema surge con los fragmentos de vasos campaniformes omnipresentes en demasiados de los que presentan fases del Bronce pleno y/o Bronce final antiguo.

Con ello, mientras que en el SW no se obtengan las pertinentes evidencias en estratigrafías como la de Montefrío (ARRIBAS y MOLINA, 1979) o la de Orce (PELLICER, 1994), se podría volver a considerar la antigua alternativa de su perduración (HARRISON, BUBNER y HIBBS, 1982). No puede olvidarse que para mantener la fecha final del fenómeno campaniforme en la primera mitad del II Milenio a.C., esos son los paralelos siempre aducidos.

En el momento presente, reconocidas las evidencias que van incorporando, cada vez con una mejor base, elementos extraperiinsulares al proceso de cambio que significa la Edad del Bronce en el conjunto del Sur peninsular, sin que pueda dejarse de lado la manifiesta importancia de los aportes a dicho proceso de los elementos autóctonos, parece interesante volver a citar aquí algunas de las reflexiones del Prof. Pellicer, cuando estimó que el Bronce Pleno reconocido en el bajo Guadalquivir pueda ser la *...cultura-puente entre el calcolítico y el bronce reciente...* [En el proceso] *...no existen rupturas radicales, sino simplemente una especie de epicalcolítico o epicampaniforme, localizado en los grandes yacimientos nucleares* (PELLICER, 1994: 72).

---

Lo que resulta claro en el SW es la continuidad de ocupación. Ya se ha visto que los hiatos detectados en las estratigrafías, en la mayor parte de los casos, deben corresponder a la formación de los estratos, pues los períodos de interfase están representados en las cercanías de los yacimientos excavados, tal como en Lebrija. Su interpretación como vacíos generalizados en un área tan dinámica como es el bajo Guadalquivir debe revisarse con los datos actuales.

Un claro ejemplo es la abundancia de asentamientos detectados en el reborde de las marismas. A pesar de que las formas típicas del Bronce pleno no sean demasiado abundantes *...muchos de estos yacimientos estuvieron también ocupados durante la Edad del Cobre, observándose en algunos de ellos su posible continuidad hasta el Bronce Final a través de materiales asociados al llamado Bronce Tardío* (GONZALEZ y otros, 1995: 222).

**CAPITULO 5**  
**El entorno onubense en el contexto del SW**  
**peninsular: Los territorios y su ocupación**  
**durante el Bronce Final**

---

En el capítulo anterior, analizada una muestra de las estratigrafías y de otros trabajos arqueológicos realizados en el conjunto del SW, junto a la realidad ocupacional que puede observarse en la distribución de los hallazgos conocidos para la Edad del Bronce (Anexos 2 y 3), se ha puesto de manifiesto tanto el volumen de las evidencias empíricas existentes como algunos de los problemas que dificultan una interpretación adecuada del registro actual, precisamente en los sitios más excavados, que pueden ser el resultado de las técnicas y los métodos utilizados en la segunda mitad del siglo XX.

Como se ha estimado en la introducción, hemos considerado que el principal fundamento que ha dado lugar a la aparición de los problemas se encuentra en que, en su conjunto, el territorio ha sido considerado homogéneo, un error de partida que en la revisión del proceso de la investigación se observó que ha intentado corregirse en las últimas décadas. No obstante, dado el volumen actual de las evidencias, cualquier interpretación elemental que intente globalizarlas entendemos que está condenada al fracaso, puesto que el SW, desde cualquier punto de vista que se contemple, ni es en la actualidad ni pudo presentar nunca la uniformidad requerida para ello.

Sin embargo, una explicación general adecuada, basada en el conocimiento de las posibles diferenciaciones zonales, tanto en su sincronía cronológica como en su diacronía espacial, sólo será posible cuando estas posibilidades sean asumidas e interpretadas en coherencia con las evidencias obtenidas, pero sin el peso y la ambigüedad que hasta ahora ha prestado la inercia metodológica de hacer extensivas a todo el territorio las secuencias-tipo que se habían obtenido en determinadas zonas, importantes y necesarias en los años sesenta, pero que han conformado, sin pretenderlo, un esquema paradigmático cerrado difícilmente eludible.

No creemos necesario, para contrastar nuestra hipótesis de trabajo, que se intente instrumentar un proceso de investigación en el que se contemplen todas y cada una de las secuencias existentes, y en

---

todas las zonas o unidades de análisis que se definan para ello.

Parece mucho más coherente el haber establecido una unidad de análisis, lo suficientemente amplia y con las necesarias diferencias de partida como es el entorno de la actual provincia de Huelva, donde se ha pergeñado un proceso de investigación diseñado con el fin de contrastar en ella si, durante la fase final de la Edad del Bronce, se producen génesis y/o evoluciones paralelas o si, contrariamente, lo que se obtiene es una respuesta diferente, que avale el hecho de que existan contradicciones que puedan también hacerse extensivas a otras áreas.

#### 1. EL MARCO FISICO. ANALISIS E IMPLICACIONES EN EL DESARROLLO DE LA SOCIEDAD OCCIDENTAL DURANTE LA PROTOHISTORIA.

Retomando donde se dejó la evolución paleogeográfica de este territorio del SW, de manera que sirva de referencia donde enmarcar el desarrollo de la sociedad occidental desde las últimas centurias del II Milenio a.C. hasta la fase fundacional fenicia, por la vinculación al exterior que ahora parece ineludible, la geografía de esos momentos jugará un importante papel en dicho desarrollo así como su evolución posterior, que podría explicar, al mismo tiempo, la existencia de vacíos poblacionales pero en zonas muy específicas.

En el estado en que se encuentra la reconstrucción paleogeográfica del SW para estos momentos (DIAZ DEL OLMO, 1989; DIAZ DEL OLMO y otros, 1994; BORJA y DIAZ DEL OLMO, 1994; SCHUBART y otros, 1990) resulta complicado, si no imposible (ARTEAGA, SCHULZ y ROOS, 1995), aventurar una cartografía faseada de la evolución de las ensenadas marítimas flandrienses entre fines del segundo milenio a.C. y los inicios del primero.

En el caso del bajo Guadalquivir, considerando la unidades Aluvial, Eólica y de las Marismas establecidas por sondeos mecánicos (SALVANY y CUSTODIO, 1995), el proceso de continentalización que daría lugar a la aparición de amplias zonas de marismas, esteros, flechas

---

litorales, etc., que parece ser el paisaje descrito por Estrabón, se ha documentado en la desembocadura del Guadalete (ROSELLO y MORALES, 1994; BORJA y DIAZ, 1994b), a partir de datos obtenidos en el poblado de Doña Blanca, sólo a partir de su fundación en el siglo VIII a.C.

Para la zona N de las marismas del Guadalquivir, se ha estudiado su progresiva continentalización (CARO BELLIDO, 1989; 1991; 1995), aunque los fundamentos de los que se deducen diferentes alturas del nivel marino puedan ser erróneos, en especial al relacionarlas con unas precipitaciones de las que no se tienen registro, y que poco pudieron influir en la fluctuación de la altura relativa del agua en la paleoensenada.

Más hacia el W, el río Guadiamar todavía sería navegable en época histórica, al menos hasta la altura del Cerro de la Cabeza (Olivares), si se puede confirmar que una fuerte construcción todavía visible de sillares y *opus cementicum*, situada en la margen izquierda del antiguo cauce, cumplía la función de muelle fluvial. Más hacia el S, el hecho de que el lugar de El Rocío, en la desembocadura del arroyo de la Rocina en las marismas, todavía en el siglo XV cumpliera la función de almacén y puerto (LADERO, 1992), podría indicar también la navegabilidad de este tributario en la Antigüedad.

Desde esta perspectiva, resulta lógico que los asentamientos de la Edad del Bronce y período orientalizante se distribuyan en la margen izquierda de las marismas, en las actuales provincias de Cádiz y Sevilla. En la margen opuesta únicamente se conocen, insuficientemente, los asentamientos de Chillar y del Rocío, debido quizás a una falta casi total de prospecciones y al hecho de que las unidades recientes de los arenales de Doñana hayan podido sepultar posibles evidencias.

Para la ría de Huelva no se cuenta con trabajos específicos en los que se evidencie la escala en que se encontraba el proceso de continentalización, excepto para momentos anteriores (BORJA y otros, 1994a), aunque existen datos interesantes en cuanto a la evolución de la flecha de Punta Umbría-Saltés (RODRIGUEZ, 1989b; CACERES, 1992).

El estudio geoarqueológico de una de las paleoensenadas de la ría de Huelva (BORJA y otros, 1993; POZO, CAMPOS y BORJA, 1995) ha permitido constatar su colmatación en los últimos 2000 años (BORJA y DIAZ, 1992), observándose un importante aumento en la deposición de sedimentos durante un lapso de tiempo de dos generaciones, relacionado con la incidencia del proceso deforestador y el rápido abandono de los campos cultivados en el siglo XV de la Era. En la propia Huelva, existieron esteros navegables que alcanzaban los cabezos desde el río Tinto (FERNANDEZ, 1990b), aunque no se conoce en que momento se produjo su colmatación. Sin embargo, el denominado Estero de las Metas, que aparece en cartografía de finales del siglo XIX conservada en el Puerto Autónomo de Huelva, era navegable por barcos de pequeño porte desde el río Odiel, en las proximidades del Muelle de Riotinto, hasta la Canal de Palos situada en la margen izquierda del Tinto.

En el río Piedras, la existencia de factorías de salazón tan al interior de la ensenada indica que la fase de colmatación que conformó marismas, esteros y flechas, es un hecho reciente (GOMEZ y otros, e.p.b).

En la desembocadura del Guadiana, donde Castromarím quedaría en una posición muy similar a la de Huelva, aunque el sustrato de partida sea muy diferente, la evolución puede deducirse a partir del desarrollo de tres flechas dunares de cronología prehistórica, histórica y actual (OJEDA, 1990; SCHUBART y otros, 1990; GOMEZ y otros, 1993).

Las campiñas onubenses, situadas entre ambos ríos y el reborde Paleozoico, en la transición litoral-sustrato paleozoico, se encontrarían inmersas en el proceso evolutivo generado con anterioridad (DIAZ DEL OLMO, 1989; DIAZ DEL OLMO, CAMPOS CARRASCO y BORJA BARRERA, 1994). Dada su estructura sedimentaria, al conformar la zona más occidental de la Depresión del Guadalquivir, como herencia de su génesis y por su evolución morfológica los suelos han mantenido siempre una gran calidad agrológica, por lo que se trata del área en que será más patente la antropización del territorio, puesto que a dicha bondad del suelo se une el encontrarse entre las minas y la costa.

A finales del II Milenio, inmerso el territorio en el proceso evolutivo que se ha comentado anteriormente, el modelado de la campiña propicia y delimita los cerros aislados por los grandes y pequeños colectores que la caracterizan con mayor definición, siendo afectados los asentamientos previos bien por procesos erosivos en altura y laderas, que pudieron dar lugar a que fuesen desmantelados, bien por la incidencia de los procesos anteriores sobre las áreas deprimidas, que darían lugar a otros sedimentarios correlativos en las cercanías a los ríos y otros colectores, que tal vez los cubrieron y ocultaron para siempre.

En este esquema será importante la evolución de los colectores que drenan las campiñas, cuyos interfluvios propiciarán lugares de ocupación ininterrumpida mientras se mantengan las constantes edáficas de los suelos. No obstante, al ser siempre el mismo material de partida, después de los períodos de abandono, pronto se reproducirán las constantes necesarias que faciliten su explotación y consiguiente ocupación.

Extendiéndose en sentido E-W, los suelos margosos de las campiñas son surcados y seccionados por un importante número de cauces, destacando los tramos bajos de los ríos Guadiamar, Tinto, Odiel y Piedras, cuyos lechos meandrosos y llanuras de inundación estarán propiciados, en cada momento, por la influencia del impacto antrópico, y conformando un territorio de fácil comunicación no sólo en sentido E-W entre el bajo Guadalquivir y el bajo Guadiana, sino igualmente en sentido N-S entre el Cinturón Ibérico de Piritas y la costa.

En la zona intermedia entre la Sierra y la Tierra Llana se localiza la Zona Surportuguesa del Macizo Hespérico, formando parte del reborde meridional de Sierra Morena con la Depresión del Guadalquivir, en el que los materiales aflorantes más antiguos son del Devónico Superior, estando constituidos por pizarras y cuarcitas con calizas fosilíferas intercaladas, sobre las que se superpone el denominado Complejo Vulcanosedimentario (CVS) que constituye el Cinturón Ibérico de Piritas que, a su vez, presenta a techo formaciones de pizarras y areniscas turbidíticas del Carbonífero Inferior

(GUTIERREZ ELORZA, 1989). Se caracteriza como un pie de sierra en el que se suceden de cerros y valles escasamente marcados en algunos casos, excavados en el viejo sustrato paleozoico de series alternantes de pizarras arcillosas y grauvacas, donde se constatan formaciones superficiales de arcillas y arenas con cantos angulosos debidas a la reciente alteración superficial de dicho sustrato.

Por el alto deterioro y degradación del medio natural, los suelos existentes presentan un incipiente desarrollo edáfico sobre pizarras, con predominio de entisoles en las zonas altas y de alfisoles y fluvisoles recientes en zonas bajas, que permiten un grado aceptable de fertilidad para los cultivos. La formación Durilignosa sería el bosque climácico previo al deterioro actual, con encinas y alcornoques como especies predominantes, junto a otras de hojas marcescentes como el quejigo, acompañadas de un sotobosque siempreverde.

Donde se ha conservado, la cubierta vegetal presenta un estrato arbustivo de tipo mediterráneo en el que predomina un matorral de altura considerable, que en la mayor parte del territorio se encuentra muy degradado, estando presente sólo matorral pobre de sucesión secundaria en el que predominan las jaras y brezos, existiendo extensas áreas donde desde los años sesenta se realizaron repoblaciones forestales de especies alóctonas que han contribuido al estado de progresivo deterioro actual (RUBIO, 1990).

En general, en la Antigüedad pudo ser una zona apta para su aprovechamiento como dehesa, aunque las posibilidades agrícolas hayan sido limitadas a lo largo de la ocupación de los últimos milenios, en función de la degradación producida por las explotaciones minero-metalúrgicas y la débil superficie apta para ello.

En el Andévalo se incluye parte del Complejo Vulcano Sedimentario del Cinturón Ibérico de Piritas, que se extiende desde el sur de Portugal hasta el E de la provincia de Sevilla, debiéndose su génesis a fenómenos vulcano-sedimentarios del Devónico-Carbonífero que depositaron grandes masas de

---

sulfuros en el fondo marino, a las que siguió la superposición de otras secuencias sedimentarias. Posteriormente, la orogenia hercínica incidiría sobre estos materiales de partida y la erosión reciente los exhumó, dando lugar a los yacimientos de minerales complejos explotados desde la Prehistoria reciente (PEREZ MACIAS, 1995).

La Sierra, desde un punto de vista geológico incluye parte de Ossa Morena y la zona Surportuguesa, pero en lo corológico se pueden establecer tres zonas diferenciadas, la Sierra de Aracena, Los picos de Aroche, y la parte centro-meridional que incluye la zona de Alájar/Almonaster.

La más occidental de los Picos de Aroche se conforma como una barrera de cierta importancia que separa las cuencas del Chanza y del Múrtigas, ambos afluentes por la izquierda del Guadiana, el último después de unirse al río Ardila, por lo que los puertos practicables como el de Valdesotellas representarían un importante lugar de control de los flujos existentes entre ambas zonas. La cuenca del Chanza se interrelaciona hacia el S con el Andévalo occidental, mientras que la del río Múrtigas es la transición con Extremadura hacia el N y la llanada de Beja al W. En este esquema los asentamientos se sitúan en cerros y sierras cercanos a los mencionados cursos, controlando desde las alturas sus vegas y la circulación E-W.

La zona más oriental se caracteriza por presentar paisaje de sierras y valles, también en la alineación armoricana como los Picos de Aroche, que conforman la cuenca de la Ribera de Huelva, cuyo curso y el de sus tributarios discurren encajados entre diversas sierras hasta confluir por la margen derecha en el Guadalquivir, lo que lo convierte en el eje principal de este territorio.

La centro-meridional, donde no obstante aparecen las alturas máximas de San Cristóbal en Almonaster y Pico del Castaño, se presenta de forma escalonada hacia el S, conectando con la monótona superficie fundamental del Andévalo occidental. En su solana nacen los arroyos y otros colectores que conforman la cuenca alta de los ríos Tinto y Odiel y serán una vía de paso hacia el S, hasta la ría de Huelva.

Dado que la zona fue ocupada con regularidad en los momentos precedentes y según se puede observar en la distribución del poblamiento, las posibilidades agrícolas debieron estar limitadas a pequeñas extensiones, más o menos llanas, de pobres suelos cuyo material de partida, en general, son pizarras y granitos alterados. Por su ocupación antes del Bronce Pleno las superficies adehesadas fueron incrementando el aclarado del bosque hasta alcanzar la situación puesta de manifiesto por los análisis efectuados en El Trastejón (HURTADO y GARCIA SANJUAN, 1994).

Aunque los datos obtenidos en este yacimiento deben hacerse extensivos a la segunda mitad del II Milenio a.C., los análisis polínicos, carpológicos y edafológicos inciden en una situación medioambiental muy similar a la actual, excepto la confirmación de un exiguo predominio de cistáceas y la abundancia de herbáceas, aunque se trate de un medio bastante deforestado y sin indicios de cultivo, que confirma las constantes establecidas en otros momentos (DIAZ DEL OLMO, 1989).

## 2. LAS EVIDENCIAS EMPIRICAS. FUENTES ARQUEOLOGICAS.

Enmarcado el entorno onubense en los límites establecidos y reconocida su evolución paleogeográfica, resta describir de forma pomenoriza el conjunto de las evidencias disponible para poder contrastar su desarrollo y evolución particular.

En general, de acuerdo con la bibliografía existente, la Edad del Bronce es poco conocida en el conjunto del entorno onubense, existiendo evidencias amplias sólo de su etapa final, que es considerada el epílogo de todo lo anterior (GOMEZ y otros, 1994; CAMPOS y GOMEZ, 1995) y etapa bisagra entre la Prehistoria reciente y el período orientalizante.

La Protohistoria es uno de los períodos histórico-arqueológicos más estudiados en el ámbito más meridional del SW, tal vez porque en este territorio se pretendía dar una solución al *problema de Tartessos*, que había acaparado la atención de los estudios en la primera mitad del siglo, puesto que en él, a partir de los dudosos datos geográficos mencionados en las Fuentes escritas, existía la

posibilidad de localizar la mítica ciudad.

Sin embargo, la mayor parte de las evidencias proceden de hallazgos fortuitos o de prospecciones superficiales, y sólo existen unas pocos yacimientos que hayan sido excavados. Las diferentes actuaciones arqueológicas, escalonadas en el tiempo, fueron realizadas por varios equipos con diferente extensión y propósitos, utilizando metodologías muy dispares tanto en el conjunto de los trabajos de campo como a la hora de difundir los resultados. Además, algunas excavaciones no han sido publicadas en su totalidad y otras tan sólo muestran aspectos parciales o el estudio de una parte de los materiales excavados.

Una gran dificultad surge, también, ante el hecho de que la interpretación de las evidencias, como es lógico en el proceso normal de la investigación, es modificada continuamente en una suerte de monografías y artículos publicados en multitud de revistas, como síntesis de tipo histórico-arqueológica, en algunos casos de escasa difusión, o como aportaciones a congresos y otras reuniones científicas.

Como a la hora de interpretar la evolución histórica de este territorio situado entre el Guadiana y el Guadalquivir, en general se utilizan los mismos planteamientos que para el resto del SW, no se va a repetir aquí la evolución de la investigación de la Edad del Bronce, puesto que es plenamente vigente la interpretación crítica realizada en los capítulos precedentes. Sólo hay que recordar que las evidencias para los períodos del Bronce Antiguo y Pleno, así como ante la casi total falta de hallazgos campaniformes y del Horizonte de Cogotas I, son ya un punto de partida para plantear una cierta diferenciación con el conjunto del territorio, apareciendo éste como algo mucho más peculiar, quizás menos complicado, que el amplio Valle del Guadalquivir.

Podía decirse que, desde la década de los setenta, el conocimiento, o mejor el desconocimiento, de los inicios y la etapa media de la Edad del Bronce en el área onubense se ha mantenido en el mismo nivel

---

alcanzado entonces (GOMEZ y otros, 1994), puesto que las únicas evidencias son las cistas ya conocidas (AMO, 1975; FERNANDEZ GOMEZ y otros, 1976). En los lugares estudiados en la Tierra Llana de Huelva, donde se han documentado asentamientos del Bronce Final clásico, no se mencionan elementos de Bronce Pleno, ni en los que se muestra un único horizonte como el Pozancón (GOMEZ y PEREZ, 1991), Peñalosa (FERNANDEZ y otros, 1991a; 1991d; 1992), ni en casos cuya ocupación es más amplia como en Papa Uvas (MARTIN DE LA CRUZ, 1985; 1986), Huelva (GARRIDO, 1968; 1983; BLAZQUEZ y otros, 1970; BELEN y otros, 1978; RUIZ MATA y otros, 1981; BLAZQUEZ y otros, 1979; BELEN y otros, 1983a; GARRIDO y ORTA, 1989; FERNANDEZ, 1990b), Niebla (DROOP, 1925; PINGEL, 1975; BELEN y otros, 1983b; BEDIA y BORJA, 1992), Tejada la Vieja (BLANCO y ROTHENBERG, 1981; FERNANDEZ, 1989c), y San Bartolomé de Almonte (RUIZ MATA, 1981; RUIZ MATA y FERNANDEZ, 1986), por lo que podría decirse que, desde finales de la Edad del Cobre -sin campaniforme- casi no existen elementos de la Edad del Bronce en sus períodos arqueológicos antiguo, pleno o tardío, si no se trata de unas pocas necrópolis de cistas (AMO, 1975; FERNANDEZ, RUIZ MATA y SANCHA, 1976; GOMEZ y otros, 1994), a las que hay que recurrir para explicar el proceso de ocupación desde mediados del II Milenio a.C.

Sin embargo, en las secuencias propuestas en la bibliografía para el conjunto del SW, los hallazgos que faltan en la Tierra Llana de Huelva, aunque no muy profusamente, han sido contrastados en el Bronce del Sudoeste del área del Bajo Guadiana portugués (SCHUBART, 1972; 1974a; 1974b; 1975; VARELA y otros, 1986) y en la Sierra Onubense (AMO, 1975; PEREZ, 1985; HURTADO y GARCIA, 1994; BORJA y GOMEZ, 1991), así como en Extremadura (ALMAGRO, 1977; GIL-MASCARELL, RODRIGUEZ y ENRIQUEZ, 1986; ENRIQUEZ, 1990a; 1990b; ENRIQUEZ y DOMINGUEZ, 1984; PAVON, 1993; 1994), y tanto en el valle medio y bajo del Guadalquivir (AUBET y otros, 1983; MARTIN, 1988; 1989; PELLICER, 1982; 1983; 1986a; 1986b; 1989a; 1989b; RUIZ MATA, 1989) como en las Marismas y bahía de Cádiz (CARO, 1989; GUTIERREZ, RUIZ y LOPEZ, 1993a-b; RUIZ MATA, 1994), existiendo, como ejemplo, sólo unos pocos fragmentos del Horizonte Cogotas I localizados al W del Guadalquivir, de la misma manera que también se han documentado unos pocos

fragmentos campaniformes en los momentos anteriores.

Estas circunstancias, falta casi absoluta de elementos campaniformes, así como del Horizonte de Cogotas I en todo el territorio, escasa representación del Bronce Pleno en la Tierra Llana y, por contra, una clara ocupación de la mayor parte de las áreas serranas durante el Bronce Pleno, quizás uno de los focos donde tuvo lugar su formación y evolución, confieren, de partida, unas claras diferenciaciones territoriales que no pueden achacarse a deficiencias en la investigación de campo. Quizás lo más chocante, si se quiere, es que mientras que en la Tierra Llana los hábitats del Bronce Final parecen ocuparse por primera vez, a no ser que existan evidencias de la Edad del Cobre en los mismos sitios o en sus cercanías, en la Sierra de Aracena y Picos de Aroche los hábitats existentes se desocuparon en el mismo período, como si de un traslado de población se tratara.

### 3. EL TERRITORIO Y LOS ASENTAMIENTOS.

De las evidencias que definen la cultura material de la fase final del Bronce, las características generales observadas en los hábitats conocidos, tales como las específicas que definen el lugar donde se producen, pueden ser un elemento primordial donde contrastar si en el entorno onubense actual puede estimarse que los procesos de ocupación fueron homogéneos o si, por contra, se deben establecer diferencias sustanciales en cuanto a la existencia de evoluciones locales divergentes que puedan ser explicadas. Lo que interesa saber, en estos momentos, es si lo que existe durante el Bronce Final es el compendio de lo anterior o el reflejo de algo nuevo; en cualquier caso si son posibles ambas versiones.

#### 3.1. Unidades territoriales.

Dada la manifiesta diversidad del territorio, a la hora de describir las evidencias arqueológicas conocidas, parece interesante dividir éste en áreas donde existan elementos arqueológicos comunes, ya sea que estén articuladas por medio de hitos geográficos que las definan, o en relación al lugar que ocupan en el espacio.

3.1.1. Unidad territorial Bajo Guadiana-Chanza-Múrtigas: Desde un punto de vista físico y locacional, esta unidad de análisis se encuentra sobre el sustrato hercínico de Ossa Morena, a medio camino entre el bajo Guadalquivir y el bajo Tajo, siendo de especial relevancia el bajo curso del río Guadiana, ya en la Surportuguesa, posiblemente la vía de interrelación entre las costas atlánticas y el resto del continente (REGO, GUERRERO y GOMEZ, 1996).

Por ello, esta situación también pudo influir en las formas de ocupación y su evolución posterior, en conexión con los recursos y las técnicas disponibles a lo largo del período.

Esta amplia zona ha sido diferenciada del resto de las áreas de la Sierra de Huelva aunque, de partida, no presente una uniformidad muy acusada. Por un lado, en la cuenca del Chanza no se han documentado poblados y/o necrópolis de cistas típicas del Bronce Pleno y los poblados de Bronce Final parecen mantener un *continuum* desde momentos calcolíticos (PEREZ MACIAS, e.p.a), aunque esta afirmación únicamente es válida para el área de Aroche-Villaverde de Ficalho y parte del territorio comprendido entre el Guadiana y el Chanza, puesto que desde la confluencia de ambos ríos y hasta que el primero desemboca en el Atlántico, las necrópolis aparecen con gran profusión en ambas márgenes (VARELA y otros, 1986; GOMEZ y otros, 1995; GOMEZ y otros, e.p.b).

Por otro, en la cuenca del Múrtigas-Ardila, donde es interesante la existencia de mineralizaciones cupríferas (PEREZ MACIAS, 1995: 418) sí aparecen hábitats y necrópolis del Bronce Pleno, y continúan estando presentes más hacia el N, en la actual provincia de Badajoz (GIL-MASCARELL, RODRIGUEZ y ENRIQUEZ, 1986; PAVON, 1994), y hacia el W en la zona de Beja (SCHUBART, 1975; VARELA GOMES y otros, 1986).

De esta zona se han seleccionado hasta once yacimientos por el hecho de presentar algún signo de ocupación durante el Bronce Final aunque, según se aprecia en el Catálogo del Anexo 3, existe un importante número de asentamientos cuyas limitadas evidencias de superficie permiten que sólo sean

interpretados como hábitats de la Edad del Bronce, sin poder precisar en qué período arqueológico deban ser incluidos.

En la mayor parte de los casos se presentan gráficamente las cerámicas que han permitido su identificación. Sin embargo, en otros, al tratarse de fragmentos atípicos, sólo sutiles matices han permitido su identificación como hábitats del Bronce Final.

3.1.1.1. Alto del Cinchato (Aroche). Se localiza sobre una altura de 552 m, en el vértice de una de las sierras que se extiende en sentido NW-SE, que vierte al norte a la Rivera de la Alcalaboza y al sur a una serie de barrancos y de riveras paralelas a la anterior, que forman parte del sistema de drenaje del Chanza, entre las que destaca la rivera de Juana la Blanca.

Su adscripción al Bronce Final está determinada por la aparición en superficie de algunas cerámicas típicas, aunque también se aprecia un fuerte componente de la Edad del Cobre. Se trata de cerámicas bruñidas o alisadas, decoradas con motivos bruñidos por el exterior en algún caso (PEREZ MACIAS, e.p.a), que no siguen los esquemas que se cononizarán en otras áreas más meridionales del SW desde los comienzos del I Milenio a.C., sino que están mucho más cercanas a las conocidas de otros yacimientos portugueses sincrónicos.

No obstante, no faltan las cazuelas carenadas bruñidas (Figura ..: 5), aunque sin decoración, ampliamente distribuidas por todo el territorio, que necesitan de una atención que ahora, por ser tan escasos los hallazgos, no se puede realizar con la suficiente garantía.

La aparición de un alto bancal en superficie podría implicar el hecho de que tuviese murallas en talud, una construcción que de ser comprobada mediante su excavación, le conferiría una importante función por su posición estratégica en el territorio.

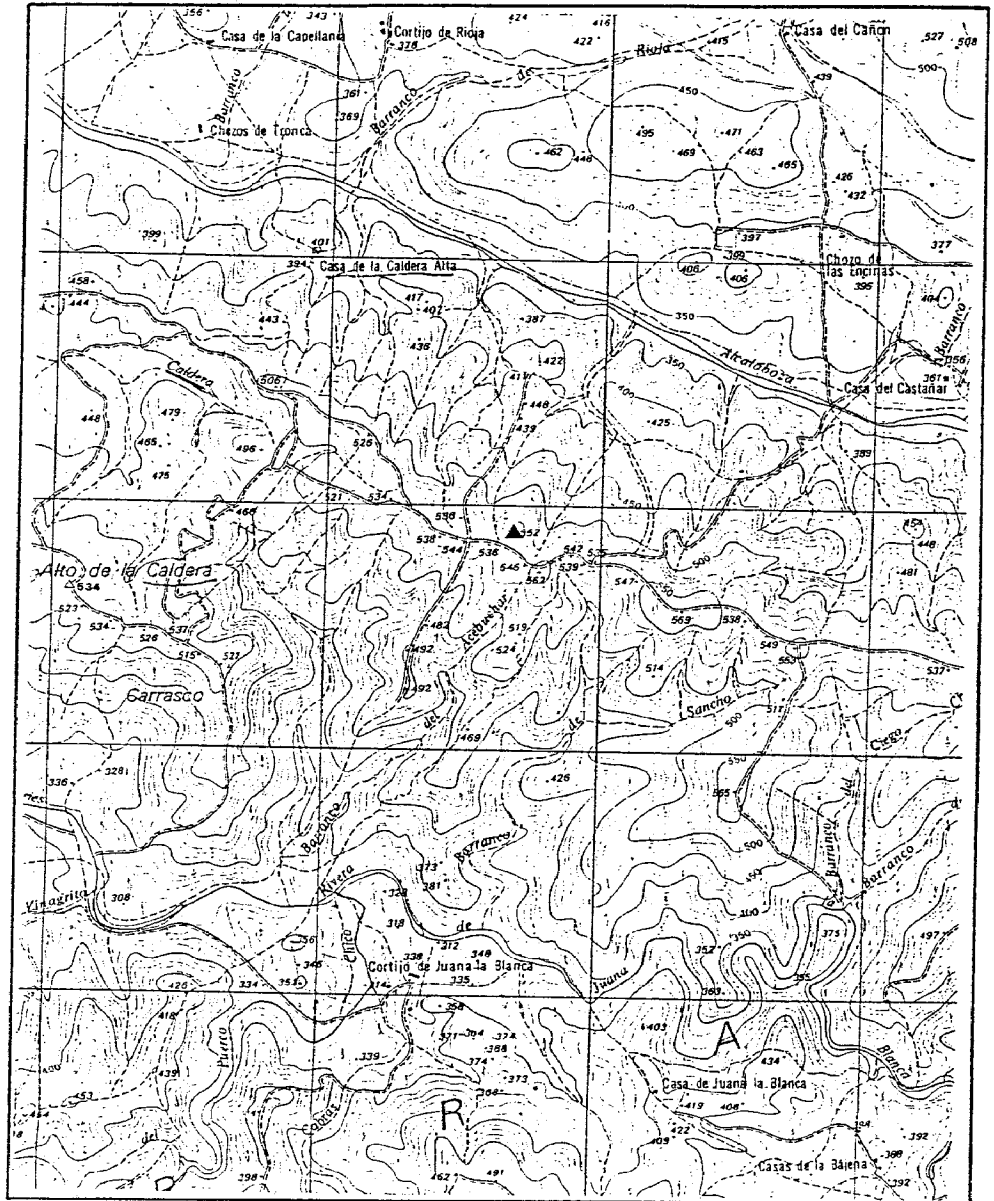


Figura 5. Localización de El Cinchato.

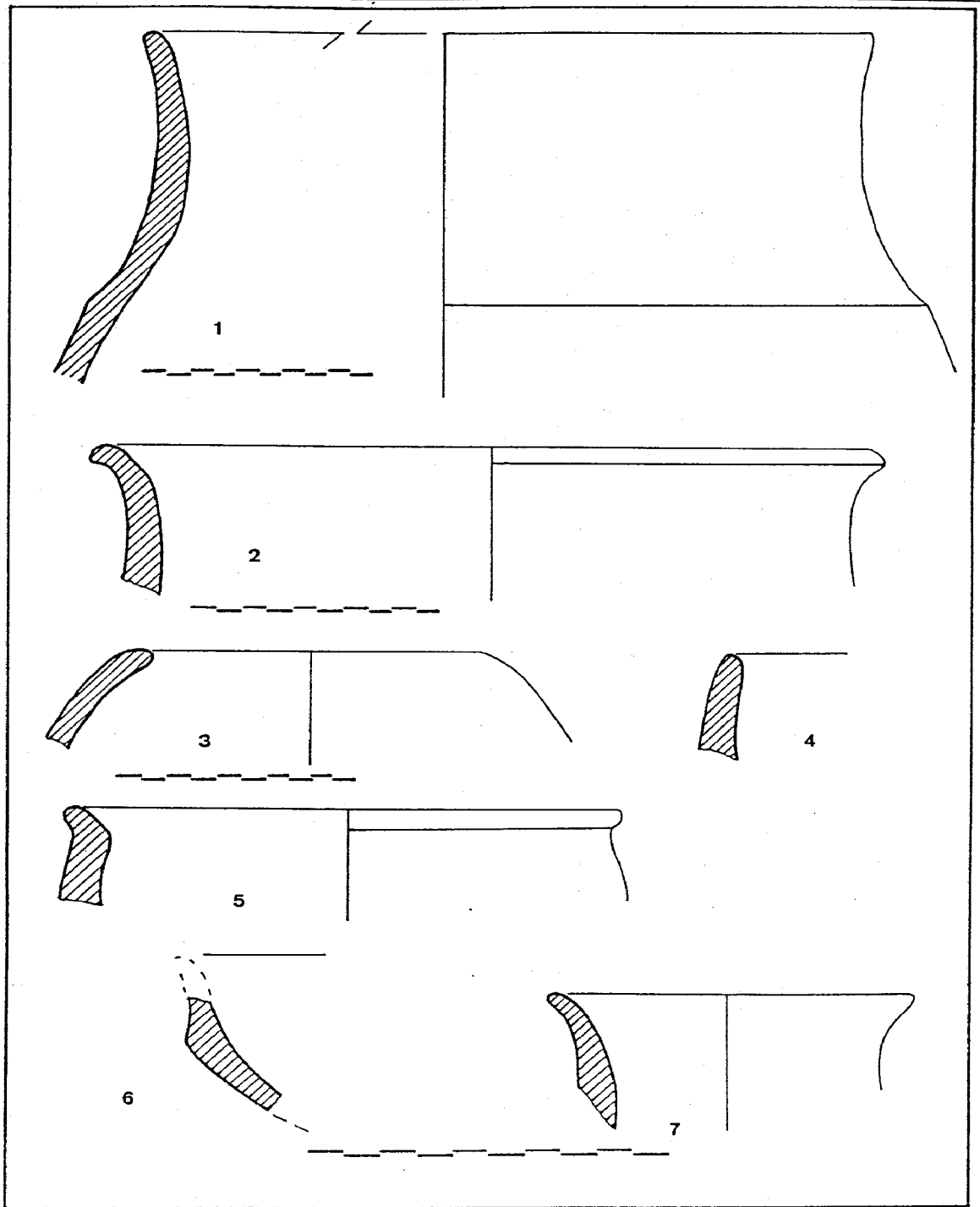


Figura 6. Cerámica de El Cinchato s/ Pérez Macías 1983.

3.1.1.2. **Cabezo del Castillo (Aroche/Rosal de la Frontera).** En una primera apreciación, este yacimiento había sido considerado un asentamiento que podía relacionarse con otros materiales, también de superficie, localizados en el de Juana Núñez (PEREZ MACIAS, 1983: 315ss; 1987: 63), que indicaría la ocupación sincrónica de dos áreas cercanas en los Picos de Aroche.

El mismo autor (PEREZ MACIAS, e.p.a), ha estimado recientemente la posibilidad de que se trate de la necrópolis del sitio mencionado con anterioridad y que, debido a labores de subsolado para la repoblación forestal llevadas a cabo en la zona, ésta y las posibles tumbas hayan sido destruidas, interpretando que los materiales localizados puedan pertenecer a sus ajuares, aunque habría que explicar la aparición de molinos y moletas, que no sería lógica en contextos funerarios.

El yacimiento, hábitat o necrópolis, se sitúa a aproximadamente un kilómetro sobre el curso del río Chanza, en una altura de 412 m, en la solana de los Picos de Aroche, lo que le confiere una posición estratégica importante, al dominar desde las alturas el curso del río.

Los materiales aparecen en las laderas S y W, en una zona que abarca más de media hectárea, lo que parece demasiado para una necópolis de esta fase. Son fragmentos de galbos a mano, decorados algunos por su parte exterior con los motivos bruñidos típicos de los poblados portugueses. Aparecen sobre bordes exvasados, vasos con carena alta y borde cóncavo, cuencos con mamelones dobles y vasos de tendencia globular con carena alta (PEREZ MACIAS, 1987: 63).

Es interesante destacar, entre estas cerámicas, la presencia de un soporte con baquetón central, forma poco conocida en estas áreas serranas (Figura 8, 1).

La presencia de algunos elementos de molinos de mano podrían indicar la existencia de estructuras de hábitat, aunque podrían también pertenecer a una fase de ocupación de la Edad del Cobre (PEREZ MACIAS, 1983: 215ss).

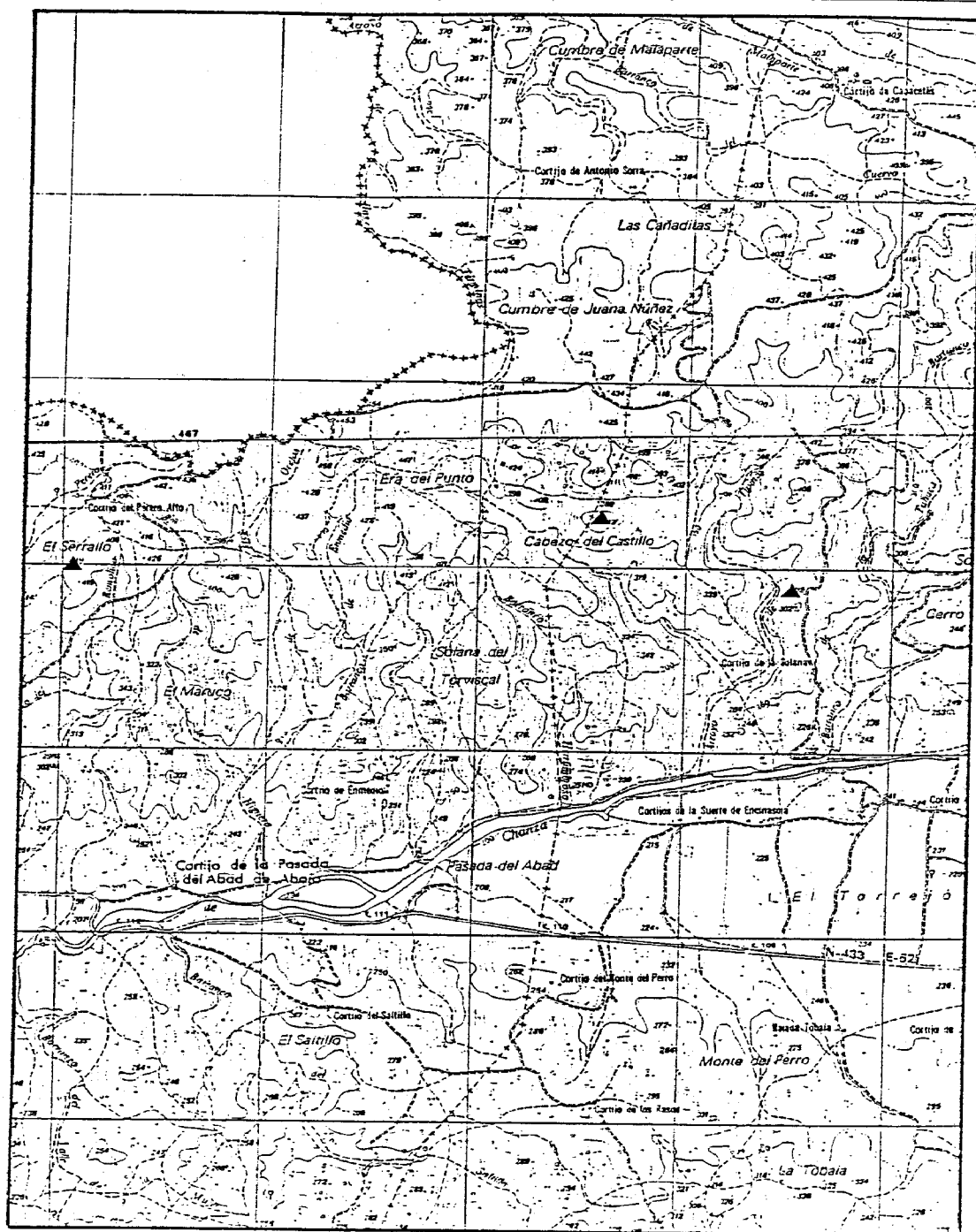


Figura 7. Hábitats de La Rivera del Chanza. 1) El Serrallo; 2) Cas-  
tallo; 3) Juana Núñez.

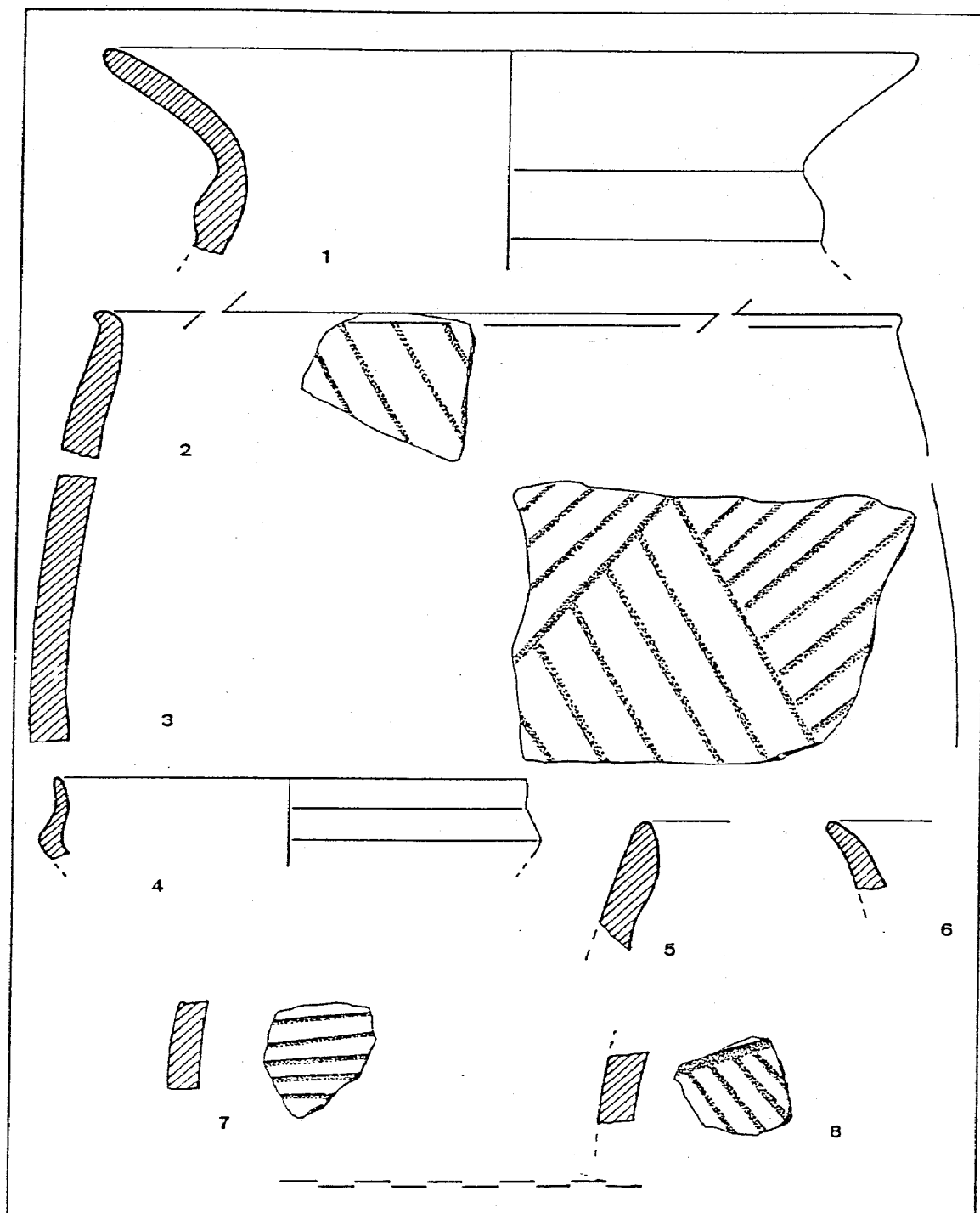


Figura 8. Cerámica de El Castillo s/ Pérez Macías 1983.

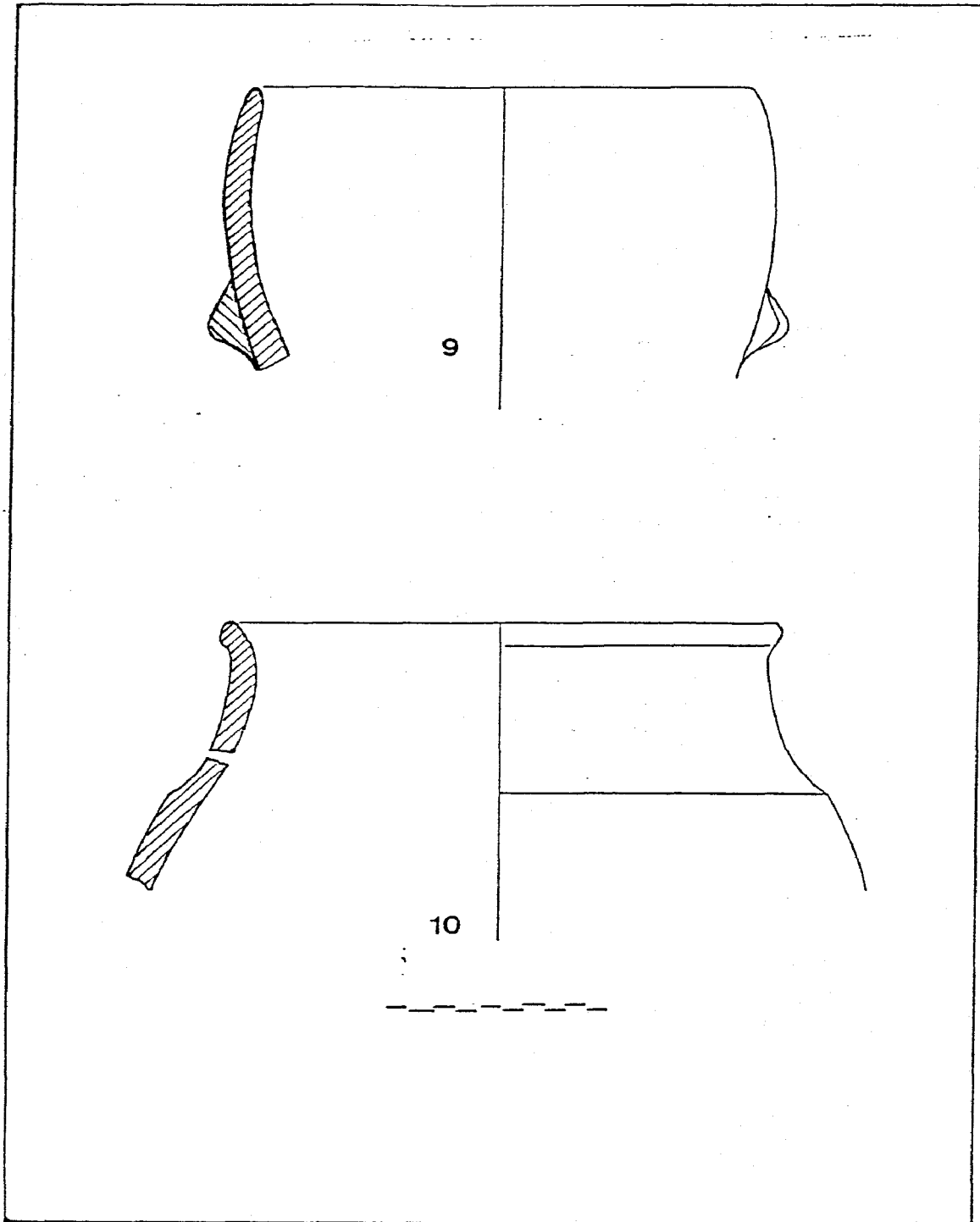


Figura 9. Cerámica de El Castillo s/ Pérez Macías 1983.

3.1.1.3. Castillo de las Peñas (Aroche). Hábitat del Bronce Pleno-Final, poblado abierto aunque esté protegido por su altura, que es posiblemente el único de la sierra donde existe ocupación sin solución de continuidad hasta época romana e islámica, tal vez por la fertilidad de sus inmediaciones, propiciados por la abundante agua existente.

El asentamiento aparece al sur de la Rivera de Peramora, afluente del río Chanza y paralelo a éste, sobre una de las alturas de las Peñas de Aroche denominada El Castillo, a 454 m de altitud, que se trata de un resalte granítico.

De acuerdo con la distribución de los hallazgos, el asentamiento del Bronce ocuparía gran parte de la cumbre del cerro, de aproximadamente una hectárea de extensión, estando protegido éste por abundantes bolos desplomados y otros aflorantes, entre los que aparecen covachos donde se han documentado cerámicas y otros materiales de la Edad del Cobre (PEREZ MACIAS, 1987). Del Bronce pleno han aparecido algunos elementos poco representativos, pero son más abundantes los pertenecientes ya al Bronce Final (Figura 11). Al mismo yacimiento debe corresponder la necrópolis tumular de Los Praditos, situada al S, en el llano (PEREZ MACIAS, 1983: 221; 1987: 57ss).

En las partes más accesibles del hábitat, aparece un sistema de *chaveaux de frise*, quizás de un momento ocupacional posterior, para el que, sin embargo, se encuentra un paralelo en el hábitat del Bronce de Passo Alto (MONGE SOARES, 1988).

En el llano situado al S del asentamiento, se localiza la necrópolis tumular, que presenta una fase del Bronce Final, adscribible al yacimiento de Las Peñas (PEREZ MACIAS, 1983: 224; 1987: 55ss), con túmulos de unos pocos metros de diámetro y escasa altura, quizás por las remociones realizadas en rebuscas clandestinas y otros procesos erosivos, que aparecen delimitados por un círculo de grandes piedras de granito. En uno de estos túmulos ...se excavó una tumba de incineración, que contenía huesos calcinados, un puñal de bronce con empuñadura de lengüeta, remaches y nervio central, diez

*cuentas de collar de pasta vítrea y dos fusayolas... [También] ...sin procedencia segura dentro de la necrópolis se conservan en el M.M.A. (Aroche) un hacha de cobre y una punta de flecha con aletas y nervio central del bronce* (PEREZ MACIAS, 1987: 56), materiales que pueden corresponder a alguna de las incineraciones que se depositaron en el túmulo, y sincrónicos con otros elementos cerámicos que aparecieron en superficie (Figura 12: 15-22).

A la hora de estimar el conjunto de las evidencias que proporcionan los datos publicados para esta necrópolis, excavada sin método por aficionados locales que depositaron los materiales en el Museo Municipal de Aroche, es necesario mantener las dudas que este tipo de actuación aconsejan. En primer lugar, su adscripción al cercano asentamiento del Bronce Final del Castillo de las Peñas es claro, según puede deducirse de la sincronía de los elementos de superficie localizados por Pérez Macías en ambos sitios. Por otro lado, el conjunto de los materiales adscritos a una incineración localizada en uno de los túmulos parece coherente y sincrónico con la fase en que deben ser incluidas las cerámicas de superficie mencionadas, puesto que el cuchillo de bronce es casi idéntico (Figura 12, 1), en cuanto a forma y características, a dos ejemplares pertenecientes al "Hallazgo de la Ría de Huelva" (RUIZ-GALVEZ, 1995: Lámina 10, 16-17); en la misma línea deberá incluirse también el aro de bronce (Figura 12, 2).

Como es lógico, vista la continuidad del asentamiento del Castillo durante la Edad del Hierro, también fueron recogidos en superficie elementos posteriores (PEREZ MACIAS, 1987), que indican que el área de la necrópolis pudo también ser utilizada con posterioridad. Sin embargo, esta evidencia no puede servir para que, una vez reconocida la adscripción al Bronce Final del puñal, estimar que *...no sería ningún inconveniente para aceptar su aparición en el contexto más tardío de la sepultura* (BELEN y ESCACENA, 1995: 107), toda vez que el plato de cerámica gris depositado en el mismo Museo, semejante a otros que fueron localizados en niveles del Hierro en El Castañuelo, que sirve a estos autores para pensar que *...tanto la mayor parte de la cerámica a mano recogida en superficie, como los materiales publicados de la necrópolis de Los Praditos, corresponden a un grupo humano*

---

*que se asentó en el Castillo hacia el siglo IV a.C.* (BELEN y ESCACENA, 1995: 107), fue recogido por aficionados locales precisamente del mencionado hábitat de El Castañuelo.



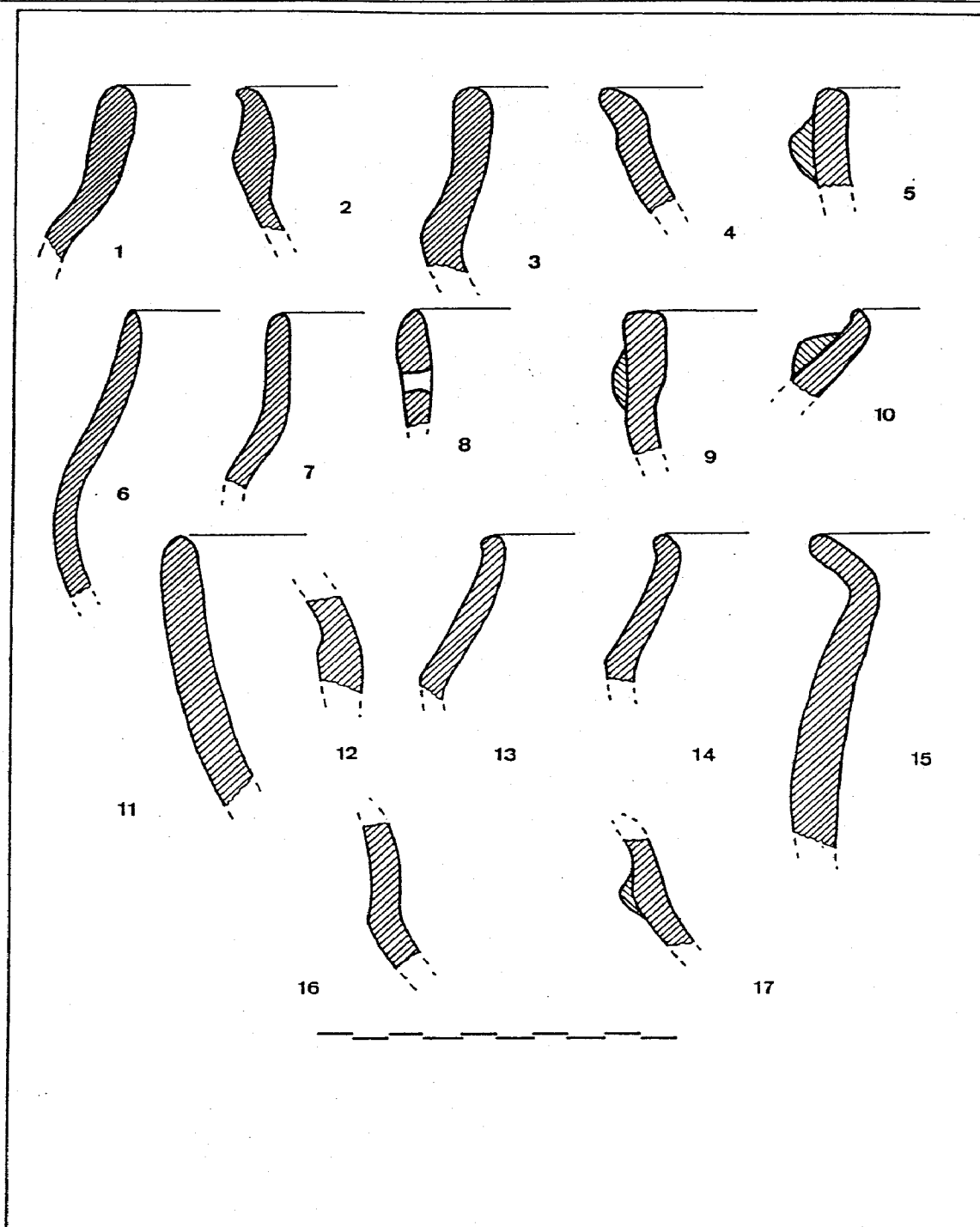


Figura 11. Cerámica de El Castillo de Las Peñas s/ Pérez Macías 1983.

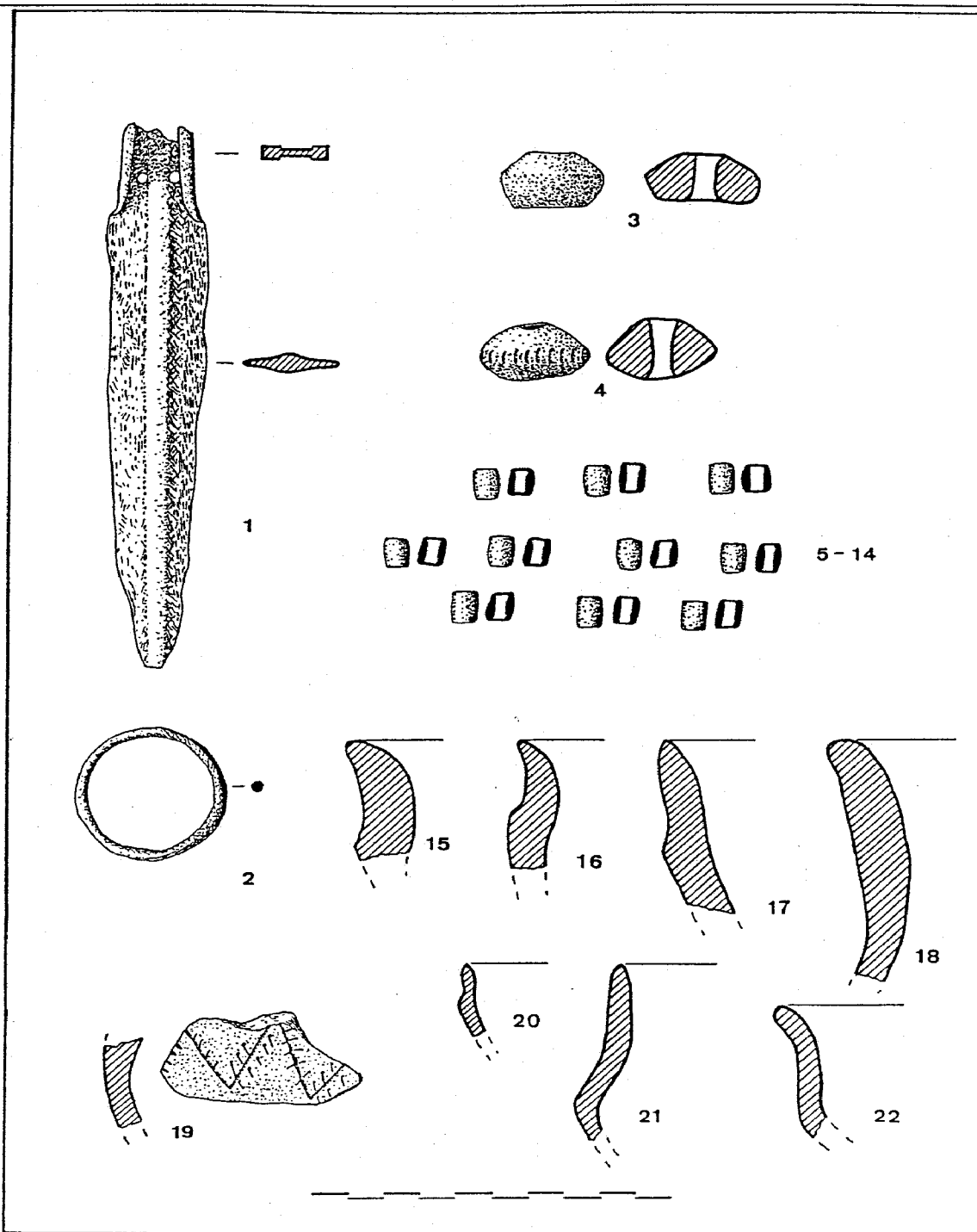


Figura 12. Materiales de Los Praditos s/ Pérez Macías 1987.

3.1.1.4. Cerro de las Abejas (Rosal de la Frontera). Aparece sobre el cerro del mismo nombre, con una altitud de 309 m, de escarpadas pendientes y con forma alargada, que está limitado al E por el Barranco de la Raya, afluente del Chanza-Guadiana. El hecho de presentar una privilegiada situación en relación a los cursos de río Chanza y de otros de sus afluentes, aunque no se hayan documentado elementos defensivos, ha permitido estimarlo como un hábitat en el que el control del territorio adyacente fue la causa principal de su conformación como tal, desde un momento final de la Edad del Cobre.

El hecho de haberse documentado unos pocos fragmentos de cazuelas de carena alta, ha permitido interpretar que su ocupación perduró hasta el tránsito a la Edad del Bronce (PEREZ MACIAS, 1996: 147).

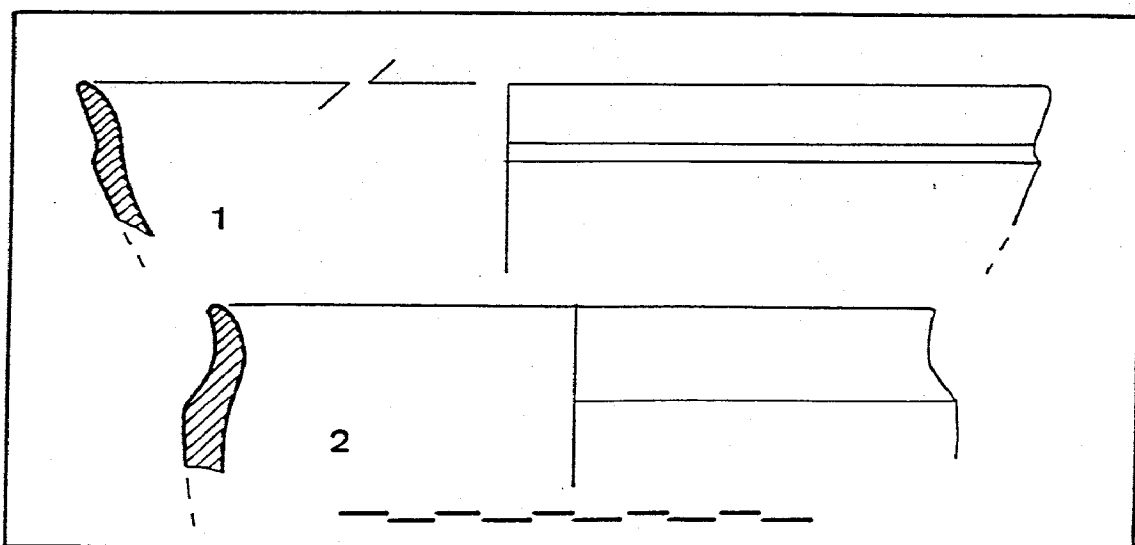


Figura 13. Cerámica del Cerro de las Abejas s/ Pérez Macías 1996.

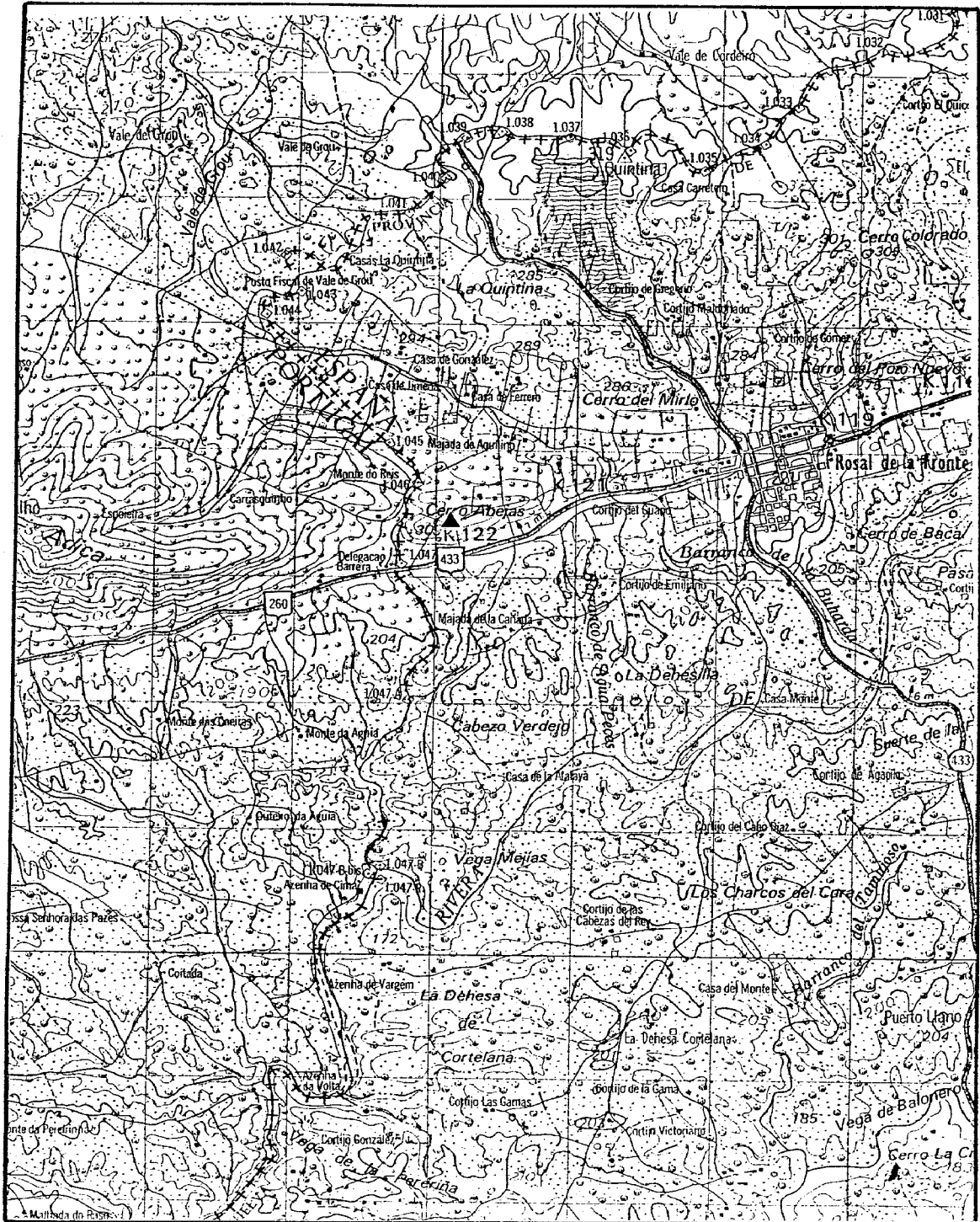


Figura 14. Localización del Cerro de Las Abejas.

3.1.1.5. Juana Núñez (Aroche). Se trata de un hábitat en parte atípico de los conocidos en la solana de los Picos de Aroche, al estar situado en una pequeña vaguada en la cota de 202 m, entre dos cerros de mayor altura delimitados por el arroyo de Tipinas al W y el barranco de la Tabaca al E, no encontrándose restos en ninguno de estos cerros. En una superficie de aproximadamente 250 m<sup>2</sup> se localizaron abundantes molinos de mano, que han sido relacionados con el consumo de cereales o la vinculación agrícola del lugar, y con el hecho de que se mantuvieran patrones de asentamiento de la Edad del Cobre (PEREZ MACIAS, e.p.a).

Las labores de forestación han causado daños importantes al asentamiento, aunque se han encontrado concentraciones de materiales de posibles hábitats (PEREZ MACIAS, 1983: 219-220). La decoración bruñida exterior de algunos fragmentos de vasos a mano acercan al asentamiento a los hábitats sincrónicos de la margen derecha del río y de la Extremadura española.

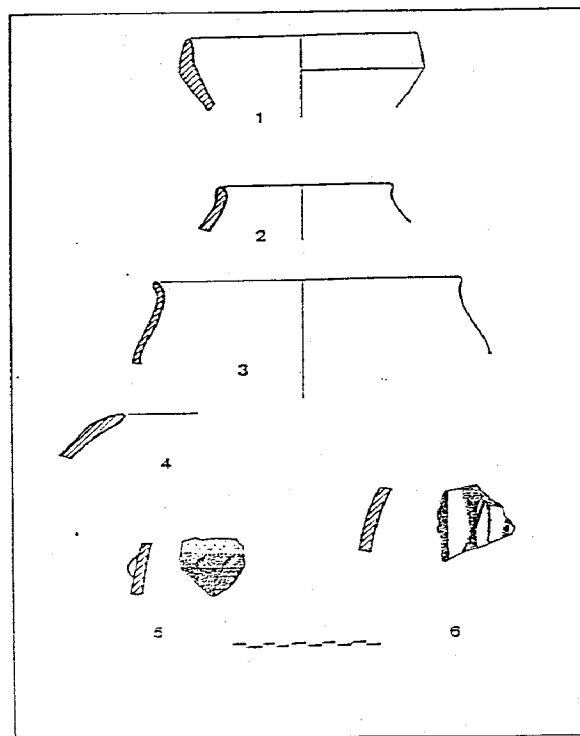


Figura 15. Cerámica de Juana Núñez s/ Pérez Macías 1983.

3.1.1.6. Passo Alto (Villa Verde de Ficalho). Se trata de un asentamiento de la Edad del Bronce situado sobre un cerro que no es el más alto del entorno, pero que presenta una altura cercana a la cota de los 200 m, localizado estratégicamente en la confluencia de la Ribeira de Virdigão con el río Chanza. Los hallazgos se localizaron en la vertiente más meridional del cerro (PARREIRA y SOARES, 1980; MONGE SOARES, 1988), en cuya superficie afloran en parte las pizarras del sustrato, cubiertas por la vegetación mediterránea típica, que determinan suelos esqueléticos poco fértiles al estar sujetos a la erosión pluvial, ante la escasez de arbolado.

En el cerro aparecen dos núcleos separados por unos 250 metros, que podrían indicar dos fases de ocupación. La correspondiente a la zona más meridional, aunque los datos de superficie impiden una mayor precisión, se ha relacionado con el Bronce del Sudoeste en su fase final, correspondiendo las formas y decoraciones a las típicas del bajo Tajo de la Cultura de Alpiarça (PARREIRA y MONGE, 1980: Fig. 8-9), en especial los vasos cerrados con decoración bruñida exterior, así como pequeños cuencos carenados que se acercan a las formas del Bronce Pleno de la fase anterior. La zona más septentrional, separada de la anterior por un área con hallazgos superficiales muy escasos, presenta una posible estructura amurallada que aísla la zona menos defendida del cerro, habiéndose constatado en el exterior otro sistema de defensa compuesto por una estructura de *chaveaux de frise*, donde la casi ausencia de material cerámico impide averiguar con certeza si se trata de una estructura sincrónica con el poblado situado en el núcleo meridional o, de lo contrario, de momentos posteriores de la Edad del Hierro continental.

La ocupación de al menos una fase de la Edad del Bronce en Passo Alto, con paralelos claros y otros más evolucionados en el cercano asentamiento de Serra Alta (PARREIRA y MONGE, 1980: Fig. 11-13), donde no se presenta una fase clara del Bronce Pleno, sirven de nexo con los anteriormente mencionados de la vega del Chanza con otros centros sincrónicos más occidentales, tales como Outeiro de Circo (PARREIRA, 1975; PARREIRA y MONGE, 1980) o Coroa do Frade (MORAIS ARNAUD, 1979).

3.1.1.7. Riscos del Castillo (Cabezas Rubias). Este hábitat del Bronce Final se localiza sobre la cumbre amesetada de un cerro de 519 m de altitud, entre el Barranco de Casa Grande al E y el Barranco del Castillo de Pelay Correa al W, que vierten hacia el sur. A pesar de su altura, no destaca demasiado de otros sitios del entorno incluidos en la zona meridional de los Picos de Aroche, que dominan visualmente el comienzo de la penillanura del Andévalo occidental.

Según fue dado a conocer, el asentamiento de los Riscos del Castillo contó con un cerco defensivo del que ya quedaban pocos restos (PEREZ MACIAS, 1992), y aunque existen signos de ocupación anteriores en otras zonas de la raña y en el área de Los Vientos, los Riscos del Castillo únicamente parece que fue ocupado durante el Bronce Final, debiéndose tal vez a que la movilidad de las gentes de la zona estuviese en relación a la potencia y rentabilidad de los suelos, siendo abandonados éstos después de su laboreo durante unas pocas generaciones.

Dado que las cerámicas que definen el período de ocupación de Los Riscos del Castillo aparecieron en prospecciones superficiales, y por haber sufrido el hábitat numerosas remociones para su reforestación, no se cuenta con una muestra de análisis importante. Sin embargo, la aparición de cazuelas con carenas altas y medias, así como el hecho de que las decoraciones bruñidas sean exclusivamente por el exterior, siguiendo los patrones decorativos de la margen derecha del Guadiana y de las áreas del Sado y Tajo (CUNHA SERRAO, 1970; SCHUBART, 1971), ha permitido establecer la ocupación del yacimiento en un período anterior al de los de Huelva y Bajo Guadalquivir (PEREZ MACIAS, 1992), y reconsiderar la extensión de este tipo decorativo a algunos sitios de la margen izquierda del Guadiana, como en el Cabezo del Castillo de Aroche o en Juana Núñez, que deberían ser, por ello, anteriores a lo que ahora se define como Bronce Final clásico del Cabezo de San Pedro.

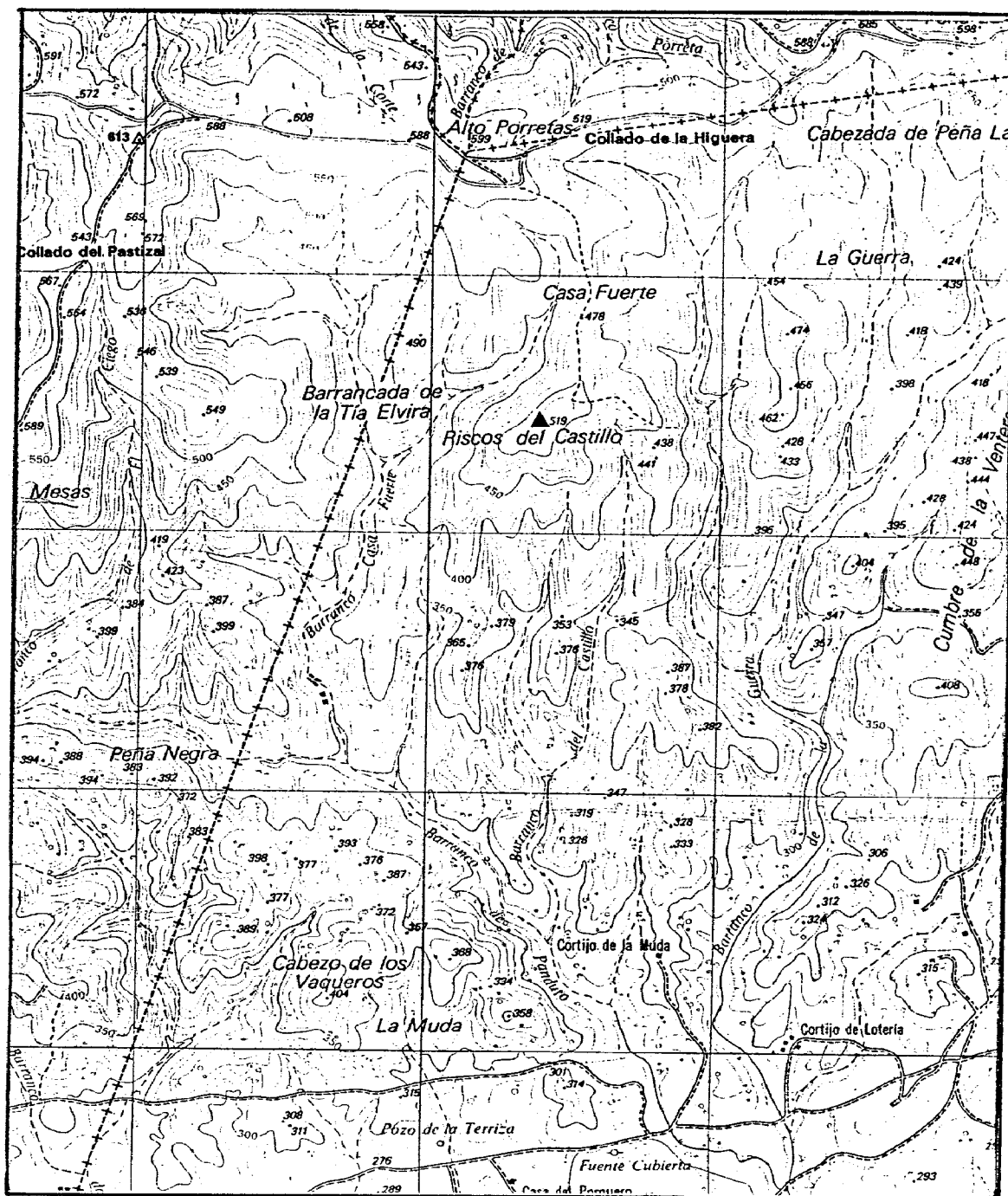


Figura 16. Localización Riscos del Castillo.

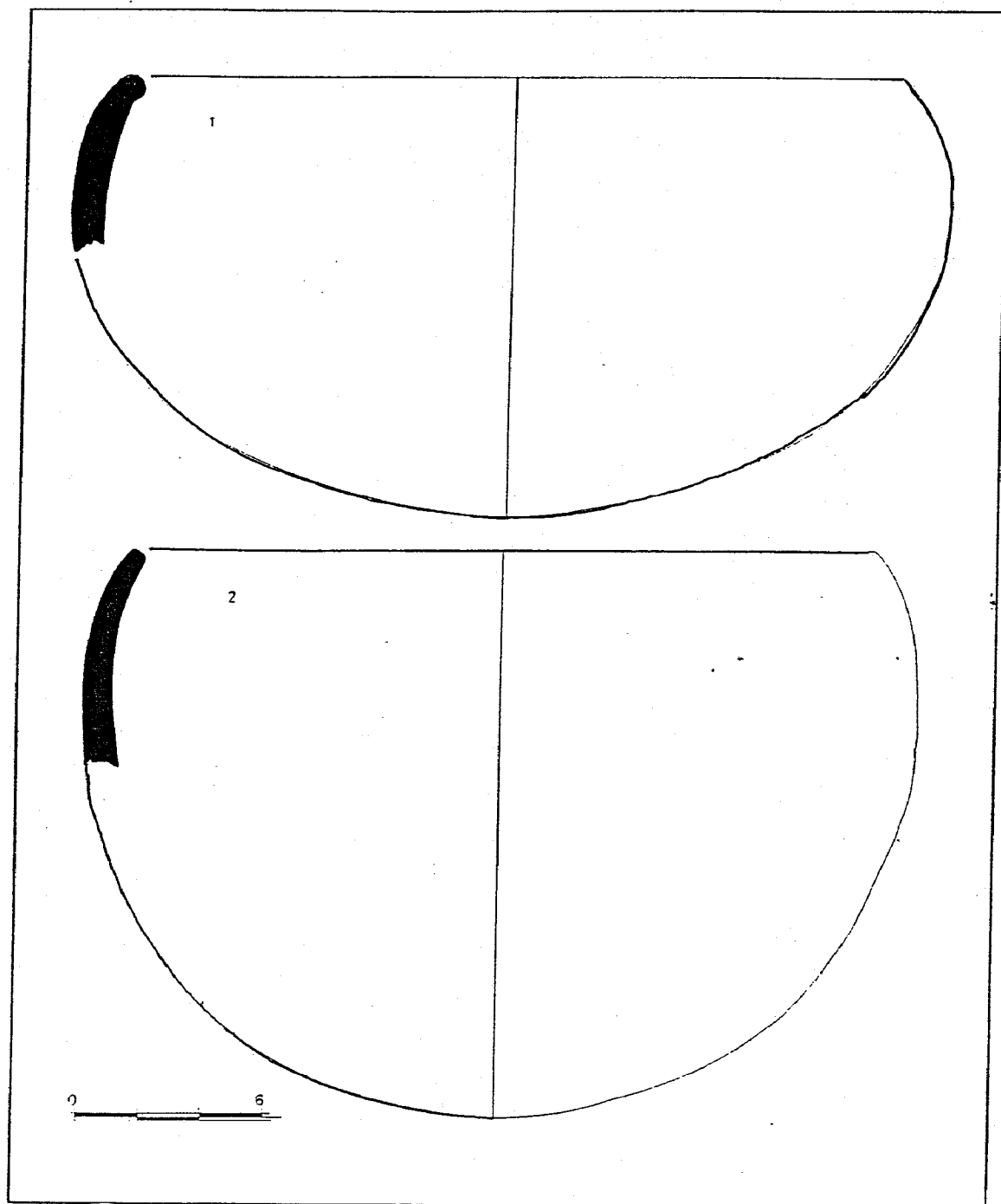


Figura 17. Cerámicas de Riscos del Castillo s/ Pérez Macías 1992.

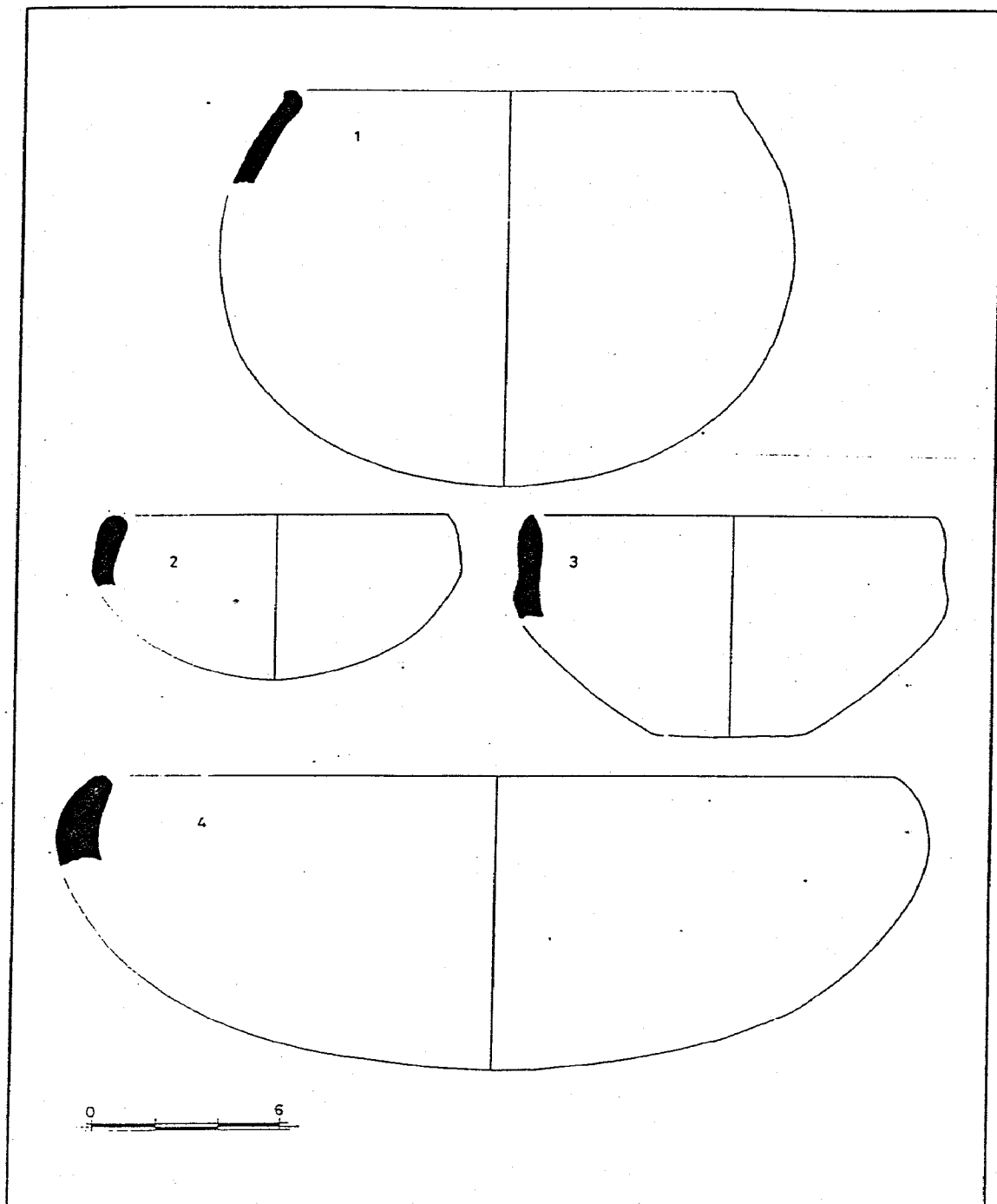


Figura 18. Cerámicas de Riscos del Castillo s/ Pérez Macías 1992.

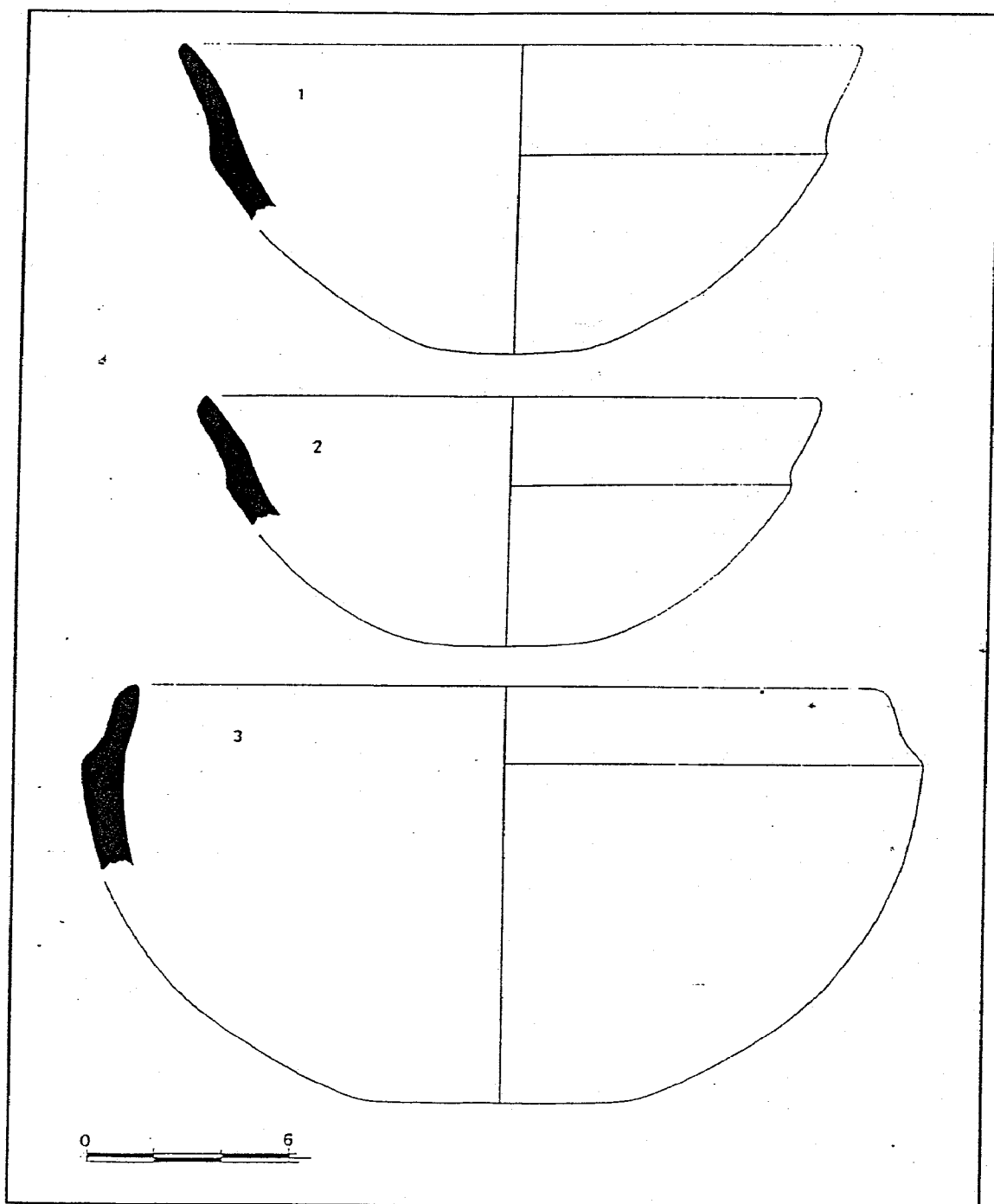


Figura 19. Cerámicas de Riscos del Castillo s/ Pérez Macías 1992.

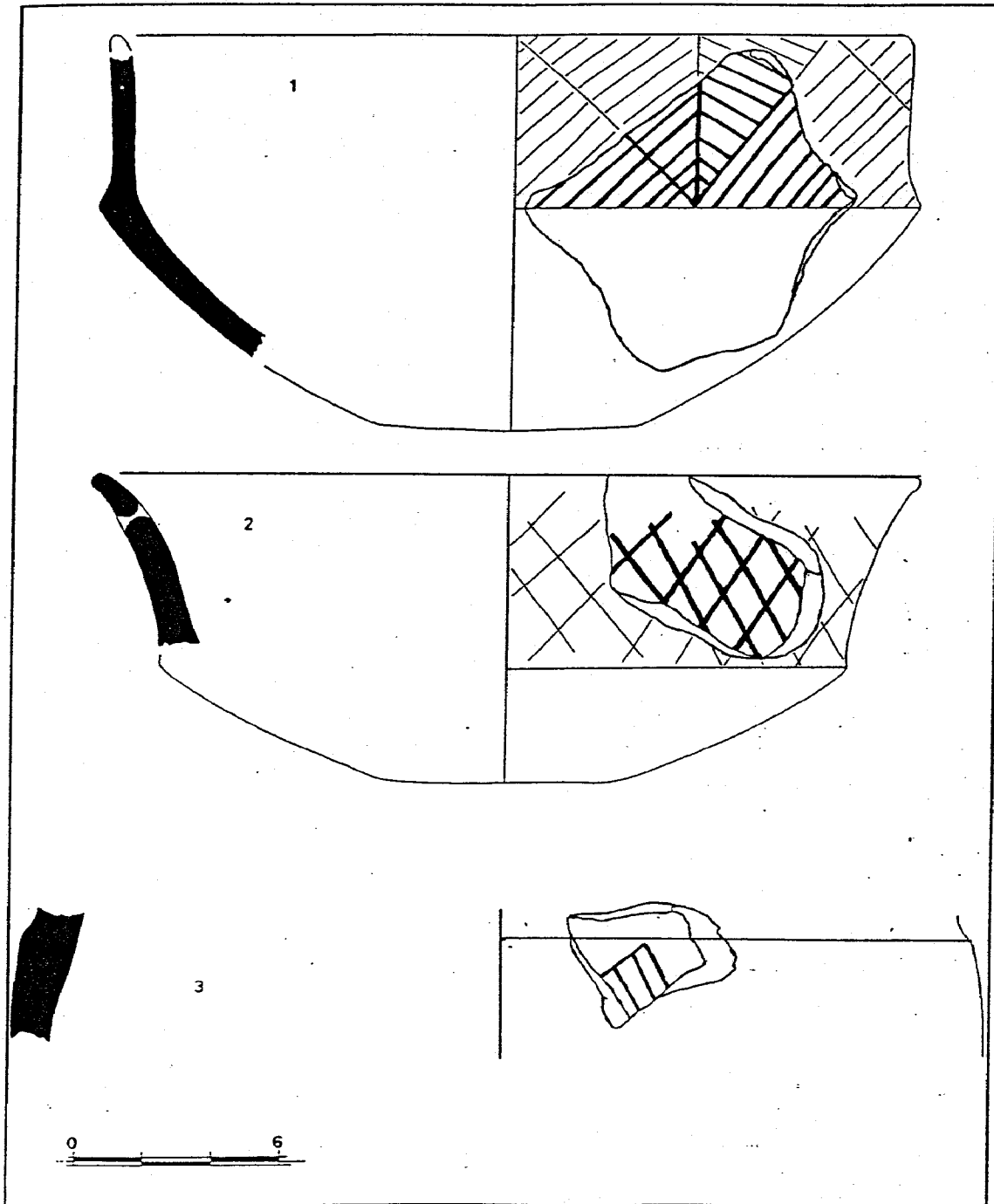


Figura 20. Cerámicas de Riscos del Castillo s/ Pérez Macías 1992.

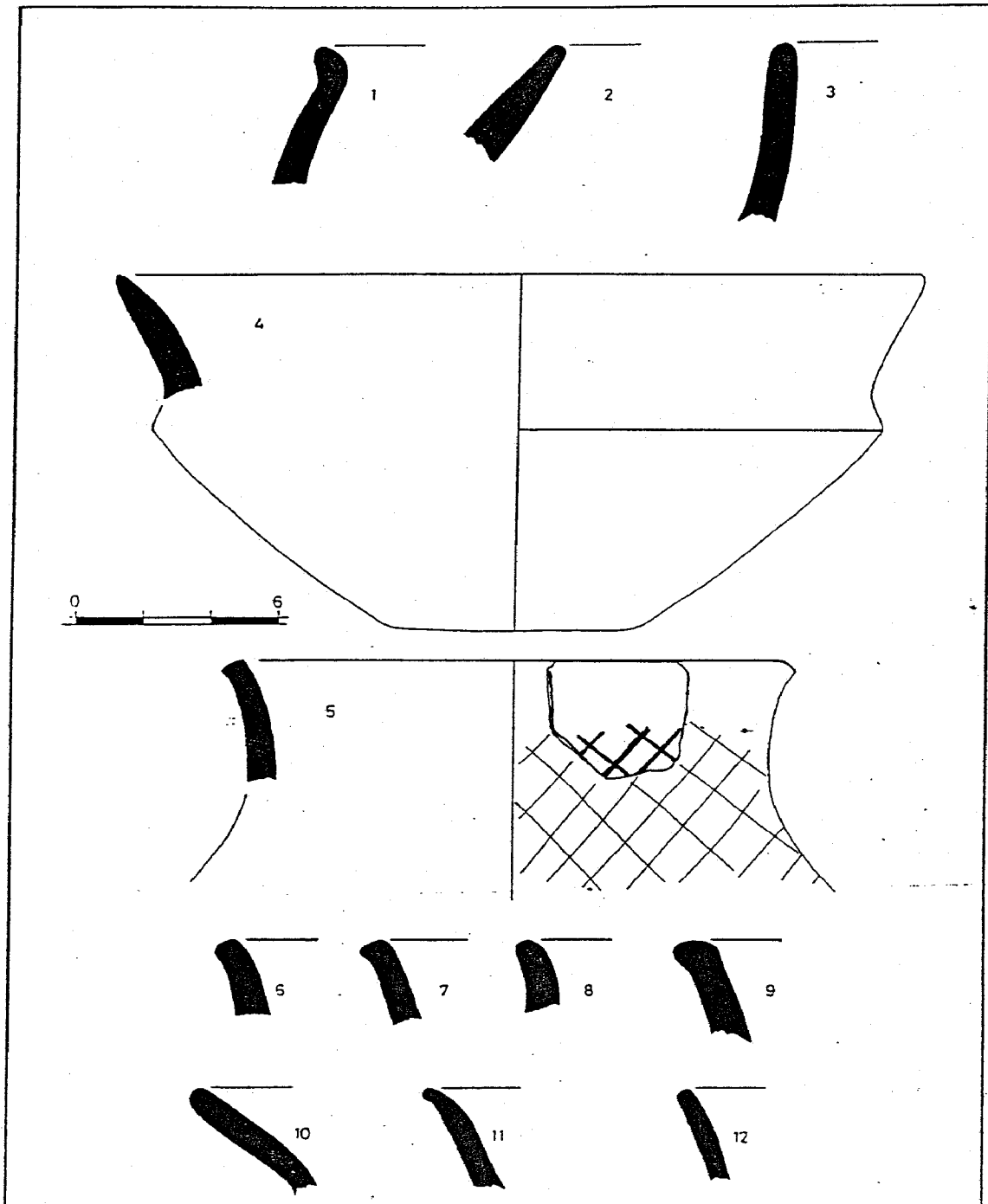


Figura 21. Cerámicas de Riscos del Castillo s/ Pérez Macías 1992.

3.1.1.8. Serrallo, El (Rosal de la Frontera). Este yacimiento corresponde a un posible hábitat del Bronce Final localizado en situación semejante que El Castillo, en un cerro de 418 m, localizado en la solana de los Picos de Aroche, dominando desde su altura el curso del río Chanza.

Según el autor de los hallazgos (PEREZ MACIAS, e.p.a), la aparición de molinos de mano indican su vinculación agrícola, con lo que este sitio mantendría un patrón de asentamiento similar al de los de la Edad del Cobre de la zona.

3.1.1.9. Sierra del Alamo (Cumbres de San Bartolomé). Hábitat del Bronce Final localizado en la cima de la Sierra de su nombre, en una cota de 664 m. Esta sierra, de más de 3 km de longitud, aparece alineada NW-SE situándose entre el curso del río Múrtigas al S y su afluente el Barranco de Riofrío al E, destacando por su altura en este espacio marcadamente accidentado en el que existen valles que disponen de zonas llanas que, posiblemente, pudieron ser aptos para su explotación agropecuaria. Al sur del asentamiento, en la margen izquierda del citado río, el hábitat del Bronce Pleno de Sierra de Santa María (Anexo 3) y sus necrópolis de Gonzalo Gil y Majada del Gijarra (Anexo 2) son un referente para la ocupación de la zona en momentos posteriores del Bronce Final.

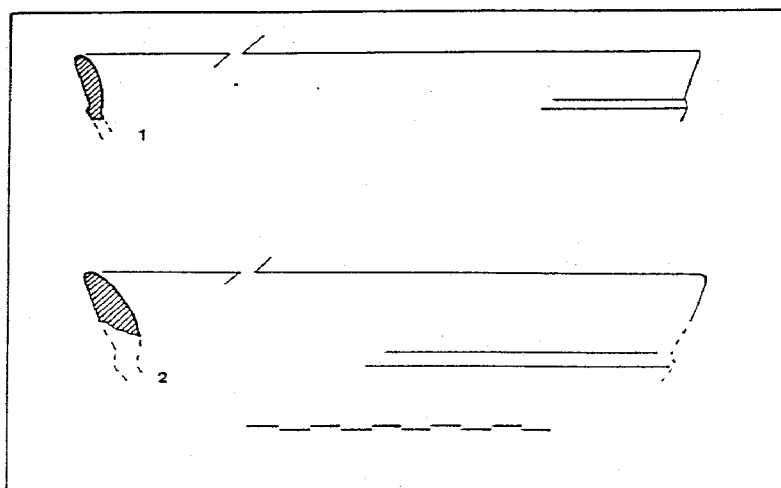


Figura 23. Cerámicas de El Alamo.

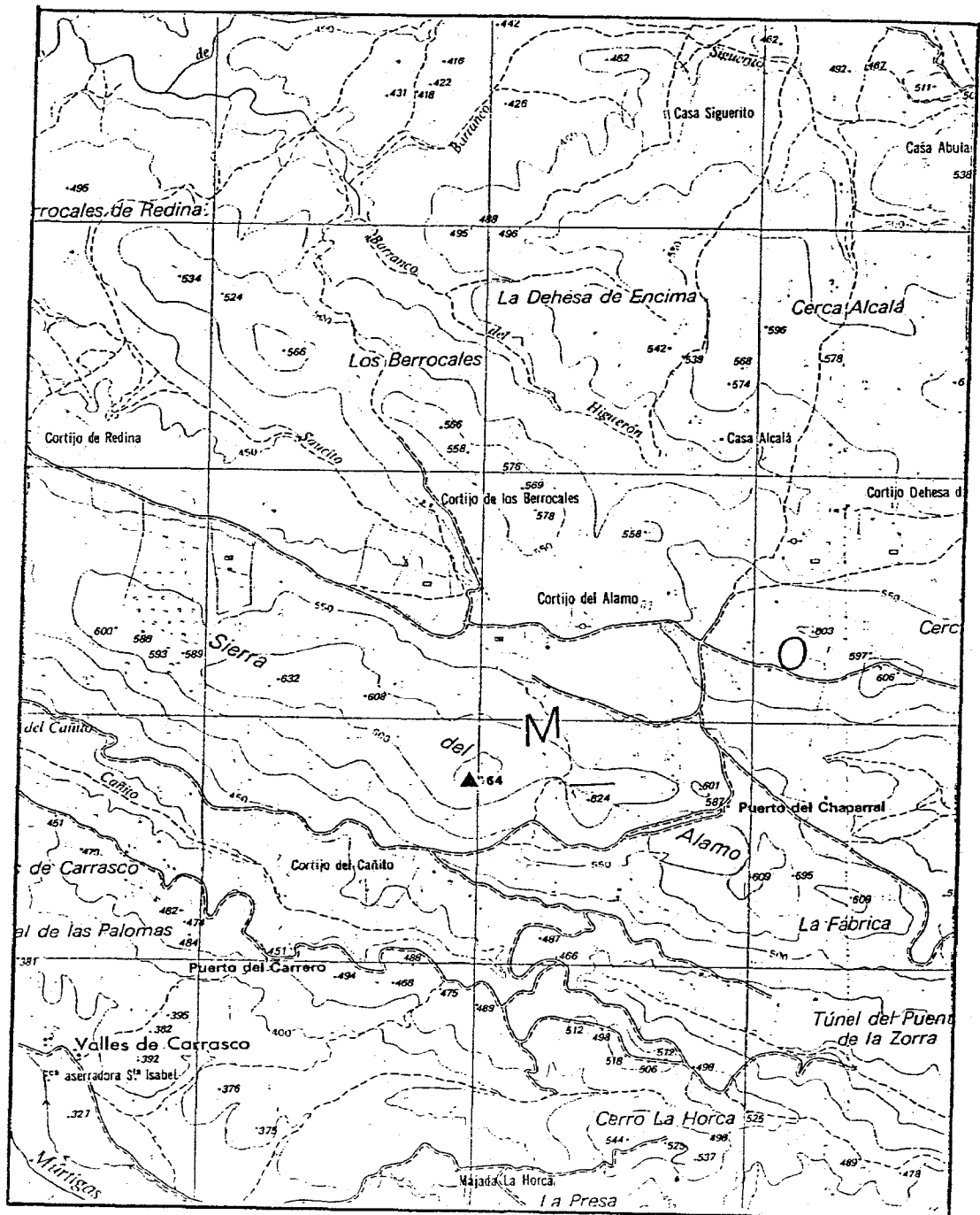


Figura 24. Localización de El Alamo.

3.1.1.10. **Sierra de la Lapa (Encinasola).** Este hábitat de la Edad del Bronce se localiza al E del actual núcleo urbano de Encinasola, sobre una altura cercana a los 400 m. Ocupa una amplia superficie alargada de unos mil metros cuadrados que conforma el extremo NW de la Sierra del mismo nombre, delimitada por el curso meandriforme del río Múrtigas por la vertiente NE y por el cauce tortuoso del arroyo de Valquemado al SW. Los datos que fueron obtenidos en la prospección de superficie han permitido considerar aquí la existencia de un hábitat del Bronce Final, acaso el más antiguo de la Sierra de Huelva, que ha sido fechado con cautela en los siglos XI-X (PEREZ MACIAS, e.p.a).

Desde el lugar estratégico que ocupa se podría acceder a la explotación y el control de los filones de sulfato de cobre de los cercanos yacimientos mineros conocidos en la bibliografía con los nombres de Concesión Diamante, Victoria, Madrona, La Capitana y La Lapa (GONZALO y TARIN, 1888; PINEDO VARA, 1962), en el conjunto de los cuales han aparecido martillos con surco, típicos de estas explotaciones protohistóricas. En algunos de estos filones se practicaron excavaciones a cielo abierto de poca profundidad para seguir la disposición de los criaderos de sulfato de cobre, que armaban en pizarra, a los cuales se estimaron leyes del 70% (GONZALO Y TARIN, 1888: 19ss; PINEDO VARA, 1962).

Dado que se había difundido la existencia de un asentamiento antiguo en la cumbre de la Sierra de la Lapa, conocido con el nombre de Cerro del Moro en una versión local de V. Moreno y Moreno (PEREZ MACÍAS, 1985), éste ha sido objeto de remociones clandestinas. Aunque no ha podido ser localizada en los últimos años, parece que existía una muralla en talud, construida con grandes bloques de cuarzo local, que encerraba un perímetro de aproximadamente una hectárea, pero que era visible todavía en la década de los años cuarenta, al ser confundida con un camino empedrado.

El autor de los hallazgos (PEREZ MACIAS, 1985; 1995) ha estimado que algunas de las características de las cerámicas de este poblado parecen presentar un acentuado contraste con la de otros asentamientos de la zona de Aroche, puesto que siguen los tipos cerámicos conocidos en el bajo

Guadalquivir y Huelva, en especial la decoración bruñida en el interior de cazuelas profundas (Fig. 27: 26-27), hecho que se ha relacionando como el fruto de relaciones diferentes de las atestiguadas en los asentamientos, posiblemente sincrónicos, de la vega del Chanza. También podría existir una diferenciación cronológica que, en estos momentos, no se puede contrastar empíricamente, que indicase una ocupación prolongada en el tiempo del hábitat. Entre las cerámicas de superficie (Figura 26-27), aparecen características que podrían indicar una cierta evolución desde las cazuelas bruñidas con tendencia a la profundidad y al gran tamaño, con bordes muy verticales y reentrantes (Figura 27, 8-12), que parecen anteriores a otras formas más evolucionadas (Figura 26, 1), y más cercanas a las clásicas de la Fase I de San Pedro.

Por ello, siguiendo siempre al mencionado autor, al existir la posibilidad de la adscripción del poblado al laboreo de dichos filones para la explotación y obtención de cobre metálico, en momentos anteriores al período en que se demanda con plata preferentemente, se debe incluir al asentamiento de La Lapa en un marco de relaciones previo al momento preferencial de la Fase I del Cabezo de San Pedro (PEREZ MACIAS, 1985; 1995), según se acepte que algunas de sus formas cerámicas, en especial los vasos de perfil troncocónico y las profundas cazuelas carenadas, puedan ser incluidos en el período que hemos denominado *formativo*.

Quizás la existencia de asentamientos de la Edad del Bronce de Piedra Jurada y de Cansalobos, a más de tres kilómetros del hábitat de la Sierra de la Lapa y sobre el Arroyo de Valquemado, cuyos hallazgos de superficie no posibilitan una adscripción más puntual, podrían representar la permanencia en la Lapa del sustrato poblacional de la zona durante el Bronce Pleno, al que pertenecen las necrópolis de cistas localizadas aguas abajo del río Múrtigas. La presencia de formas bruñidas cerradas (Figura 26, 6-7) pueden relacionarse con formas consideradas de esa fase anterior. El que aparezcan elementos de Bronce Pleno en esta zona del río Múrtigas y no la decoración exterior del tipo portugués puede ser un hecho a tener en cuenta.



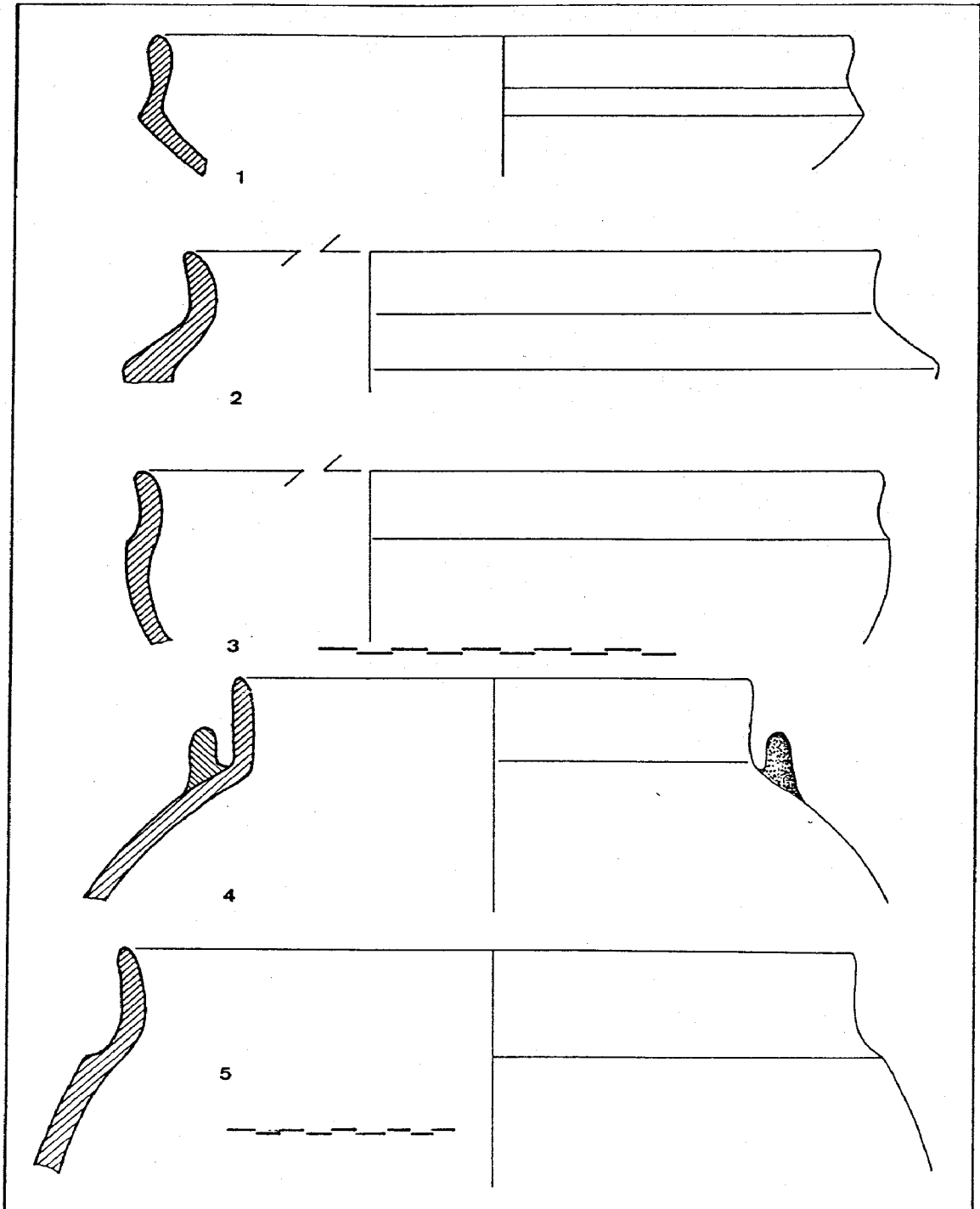


Figura 26. Cerámicas de La Lapa s/ Pérez Macías 1987.

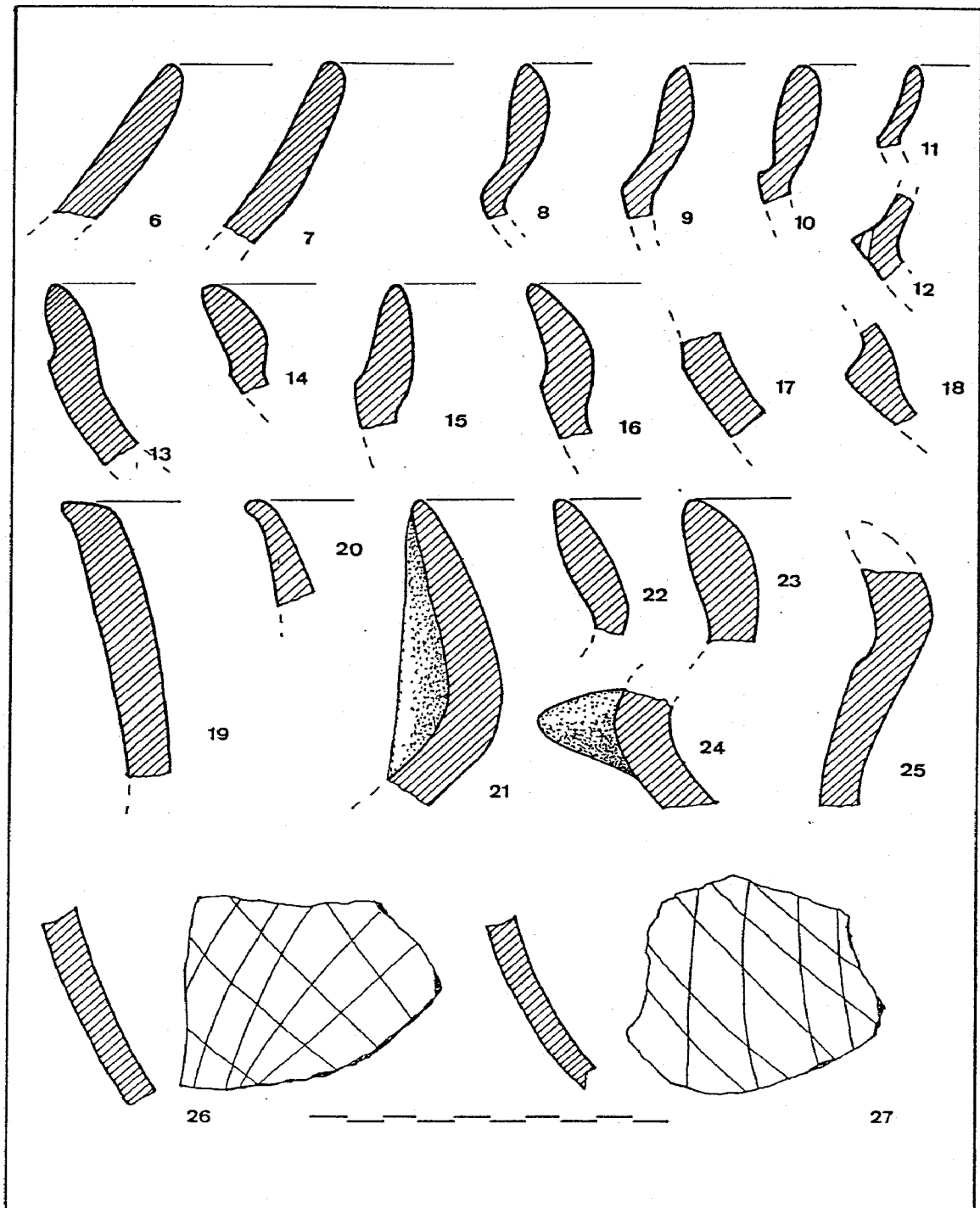


Figura 27. Cerámicas de La Lapa s/ Pérez Macías 1987.

3.1.1.11. **Solana de la Cabeza (Aroche).** Este hábitat del Bronce Final fue localizado (PEREZ MACIAS, 1983) sobre un impresionante cerro que domina el curso del río Chanza, frente al actual núcleo urbano de Aroche, donde éste discurre por un valle de gran riqueza agrológica. La presencia del Dolmen de la Belleza al E, en la entrada del valle, donde el río abandona un cauce muy encajado en el sustrato, así como la evidencia de asentamientos de la Edad del Cobre a cierta altura en la solana de los Picos de Aroche (PEREZ MACIAS, 1987), permitirían inferir que el valle fue intensamente explotado por su fertilidad a lo largo de los III-II Milenios a.C.

No obstante, esta relación valle actual-explotación agrícola en la Prehistoria reciente ha de mantenerse en suspenso hasta su confirmación empírica, toda vez que, en algunos de los cortes visibles en el curso del río, aparecen elementos romanos y medievales incluidos en las arroyadas depositadas sobre el sustrato granítico de base.

De esta circunstancia también puede inferirse que la superficie del valle se ha conformado en períodos muy recientes, por lo que su morfología actual es posible que nada tuviese que ver con la de los milenios mencionados. Ello no implica que las diferencias fuesen extremas, sino que este territorio y su paisaje, tal como ahora se presenta, pudo diferir morfológicamente en momentos previos.

El asentamiento de La Solana aparece sobre la cúspide de una impresionante altura de los Picos de Aroche, que aquí alcanza los 575 m de altitud, desde donde se domina un amplio territorio, que incluye el mencionado valle de La Belleza y las sierras paralelas al sur. Al mismo tiempo, por la vertiente W, el curso del Arroyo de Valdesotellas conforma una de las pocas vías de paso que lo comunica con los llanos de la Contienda, situados al norte, y el curso de río Múrtigas a su paso por Encinasola. Su adscripción al Bronce Final viene dada por la aparición de un borde de cazuela carenada bruñida típica (PEREZ MACIAS, 1987: Lám. 9) junto con otros materiales del Cobre anteriores.

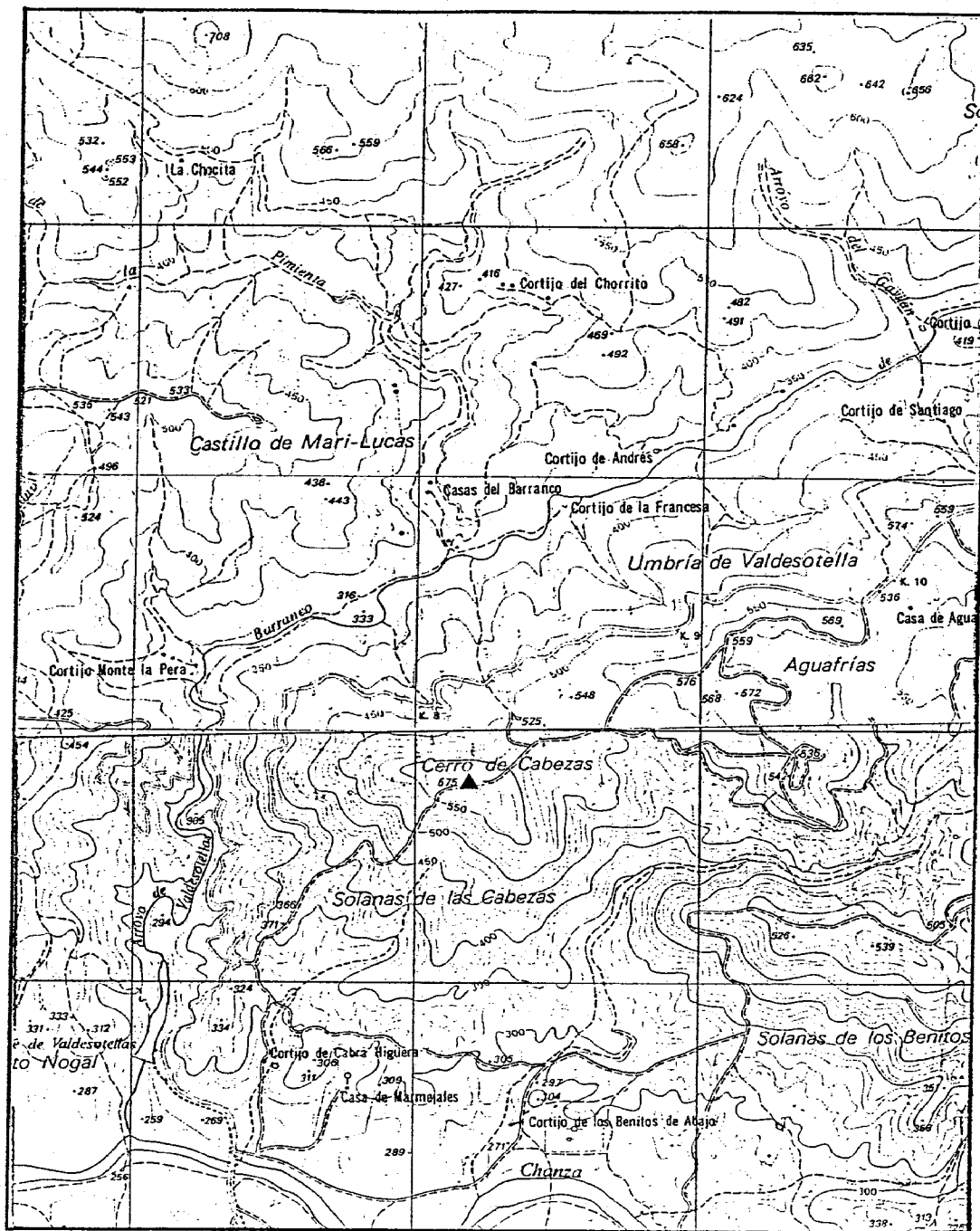


Figura 28. Solana de La Cabeza.

3.1.2. La Sierra de Aracena. Según se ha descrito en la introducción de este capítulo, la parte oriental de la Sierra de Huelva aparece definida por su estructura geológica y la cuenca de la Ribera de Huelva. En esta zona las evidencias han sido aportadas, principalmente, por los trabajos de campo del Proyecto "Sierra de Huelva..." (HURTADO, 1992: 461ss), siendo fundamental para el conocimiento de su evolución y características ocupacionales la excavación de El Trastejón (HURTADO y GARCIA, 1994), en la que es posible documentar la evolución desde el Bronce pleno al final, tal vez sin solución de continuidad.

Según puede desprenderse del conjunto de los datos obtenidos, a partir de una fase de ocupación desde el Bronce Pleno, en la que existen asentamientos que pudieron ejercer un importante papel en el territorio, tales como La Papua, La Bujarda o Cerro del Gato, aparecen otros hábitats, ahora del Bronce Final, que podrían indicar una cierta evolución del poblamiento relacionada con la diversificación en la producción al ocupar zonas menos agrestes y de mayores posibilidades agrícolas. Desde esta fase del Bronce Final, tal vez excepto en Alájar, los asentamientos conocidos desaparecen al unísono, sin que se hayan documentado otras evidencias de ocupación hasta el siglo V a.C. (PEREZ MACIAS, 1991).

Dado la similitud de las constantes documentadas, la zona centro-meridional se incluye en la misma unidad territorial, en la que se han seleccionado un total de siete hábitats con materiales del Bronce Final.

3.1.2.1. Cerro del Castillejo de la Umbría (Aracena). Corresponde a un hábitat del Bronce Final, que se sitúa en las cercanías de La Umbría, sobre un cerro aislado de 702 m de altitud.

A partir de la prospección superficial del cerro se podría estimar, dado que los hallazgos son muy escasos, que el asentamiento corresponde a un hábitat de limitada entidad, con unas pocas cabañas de estructura de ramaje y barro, establecido allí en función de la explotación agropecuaria de la zona, que

es medianamente agreste y con suficiente agua, donde el cercano Puerto de la Umbría podría indicar un cierto interés por su control.

Este asentamiento podría paralelizarse con el de Jabuguillo (Anexo 3), cuyas similares características indican una fuerte adscripción poblacional a la zona desde momentos anteriores, según puede inferirse de los asentamientos cercanos de Sierra del Drago, Cueva de la Umbría o Santa Bárbara, donde al no existir yacimientos mineros y la relativa baja altura de la zona, con superficies llanas en su mayor parte y suficiente agua, pudieron servir para mantener una importante cabaña ganadera y una cierta vinculación a la agricultura, toda vez que, como se ha documentando en El Trastejón, el proceso actual de degradación era menos fuerte que entre la segunda mitad del II Milenio y los primeros siglos del I Milenio a.C.

Entre los numerosos galbos atípicos a mano, se ha podido obtener una muestra de bordes que confirman la atribución del asentamiento (Figura 30). En general, es posible diferenciar la muestra en cerámica cuidada y cerámica común. Del primer tipo existen los bordes de dos cazuelas buñidas con carena alta y galbo profundo (Figura 30, 1-2), paralelizable el segundo por presentar el borde entrante con otras formas conocidas en La Lapa (Figura 27, 8-12), mientras que el primero tiene ya las características de las formas A.1.a de la Fase I del Cabezo de San Pedro de Huelva (RUIZ MATA, 1979), y un vaso de mayor tamaño con cuello estrangulado y borde muy saliente (Figura 30, 4); del segundo tipo un borde de olla de borde muy esvasado y de superficies alisadas y otros menos representativos (Figura 30, 3, 5-7).

Por esta razón, en la fase en que se ocupa el Castillejo parece que las pautas poblacionales de la zona se mantiene, según se deduciría de los signos de ocupación comprobados en los hábitats ya mencionados en sus cercanías. Los escasos materiales documentados en ellos, que no son formas del Bronce Final, sólo sirven para otorgarles una fecha genérica dentro de la Edad del Bronce, por lo que el cambio de hábitat puede ponerse en relación con un cambio en las estrategias anteriores, quizás

como se ha mencionado, para el control del Puerto de la Umbría.

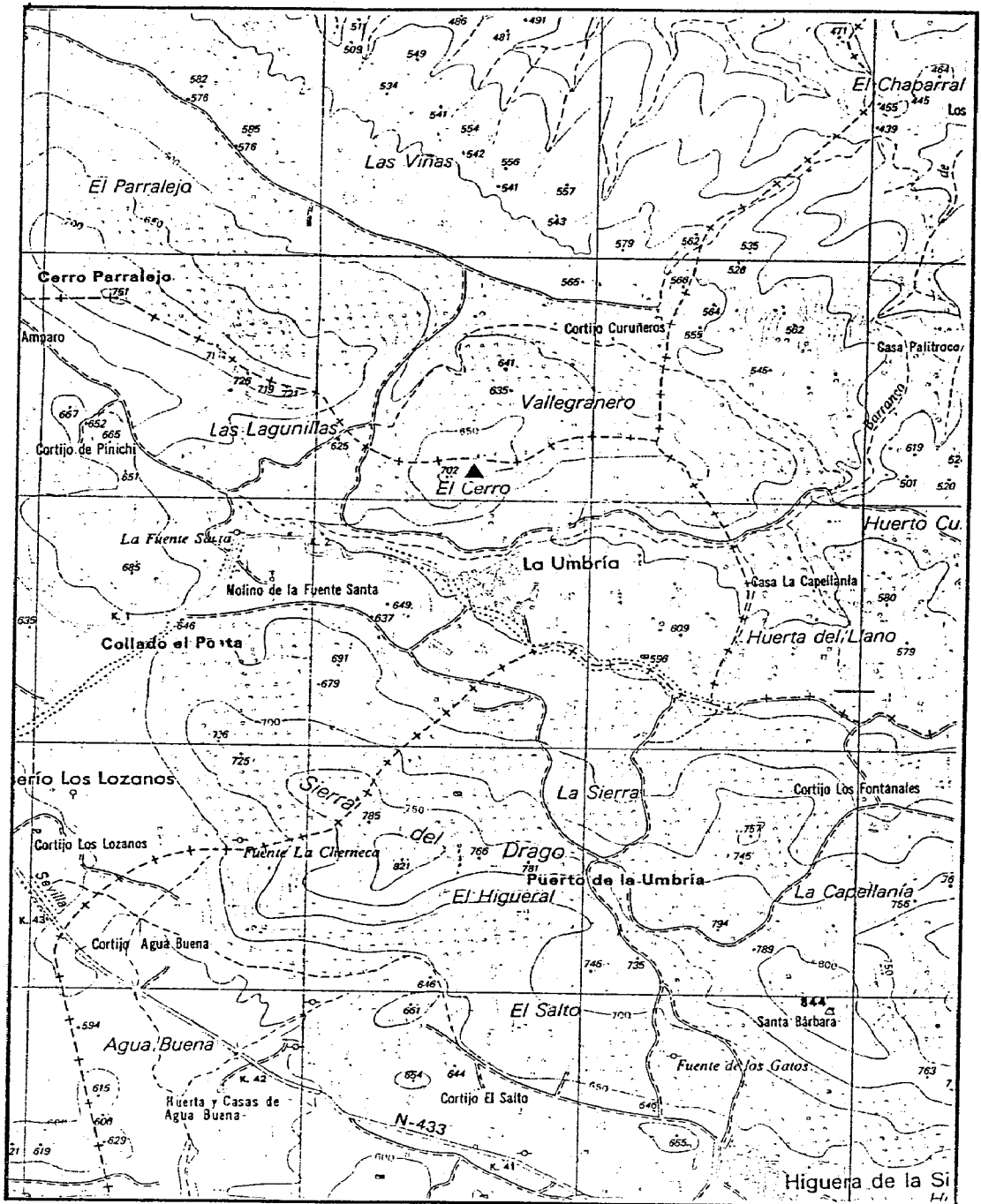


Figura 29. Localización de Castillejo de La Umbría.

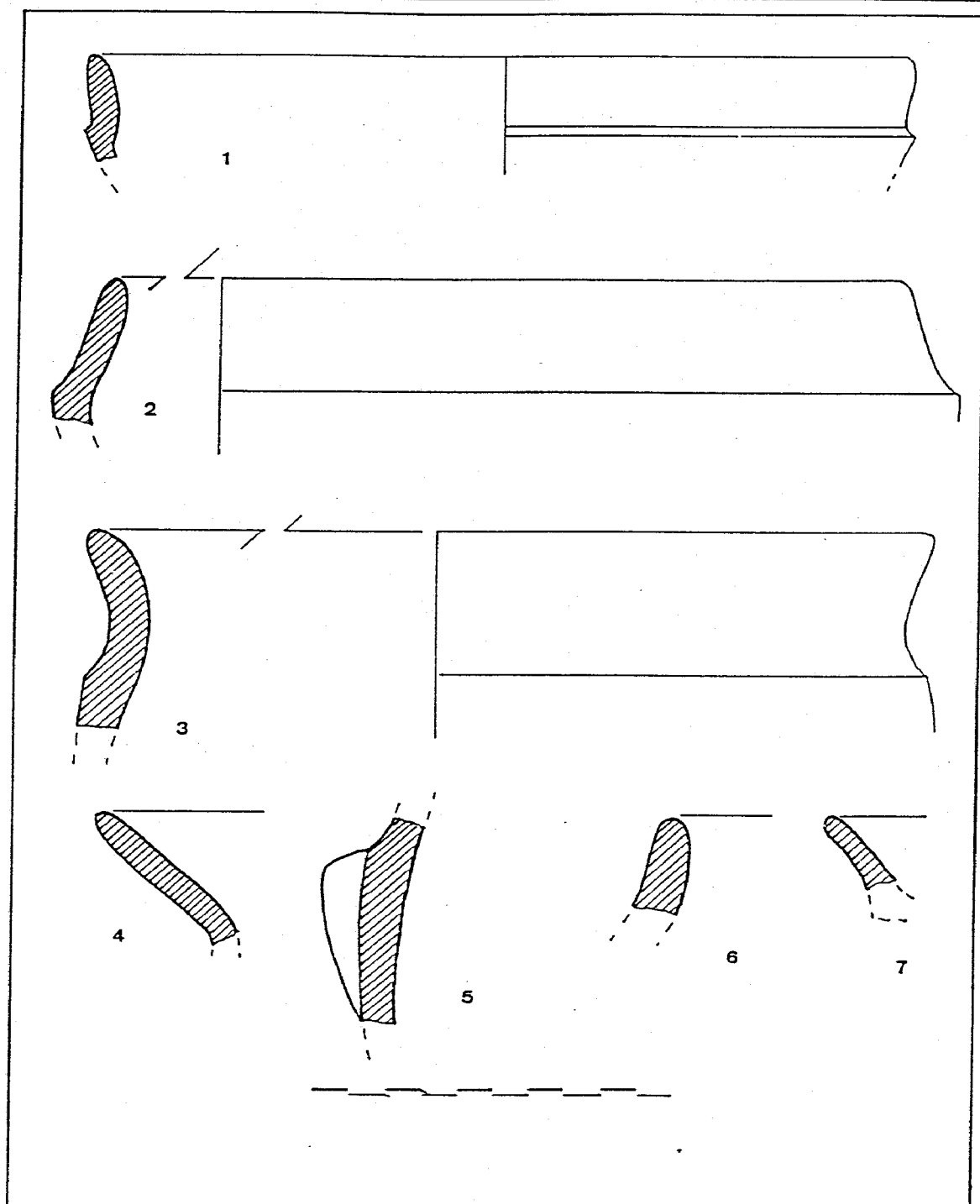


Figura 30. Cerámicas de El Castillejo de La Umbría.

3.1.2.2. Cerro del Hornillo/Hornillo (Cortegana). Hábitat del Bronce Final, que ha sido estimado sincrónico a Juana Núñez y El Serrallo, con una orientación económica vinculada a la agricultura, por lo que en el se mantienen pautas de asentamiento de la Edad del Cobre (PEREZ MACIAS, e.p.a). Como los anteriores aparece en la cima de un cerro, de 740 m de altitud, que domina desde el N la actual población de Cortegana. Dado la fuerte erosión sufrida por la zona más alta del cerro, tan sólo ha sido posible localizar algunos fragmentos atípicos bruñidos, de los cuales uno presentaba decoración bruñida al exterior.

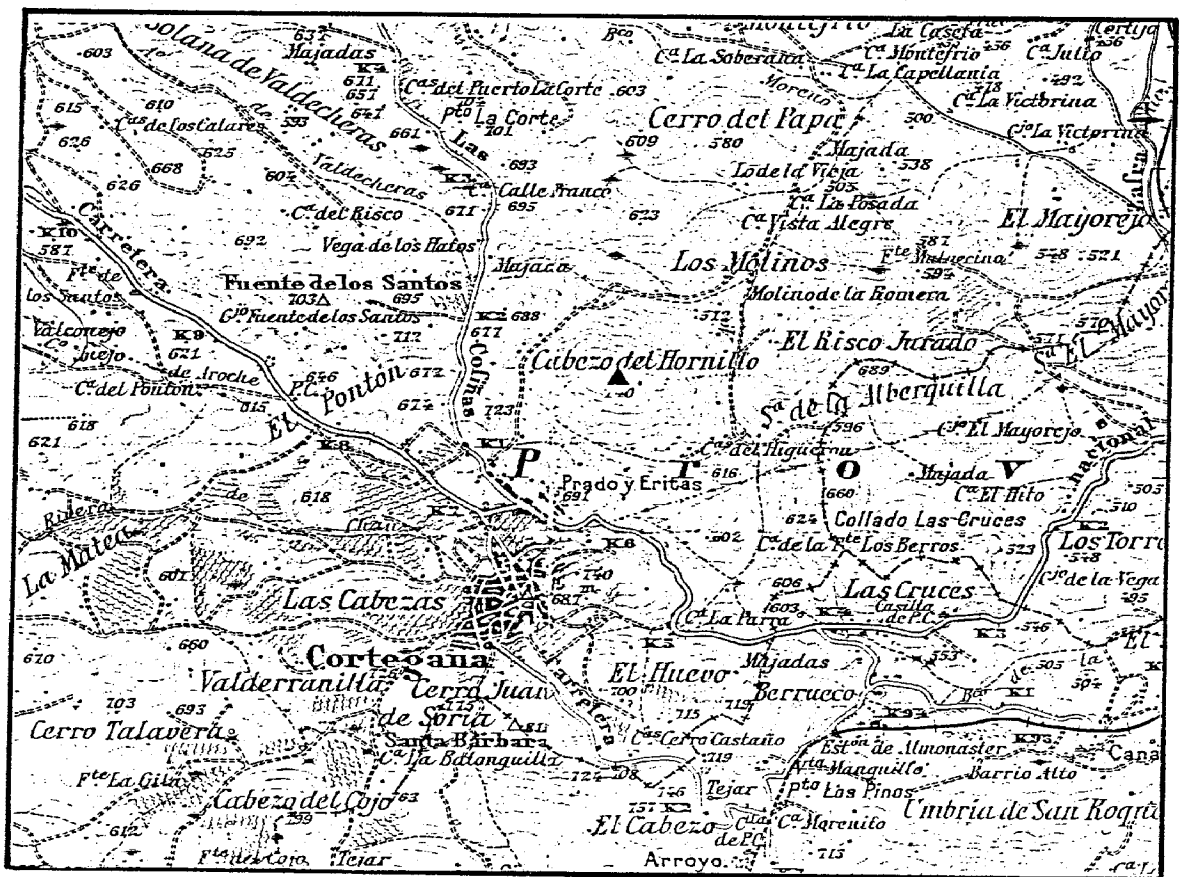


Figura 31. Localización de El Cerro del Hornillo/Hornillo.



Universidad  
de Huelva

Reunido el Tribunal integrado por los abajo firmantes  
en el día de la fecha, para Juzgar la Tesis Doctoral de  
D./D<sup>a</sup>. FRANCISCA GÓMEZ SOLANO

Titulada FORMAS DE OCUPACION DEL TERRITORIO  
DURANTE LOS PRIMEROS SIGLOS DEL SIGLO XXI  
acordó otorgarle la calificación de APTO CON  
LAUDE POR UNANIMIDAD

Huelva,      de      de 19    

El Vocal

El Vocal

El Vocal

El Presidente

El Secretario

El Doctorando

UNIVERSIDAD DE HUELVA  
BIBLIOTECA



000209910

